

Selección RNR

# LA RETRIBUCIÓN de Jack

¿HAY VIDA  
DESPUÉS  
DE UNA  
TRAICIÓN?

Cuando los negocios se calculan con el corazón, el costo podría ser la muerte.



BETZACOSTA

Romance Actual

# La retribución de Jack

*Betzabeth Acosta*



1.ª edición: mayo, 2017

© 2017 by Betzabeth Acosta

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-749-8

Gracias por comprar este ebook.

Visita [www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com) para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Paulina Arancibia CM, por ser mi embajadora del Quan.  
A Ginette, Gisela y Jenniffer. Gracias por entrar en mi vida  
y revolucionarla con su fuerza, paciencia y cariño.  
Sin ustedes, este sueño no se habría realizado.*

## Contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epilogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Promoción](#)

## Capítulo 1

Norah observó de nuevo su teléfono, ya había perdido la cuenta de cuántas veces lo había mirado desde que recibió el correo de Jeremy unas horas atrás. Y cada vez que revisaba el contenido, sentía una nueva emoción. Incredulidad. Negación. Asombro. Depresión. Culpabilidad. Rabia. Furia. Recriminación. Angustia. Determinación.

Anne, su mejor amiga y corresponsal estrella de su nueva revista, había entrado en la oficina justo en el momento en que ella había abierto el correo. No fue casualidad, dado que Jeremy, como su fotógrafo, había adicionado una copia del *mail* para ella.

—Lo despediré por pasarte esa imagen —le había ofrecido Anne, tal vez creyendo que botando al mensajero el hecho desaparecería—. No debió haberte enviado esto.

—¿Lo sabías? —había indagado.

Se sorprendió de sonar tan ahogada. «Aparte de todo mi torbellino emocional, ahora mis pulmones no logran conducir correctamente el aire», pensó.

Anne hizo una mueca y suspiró, desviando su mirada. La sensación de traición se había unido a todo lo demás, o ya estaba ahí, y solo los protagonistas habían cambiado de papeles.

—Hubo rumores... —había expuesto la pelirroja.

Su cara se arrugó, llena de aprensión. «¿Rumores?».

—¿No se te ocurrió que yo podría querer saber que esto estaba ocurriendo? —había espetado con furia.

Anne miró con expresión plana por unos instantes, causando que Norah volviera a sentir dolor —en su corazón y cuerpo— por razones distintas esta vez.

—La verdad, no —había respondido con honestidad—. ¿Cuál es el sentido de todo? ¿Cuál es la diferencia?

«¿Cuál es la diferencia?» se preguntó de nuevo Norah, lanzando el teléfono al asiento del copiloto y alejando sus recuerdos de la conversación con su mejor amiga. La diferencia estaba en que ya había perdido muchas cosas en su vida como para permitir otro golpe. La diferencia estaba en que conocía todas las fallas y culpas que se cernían sobre sus hombros, y, aun así, primero se mataría antes de permitir que ganase en todo y se jactase de eso más tarde.

Era consciente que había perdido, pero no iba a entregar lo poco que le

quedaba en bandeja de plata. Llámela ilusa, idiota, ardida o, a sus actuaciones, pataletas de ahogado, pero lo que había visto en ese correo no lo aceptaría.

Bajó la visera de su asiento y se miró al espejo, reafirmando que todo estuviese en orden. Su interior podría ser un alboroto, o sinceramente estar podrido, pero su exterior era perfecto. Su cabello negro azabache caía largo y liso hasta su media espalda, y su flequillo iba hacia un lado como si tuviese vida propia y cumpliera la orden de no moverse un centímetro. Su piel clara y limpia, tan blanca que lucía pálida en contraste con su cabello oscuro. Sus mejillas llevaban un ligero tono melocotón, y sus labios llenos, de color cereza. Su cutis de porcelana rodeaba sus ojos celestes, que parecían tan puros. Una ilusión, todo su físico lo era, desde su cara hasta su cuerpo. Sin embargo, bien que le había servido, y la costumbre era demasiada para cambiar, mucho menos en los momentos más tormentosos. Ni siquiera aunque su mundo hubiese dado un giro de ciento ochenta grados dejándola destruida, sin nada.

Ella se resignaba.

Porque así como la vida estaba acostumbrada a patearla cuando ya estaba en el piso, Norah se hizo una experta en evadir los golpes y seguir su camino.

Salió de su vehículo y caminó hacia el último sitio al que creyó que regresaría: su casa.

Una vez odió ese sitio con intensidad. No porque fuera terrible, nadie podría decir eso de ella; estaba ubicada en uno de los mejores barrios de Los Ángeles, Pacific Palisades. El jardín era amplio, cubierto de un césped bien cuidado y árboles elegidos por paisajistas profesionales. La fachada blanca llena de ventanales daba una idea de libertad y modernismo que a Norah le había fastidiado desde que la vio por primera vez. Siempre llamó las cosas por su nombre, y esa casa, con siete habitaciones, tres salas, una cocina gigantesca, sala de comedor, despacho, piscina cubierta y descubierta, cine y cancha de tenis, además del océano pacífico a trescientos metros, para cualquiera podría ser un paraíso, pero para ella había sido una cárcel.

Al principio por lo menos.

Parpadeó y forzó a sus pies —montados en unos tacones de diez centímetros— a seguir recorriendo el camino hacia la puerta.

Sabía que a esa hora estaría vacía. A él nunca le había gustado que se metieran en su intimidad, por lo que los empleados cumplían su jornada y se iban. No obstante, eso no importaba porque tenía serias dudas de siquiera



poder acceder a la instalación principal a pesar de haber traspasado los portones de la entrada. Su descabellado plan tenía muchos modos de fallar y, francamente, ningún punto donde tener éxito, pero siguió adelante. Si Anne hubiera sabido que iría allí, la habría disuadido.

«¿A quién quiero engañar? Me habría arrastrado y encadenado para evitar que saliera».

Resopló al notar la ironía, tal vez Anne hubiese servido si la hubiera encadenado casi dos años y medio atrás; se habría evitado mucho pesar y dolor. Quizás incluso su interior estaría menos podrido; aunque siendo sincera consigo misma, lo dudaba.

Llegó frente a la puerta y marcó el código de seguridad que solía utilizar cuando vivía ahí, para desconectar las alarmas. Y a pesar de saber que sería absurdo e ilógico, funcionó en el primer intento. Su corazón dio un vuelco, por un instante la incredulidad la aturdió. Después uso su llave, y la cerradura giró de inmediato.

Sin embargo, no pudo entrar. La conciencia, la que por dos años casi nunca había escuchado, se hizo presente al fin, repitiéndole que no tenía derecho ni motivo para entrar en esa casa. Pero al recordar las fotografías que Jeremy le había enviado esa mañana, se enfureció tanto que silenció cualquier atisbo disidente de su conciencia e ingresó cerrando la puerta a su espalda.

Cuando observó el espacio, se percató de que era como si la casa hubiese sido reiniciada. Todo estaba igual a como era antes de que empezara a vivir ahí. Cada adorno puesto por ella, color de pared que había cambiado, incluso las cortinas que había escogido para dar alguna ilusión de privacidad; todo se había ido. Sintió que le clavaban un nuevo puñal en su pecho, y eso la sorprendió, tenía tantos allí que no creía que existiera espacio para otro más.

Caminó directo hacia la sala principal, a las fotografías que estaban sobre la repisa de la chimenea. Era algo enfermizo, aunque en realidad toda la situación lo era. Norah no debería estar allí; la habían botado cuatro meses atrás, lanzando su ropa y todas sus pertenencias al antejardín de su excasa. No le ahorraron ninguna humillación; no fueron corteses y tampoco se controlaron al momento de despojarla de todo: de su casa. De su empresa. De su vida, e incluso la expulsaron —notó en ese instante, lo cual en comparación con todo lo demás era paupérrimo— de la repisa de fotografías.

Soltó una risilla displicente al mirar las fotos restantes.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —Escuchó que le preguntaban, y se estremeció con fuerza. No por la brusquedad del tono o por el odio que

percibió en sus palabras, sino porque era la primera vez en meses que oía su voz.

No se movió, giró o hizo alguna señal que mostrara que había reconocido la existencia de otra persona en esa habitación; en cambio, siguió mirando las fotografías.

«Ni siquiera es mi tipo», se repitió mientras detallaba al rubio sonriente que parecía escudriñarla desde el portarretrato. Siempre le gustaron los hombres morenos, se sentía muy atraída por unos ojos negros, cabello oscuro o algún tipo de característica que demostrara hombría. No porque deseara ser sometida y fuera del tipo clasista, sino porque creía que, al tener en su vida a una persona con esas características, podría sentirse protegida y relajada. No que alguna vez hubiese conseguido sentirse así con ese tipo de personas. De cualquier manera; cuando había conocido a este hombre rubio, de ojos verdes, fuerte pero más del tipo estudioso que deportista, no se había sentido atraída, motivada o con sensación de cosquilleos en su panza.

Quizá por ese motivo, había sido tan sorprendente el final de esa historia.

—Norah —bramó de nuevo. «Ese tono». Estaba enfureciéndose—. ¿Qué estás haciendo aquí? Te dejé muy claro que ya no eras bienvenida a mi casa.

—Esta también es mi casa —respondió girando y sintiendo el impacto en la boca de su estómago al verlo frente a frente.

Seguía siendo igual de rubio, aunque su cabello estaba un poco revuelto y no tan pulcro como antes, también un poco más largo, ondulándose en sus puntas. Sus ojos verde bosque la escudriñaban desde donde estaba; no obstante, a diferencia de las fotografías o de lo que habían sido cuatro meses atrás, ahora eran fríos y duros.

Heridos.

«Fui yo quien lo lastimó».

Desvió su mirada hacia su cuerpo, alejando así los pensamientos sombríos. Jack vestía un pantalón negro y la camisa blanca arremangada hasta los codos, con los tres primeros botones abiertos, por lo que infería que acababa de llegar de la oficina y que estaba relajándose antes de bañarse. Notó que tenía más músculos, sus brazos y pecho estaban más formados, imaginaba que se estaba sobreentrenando. Sabía que la única forma en que él se calmaba era ejercitando. Y también sabía que en esos últimos cuatro meses lo habría necesitado mucho.

Sin embargo, nada de eso importaba, porque el hombre que estaba a unos metros de distancia observándola con odio y desdén fue el único hombre

capaz de hacerla sentir segura y al único a quien entregó su corazón.

—¿Estás loca? —le preguntó Jack emitiendo un bufido despectivo, lo que hizo que se concentrara de nuevo en la conversación.

—Aún soy tu esposa.

—De papel, quizá —respondió mientras caminaba hacia la esquina en donde estaba el bar para servirse un trago.

—Mientras no me envíes los documentos para firmar, lo seguiré siendo.

—Te llegarán, te lo aseguro. —Tomó un vaso y se sirvió un *whisky*.

No tenía ninguna duda sobre eso, más bien, le sorprendía que se hubiera tardado tanto en solicitarlo. Incluso asumió que esos documentos le llegarían el mes pasado, cuando cumplieron el segundo año de bodas. Norah esperó esa solicitud como una especie de castigo, un recuerdo desagradable para el día de su aniversario. Sin embargo, reconoció que se estaba dando mucha importancia, porque, la verdad, no creía que Jack hubiese siquiera recordado la fecha.

Mucho menos que la separación le hubiese dolido tanto como a ella.

—No tardaste nada en remodelar —comentó tontamente.

Debería enfocarse en decir lo que vino a decir y largarse. Pero por Dios, lo había extrañado tanto que, a pesar de saber que Jack solo le daría miradas despectivas y respuestas sarcásticas para herirla, sería el mejor momento vivido a su lado. En meses.

—Sabía que querías borrar me de tu vida, pero no creí que fueras tan exhaustivo en ello. Finalmente, solo eran cosas —continuó.

Él bufó y se bebió el trago a fondo. Tomó la botella y volvió a llenar el vaso.

—Me gusta más mi casa así. Remodelé yo mismo —dijo con tono burlón y sin mirarla.

—¿Tú? —preguntó aturdida.

—*Síp*, descubrí que tengo un talento nato. De basura viniste y en basura te convertiste —citó, su voz desvirtuándose en una entonación casi cruel en su última frase—. Si te interesa algo de los desechos, deberías ir al basurero principal.

Arrugó la cara al comprenderlo. Paseó por la casa sintiéndose como un animal enjaulado.

—Algunas cosas eran muy valiosas. ¿Cómo pudiste? —le increpó agitada—. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque es lo que hago y para lo que sirvo, para malgastar mi dinero en

porquería y tonterías. Nunca te quejaste cuando cumplía tus fines, ¿o quieres seguir jugando a la inocente? Ya no te va, Norah.

Lo miró sin refutarlo, ¿qué podría decir? Todo era verdad, por supuesto. Ciertamente, no se quejó cuando cumplió sus fines; no, de hecho, lo que hizo fue casarse con él y aprovecharlo.

—¿Es esto cierto? —preguntó entonces, levantó el teléfono que había cogido antes de salir del vehículo, y se acercó a él un par de pasos para mostrarle las imágenes y finalmente llegar al punto del que quería hablar desde un inicio, la razón por la que había ido hasta ahí. Ansiaba alargar el tiempo a su lado, mirarlo, sentir su presencia, pero toda esa discusión de las cosas que tiró y que no tiró, en ese momento eran superfluas y dañinas.

Él bajó la mirada hacia la imagen y después la desvió hacia ella, sus ojos verdes brillando, no con diversión, sino con algo parecido a maldad pura, lo que le causó escalofríos. Su Jack, el hombre que había sido antes que el huracán Norah llegara a destruirlo, jamás hubiese sido capaz de mostrar una expresión como esa.

Escuchó que se carcajeaba. El tosco sonido la hizo temblar. Se obligó a mantenerse firme, necesitaba una respuesta y no se iría hasta conseguirla.

—¿Es cierto o es una simple tergiversación? —insistió—. Sé cómo son los fotógrafos, cómo pueden malinterpretarse las imágenes, créeme, me he aprovechado de ello infinidad de veces, pero tus brazos están rodeando su cintura y casi la besas, tal vez hasta lo hiciste.

—¿Y qué hay con eso? ¿Y qué si es cierto? —preguntó luciendo ahora aburrido.

Norah vio todo rojo y su pecho se constriñó de furia.

—¿¿Qué hay con eso?! —inquirió en un alarido—. ¿¿De verdad tienes el valor de preguntármelo?!

—No estamos juntos, y yo puedo decidir tirarme, besar y estar con quien me dé la gana —contestó con cinismo.

—No, no lo harás —le ordenó, se acercó otro paso hacia él y lo señaló.

—¿No? —preguntó con burla—. ¿De verdad? ¿Crees que puedes controlarme? ¡Ya no eres nada para mí!

Asintió, no dudaba que eso fuera cierto; pero la rabia y el dolor entrelazados no le permitían ser lógica.

—Sí, lo sé. Puedes estar con cualquier mujer. La que te plazca. No soy tu dueña, pero no con ella, entiendes. No con...

—¿Con quién? —escupió con furia, interrumpiéndola y saltando hacia

adelante como si quisiera atraparla y aplastarla—. ¿Con qué derecho vienes a exigirme algo, Norah? Tú me usaste como quisiste y jugaste conmigo. Te aprovechaste de lo que sentía por ti, ¿y ahora vienes a tratar de prohibirme algo?

—¿Es esto una nueva forma retorcida de hacerme daño? —le reviró ignorando todo lo que acababa de decir porque no tenía defensa contra ello—. Si es así no deberías molestarme, Jack, me has castigado más que suficiente. Me quitaste todo lo que me importaba, lo máximo que pudiste hacer y arrebatarme lo hiciste, así que ni siquiera deberías intentar buscar algo más.

—¿El dinero? ¿La empresa? ¿Esta casa? —recontó con hastío.

—No —susurró negando con la cabeza, sintiendo que la tristeza la invadía—. Tú.

La miró por un segundo antes de carcajearse sin humor alguno, como si no supiera si reír, llorar o gritar a la vez y el resultado fuera un sonido casi inhumano.

—¿De verdad? —indagó, pero su tono era puro sarcasmo, sin rasgo de duda o algo similar—. Imagino que el asco que sentías cada vez que te tocaba te ayudará a superar esa gran pérdida.

Parpadeó aturdida. Por un segundo se quedó paralizada, sintiendo un dolor tan profundo en su pecho que hasta su visión se oscureció. «No me ha dejado ninguna posibilidad para redimirme», meditó horrorizada. Él no le había dicho eso la última vez que hablaron, quizá si lo hubiera hecho, todo habría sido distinto, aunque gran parte de ella dudaba de que lo fuera.

Ni siquiera se molestó en defenderse o refutarle algo, no tenía sentido. En cambio, continuó con el objetivo que se había trazado esa noche.

—No con ella, ¿va-le? —rebató, su voz rompiéndose por la emoción que aún la embargaba—. Quieres olvidarme, continuar tu vida, odiarme, acostarte con todas las mujeres del planeta y conseguir, sin duda, una mil veces mejor que yo, casarte con ella y tener los hijos que yo no te di; hazlo. Pero no con ella.

Jack la miró de arriba abajo, quizás incrédulo por lo que le estaba diciendo. Ella también se encontraba bastante sorprendida sobre eso.

—Vete a la mierda, Norah —maldijo por fin, luego se giró hacia el bar.

—No la dejes ganar, Jack, no la dejes...

—¿De qué demonios hablas? Esto no es un juego, ¡es mi vida! —acusó gritándole y volteando a verla—. Esta es mi maldita vida y ya me has arruinado lo suficiente. ¡Lárgate de aquí y no vuelvas!

—No lo hagas, por favor —rogó entonces—, te daré lo que quieras, lo que sea. Si quieres que me vaya, me iré y jamás volveré a molestarte, firmaré todo lo que me des sin siquiera leerlo, pero por lo que más quieras...

—¡Basta! —le gritó enfurecido.

Ella se detuvo y hundió los hombros. Cortó la línea de su petición y le dio la espalda para no verlo, sabiéndose perdedora y no queriendo desperdiciar la poca dignidad que le quedaba, escasa si lo consideraba, dado que hasta un segundo atrás había estado rogando como una idiota. Había sido tan absurdo ir a ese sitio. Ilógico y sin sentido. Debió haberle contado sus intenciones a Anne para que la encadenara de por vida.

—Sé que no vale de nada, por eso ni siquiera lo he intentado antes, pero... lo siento, lamento todo lo que te hice —le susurró caminando rumbo hacia la puerta.

—Detente —le ordenó Jack.

Ella lo hizo de inmediato, sin ninguna duda. Aunque sin girarse tampoco, se quedó estática mirando el portal que la llevaría lejos de allí.

Estuvieron en silencio por unos segundos, sin verse o moverse un centímetro.

—¿Jack? —preguntó por fin, extrañada por su orden así como por su falta de acción posterior.

—¿Me darás lo que quiera? —indagó. Ella se giró por fin y asintió con lentitud, tratando de descifrar su expresión—. Quiero tu cuerpo.

Lo miró horrorizada; de todas las cosas que podría creer que le diría, jamás consideró ni por un segundo que pediría eso.

—¿Por qué? —murmuró con voz rota—. ¿Qué ganarías c-con ello, Jack? —tartamudeó. Aclaró su garganta antes de continuar—: Un segundo estás diciendo que no quieres volver a verme, y al siguiente...

—No lo sé —la interrumpió—, tal vez conseguir por fin matar la rabia que siento cada vez que te miro, superar toda la porquería que me hiciste y conseguir ser feliz con otra mujer, alguien, por supuesto, mucho mejor que tú. O que tú dejes de sentir asco cuando te toque y con ello reír de último —se burló—. Llámalo venganza si quieres. O retribución. —Asintió pensativo—. Me gusta más esa palabra, parece más adecuada a nuestra situación, ¿no lo crees?

Parpadeó y negó con la cabeza, procesando las palabras, pero sin comprenderlas del todo. «¿Tanto ha cambiado?», meditó, observándolo con los ojos muy abiertos. El Jack que recordaba había sido risueño, considerado

y tierno. Juguetón en su mayoría, aunque en el fondo, taciturno y analítico. Igual de terco que ella. Pero sobre todo siempre había sido justo, era una de sus principales virtudes, heredada de su padre y fortalecida por sus altos valores familiares. La ironía de la situación no se le escapaba.

Aunque quizás, en su escala de valores, lo que le estaba exigiendo era justo.

—No lo creo —le susurró—. Lo único que conseguirás con ello es humillarme más, y lo sabes.

Él se encogió de hombros.

—Quizá, querida —respondió altivo, con una sonrisa sin humor—; pero más que todo, quería mostrarte y reafirmarme a mí mismo que de nuevo tus labios se mueven sin decir nada cierto. ¿Alguna vez has dicho algo verdadero?

Norah parpadeó un par de veces, herida por esa frase, porque sabía que casi tenía razón.

—Cuando te dije que te amab...

—Ni siquiera te atrevas —le advirtió, deteniéndola—. Lárgate.

Lo miró mientras caminaba hacia el bar y se servía otro trago. Podría cumplir esa orden, irse de allí y olvidarlo, tal vez mantener el atisbo de dignidad que le quedaba, aunque también sabría que habría fracasado, de nuevo. O podría no alejarse y volver a tenerlo por lo menos por un rato. Podría no servir para nada, y de seguro causaría más daño que bien, pero...

Justo allí, tomó la decisión.

Dio un par de pasos hasta llegar frente al sofá y empezó a remover piezas de ropa, comenzando con los tacones; sacó la camisa de seda azul del pantalón gris y la abrió, sin mucha ceremonia y con movimientos rápidos, deshaciéndose de ella y del pantalón antes de que él girara. Cuando por fin lo hizo, se quedó alucinado al encontrarla en ropa interior de encaje, a pesar de que su postura tensa le indicó que había escuchado el sonido de su ropa cayendo al piso. Vio que dejaba la copa sobre el mesón de madera del bar.

—Si la tocas o te acercas a ella, te mataré —prometió—. No volverás a verla.

—No mandarás sobre mí —la contradijo con expresión seria—. Puedo estar con quien quiera, no te debo fidelidad, nunca más.

—Ella está fuera de los límites —reafirmó Norah entrecerrando los ojos.

Jack saltó hacia ella, jalándola y tirándola contra el sofá gris. La besó con brusquedad, como castigo, maltratando sus labios y causando que gimiera de dolor. Pero no se calmó, más bien, dejó de besarla para quitarle sus bragas

con rudeza, forzándola a separar sus piernas para quedar apostado en el medio.

Mientras se desabrochaba los pantalones, Norah comprendió que él no quería que sintiera placer ni ser suave. No la estimularía como había hecho en el pasado, cuando la conexión que experimentaron fue tan fuerte que la deslumbró tanto que arrasó con cada una de sus capas. En ese momento, entendió que ese sería el castigo final por todas sus acciones y quiso gritar, llorar, empujarlo y salir corriendo; pero no pudo hacerlo.

Cuando él se introdujo en su cuerpo sin ningún tipo de juego previo, lo esperaba. Sabía que sería fulminante. Sin embargo, como siempre ocurría cuando la tomaba, incluso desde la primera vez, un intenso estremecimiento le recorrió el cuerpo haciéndola jadear y arquearse, acoplándose a sus movimientos. Siguiéndolo y moviéndose debajo de su cuerpo.

Jack la paralizó sujetando sus caderas mientras impelía, pero Norah ya estaba perdida. Gritó, se arqueó y dejó de pensar, sujetando su cabello y escondiendo la cabeza en su cuello porque él le había negado sus labios después de esa primera vez.

Llegó al orgasmo casi al ras de él, temblando y sintiéndose rota, desgarrada y entera. Todo a la vez.

Lo escuchó jadear y sintió llenarla cuando se derramaba.

Casi al instante, él salió de su cuerpo, apartándose como si le diera asco. También sabía que eso iba a ocurrir, era su declaración de principios, una pequeña venganza; así que no debería haberla impactado, pero igual lo hizo.

—Eres tan buena —escuchó que le decía mientras se ajustaba el pantalón, aún dándole la espalda, parado frente a ella—, que incluso cuando sé que estás mintiendo, te creo.

—Puedes decidir no creerme, Dios sabe que yo no lo haría en tu caso, pero esto jamás fue una mentira —le susurró con la voz rota, carraspeando para calmarse.

—¿Y en qué te convierte eso, Norah? —le preguntó. No se atrevió a contestar, aunque de todos modos la palabra resonó a su alrededor—. Vístete y lárgate de aquí —escupió entonces abrochándose sus pantalones y caminando hacia la ventana más lejana.

Ella se levantó en silencio, sus extremidades se tambalearon y sus ojos se humedecieron, aun así, consiguió vestirse con mediana rapidez, rodeada por un silencio tan opresor que casi no le permitía respirar.

Al terminar, caminó hacia la puerta y salió, no sabía qué había sucedido o



qué pasaría ahora. Estaba desorientada y su cabeza parecía un hervidero, y, a pesar de todo, no conseguía arrepentirse, porque así fuera por unos minutos, había vuelto a tenerlo.

## Capítulo 2

Norah observó su pequeña oficina con aire ausente, mirando el cubículo de escasos tres metros donde reposaba su escritorio con dos sillas, un archivero, una pequeña planta en una esquina y un par de cuadros que consiguió en el mercadillo. Se giró hacia la única ventana y suspiró sin sonreír. En sus fantasías, la vista desde su oficina iba a ser tan deslumbrante que incluso podría divisar el gran letrero de Hollywood en el horizonte.

La realidad, como se percató mucho tiempo atrás, siempre resultaba ser muy distinta. Arrugó la cara al ver la fachada de un edificio marrón.

—Norah —la llamó Anne, haciendo que dejara de divagar, como venía haciendo desde que abandonó la casa de Jack, ya una semana atrás. Parpadeó y volvió a dirigir la atención hacia la maqueta del que sería el primer número de su revista: *Luxury*—. ¿Qué te parece? Yo la encuentro llamativa, y Hayden McMahon, la actriz de la portada, es una de las más cotizadas, gracias a Dios por tus conexiones. La entrevista fue bastante significativa, se abrió por completo y sobre todo aclaró las partes oscuras del chisme que tiene a toda la industria con la boca hecha agua. Este número será un éxito.

—Será un éxito si conseguimos por lo menos otros seis patrocinadores —declaró, repasando las demás noticias que traía la revista, que ya había leído varias veces—. Esta tarde me reuniré con dos inversionistas, pero tengo la impresión de que no están tan dispuestos como había creído. Cuando llamé a sus oficinas para confirmar la cita, la secretaria estaba muy poco elocuente.

—¿De nuevo? Qué mal. Ayer tampoco tuviste éxito, aun cuando hace una semana todos creímos que la reunión pactada solo sería para cerrar el negocio. Pero no importa, esta revista es una realidad y será todo por tu causa, no lo olvides —prometió su amiga.

Cuatro meses atrás, cuando su vida casi perfecta había terminado en ruinas, Norah solo tuvo dos salidas: escapar de esa ciudad, o del país, y olvidarse de todo y de todos los que alguna vez fueron prescindibles para ella: comenzar desde cero y mantenerse solo con los dividendos que le daban sus acciones en la empresa familiar; la segunda opción, la más difícil, era fundar su propia revista y hacer lo que siempre había querido desde niña.

Había escogido la última, sobre todo por insistencia y apoyo de la pelirroja que estaba parada frente al escritorio. Seguía teniendo dudas, de hecho, se preguntaba constantemente si no se había equivocado al decidir tan impulsivamente. Sin embargo, a apenas unos días de la inauguración, ya no había vuelta atrás, en especial porque tenía claro que estaba poniendo todo su

patrimonio a excepción del valor nominal de las acciones de su madre, pero era un riesgo que había elegido tomar, sobre todo porque al estar casada con uno de los principales inversores del país en el área bancaria, no tenía muchas ganas de tocar esas puertas, ya que no sabía cómo la recibirían.

—Ahora solo necesito concentrarme en buscar cubrir los espacios publicitarios y el presupuesto mensual, nada más —declaró dejando la maqueta sobre el escritorio. Escuchó a Anne suspirar.

—Iré a revisar el cuaderno final para pasártelo. Tú concéntrate en los patrocinadores.

—Vale —respondió en un susurro; poco después escuchó la puerta de la pequeña oficina cerrarse.

Sintió malestar en su vientre. Dedujo que pronto tendría su periodo. Había tomado un anticonceptivo de emergencia para evitar que el encuentro con Jack tuviese consecuencias más sustanciales que un corazón roto, y el dolor en el bajo vientre era una de las contraindicaciones. Sonrió sin ningún humor.

Durante la mayor parte del tiempo que estuvo con él, mientras este rogaba por un embarazo, ella —en secreto— había controlado todos los aspectos para nunca concebir, y jamás sintió tristeza, dolor o una pizca de remordimiento en su conciencia por la treta utilizada. Con todo, parecía que esta semana la acumulación de sentimientos culposos, acompañados del abatimiento, germinaron, presionándola y aturdiéndola hasta la devastación total.

Se giró hacia la maqueta de nuevo, observó la portada de *Luxury*. La hermosa actriz escocesa estaba rodeada de velas en contenedores de vidrio. Esos adornos la hicieron recordar la decoración del patio de la casa de su padre. Ese día. Cuando lo conoció.

Dos años y cuatro meses atrás, su padre había organizado una pomposa fiesta para celebrar el aniversario número treinta y uno de *Composture*, la revista de modas fundada por su madre, Emily Smith, donde además de ofrecer reportajes de las marcas de moda más importantes y de mayor popularidad, ayudaba a forjar las nuevas tendencias de los jóvenes diseñadores de moda. *Composture*, el sueño hecho realidad de su madre, llegó a tener reconocimiento mundial gracias a los artículos bien escritos e investigados de sus periodistas, reportajes de sus fotógrafos, diseñadores e ilustradores nacionales e internacionales. El trabajo de Emily Smith había sido tan cotizado y respetado que el simple hecho de aparecer en su revista te ponía en el mapa editorial o te consolidaba. Su opinión era valorada y buscada, y cuando murió, había dejado un vacío tan grande en el mundo de la moda que

aún ahora, más de diez años después de su muerte, se hablaba con respeto de su labor.

Dean, su padre, quien comenzó a dirigir la empresa desde la muerte de su madre, había planeado esa celebración de gala en su propia casa, con el tema blanco y negro. No había escatimado en gastos; la decoración, la bebida, la comida, *todo era lo mejor y para lo mejor*. A Norah le había preocupado cuánto le estaría saliendo a *Composture* ese capricho de su progenitor; pero como él repitió una y otra vez: «Soy el presidente de la revista y quien toma las decisiones».

Parpadeó, y sus recuerdos volvieron a la fiesta de aniversario: velas colgadas en candelabros y otras en el piso marcando senderos. Parecía más un sitio para la seducción que para la celebración.

Para Norah, la fiesta había resultado un evento maravilloso en cuanto a su producción, aunque en términos generales, muy aburrida.

Ya habían pasado dos horas cuando Jack entró en la sala. Quizá todo hubiese sido distinto si la hubiera seducido con tan solo verlo. Si hubiese sentido un ápice de las emociones que tanto relataban las novelas románticas o los cuentos de hadas: un solo vistazo al hombre destinado para que todo tu cuerpo temblara. Un instante para que la fuerza de atracción la obligara a caminar hacia él y, a medida que iban acercándose, fuera invadida por la lujuria y el deseo de forma tan poderosa que haría casi imposible controlar las ganas de desnudarse para que él la tomase frente a todo el mundo, sin importar las normas sociales.

En cambio, Norah no había sentido absolutamente nada. Al principio, ni siquiera lo había notado, estaba más concentrada en lo que el señor Harrinton le comentaba a su hermana sobre su trabajo de modelaje.

—Norah, te presento a Matthew Spencer, director de Inversoras Spencer, y a su hijo, Jack —había informado su padre.

Se había apresurado a girar para seguir el protocolo y elevar una mano con la misma sonrisa falsa que había utilizado toda esa noche.

—Señor Spencer, un placer —comentó mirando primero al hombre mayor, rubio con motes blancos en sus patillas y alrededor de la cabeza, ojos castaños claros y marcadas líneas de expresión en las esquinas, también bordeando sus labios, como si se la pasara sonriendo.

Se giró a darle la mano al más joven, y su sonrisa se quedó estática en sus labios al notar que la observaba de arriba abajo, lentamente, como si quisiera comérsela justo en ese instante. Odiaba que los hombres la escudriñaran de

esa forma, que se creyeran con el derecho de volverla un simple objeto y grabarla en su mente para tener fantasías más tarde; pero también elevó un poco su autoestima, la cual había sido herida cuando su novio, Carl, prefirió quedarse en no sabía dónde en vez de ir a acompañarla, por lo que se relajó.

—Señor...

—Jack, por favor —había pedido mostrando sus blancos dientes de un millón de dólares. Sonrió y asintió con cortesía, evaluándolo con tranquilidad.

Era rubio como su padre, pero sus ojos eran verdes, muy abiertos y ligeros, divertidos. Su pose era relajada, parecía estar acostumbrado a este tipo de eventos. Era más bien normalito, no físicamente, que aunque era delgado, se notaba que entrenaba. No la motivó en nada. Una lástima, porque en el caso contrario podría enseñarle a Carl una lección o dos.

—Jack —repitió encogiéndose de hombros.

—Norah —contestó jugando con cada letra. La expresión había sido casi una caricia, lo cual la perturbó un poco.

Vio que saludaba a Bethanie, aunque de inmediato se giró a verla con su mirada llena de intención.

—¿Entonces? —continuó él.

—Entonces deberían seguir y ver lo que hemos preparado para ustedes, no permitan que acaparemos más de su tiempo —lo interrumpió, ansiosa por que se fueran.

Jack sonrió y le guiñó un ojo antes de seguir su camino con el otro hombre y su esposa. Se giró a ver a su padre, quien la miraba con las cejas fruncidas, pero se volvió sin decir una palabra.

Poco después, ella y su hermana estaban comiendo tranquilamente en una de las tantas mesas decoradas temáticamente.

—Beth, mira a papá. Está frenético —comentó, aturdida, viéndolo hablar al otro extremo del salón con unos conocidos empresarios—, creo que jamás ha estado tan desesperado para que todo salga justo como lo desea. Lo cual es irónico, porque nunca lo he visto entusiasmado por algo que tenga que ver con la empresa de mamá —se lamentó.

—Faltan seis meses para que adquieras las acciones, allí podrás hacer una diferencia. —Norah asintió, aunque sin ninguna ilusión. Podría recibir por fin el treinta por ciento de las acciones que su madre le había dejado en su testamento, pero eso no superaría el cuarenta que él poseía—. Y si no es así, tendremos que esperar a que yo adquiera mi veinte por ciento el año que viene, allí por fin cumpliremos nuestro sueño: tú dirigiéndola y yo siendo la

modelo estrella de cada portada.

—Ya lo estás siendo sin mi ayuda, pequeña superestrella —anunció emocionada y orgullosa por el éxito de su hermana menor. Era modelo profesional desde que tenía catorce años. Era delgada y plana, figura icónica de las modelos de alta costura. Norah no tenía esa ventaja ni deseaba esa ocupación, a pesar de las conexiones con el mundo de la moda, prefería el anonimato y la dirección de *Composture* a todo lo demás.

Bajó la mirada a su teléfono y se sintió aún más furiosa porque, además de toda la actuación de su progenitor, Carl no había contestado su último mensaje, donde le advertía que, si no aparecía en la fiesta, daría por terminada la relación. Esperaba que tuviera alguna buena excusa para su retraso, como que estaba alistándose para llegar ahí o que estaba atrapado en el tráfico, porque estaba decidida a cumplir su ultimátum. Elevó su mirada y vio a su padre pararse frente a ella, acompañado con Jack.

—Norah, Jack quiere conocer el invernadero, y como sé que eso es lo que te gusta, quería ver si podrías acompañarlo. Enseñarle los jardines, la casa. Ahora.

Sonrió con tristeza, volviendo al presente. La invitación propuesta por su padre había sido tan absurda e intencionada que en ese momento debió darse cuenta de todo, comprender lo que en verdad estaba ocurriendo, pero no; en cambio, estaba tan concentrada en Carl que no fue capaz de sumar dos más dos, estaba tan ensimismada que simplemente se había levantado del asiento, se había dirigido hacia Jack y lo había llevado hacia la casa, para guiarlo hasta donde estaba ubicado el invernadero y la piscina, partes que su padre no había habilitado para la fiesta.

Escuchó su teléfono sonar y parpadeó, contestando sin siquiera ver la pantalla.

—Norah Spencer —susurró como una autómatas a pesar de saber que ya no tenía derecho a usar ese apellido.

—*En el Hilton, hoy, a las ocho de la noche* —escuchó que le decían. Se tensó.

—¿Jack? —Se sentó derecha y frunció el ceño hasta que sus cejas oscuras casi se unieron.

—*Y llega puntual, sabes cuánto odio que me hagan esperar* —dijo sin reconocer su pregunta.

Sonrió en forma inconsciente, claro que lo sabía. Por ello lo había hecho esperar muchas veces, sin otro motivo que su propia diversión.

—¿Exactamente, para qué tengo que ir allá? —indagó confundida. La línea quedó en silencio por unos segundos y se preguntó si aún estaba allí—. ¿Jack?

—*Llegamos a un acuerdo, ¿no lo recuerdas?* —inquirió con voz sedosa, tanto que la hizo estremecer.

—¿Qué? —balbuceó aturdida—. Pensé que... Cuando me dijiste que me fuera... Yo...

—*A las ocho* —repitió, finalizando la llamada, y ella hundió los hombros, encorvándose y mirando el teléfono.

Al parecer, aún era su amante, aún después de haberse apartado de su cuerpo con asco y de que le hubiese ordenado que se largara de su casa. La parte más inocente de su ser sufría solo al pensar que esa escena volviera a repetirse, tal vez no sobreviviría si ocurría de nuevo. Pero la cínica conocía su fortaleza y los límites de lo que su corazón soportaría para tenerlo por un rato más.

\*\*\*

Estuvo en la recepción del Hilton quince minutos antes de la hora pautada. Aún se sentía descolocada con el resultado de las dos citas que había tenido esa tarde, ambas reuniones infructuosas, y porque uno de los patrocinadores, el que tres días atrás había accedido a contratar dos páginas de *Luxury* para publicidad, disolvió el contrato sin ninguna razón. De hecho, cuando ella le había preguntado por qué se retractaba, el tipo musitó algo sobre que sus fuentes de ingresos se verían amenazadas con el acuerdo.

Absurdo.

Negó con la cabeza y alisó el vestido rojo ajustado que estaba usando, un poco más sensual de lo prudente, pero necesitaba todas las armas que estuviesen a su disposición. Sabía que se estaba metiendo en algo sórdido e irracional, aunque se negó a pensar en ello. También se negó a esperar en la recepción como una prostituta de cuarta. Caminó hacia el restaurante del hotel y se sentó en la barra, pidió un Martini seco y esperó a que él llegara, para caer nuevamente en el círculo vicioso.

Le sonrió al cantinero que le entregó el trago y dio un sorbo con aparente calma. La mezcla era fuerte, pero se había vuelto su trago favorito desde años atrás, desde esa noche, cuando conoció a Jack.

—*Martini seco. Dos* —pidió Jack al cantinero del bar abierto antes de unirse a Norah, que lo esperaba a su espalda, para luego dirigirse a la casa.

—*Es de caballeros preguntarle a una dama su preferencia de licor* —espetó ella.

—Cierto. —Sonrió el hombre ofreciéndole una sonrisa conciliadora—. Supongo que no soy un caballero. —Le guiñó el ojo. Ella resopló, viendo como le entregaban las bebidas y le ofrecía una—. Ahora veamos ese invernadero.

—Creo que nunca he encontrado a alguien que esté más interesado en un grupo de flores contenidas en un calor asfixiante que en ligar en una fiesta.

—¿Y quién dice que no se puedan hacer las dos cosas a la vez? —contestó, causando que Norah lo mirara antes de tomar un sorbo del trago, casi ahogándose por la vodka pura.

—¡Asqueroso! —se quejó observando a la copa y al rubio que la miraba con intensidad—. Aunque efectivo —respondió al sentir un ligero mareo—. Me gusta.

Él sonrió y después permitió que lo guiara.

Imaginando que su trabajo de faldera era para que Dean hablara de negocios con su padre, se preparó para dar su mejor comportamiento. Le enseñó todas las áreas sociales de su casa, comentando alguna obra curiosa, o costosa, o lo que fuera que creyera que le interesaría. Jack, en cambio, pasó todo el rato bromeando. Incluso lo miró aturdida cuando se paró frente a un cuadro y empezó a imitar las voces que los supuestos personajes se estaban diciendo.

—«Entonces, estás libre esta noche». «Espera, deja correr a terminar de hacer el florero».

Norah solo pudo reírse y negar con la cabeza.

—¿No tomas nada en serio? —preguntó aturdida.

—Muchas cosas —respondió, dio un último sorbo a su bebida y dejó la copa sobre la mesa, después le quitó la suya, que estaba casi terminada—. La verdad, demasiadas, pero cuando se trata de ligar, no creo que te guste del tipo intenso.

—Te sorprenderías —masculló pensando sobre ello—, aunque, por favor, deja de intentar algo conmigo, no resultará. Tengo novio... bueno, aún lo tengo de todos modos. Su futuro es incierto después de fallarme esta noche. Igual no estoy disponible.

Él sonrió y por una vez se quedó callado, girándose de nuevo hacia el retrato.

—Espera —le pidió Norah mientras corría al despacho de su padre y buscaba una botella de champaña que siempre mantenía allí. Él aulló de emoción cuando la vio salir con ella, y se encaminaron por las puertas de



*vidrio y madera que daban a la piscina. Allí lo escuchó silbar.*

*—Dios santo, no debes salir de aquí, ¡es gigante! —exclamó asombrado mientras la rodeaba y se acuclillaba para probar la temperatura del agua.*

*Ella se quedó allí, viendo al sentido contrario de la piscina, casi temblando por la brisa helada.*

*—Y tiene temporizador —continuó aturdido. Se giró para verla, con expresión pícaro—. ¿Quieres zambullirte?*

*Negó con la cabeza antes de siquiera saber que lo estaba haciendo y comenzó a caminar por el sendero que llevaba hacia el invernadero.*

*—No soy fanática del agua, de zambullirme en piscinas o playas —explicó sin saber si la seguía.*

*—¿Y cómo haces en vacaciones? —preguntó él caminando ya a su lado.*

*—Tomo sol, es para lo que están las playas y las piscinas. El agua del mar está contaminada, y el cloro de la piscina daña mi cabello.*

*Jack se encogió de hombros y la rodeó, para abrir la puerta del invernadero. Se concentraron en identificar las plantas; las que había en distintas formas y colores. Poco tiempo después, ella lo invitó a salir y se sentaron en un banco fuera del invernadero y lejos de la piscina, donde comenzaron a beber el champaña.*

*—¿Y qué haces, Jack? —indagó mirándolo de reojo—. Además de imitar las voces de figuras inanimadas.*

*El rubio rio, tomando un sorbo de la botella.*

*—Ese es mi poder secreto, no lo divulgues —advirtió divertido, ofreciéndole un trago—. Soy inversor, es el negocio familiar. Estoy trabajando con mi padre desde hace ocho años, desde que regresé de la universidad.*

*—Nunca te había visto en ninguna fiesta o evento —comentó.*

*Él se encogió de hombros.*

*—Soy un poco ermitaño, no me gustan estas cosas, me parece que sirvo mejor en la oficina. Les dejo a mis padres la publicidad y pasear por estos eventos sociales; mi madre es experta en ello.*

*—Entonces, ¿por qué viniste a esta? —le preguntó intrigada. Ante su falta de respuesta, se giró a verlo, lo encontró observándola con tal intensidad que la hizo sentir incómoda. Se estremeció, por lo que se puso de pie, un poco nerviosa.*

*—Creo que...*

*—¿Qué haces tú? —le preguntó interrumpiéndola y levantándose a su*

vez.

—Soy reportera de Composture —dijo, tranquilizándose por el cambio de tema y del ambiente a su alrededor.

—¿Te gusta eso? ¿Los chismes, el amarillismo?

Norah se encogió de hombros con una sonrisa. La verdad le encantaba, desde las celebridades, los consejos de salud o sexuales, hasta las editoriales. Era maravilloso, cada emisión era una pequeña obra de arte, muy pocas personas entendían el esfuerzo que conllevaba crear una edición mensual, la forma en que cada noticia parecía entrelazarse para que formara un todo, equilibrando cada reportaje y haciendo que el lector se enganchara y disfrutara cada una de sus páginas.

—Es lo único que siempre he querido —se encontró confesando—. Desde que vi a mi madre dirigirla y noté la satisfacción en su mirada cuando leía el libro final. A veces me permitía ayudar, hacer cosas tontas como pegar una imagen o escoger un color; pero me hacía sentir como si fuera algo tan importante... —Miró a las estrellas, perdida en sus recuerdos—. Siempre supe que eso era lo que quería hacer en mi futuro. He estudiado para ello, y he trabajado allí desde que cumplí dieciséis, preparándome para conseguirlo.

—Lo harás —respondió él acercándose a ella. Se encontraba tan concentrada en sus fantasías que no se dio cuenta de lo cerca que estaban hasta que lo sintió acariciar su cabello—. Qué color tan inusual —lo escuchó susurrar, el aire de su aliento golpeando su oído. Quedó paralizada por unos instantes—. Es tan negro como la noche, incluso tiene tonos azulados.

—Mi madre lo tenía igual —confesó, apartándose, con una sonrisa, preguntándose cómo podría haber visto los reflejos en esa oscuridad—. Soy la única que heredó su color, que, al parecer, era de una tatarabuela. El color castaño claro de mi hermana proviene de mi abuelo. —Miró hacia la casa y se encogió de hombros—. Deberíamos regresar.

Él se acercó y, de alguna manera, la encerró entre sus brazos, su espalda contra la pared caliente del invernadero. No se sentía aprisionada porque la miraba casi juguetón, pero no quería que pensara que le estaba dando oportunidad para iniciar algo que en realidad ella no deseaba.

—¿Y si no te dejo escapar? —preguntó con una sonrisa amplia. Ella parpadeó y apoyó las manos sobre su pecho sin siquiera saber por qué. Frunció el ceño al sentirlo formado incluso sobre el esmoquin negro que

*estaba usando. Le enarcó una ceja—. Remo, profesional en la universidad, ahora solo en casa, es lo único que me relaja.*

*—Dudo mucho eso —declaró, y lo miró aturdida.*

*«¿Coqueteé conscientemente? ¿Qué diablos?».*

*Jack rio.*

*Lo sintió más cerca.*

*—¿De verdad? —preguntó él con tono sugestivo.*

*Un segundo después, la estaba besando. Ella se quedó paralizada, tal vez impactada por su movimiento, no porque no se lo esperara del todo, sino porque le sorprendió su audacia. Por un momento creyó que experimentaría algo más, un cosquilleo, escalofríos, pero nada surgió. Norah se sintió decepcionada y esperó a que se detuviera al notar su nula reciprocidad. Él se detuvo poco después, apartándose y liberándola de la presión de sus labios.*

*No supo qué habría hecho él a continuación, quizá bromear o disculparse, porque, de la nada, su mano se elevó y lo abofeteó con tanta fuerza que giró su cara. Lo miró por tres segundos y salió prácticamente corriendo de allí, entró a la casa y se mezcló en la fiesta deseando nunca volver a verlo en su vida.*

Norah parpadeó, salió de sus pensamientos y dejó sobre el bar la copa vacía antes de elevar la mirada y encontrarse con unos ojos verdes muy familiares.

*—¿Cuánto tiempo tienes allí? —preguntó confundida.*

*—El suficiente para saber que por una vez me hiciste caso —respondió, encogiéndose de hombros—. ¿Estás jugando a ser obediente esta vez, Norah?*

El hombre que estaba sentado frente a ella era completamente distinto a quien había recordado hacía un instante, y era algo más que su traje azul y su cabello un poco más largo, o la falta de su personalidad juguetona que ahora sabía que reservaba únicamente para ella. Era la experiencia, resolvió en ese instante, no es que el Jack de treinta y un años no hubiese tenido ya muchas de esas, sino que dos años atrás aún no había sido marcado y quebrado como ahora.

*—Martini seco. Dos —ordenó Jack al cantinero. Norah sonrió; él no la imitó, más bien parecía taciturno. Se tensó, concentrándose en lo que estaba sucediendo, y posó su mano sobre la que Jack tenía en el mostrador.*

*—No subiré contigo hasta que me garantices que cumplirás lo que te pedí la otra noche.*

El rubio miró las manos unidas y después subió a su cara; Norah se erizó por su expresión. Jack se levantó y apretó su sujeción hasta hacerle daño, la jaló lejos del mostrador y la acercó a su cuerpo. Ella percibió que se acercaba a su oído.

—Y si me entero que hay otro hombre mientras dure nuestro arreglo, los mataré. A ambos, como debí haberlo hecho antes.

Ella se agitó y abrió los labios para explicarle que nunca podría estar con alguien más, pero finalmente los cerró, ya que, de nuevo, no tenía argumentos para validar su defensa.

—Está bien —respondió en vez. Fue la promesa más fácil que pudo hacer en su vida.

Él se apartó hasta que sus ojos se unieron a los suyos.

—Vamos —ordenó tirando de su sujeción para que lo siguiera.

Lo miró, luego dirigió la mirada hacia sus manos. Se quedó estática por un par de segundos, antes de por fin dejarse llevar sabiendo que no existía otra opción.

## Capítulo 3

Lo siguió hasta el ascensor y frunció el ceño sintiéndose confundida cuando embarcaron. Había asumido que el bar del hotel era el sitio de encuentro para ir a otra parte, no que se quedarían allí. Sí, era claro que estaban en un hotel, pero dudaba que alquilaran habitaciones por hora en un sitio de esa categoría.

—¿Qué hacemos subiendo al área de habitaciones? —le preguntó aturdida. Jack se giró a verla, con una mirada tan elocuente que se sonrojó—. ¿Cómo? —insistió, fuera de su elemento.

—Tengo una alquilada —respondió girándose hacia el tablero—. Me sirve bien.

Abrió la boca sin saber bien qué decir, pero el ascensor se detuvo y entraron tres personas, evitando que dijera alguna estupidez. Caminó hacia atrás sin prestar atención, repitiendo una y otra vez las últimas palabras de Jack. «¿Tenía una habitación allí y le venía bien?». ¿Desde cuándo? ¿Por qué nunca supo de eso? ¿La tuvo desde antes de separarse?

Lo miró con furia, y él enarcó una ceja, desinflándola a tal nivel que apartó todas las recriminaciones de su mente. Hubiese sido tan fácil creer que había actuado igual de tramposo que ella en toda esta historia, quizás aliviaría su conciencia, aunque tal vez la condenaría más al infierno, no estaba muy segura.

Las puertas del ascensor volvieron a abrirse y entraron dos personas más, lo que dejó menos espacio entre los huéspedes, e intencionalmente se acercó hacia donde él estaba. Pegó su espalda contra su pecho y cerró los ojos por un instante al sentir su respiración en su sien. Norah era alta, desde los diecisiete años medía un metro setenta y cinco, pero Jack lo era mucho más, pasando del metro ochenta, y a pesar de ser de contextura delgada, la hacía sentir diminuta.

—¿Desde hace cuánto tiempo tienes esta habitación? —indagó en un susurro. Tensa.

Lo escuchó resoplar con molestia, como decidiendo entre contestar o no.

—Un par de meses —dijo por fin.

Sintió que su estómago se retorció en nudos. «¿Cuántas mujeres? ¿Cuántas?».

—¿La trajiste aquí? —preguntó lo único que le interesaba, forzándose a dejar de pensar sobre las demás.

No respondió de inmediato.

Ella se giró a verlo, sin importar el público que los rodeaba, porque tendrían que matarla antes de acceder a entrar a un espacio que, según su

percepción, estaba contaminado.

—¿Lo llevaste a él a mi cama? —contraatacó mirándola con furia.

Negó con la cabeza, sin añadir nada más. Sabía que Jack necesitaba más que eso y también que se lo había negado al nunca contestar sus preguntas, pero no estaba ni de cerca preparada para hablar sobre ello.

—Yo tampoco.

El alivio la inundó. Eso era lo único que le importaba, lo cual demostraba lo poco que pedía, o lo mucho dependiendo del cristal con que se mirara.

El ascensor sonó y las puertas se abrieron. Jack tomó su mano, se deslizó entre los demás usuarios hasta salir al pasillo, donde giró hacia el lado izquierdo, arrastrándola. Ella se dejó llevar, sin voluntad ni quejas, porque no era un cordero siendo enviado al matadero, jamás lo había sido. Era solo estúpida.

Él abrió la puerta de la suite 578, la jaló hacia dentro y cerró la puerta. La suite tenía dos espacios; un salón de estar con sofás color beige y una mesa de madera con una silla de escritorio, con los pisos alfombrados de un color champaña y un balcón grande con las cortinas claras descorridas que dejaban a la vista los ventanales amplios con el panorama de Beverly Hills. Más allá, detrás de unas puertas corredizas blancas de madera, estaba la habitación con una cama grande con cobertores blanco, gris y beige. También se divisaba un espejo y un televisor sobre una cómoda de madera oscura.

Lo vio caminar hacia la cama. Abrió la boca para decirle algo, pero se calló justo en ese instante, al notar que se estaba quitando la corbata, que la lanzaba sobre la silla del escritorio y que seguía con el saco del traje azul.

Bajó la cabeza y suspiró, antes de dejar su sobre encima del arrimo, a un costado de la puerta, y caminar hacia la cama mientras se desnudaba con rapidez y eficiencia. Estaba claro que no habría ningún tipo de jugueteos ni risas o besos. A su Jack le había encantado jugar, siempre había sonreído cuando estaban en la intimidad, relajándola sin siquiera saberlo, hasta que caían en la cama con tanta pasión e intensidad que habían ardido hasta el infinito. Ahora, todo eso se había ido.

Se sentó sobre la cama y comenzó a retirarse las medias que a él —en otros tiempos— le habría encantado remover; en cambio, ahora lo veía sentado en uno de los sillones beige, en el lateral de la cama, quitándose sus zapatos y medias a la vez. Ya estaba sin camisa, y su visión la dejó sin aliento. «En verdad se ha estado ejercitando sin descanso», pensó aturdida. Su pecho siempre fue formado, pero ahora parecía fuerte, musculoso y firme, como si

nada pudiera atravesarlo; su espalda también estaba mucho más amplia y corpulenta.

Se levantó, desvió la mirada a la vez que dejaba caer el vestido y continuó con su *brassier* de encaje y sus bragas. Lo vio de reojo descartar el pantalón y los calzoncillos antes de acercarse, totalmente desnudo y excitado, recorriéndola con la mirada y tocándose a sí mismo, estimulándose aún más de lo que ya estaba.

Él se detuvo un paso antes de llegar a la cama, y ella supo lo que quería, por lo que se dejó caer sobre el lecho y comenzó a moverse hacia atrás hasta quedar en el centro, tomó las almohadas y las lanzó al suelo. Jack la siguió, se situó a su lado y comenzó a besarla y a tocarla.

Norah cerró los ojos y, por un instante, se permitió pensar en que todo era como antes de que su relación se arruinara: ambos cuerpos desnudos, el calor y el peso familiar rodeándola, envolviéndola y haciéndola incendiarse. Ciertamente, la forma en que usaba sus labios era la misma, aún sabía dónde besarla, dónde causar que gimiera con más fuerza. Sus roces también le eran conocidos, la forma en que apretaba sus pechos y bajaba a su parte más sensible sin descuidar ningún punto entre ambos sitios.

Incluso cómo ella lo tocaba le resultaba aún más familiar. A pesar que acariciaba un pecho más cincelado y una espalda más formada, su piel era igual de suave, su miembro seguía ardiendo contra su cuerpo. Y cuando ya fue más de lo que ambos pudieron soportar de agonía y placer, él se posicionó entre sus piernas y entró en ella, haciéndola perderse de nuevo en el abismo que era Jack.

Aunque no podía engañarse, sabía que el sentimiento de familiaridad era solo eso, porque faltaba lo más importante, algo que había dado por sentado y que ahora necesitaba más que nunca. Faltaba la emoción y la pasión que solo afloraba cuando él soltaba las barreras y se dejaba llevar a su lado. Esa entrega ciega que le otorgó cuando la había amado y adorado, en vez de solo tener sexo con ella.

Sin embargo, mientras la poseía y la llevaba cada vez más alto, no encontró fuerzas para detenerlo, menos para que le importara.

—Oh, Jack... —repetía una y otra vez, besando cada parte a la que podía acceder, apretándolo más a su cuerpo, ya que no conseguía tenerlo tan cerca como lo necesitaba.

Justo cuando iba a traspasar el abismo, mucho tiempo después, abrió los ojos y se tensó, ya que de nuevo casi olvidaba algo importante.

—No estoy protegida —le susurró al oído, percibiendo que él se estremecía, quizá por la sensación del aire caliente contra su piel—. No acabes dentro —le rogó en medio de un gemido roto porque comenzó a arremeter más rápido a la vez que la acariciaba, haciéndola perder el sentido.

Gritó cuando llegó a su orgasmo y poco después lo escuchó gemir casi lastimosamente, sintiendo cómo la llenaba.

Jack ocultó la cabeza entre el cuello y su hombro mientras ambos temblaban y se calmaban.

Norah cerró los ojos y se dejó caer sobre la cama, jadeando por aire a la vez que el remanente tenue de las ondas de placer la golpeaban. De la nada, las manos de Jack aprisionaron su cabeza y la movió hasta que sus ojos quedaron anclados en los suyos.

—¿Te protegiste durante todo nuestro matrimonio? —le preguntó con tono brusco, furioso. Ella asintió, decidida a no volver a mentirle—. Incluso cuando me dijiste que no lo hacías. —Terminó la sentencia mirándola ya no con furia, sino que con tal decepción y tristeza que la dejó fría.

Segundos después, Jack se apartó de ella y se sentó en el borde de la cama, dándole la espalda. Norah vio su postura cansada y como se pasaba las manos por la cara, siempre hacía eso cuando estaba harto de algo. Se levantó de un salto y se arrodilló frente a su marido.

—Había pautado una cita con la ginecóloga justo cuando explotó todo — intentó explicar.

—Qué conveniente —masculló, obviamente, sin creerle.

Jack se levantó y caminó hacia la puerta del baño, entró y la cerró con un golpe.

Ella se quedó allí, sintiéndose también agotada. Jaló las sábanas y se envolvió con ellas, preguntándose qué demonios había estado pensando al ir esa noche y al empezar todo ese enredo. Se sentó en la cama y se quedó sin moverse, escuchando el agua correr de la ducha hasta que él salió de allí unos diez minutos más tarde.

Lo vio vestirse dándole la espalda, sus movimientos rápidos, tensos y bruscos. Lo detalló durante todo el tiempo, tragando grueso, perdiéndose un poco en la visión de sus piernas, su trasero y espalda antes de parpadear y enfocarse en lo que estaba pasando.

—¿Qué vamos a hacer si salgo embarazada? ¿Has pensado sobre ello? Traer una vida ahora, en este enredo, solo nos hará más daño —insistió. Lo vio quedarse paralizado antes de girarse con rapidez.



—¿Qué estás diciendo? —preguntó alterado—. ¿Lo abortarías? Es lo único que te falta hacerme, Norah.

—No. No lo haré —respondió con voz entrecortada, mirándolo horrorizada—, pero no estás pensando con claridad. ¿Qué haríamos si...?

—¡Lo tenemos y ya! —explotó, interrumpiéndola.

Se quedó paralizada y lo miró con el ceño fruncido.

Él se giró para seguir vistiéndose, y ella suspiró, rindiéndose. Sabía que tenía razón, que lo tendría y que Jack nunca se desentendería de su hijo; no obstante, toda la situación era confusa. La mayor parte del tiempo creía que él solo quería huir hacia la otra dirección, lo más lejos de su camino, y ciertamente un hijo no lo ayudaría a romper todo vínculo con ella. Más bien los ataría para siempre.

Años atrás, eso era lo último que hubiese querido en su vida; ahora era un sueño.

Vio que se sentaba para ponerse los zapatos, y se apoyó contra el respaldar de la cama.

—Nunca quise estar casada —le confesó viendo como él parpadeaba y alzaba la mirada por un instante—, ni contigo ni con nadie.

—Nadie te obligó, Norah —le refutó, se levantó para poder acomodar su camisa dentro de la cinturilla de sus pantalones.

—Sí, tienes razón —concordó suspirando—, nadie más lo hizo.

Jack gruñó, tomó el saco y la corbata, al parecer, tan desesperado por salir de allí que ni siquiera le importaba terminar de vestirse.

—Te llamaré —aseguró él caminando hacia la puerta.

Norah se envolvió en la sábana y caminó hacia él.

—No, esto es un error, es un nuevo error —declaró, y lo jaló por un brazo para que la mirada—. ¿Sabes qué? Olvídate de todo este desastre. No tiene sentido y no quiero arruinar más esto, nosotros. Lo que sea. Si quieres estar con ella, entonces quédate con ella, no me importa, ya nada importa en realidad. No podemos seguir...

Jack la sujetó y la lanzó contra la puerta, impidiendo que siguiera hablando con un beso voraz. La tomó con tanta desesperación que le recordó a su pasado, al hombre que tanto la había amado. Cuando se apartó, su mano seguía sobre su cuello paralizándola y sosteniéndola a la vez, ya que sentía que sus piernas cederían de un momento a otro.

—Soy el único que puede decir cuándo se acaba esto, Norah —le dijo con firmeza—. Nadie más. Me lo debes. Si en tu ser queda algún maldito gramo de

decencia o justicia, sabes que tengo razón.

La liberó y salió de la habitación cerrando la puerta de un golpe. Ella se estremeció por el fuerte ruido y se dejó caer sobre el suelo, subió las rodillas contra su pecho, colocó su cabeza sobre ellas y comenzó a llorar.

—Solo yo... —susurró, tambaleándose contra la pared.

Lo repitió por unos cinco minutos antes de comprender lo absurdo de su situación y lo poco que eso resolvería algo. Cuando por fin se levantó, caminó hacia el baño para ducharse a pesar de saber que, sin importar la cantidad de agua que utilizara, nada la dejaría limpia. Mientras sentía el rocío de la ducha caer por su piel, meditó sobre el instante en que todo se había enredado.

Al día siguiente a la fiesta de aniversario de *Composture*, que había llamado dulcemente: «ADJ; antes de Jack», despertó como cualquier otro día después de una celebración parecida; muy tarde y con resaca.

*Norah encontró la casa silenciosa, su hermana ni siquiera se había despertado aún. Se dirigió hacia la cocina para comer algo rápido, y en la mesa del hall de entrada, encontró un arreglo de tres docenas de rosas rojas, bastantes clichés según su consideración. Se acercó a revisar la dedicatoria, que tenía escrito su nombre, preguntándose si eran de Carl, pero sabiendo que no haría ninguna diferencia; él había perdido todas las oportunidades con ella después de dejarla plantada la noche anterior.*

*Sin embargo, se sorprendió al leer el contenido de la nota.*

Lo siento.

¿Podría intentarlo de nuevo?

Jack

P.D.: ¿Esta noche?

*Frunció el ceño sin dejar de observar la tarjeta, luchando para encontrarle algún sentido al mensaje, ya que, para ella, él ni siquiera había empezado a intentarlo, no que hubiese querido que lo hiciera tampoco.*

*Justo en ese instante su padre pasó por su lado y se detuvo a observarla con curiosidad; cuando notó las flores, sonrió socarronamente, sus ojos castaños brillaron.*

—Ese es un buen pretendiente, Norah —le comentó divertido y también orgulloso—. Deberías llamarlo.

*Ella parpadeó y guardó la nota en su pantalón de pijamas.*

—Tal vez —ofreció sin ninguna intención de cumplirlo, girando hacia su padre—. ¿Podemos hablar?

*Dean frunció el ceño y asintió, la guió hacia su oficina y tomó asiento*

frente a su escritorio de roble. Ella lo secundó mirando a su alrededor, al espacio familiar de su padre, al librero lleno de cada uno de los ejemplares de la revista que siempre le hacía experimentar nostalgia de su niñez, cuando pasaba horas en el despacho materno, hojeándolas, mientras su mamá le contaba cientos de anécdotas sobre las sesiones fotográficas y sus editoriales favoritas. También rememoró todas las veces en que se escapó de sus niñeras después de que ella muriera, para entrar a escondidas a ese despacho y volver a mirarlas, tocarlas y sentirse de nuevo cerca de su madre. Hasta que, un día, Dean la descubrió con casi todas las copias en el suelo y ella sentada sobre la misma alfombra verde y mullida que seguía reposando allí en esos momentos, y comenzó a trancar la puerta con llave para que ella no lo repitiera. Apartó la mirada del librero y como siempre, sus ojos se detuvieron en la foto de su madre que invadía la mitad de la pared en el lado derecho de la habitación. Su pecho se constriñó de anhelo y tristeza, deseó por enésima vez que estuviese viva, porque si lo estuviera, sabía que no tendría que rogar por lo que por derecho le pertenecía.

—¿Qué te pareció la fiesta? —le preguntó su padre, interrumpiendo su revisión.

—Todos se divirtieron —dijo dudosa. Giró la cabeza para verlo—, pero para mí fue una pérdida del capital de Composture. No creo que mamá lo hubiese autorizado.

—Tu madre no tiene que autorizar nada, Norah —le advirtió—. Soy yo quien dirige la revista, lo he hecho por años. Nada va a cambiar eso.

Apretó los labios y se dejó caer sobre el asiento, frustrada por su respuesta. Sin embargo, se obligó a respirar hondo y a calmarse, tenía una misión y no quería que su temperamento se inmiscuyera.

—Quería hablarte sobre el testamento y sobre lo que mi madre deseaba.

—No estás preparada para dirigir Composture —la cortó su padre en forma tajante.

—Tengo años preparándome para ese cargo, y lo llevo en mi sangre —refutó con terquedad.

—Vas a cumplir veinticuatro años en cuatro meses, Norah, deberías concentrarte en vivir un poco primero. Tal vez, conseguir un mejor novio que el bueno para nada con el que andas.

Norah arrugó la cara.

—Eso es historia —respondió, descartándolo con la mano.

—Bueno, encárgate de buscarle sustituto. Ese chico Spencer es una

*buena opción —comentó su padre sonriendo. Ella negó con la cabeza.*

*—Obtendré el control del treinta por ciento de las acciones...*

*—Lo cual, lamentablemente para ti, no supera al cuarenta por ciento que yo poseo —continuó, inclemente, su padre—. No estás lista.*

*—Tú podrías entrenarme —ofreció; aunque no lo deseara en verdad, creyó que sería una buena forma de que él cediera—. Puede que no lo esté aún —lo cual dudaba—, pero con tu guía podría dirigirla. Es mi sueño.*

*Su padre se levantó y se giró hacia la amplia ventana detrás del escritorio.*

*—¿Cuánto lo deseas?*

*—Con desesperación —respondió sin dudarlo.*

*El silencio los envolvió por unos minutos, pero no lo intentó romper, su corazón martillaba contra su pecho porque sentía que su vida completa dependía de lo que iba a suceder a continuación. Su padre tenía las manos cruzadas en su espalda y parecía perdido en sus pensamientos.*

*—¿Sabías que los Spencer nunca han estado interesados en invertir en algo distinto al área bancaria y agropecuaria? —informó él cambiando por completo el tema, confundiéndola—. Únicamente por asistir a una fiesta promovida por un área comercial de moda, llenó de zumbidos y rumores a todo nuestro círculo económico. Tenías que haberlos escuchado: «¿Estarán interesados? ¿Cuántos ceros le ofrecerán a Dean? ¿Qué tiene Composture que no tengamos nosotros?».*

*—¿Qué demonios me interesan los Spencer?! —gritó ella levantándose y golpeando la mesa con furia—. Hablo de la gerencia de Composture, no de unos idiotas inversores. Hablo de mi vida y de lo que siempre he querido.*

*Su padre se giró con expresión taciturna, antes de negar con la cabeza.*

*—Y justo allí, al ignorar lo que te estoy diciendo, me hace ver que aún no tienes lo necesario para dirigir la revista.*

*Norah frunció el ceño.*

*—¿Qué es esto? ¿Una prueba? ¿Quieres que los atraiga para que inviertan? ¿Si lo hago, me entrenarás y cederás el control? ¿Es eso?*

*Su padre sonrió y volvió a negar con la cabeza desviando la mirada, aunque ya sabía que eso era en verdad lo que estaba diciendo. Con él todo era una estrategia, sobre todo porque conocía muy bien su renuencia a otorgarle la gerencia de la empresa.*

*—Bien —declaró mirándolo con firmeza. Salió del despacho y golpeó la puerta a su espalda.*

Norah se envolvió en una toalla y se dirigió hacia la habitación pensando en dicotomías. Frío y caliente. La dualidad de emociones con la que enfrentó la resistencia de su padre de darle lo que por derecho merecía; caliente: porque solo necesitó una negativa para actuar como el ser impulsivo que era y desvirtuar toda una historia. Y fría porque ni siquiera había considerado a los otros participantes de esta crónica, tampoco lo que estaba haciendo; simplemente, salió con Jack y, justo en medio de la cena, marcó su destino:

*—Te propongo un trato —le dijo a su padre durante la cena, una noche después de haber salido con el rubio—; atraeré a Jack y a las Inversoras Spencer para que inviertan en nuestra compañía, y será exclusivo. Te aseguro que no invertirán en ninguna otra empresa de nuestro ramo del mercado. Con esa inyección de capital, podríamos expandirnos a Europa; claro, si lo deseas, e incluso si todo sale como lo espero, ni siquiera tendrás que preocuparte por el dinero. Pero si hago esto, seré la nueva directora de Composture y me entrenarás en las materias en las que crees que me falta experiencia.*

*—¿Y cómo piensas lograr algo así? —preguntó su padre mirándola con incredulidad.*

*Norah tomó un sorbo de su copa de vino antes de contestar.*

*—Me casaré con él —respondió. Escuchó como su hermana se ahogaba por su declaración.*

*—¿Norah?*

*—¿No es eso lo que estabas buscando? —indagó concentrándose en Dean—. ¿No era esa la razón por la que me insistías para que saliera con él, para ver si congeniábamos y estuviésemos juntos, para coronar con una maravillosa boda al final?*

*Dean asintió, exasperado, con sus orejas completamente rojas.*

*—Sí, pero...*

*—Pues lo haré, y te aseguro que será en menos de seis meses. Antes de mi cumpleaños si me salgo con la mía —expuso con seriedad—. Pero Composture será mía. Y le darás a Jack el diez por ciento de tus acciones como regalo de boda y un ofrecimiento de buena voluntad.*

*El castaño parpadeó y tomó un trago de la copa de vino antes de sonreír y hacerle un gesto de salud.*

*—Si te divorcias antes de tres años, me darás el diez por ciento de las tuyas —negoció entonces. Ella elevó una ceja, interrogante—. No me tratarás como un estúpido. Además, quiero nietos.*

*Se rio, ya que lo que menos quería y menos creía posible era tener hijos con Jack.*

*—Bien —respondió encogiéndose de hombros, y continuó cenando sin siquiera sentir remordimientos ni revoltijos en su estómago por la conversación.*

«Ahora sí que los siento», pensó Norah a la vez que tomaba el sobre de la mesilla y salía de la habitación. En verdad nadie la había obligado a casarse, pero estaba tan obsesionada por cumplir su objetivo a como diera lugar, que nunca se detuvo a pensar a quién dañaría en el camino.

Empezando por sí misma.

## Capítulo 4

Norah se dejó caer en el respaldo del sofá y apoyó los pies descalzos sobre la mesa de café, disfrutando de su copa de vino y de su momento de descanso, mientras admiraba el resultado del trabajo arduo de casi seis meses.

*Luxury.*

Esa semana había sido el lanzamiento, y los números de ventas no estaban nada mal. Y si la proyección se cumplía, estos mejorarían. Claro, aún faltaban patrocinadores, pero tenía la esperanza que, al establecerse la revista, esos aumentarían.

Sin embargo, no se preocuparía por ello en ese instante porque era el momento de regodearse. Se lo merecía después del último mes que había pasado, treinta días en los que trabajó más que en toda su vida. No obstante, al ver el número impreso reposando sobre la mesilla de café, supo que ningún esfuerzo había sido en vano.

Escuchó la puerta del apartamento abrirse, y su corazón dio un vuelco sin ningún motivo en realidad; no era como si Jack fuera a entrar de un momento a otro con una gran sonrisa de orgullo. No, eso era imposible porque estaba bien despierta y aquello sucedería solo en sueños. Él ni siquiera había vuelto a llamarla ese último mes. Tal vez, sin importar lo que hubiese dicho antes de despedirse esa noche, decidió acabar con todo ese absurdo, lo cual era lo mejor que podría suceder.

—Lo mejor —recalcó. Se tensó al escuchar la risa de Anne.

—¿Ya estamos lo bastante locas como para hablar sola? —se burló. Norah sonrió.

—Siempre —reafirmó. La escuchó reír con más fuerza antes de tirarse en el sillón a su lado y servirse una copa para brindar.

—Felicitaciones a la jefa.

Sonrió y tomó un sorbo, mirando el primer número de la revista.

—Lo hicimos, ¿verdad? —declaró con un poco de nostalgia.

—Quita esa cara, ¡por Dios! —se quejó la pelirroja—. Hemos pasado un infierno para sacarla, y solo fue el primer número. He tenido que coquetear con indeseables, lamer tantos traseros que mi lengua se volvió de cartón y trabajar las suficientes horas extras como para sentir que ya no duermo en absoluto... ¡Así que esta noche vamos a celebrar!

—¡Sí, por favor! —gritó sintiendo que la emoción la invadía—. ¡Lo conseguimos, carajo! —Fruunció el ceño y miró a su amiga—. ¿Quién demonios te dejó la lengua de cartón?

—Tú —respondió, causando que ambas se carcajearan—. Ahora, en serio, ¿qué te tiene así? Creí que estarías extasiada. Lo lograste. Le has demostrado a todos los que alguna vez dudaron de ti que eres una genio en este negocio. Hemos sacado una revista en menos de seis meses, es bastante loable.

—Lo es —comentó, tomando otro sorbo de su bebida—, y hubiese sido más loable si, en vez de obsesionarme con la dirección de *Composture*, hubiera trabajado en abrir mi propio medio desde un principio, tal como mi madre hizo. Toda esta semana, mientras terminaba de afianzar la distribución, y ayer, cuando entré a la fiesta de lanzamiento, en lo único en que podía pensar era en lo distinto que hubiese sido todo al haber optado por esa opción. Un proceder de vida sin daños colaterales.

Anne parpadeó y la miró fijamente, quizá preguntándose eso también y analizando cómo hubiera sido.

—No estabas lista, Norah —concluyó su amiga, negando con la cabeza en un gesto compungido—. ¿Piensas que dos años atrás hubieras podido hacer esto? Creo que ni siquiera habrías sabido cómo empezar.

La pelinegra asintió, hacía tiempo que había comprendido las razones de su padre y la verdad detrás de esas mismas palabras, pero al escucharla de su amiga sintió otra estocada contra su estómago.

—Sí, es cierto —afirmó por fin—, aunque jugué a estarlo y destrocé todas las vidas que se me pusieron al frente.

Anne se relajó en su asiento y tomó un sorbo de su bebida.

—El pasado, pasado está —le respondió, encogiéndose de hombros a pesar de que ambas supieran que eso no era del todo cierto—. Jack lo superará —aseguró—. Además, ¿no estaban saliendo o algo así?

—Algo así —respondió—. No lo sé, creo que mantener lo que *teníamos* finalmente le haría más daño, así que es mejor dejarlo. Tengo un mes sin verlo y no volveré a hacerlo, ni siquiera si me llama. No vale la pena.

Anne la miró con escepticismo.

—¿Aún te estás babeando por ese hombre y crees que no vale la pena? La verdad, no te comprendo. No lo hice cuando me confiaste lo que hiciste antes de robarme de *Composture*, y ahora menos lo hago. Si hay una posibilidad, aprovéchala.

Sonrió recordando a Anne ayudándola a recoger todo de su despacho cuando la habían sacado de sus funciones en la revista de su madre. Después le rogó para que la acompañara a un bar, donde bebieron, y Norah se desahogó diciéndole todo lo que había hecho. No se había guardado nada. En esa



oportunidad, Anne hizo gala de su paciencia, la escuchó sin juzgar ni dar su opinión al respecto. Sin embargo, al día siguiente entró en la habitación del hotel en donde se había estado hospedando en esa época y la arrastró hasta su casa, donde aún seguía viviendo. Ese mismo día, mientras la acomodaba en una habitación de su departamento, le contó que había renunciado a *Composture*, dándole después la motivación para empezar y por fin concretar su sueño. A ambas les encantaba referirse a ese suceso como el «acto de robo de Norah», pero en realidad fue la pelirroja quien decidió dejar *Composture* para acompañarla. Sin su presencia, Norah no se imaginaba qué hubiera sido de su vida o en qué sitio se encontraría en este instante.

Tal vez, muy lejos de Los Ángeles.

—No creo que exista ninguna posibilidad, Anne —comentó—, hay demasiados conflictos en nuestra historia, le causé mucho mal, y eso no es algo que pueda borrar con un par de horas en su cama una vez al mes. —Negó con la cabeza y tomó un sorbo largo de su copa, hasta terminarla, y se sentó para servirse otro poco de la botella que estaba al lado de la revista; también le llenó la copa a su amiga antes de regresar a su posición—. Es mejor terminar con ello porque, sin importar lo que él me dijo ese día, no tiene forma de obligarme a continuar si no lo deseo. Que se quede con ella si es lo que quiere, ya que, a pesar de mi posición al respecto, estoy segura de que jamás le hará ni un ápice del daño que yo le causé.

La pelirroja suspiró y arrugó el cejo, obviamente enfurruñada por su decisión.

—Lo irónico es que en verdad creía que había cometido el crimen perfecto —confesó con nostalgia—. Que, al no aguantar más, sería yo quien revelaría todo al final, lo cual no faltaba mucho para que sucediera, debo admitir. Pero, del resto, confiaba profundamente en las personas a las que se lo había contado. No lo vi venir.

—¿De verdad? —La miró con escepticismo—. ¿Me estás diciendo que no lo viste venir de Carl? —Norah soltó una risilla y negó con la cabeza—. Vaya, de verdad que estás loca.

Anne tomó su copa, la botella y se levantó.

—¡Hey! —gritó al ver que se llevaba el licor hacia la cocina.

—Deja de ahogar tus penas y duerme, que mañana tienes el almuerzo con tu papá —advirtió.

Gimió y se puso un brazo sobre la cara mientras Anne se retiraba a su cuarto. En vez de obedecer, caminó hacia la cocina, descalza, y volvió a coger

la botella, la dejó en el mismo sitio y tomó de nuevo asiento en el sofá. Se bebió dos copas más, hasta terminar la botella, a medida que pensaba en la declaración de su amiga sobre Carl.

Él había sido parte importante de su plan, por eso jamás consideró que pudiera traicionarla. Tampoco tenía sentido que lo hiciera, ya que se arriesgaría a la furia de la familia Spencer y su dinero e influencias. Pero resultó que todas sus presunciones habían sido erróneas, porque eso fue exactamente lo que había hecho.

Parpadeó y suspiró, podría utilizar la semántica y la negación tanto como quisiera con el tema de Carl, incluso podría intentar —lo cual nunca hizo— justificar su actuación, pero sabía que Jack tenía razón. Lo había engañado con él. Y no solo en el plano físico.

¿Existía alguna diferencia si la mayoría de las promesas no se hubiesen concretado? ¿La reivindicaría en algo que después de decir «sí, quiero» no hubiera continuado con su plan?

No lo creía.

Había sido tan eficaz en concretar sus objetivos, tan calculadora, que deberían haberla anotado en el libro de récords: Jack tardó un mes y medio en proponerle matrimonio y la misma cantidad de tiempo para llevar a cabo dicho acto. Había sido muy certera en conquistarlo, quizá volviéndolo loco con sus ofrecimientos y desmadres; tal vez había tenido mucho que ver con la forma en que le negó el sexo, diciéndole que no era algo que hubiese disfrutado antes, que lo había hecho muy pocas veces y que quería que con él fuera especial y perfecto.

No había estado mintiendo en absoluto, lo cual, por supuesto, lo había hecho todo más creíble. Antes de Jack, el sexo no había sido algo que hubiese disfrutado en su totalidad, las veces que lo practicó había sido más bien incómodo y violento. Había tenido muchas citas, pero pocas que acabaran en noviazgo, y entre esos, muchos menos con intimidad. Y ciertamente había querido que con él fuera perfecto, tener sexo con Jack se convertiría en su logro personal, porque significaría la materialización del sueño de su vida.  
*Composture.*

Después estuvo Carl. Él había sido la rebeldía y la rebelión, absurdamente, contra sí misma. Sonrió con amargura al recordarlo:

—Solo serán tres años —le aseguró mientras lo abrazaba y le subía la franela en el acto.

—Norah, creo que estás hablando locuras —advirtió Carl, pero elevó los

*brazos para que se la quitara, antes de jalar para que ella se desprendiera de la suya, dejándola medio desnuda porque no estaba usando sujetador.*

*—No. Estoy hablando en serio. Será perfecto —le susurró. Deslizó sus manos por su estómago para desabrochar su pantalón y bajarlo—. Mientras todo dure, podremos ser amantes, vernos furtivamente. Será excitante, emocionante. —Lo incitó metiendo la mano debajo de su calzoncillo y sujetándolo.*

*Él gimió bajando la cabeza para besar su cuello, y ella sonrió. Le encantaba que disfrutara, la hacía sentir, de alguna forma, poderosa, era lo que más la excitaba del acto, porque en verdad el resto le parecía mecánico y agotador.*

*—Y cuando pase ese tiempo, lo dejaré y estaremos juntos. ¡Es perfecto! —insistió.*

*Carl la besó, y ella se esforzó en darle un buen beso, uno maravilloso, con el que pudiera dominarlo para que hiciera lo que deseaba.*

*—Bien, lo que digas. Genial —escuchó que balbuceaba, ya perdido en el momento. Norah se carcajeó, lo empujó hacia el cuarto, lo acostó y se apartó para desnudarse para él—. ¿Pero estás segura?*

*—¡Que sí! —respondió aburrida, abriendo los ojos desmesuradamente.*

*—No, hermosa, no de eso. Que si estás segura en quedarte hoy, puede que no te permita dormir mucho, y mañana es un gran día. ¿No tienes que estar descansada siendo el día de tu boda y todo eso?*

*Ella bufó y se terminó de desnudar para acostarse sobre él.*

*—No me importa. Hazlo, no me dejes dormir. ¿No te gustaría? ¿Verme casar mañana de blanco sabiendo lo que estuve haciendo contigo horas atrás?*

\*\*\*

Al día siguiente, Norah se encontró sentada en el gran comedor de la casa de su padre, arrepintiéndose de todo el vino que había ingerido la noche anterior. El dolor de cabeza le recordaba punzantemente que no era bueno beber hasta altas horas de la madrugada. Antes de partir a su almuerzo, se había tomado un par de aspirinas, pero estas no terminaban de surtir efecto. Fue a trabajar un par de horas, aunque la verdad no había conseguido avanzar mucho en los pendientes, así que renunció a siquiera fingir que lo intentaba y decidió partir para llegar puntual a su cita.

La escena y el sitio eran muy familiares para ella. Dean era un hombre de costumbres, y esa característica inflexible era una de sus principales quejas en

el ámbito laboral. A Norah le parecía que el hombre tenía la cabeza cuadrada y que, a veces, no trabajaba para promover la creatividad e innovación de la revista; aunque, de cualquier forma, su táctica funcionaba, los años que llevaba *Composture* en el mercado siendo exitosa eran suficiente prueba.

—Esta es sin duda una ocasión especial —declaró su padre con una ligera sonrisa—, llevaba mucho tiempo sin tenerlas a ambas en una misma habitación, y sé que sus múltiples ocupaciones no se lo permitían, pero es maravilloso que estén comiendo conmigo hoy.

Norah bajó la mirada y escuchó la risilla de Bethanie.

—¿Y cómo te va con *Luxury*? Así es como se llama, ¿verdad? —inquirió su hermana.

—Sí, así se llama —respondió colocando una sonrisa en su cara—. Salió esta semana, con muy buenas proyecciones.

—Por supuesto —murmuró Beth.

—Obtuviste todo lo que querías, de una manera u otra, ¿no es así, hija? —comentó su padre, y ella asintió.

Cuando la junta había votado para sacarla del puesto de dirección, se sintió consternada y traicionada por el voto de su padre. Comprendía el de todos los demás, ¿pero Dean votando en su contra? Fue injusto, él la había entrenado en todas las áreas del negocio en las que necesitaba ayuda antes de dejarla a cargo; y de alguna manera él había estimulado y participado en gran parte de su plan para hacerse de la dirección de la revista, ¿por qué demonios le quitaría todo su apoyo justo en ese instante? Había meditado sobre ello por mucho tiempo; primero, pensó que su padre sentía lástima por su hermana, que estaba desvalida y triste, también contempló que, como hombre de negocios, había decidido cortar el hilo en la parte más débil, para de esa manera no incordiar a los Spencer y a Jack.

O simplemente, había votado en su contra para dar el tiro de gracia. Su padre siempre había sido un vigilante recto en esos casos.

«Ganas, te celebro. Pierdes, te castigo, sin importar quién seas».

La noche de Navidad de su primer año de casada, se había acercado a Dean para preguntarle el porqué de su elección. Por qué Jack Spencer. Conocía la parte económica del asunto, la influencia de los inversionistas, y lo comprendía; sin embargo, sentía que había algo más que nunca le había dicho. *Composture* no estaba exactamente baldeándose para llegar al fin de mes, así que, aunque la inversión económica podría ayudar a expandir el negocio, no era necesaria para su supervivencia:

«Porque es el único que mostró el interés adecuado por ti», le había respondido su padre en esa oportunidad.

Ella se había sentido furiosa al escuchar esa respuesta, ¿de qué demonios hablaba? ¿Qué significaba *adecuado*?

Mientras veía a Dean comer con una sonrisa alegre en sus labios, producto de la ignorancia sobre todo lo que había sucedido entre Jack y ella, comprendió que nunca había entendido realmente lo que su padre le había dicho en Navidad, no hasta ahora.

Él siempre había tenido razón, Jack había sido el hombre adecuado para ella, su equilibrio y su regalo, uno que no supo valorar como debió haberlo hecho.

Comió en silencio, más bien manteniéndose en segundo plano, mientras Bethanie tomaba el control y contaba anécdotas emocionada, casi exaltada. Notó que su hermana estaba radiante de felicidad. No tenía razón para sentirse de manera distinta, después de todo, había sido la única vencedora de un juego donde Norah ni siquiera se había enterado que era participante hasta que fue demasiado tarde.

—Y fui a la inauguración del club Blue Rose —expuso con una sonrisa orgullosa. Regodeándose.

—Con Jack —completó Norah antes de poder morderse la lengua. La castaña ladeó la cabeza, enarcando una ceja—. Jeremy estaba cubriendo ese evento. Me enseñó una foto de ambos.

Bethanie lució satisfecha, removiéndose en su asiento.

—Es todo un caballero —comentó con una sonrisa.

Norah la imitó, pero por una razón completamente distinta. Su padre frunció el ceño.

—Pensé que era un evento de la empresa, que necesitaban ir varios accionistas.

—Así es como comienzan algunas cosas, como un negocio, ¿no es así? —elaboró la castaña con toda intensión.

Apretó los labios ante esa declaración, pero su padre estaba allí, así que se encargó de cambiar la conversación para no arruinar el almuerzo.

Cuando terminaron, Dean se levantó a contestar una llamada y Norah miró a Beth con firmeza.

—Creo que es hora de que hablemos, hermana. —Miró hacia donde su padre se había ido—. A solas.

## Capítulo 5

Optaron por conversar en un sitio imparcial, lejos de la casa paterna. Lo cual se traducía en: «un sitio lo bastante lejos para que papá no se entere de algo más de lo que ya sabe».

Norah se apeó de su vehículo tirando la puerta, se había estacionado a unos doscientos metros de la casa de Dean, frente al parque residencial que, por extrañas circunstancias, siempre estaba vacío.

Vio a su hermana salir con dificultad de su vehículo, luchando con el bastón y con su propia flexibilidad. El aguijón de la culpa volvió a consumirla a pesar de comprender que, en ese caso en específico, no tenía motivos para sentirla. Pero, aun así, le dolía. Independientemente de su pésima relación actual, para ella era imposible dejar de valorar el nexo que todavía las unía desde hacía años; cuando fueron las mejores amigas y hermanas. No podía simplemente olvidar lo mucho que se querían y en lo mucho que se apoyaron cuando, a tan temprana edad, perdieron a su madre.

También sentía amargura por los sueños que Bethanie tuvo que abandonar. Mientras las fantasías de Norah se habían enfocado en la dirección de una revista, las de su hermana se habían concentrado en ser una superestrella, fuera en modelaje o en actuación. Recordó cómo bromeaban al respecto, «yo mataré por estar detrás de bastidores, y tú, por estar en frente», y también cómo imaginaban que juntas conquistarían el mundo.

«La vida es una mezcla de causas y efectos que nunca se va sin cobrar», reflexionó mientras veía a su hermana acercarse cojeando y apoyándose en el bastón con dificultad, con el flequillo medio tapando la cicatriz que se extendía por toda su mejilla izquierda. «Tal vez si jamás se me hubiera ocurrido casarme con Jack para conseguir *Composture*, nada de esto hubiese sucedido».

—Ya estamos aquí, habla —ordenó la castaña sin mirarla, en cambio sus ojos estaban fijos hacia el horizonte. Quizá porque Beth no quería enfrentar los sentimientos que debían estarse notando en su expresión. La culpa. El dolor. La sensación de traición.

—Sabes qué es lo que voy a decirte —comentó Norah entonces—. Quiero que pares. Ahora.

Ella se carcajeó, un sonido lleno de tanta burla y desdén que la hizo erizarse desde las puntas de los pies hasta las hebras de su cabellera sujeta.

—Hay que ver la audacia de algunas... —se burló su hermana poniendo los ojos en blanco.

—Sí, es cierto —concordó lanzándoselo de regreso—. ¿No te parece ya suficiente?

—¿Suficiente? —la interrumpió—. Yo no soy la que me he pasado la vida creyéndome con derecho a destruir a los demás. Mi trabajo fue solo resarcir, compensar. —Negó con la cabeza, con expresión plausible—. Alguien tenía que hacerlo.

—Eso suena bastante irónico, dado que claramente destruiste mi vida.

—Oh, por favor —se burló Bethanie.

—¡Yo amaba a mi esposo! —gritó aturdida, recibiendo en respuesta otra carcajada tosca de su hermana.

—Te amabas a ti misma y al poder que significaba tenerlo a tu lado sometido, y a *Composture*, por supuesto.

—Sí, bueno, ya todo eso me lo quitaste; a él y a *Composture* —recalcó mirando a su hermana.

Nunca había considerado la posibilidad, incluso después de que Jack llegara a su casa a desenmascararla, de que hubiera sido su hermana la que contó sus secretos, porque él jamás reveló quién lo había dicho. Sin embargo, una semana después, cuando había sido removida de la dirección de la empresa a favor de Bethanie, que desde ese instante se convirtió en la nueva directora, comenzó a comprender la verdad.

Había sido tan ingenua, creyéndose más astuta que los demás, pensando en que, de todos, ella era la mejor estratega. Pero fue al contrario, Norah no tenía idea de nada. Fue absolutamente ignorante de que siempre había alguien más hábil maquinando situaciones para sacar provecho de tus debilidades.

El sabor de la deslealtad que la acompañaba desde hacía cinco meses y dos semanas atrás volvió a envolverla. Sinceramente, jamás habría considerado que las tres personas que conocían todo su plan —Dean, Carl y Bethanie— dijeran algo. Pero incluso si lo hubiera considerado, ni por un segundo se habría imaginado que de esas tres, fuera su hermana quien la delatará.

—Soy mejor directora de lo que tú alguna vez pudiste haber sido —declaró la castaña—. Todos lo dicen. Tengo una visión más clara que la tuya, Norah, porque he estado en el otro lugar y sé qué mostrar y qué descartar. Al final hubieras arruinado el sueño de mamá, como hiciste con todo lo demás, y no podía permitir que eso ocurriera.

Parpadeó un par de veces, aunque esa vez no por el dolor, sino por la incredulidad. No dudaba de lo que estaba diciendo, no tenía ningún motivo

para hacerlo, pero tampoco comprendía la necesidad que tenía su hermana de herirla. Entendía que estuviese furiosa con el mundo por lo que le había ocurrido, sin embargo, ya se estaba pasando de la raya.

—No tenías ningún derecho a ir con él y contarle, ni siquiera sé cómo demonios lo supiste todo. ¡Nunca te hablé de Carl!

—¿Y qué? Tú me lo quitaste todo a mí, Norah. ¡Todo! —gritó temblando de la rabia.

—No, no fui yo, Bethanie, fueron tu irresponsabilidad y temeridad. Basta de repetir esa idiotez. Ese accidente fue consecuencia de tu imprudencia, no la mía.

—Tú elegiste la locación. Los Alpes. La montaña más empinada. Por todo lo alto —acusó su hermana elevando sus manos para dramatizar. Norah asintió con vehemencia.

—Yo hice eso, es cierto, pero en ningún momento te dije que te arriesgaras y que esquiaras en la parte más difícil. Fue tu decisión.

Escuchó como su hermana golpeaba el bastón contra la acera, mirándola con tanta cólera que se estremeció de horror.

—¿Por qué, Norah? —preguntó y su voz se cortó en el final, como si eso le doliera—. ¿Por qué te quedarías con todo, por qué serías recompensada cuando siempre has actuado tan desleal?

—Eso no es cierto.

—Tenías todo lo que soñaste y hasta lo que nunca quisiste sin mereértelo. Jack te idolatraba, y yo quería vomitar todo el tiempo al verlo así y saber cuál era la realidad. Yo nunca hice mal a nadie, nada indebido, y, sin embargo, quedé coja y marcada para toda mi vida, sin ninguna posibilidad de cumplir mis deseos y la vida que tanto quería. ¿Crees que eso es justo?

—¿Y tú crees que es justo lo que me hiciste, Beth? —cuestionó con voz rota—. ¿Hacerme pagar por algo que fue un accidente?

—No dije nada que no fuera cierto, Norah. ¿O lo hice?

La pelinegra se hundió, bajó la mirada y negó con la cabeza, porque era verdad, no lo había hecho.

—Podrías haberte acercado a mí —susurró agotada—, contarme lo que estabas pensando y sintiendo. Habríamos intentado solucionarlo. Podría haberte dado un puesto en la empresa y todo habría mejorado.

—¿Para qué? ¿Por lástima? Estoy cansada de tu lástima, hermana.

—Es lo que madre hubiera querido.

—¡Por Dios! Madre solo quiso una cosa y fue lo que consiguió al final.



Para de mencionarla como si fuera tan maravillosa. Ella solo fue una perra egoísta.

—Bethanie, eras muy pequeña y no la conociste bien, no entiendes...

—Ya nada de eso importa, Norah —la interrumpió con brusquedad. Al igual que a su padre, a ella tampoco le gustaba hablar de su madre—. Está hecho, Jack sabe lo que hiciste y perdiste. Fin del juego.

Asintió sin mirarla, ya que claramente tenía razón.

—¿Eso era todo lo que querías decirme? —le inquirió su hermana—. No sabía que te gustara torturarte y hablar de cosas que ya no importan. Lo que sea. Tengo que ir a la oficina porque a diferencia de la tuya, mi revista sí que funciona.

—No podemos dar un paso atrás y empezar todo de nuevo entre nosotras, ¿verdad? —preguntó, aunque no sabía si iba dirigida a su hermana o a sí misma.

—¿Para qué?

—Eres mi hermana —ofreció sin mucho convencimiento—. Somos familia.

—Ya no más —reviró la castaña y se giró hacia su vehículo.

—Beth —llamó. Observó cómo se detenía, aunque sin girarse a verla—. Déjalo a él fuera de esto —pidió—. Ya es suficiente con todo lo que yo le hice. No tienes que seguir involucrándolo en esta guerra insensata. Comprendo lo que quisiste hacer al dejarte sacar esa foto con él, me llegó el mensaje, aunque no lo necesitara porque estoy lejos de todo y no me volveré a involucrar. Jack no tiene por qué ser usado de nuevo y tampoco lo necesitas, ni económica ni emocionalmente. —Bethanie se giró para mirarla, con tanta seriedad y frialdad que volvió a estremecerse—. No permitiré que le hagas daño —concluyó.

Su hermana resopló con ironía.

—¿Lo cual significa que eres tú la única con derecho a hacerlo?

—No —refutó de inmediato—. Jack debe curarse de todo lo que le hice, pero para ello necesita estar lejos de nosotras, lo sabes. Él tiene derecho a ser feliz, Beth, se lo debemos, permite que lo sea. Si quieres... —suspiró—. Vale, lo haré, si quieres te regalaré mis acciones de la revista, pero déjalo fuera de esto, por favor.

—Si deseas regalar tus acciones, eres bienvenida a hacerlo, Norah, por supuesto que sí; aunque eso no tiene nada que ver con esto, no te metas en mis asuntos ni en los de Jack. Compréndelo de una vez, ya no perteneces a su vida

y no tienes ninguna influencia. Estás fuera del juego y no vas a volver por más que lo quieras.

Después de esa declaración, la vio alejarse y montarse en el automóvil para irse, dejándola sola.

Pasó mucho tiempo sin poder moverse del sitio donde se había quedado, repitiendo en su cabeza toda la conversación. Cuando por fin pudo reaccionar, maldijo sonoramente y pateó el suelo con su tacón.

Odiaba eso, lo odiaba con fuerza desmedida.

Jadeó por un instante cuando el dolor del zapateo la invadió, y justo allí tomó una decisión. Norah siempre había sido impulsiva, era uno de sus mayores defectos, actuar sin siquiera pensar o analizar lo que estaba haciendo. Pero esta no era una de esas veces. En esta ocasión, si bien lo decidió impulsada por la furia, sus acciones serían dirigidas a enmendar los errores que había cometido en los últimos dos años. Y proteger como fiera lo único que merecía la pena en su vida.

Con el rumbo claro, se puso en acción y se montó en el vehículo.

\*\*\*

Las instalaciones de Inversoras Spencer comprendían todo el piso treinta y dos de una de las torres gemelas del Century City, distrito financiero ubicado al oeste del centro de la ciudad de Los Ángeles. Era un edificio de cuarenta y cuatro pisos, de cristal gris y metal que albergaba seis de las cien empresas más exitosas del mundo según un artículo de Anne que había editado hace más de un año, cuando aún dirigía *Composture*. Recordaba que el contenido del texto no le había interesado mucho, la verdad se preocupó más del estilo que del fondo del artículo. Los temas empresariales se los dejaba a su marido, de hecho, mientras estuvieron juntos, solo lo había visitado una vez en su oficina y lo había hecho porque en ese tiempo trataba de parecer una buena novia; fingía emocionarse por todo lo referente a él, sus intereses y su trabajo. Después de obtener el anillo de compromiso, había ignorado toda su vida extra curricular, excepto aquella parte que la beneficiaba.

Salió del ascensor cuando sonó el piso de su despacho. Se estiró la chaqueta gris de cuatro botones, dejando a la vista un poco de su escote, se ajustó la cola de caballo y salió caminando, sintiéndose dueña del lugar. Aunque toda su seguridad se fue a pique cuando pensó en la posibilidad de encontrarse con Matthew; no sabía cómo mirarlo o encararlo.

Su padre ignoraba gran parte de lo sucedido con Jack, pero honestamente dudaba de que su suegro también lo hiciera. Él era, después de todo, el mejor

amigo del rubio. Norah apreció el tipo de relación entre los dos hombres después del matrimonio, recordaba que al principio le había parecido perturbador; los padres no fueron hechos para ser amigos de sus hijos.

No era natural.

Pero al ver cómo se desenvolvían cotidianamente, ella sintió celos. Deseó que la relación con su propio padre hubiese obtenido ese tipo de matiz; en cambio —desde que su madre murió—, siempre fue complicada, por decir lo mínimo, no como con su mamá. Con ella había sido todo amor y complicidad; quizá si estuviese viva, tendrían el mismo apego del que hacía gala su marido con su padre. Tal vez su madre, hoy, sería su mejor amiga.

Trató de pensar en otra cosa, evitando ahondar mucho en esa idea, ya que si su madre estuviese viva, condenaría la forma en la que actuó más duramente que cualquier otra persona, en especial porque sus juicios se fundamentarían en el amor que siempre le profesó a Dean, su padre. A pesar de que ese amor no le sirvió de nada al final.

Ahora, en cambio, admiraba a Matthew por crear ese tipo de lazo con su hijo y le aliviaba que tuviera a alguien tan sabio a su alrededor para guiarlo. No obstante, eso no significaba que quisiera contemplar la expresión condenadora del hombre mayor.

Cuando entró al despacho de la secretaria de Jack, sintió alivio al no haberse encontrado con Matthew.

Emitió un suspiro bajo antes de hablar.

—Hola, Marianne —saludó como si fuera una visita frecuente—. ¿Está solo?

La morena titubeó un instante, Norah se quedó mirándola nerviosa, esperando que su vacilación no fuera porque supiera que ella no tenía ningún derecho de estar allí. Finalmente, la secretaria asintió, se levantó del asiento y abrió la boca, quizá para anunciarla, tal vez para ofrecerle algo de beber. Allí se encaminó hacia el despacho.

—Señora...

La ignoró y siguió su camino hasta la puerta doble de madera y las abrió, entrando en el acto.

—Señora, no puede pasar sin anun...

Dejó de oír a la mujer cuando observó al rubio sentado a su escritorio. Su pecho retumbó y se quedó sin aliento. Había pasado ya mucho tiempo desde que lo vio por última vez, todo un mes, y en esa oportunidad él estaba sobre y dentro de su cuerpo, llevándola al orgasmo, siendo un peso familiar y placido

a todas sus extremidades. La imagen de esa noche la hizo estremecer, de dicha esta vez, silenciando todo a su alrededor.

—¿Qué estás haciendo aquí, Norah? —preguntó Jack moviendo la silla y apartando su atención de la computadora ubicada a un lateral del escritorio de vidrio grueso.

Norah liberó el agarre de las perillas de la puerta y permitió que se abrieran un poco más, lo que permitió que la secretaria terminara de entrar a la oficina y diera un par de pasos hacia su jefe.

Ella se concentró en observarlo. Llevaba un traje gris con rayas verticales blancas, y una corbata roja de seda italiana. Conocía esa corbata, se la había regalado en la última Navidad que pasaron juntos. Esa noche había sido especial para Norah, porque ya había descubierto la realidad de sus sentimientos, y después de eso, cada celebración tuvo una nueva óptica, un nuevo matiz. Fueron tan felices en ese entonces. Ni siquiera él con todo el cinismo que lo embargaba ahora podría ponerlo en duda. Aunque, tal vez, su especulación fuese errónea. Ya que toda su vida fue triturada por sus actos y por los de su hermana y... quizá Jack a estas alturas bloqueara cada momento feliz que vivió con ella.

Con eso recordó la razón por la que estaba allí.

—¿Señor? —preguntó Marianne.

—Dile que nos deje solos —ordenó Norah sin siquiera darle otra mirada a la morena. No fue un acto grosero, solo no podía apartar la mirada de los ojos verdes de su marido, lucían tan confundidos que le resultaron adorables. Lo había desequilibrado al aparecer ahí.

Jack parpadeó y frunció el ceño antes de desviar su mirada hacia Marianne.

—Déjanos solos, Mari.

—Sí, señor —respondió la mujer, pasó por su lado y cerró ambas puertas, dándoles por fin la privacidad que necesitaban.

Él se dejó caer sobre el respaldo de su silla de cuero, balanceándola ligeramente, y apoyó las manos sobre su regazo. Podría parecer relajado, pero ella sabía que no lo estaba. Y entonces... regresó el brillo en su mirada que tanto había extrañado segundos antes: rabia.

—No te mandé a llamar —comentó él ladeando la cabeza. Intrigado a pesar de todo.

—Oh, bueno —respondió Norah. Elevando sus brazos hacia la coleta que llevaba ese día en el cabello, comenzó a desarmarla, lanzando los accesorios

al suelo, y alborotando sus bucles, comenzó a caminar hacia él.

—Exactamente, ¿qué crees que estás haciendo? —preguntó Jack entre interesado y furioso.

Se encogió de hombros y se detuvo frente a su escritorio.

Desvió su mirada hacia el lado izquierdo de la oficina, y cerca del ventanal con vista al Beverly Hills High School, vio un juego de tres sillas y una mesilla de vidrio en un espacio destinado para las reuniones casuales; no se veían cómodas. Además recordaba las insinuaciones que Jack le había lanzado una que otra vez, indirectas que nunca fueron bromas como él tanto lo hacía parecer. Pasó de ellas porque si todavía conocía a su esposo, él era un hombre más de: *sobre el escritorio*.

—Estuve pensando —declaró segundos después—, esto de ser amantes debería ser algo recíproco.

Jack enarcó una ceja.

Y Norah, para reafirmar su decisión, metió sus manos bajo su falda a juego con la chaqueta y se quitó sus bragas azules de encaje. Cuando las tuvo en una mano, les dio una vuelta, como si se tratara de un pequeño *hula hoop*, girándola lentamente en el dedo índice. Los ojos verdes de su marido se oscurecieron.

—Espero que no quieras más de mí, Norah, porque el trato no ha cambiado. Ya me embaucaste una vez, no permitiré que lo hagas de nuevo.

Se quedó mirándolo, paralizada por su advertencia. Le dolió incluso siendo consciente de que no tenía derecho a sentirse así.

—Únicamente deseo lo que te pedí hace un mes. Ninguna relación con Bethanie —declaró mirándolo con sinceridad. Después desvió sus ojos a lo que se dejaba entrever entre las solapas de su traje, deteniéndose en el bulto que ya se empezaba a notar en el pantalón—. Y tu cuerpo, lo cual es un adicional.

—Ven aquí —le ordenó entonces.

—Deberías llamar a Marianne —respondió, quedándose estática en el sitio—. Decirle que se vaya a pasear por una hora o dos.

El rubio parpadeó y rodó la silla para hacer exactamente eso, pero en vez de decirle lo que ella le pidió, le informó que se fuera por el día y que cerrara la puerta del despacho secretarial con llave. Norah sonrió, caminó hacia el escritorio y apoyó su trasero en el medio de este. Comenzó a desabrochar los botones de su chaqueta, para mostrar su piel y el sujetador de encaje.

Poco después sintió que él acariciaba sus piernas, que posaba sus manos

en la parte trasera de sus rodillas, que le elevaba las piernas hasta sentarla sobre el escritorio de cristal grueso y que le arremangaba la falda tubo hasta medio muslo. Posó sus pies, enfundados en zapatos de tacones, en el borde de cada reposa manos de la silla, sin dejar de mirarlo a los ojos. Era tan hermoso, su piel clara estaba un poco oscurecida en el área de la barba. Su barbilla cuadrada y su nariz patricia ligeramente doblada por un golpe recibido en una pelea de faldas, como él mismo se lo había confesado cuando le preguntó cómo se había hecho eso.

Era aún más atractivo cuando estaba excitado: sus mejillas sonrosadas, ojos oscurecidos por la dilatación, lo cual, como siempre, provocó que se excitara aún más.

Paró de desabrocharse la chaqueta y elevó las manos hasta su cabello, acariciándolo con suavidad; sintió cómo sus pequeñas ondas se desordenaban entre sus dedos.

—Está más largo —comentó mirándolo, percibiendo que él se acercaba y la jalaba hacia su cuerpo. Él la miró por unos segundos, luego enterró su cara entre sus pechos.

Aprovechó ese gesto para besar su cabeza mientras lo abrazaba. No sabía a qué se debía ese momento de calma, pero lo tomaba.

Tomaría todo lo que él le otorgara desde ese día.

—¿Estás embarazada? —le preguntó un par de minutos después, apartándose de su abrazo.

Negó con la cabeza, con ligera tristeza, no porque deseara estarlo, Dios sabía que eso arruinaría y enredaría más la situación entre ellos, sino porque recordó todas las veces que él había repetido esa pregunta a lo largo de su matrimonio y el pesar en su mirada cuando le había respondido lo mismo.

—Empecé a tomar la pastilla después de esa vez —respondió con honestidad. No quería más mentiras.

Jack miró hacia abajo y asintió, desabrochó el último botón y le quitó la chaqueta a la vez que la arqueaba para volver a esconder su cabeza entre sus pechos. Ella apoyó su mejilla contra su cabello, abrazándolo de nuevo.

—¿Estás segura de esto? —le preguntó contra su piel, haciéndola fruncir el ceño—. No quiero más ataques de lágrimas cuando acabemos, ni quejas sobre nada.

Tiró su espalda hacia atrás para mirarlo, aturdida y maravillada a la vez. Sin importar lo que hubiese dicho esa noche antes de irse, se dio cuenta de que él no la había llamado o exigido que cumpliera su acuerdo porque ella le hizo

saber que no quería continuar con esa insana relación.

Lo amó más en ese instante al sentirlo así, tan respetuoso y protector.

—Sí, estoy segura —susurró.

No tenía dudas, esto era lo correcto.

Bajó la cabeza y lo besó, sintiendo que la jalaba para sentarla a horcajadas sobre su cuerpo, apoyado aún sobre la silla.

## Capítulo 6

### *Siete meses después*

Jack se estiró sobre el sillón de cuero frente al escritorio de roble de su padre. Él y su tío Paul conversaban sobre algo que quería su tía Jillian. Acababan de terminar por fin la reunión sobre el estado de los clientes, tanto los llevados por ellos como por sus asociados. Suspiró y sacó su teléfono para escribirle un mensaje a Norah, quería que fuera a su casa y que lo esperara, preferiblemente desnuda sobre una cama.

—¿Qué dices, Jack? —le preguntó su tío. Parpadeó y guardó el teléfono en el bolsillo interior de su saco.

—¿Sobre qué? —inquirió mirándolos a ambos.

—¿Te apetece ir al Club a cenar? Se nos unirían Jillian y tu madre. Le estaba diciendo a Matthew que Jillian no para de repetir que está aburrida y que tal vez esto la calme un poco.

Jack frunció el ceño y los miró a ambos tratando de encontrar una excusa válida para negarse. Su padre le enarcó una ceja, sin duda conocedor de lo que estaba pasando por su cabeza. No había salido corriendo a contarle que se acostaba con Norah para castigarla y sentirse retribuido; pero cualquier posibilidad de mantenerlo para sí mismo había muerto después de la escena que la pelinegra y él protagonizaron en su despacho meses atrás.

Matthew no los había descubierto infraganti o algo por el estilo, pero para cualquiera con un poco de malicia mental hubiese sido evidente lo que estaba ocurriendo en su oficina. La puerta estuvo trancada más de cinco horas, y cuando por fin se dignaron a salir, desarreglados y acalorados... bueno, no quedaban dudas de lo que habían estado haciendo, salvo que fueras un idiota, y era claro que su padre jamás podría ser considerado uno de esos. Agradecía que solo él hubiese estado en ese momento en la oficina cuando por fin dejaron el despacho.

—¿Jack? —insistió su padre haciéndolo salir de sus pensamientos.

—Claro —respondió entonces, sin siquiera considerar que ella tendría que esperarlo más tiempo.

—Perfecto, iré a informar a John sobre nuestras conclusiones de la reunión, llamaré a Jillian y saldremos de aquí —anunció Paul.

Asintió y se levantó del asiento para hacer lo propio con Marianne cuando escuchó el carraspeo de su padre.

—Quizá quieras decirle a Norah que te acompañe —ofreció a pesar de que en parte le mataba proponerlo.



—No —rechazó tajantemente—, sabes cómo son las cosas entre nosotros.

—Sé lo que me has dicho durante estos meses, hijo, pero no tengo idea de a qué te refieres con ello.

—Papá, detente —advirtió.

Adoraba a su padre, y creía que en su vida adulta nunca habían llegado a tener ninguna desavenencia hasta que tocaban ese punto.

—Jack —comenzó él levantándose del asiento frente al escritorio—. Sea como sea que la trates, es tu esposa, y eso no va a cambiar al menos hasta que tú mismo lo hagas con un divorcio. Si no quieres vivir sin ella, debes hacerlo.

—No estoy viviendo con ella —afirmó, ya que era ridículo siquiera sugerirlo—. Solo estamos...

—¿Qué? —lo interrumpió mirándolo con ese gesto que conocía muy bien, retándolo a que rebatiera su lógica irrefutable.

Tenía muchas formas de hacerlo, pero no quería faltarle el respeto. Su opinión con referencia a Norah fluctuaba todo el tiempo, aunque ningún veredicto era digno de ser repetido a un caballero como su padre.

—Tienes que perdonar, aceptar que se equivocó y comenzar de nuevo; o déjala ir, hijo, ese punto medio en que se encuentran no les va a ayudar a resolver nada.

Jack suspiró y pasó una mano por su cara, negando con la cabeza. Su padre era el único que sabía exactamente lo que había ocurrido entre ambos. Para los demás tenía excusas: desde que no eran compatibles hasta que el amor se acabó. Incluso con respecto a *Composture*, él seguía siendo dueño del veinte por ciento de las acciones; y la abdicación forzada de Norah la justificaba diciendo que su mujer necesitaba ampliar sus horizontes laborales, lo cual se volvió realidad con la creación de *Luxury*.

—Sabes que no puedo hacerlo —reviró. A su padre no le quedó más que asentir, tampoco le preguntó a cuál de las dos opciones se refería porque sabía que estaba hablando de ambas.

«La ama y no puede perdonarla», pensó Matthew.

Observó por última vez a su hijo y comenzó a acomodar los papeles sobre la mesa.

—A veces desearía... —comenzó a decir Matthew, pero se calló, suspirando cuando vio que su hijo caminaba hacia la salida.

—Iré a arreglar todo para que salgamos —declaró Jack rehusándose a escucharlo; esas sentencias no tenían cabida en esta historia. Siguió el trayecto hacia su oficina, y antes de entrar, sintió que su teléfono vibraba

contra su pecho.

Al sacarlo, leyó el *vale* que Norah le había contestado y lo descartó sin responderle. Siempre se había considerado alguien ecuánime, con una naturaleza buena y justa, muy parecida a la de su padre, a quien admiraba mucho. También sabía que era un poco retraído y con un humor extraño que no muchos entendían, pero eso le venía bien, sobre todo en la rama en la que trabajaba. Su vida había sido equilibrada y tranquila. Hasta que llegó Norah.

Casi tres años atrás, Jack cayó embobado por esa mujer de cabello negro azulado, al igual que las moscas caen sobre la miel, atrapado y sin salvación. Lo primero que pensó al verla fue que tenía que tenerla. Lo segundo, que acababa de conocer a la mujer de su vida.

Nunca fue muy romántico, había tenido algunas relaciones en el pasado, era lo lógico, e incluso se había enamorado en la Universidad, pero jamás sintió la implosión que lo envolvió cuando la vio ese día frente a la piscina del Club Náutico.

Norah había parecido brillar entre los demás, su cabello contra el sol lleno de reflejos azulados, sus labios rojizos y hinchidos llamándolo, la ropa húmeda y ojos azules tan profundos como el océano que consiguieron abducirlo hasta el infinito.

Obnubilado por primera vez en su vida, había actuado como idiota.

Ella sacó características de su personalidad que no sabía que siquiera existieran en primer lugar, y no se trataba simplemente de su lado romántico, sino de su parte juguetona, deseosa de complacer, añorante y embobada.

Ese día, se había sentido tan nervioso que ni siquiera pudo acercarse a ella, en cambio se dio la vuelta y comenzó a preguntar por su nombre a todos los socios del club, hasta que por fin alguien se sintió conmovido y se lo dijo.

Recordó cómo salió corriendo hacia su padre para contarle que había conocido a la mujer con la que se iba a casar, que sintió las mismas sensaciones que él experimentó cuando conoció a su madre: Matthew había visto a Amelia en una heladería y no se movió de su lado hasta que esta le dio su número. Y siguió luchando por ella hasta que le dio el «sí» frente al altar, y unos años después, a Jack, su hijo.

Jamás creyó que esa historia fuera siquiera factible hasta que Norah entró en su vida.

Pasó toda la semana hablando como un idiota de la mujer, yendo al club a ver si la encontraba de nuevo e incluso intentó sobornar a la gente de la administración para que le dieran su teléfono, sin obtener éxito, hasta que su

padre, días después, llegó con la invitación a la fiesta donde más tarde hizo el ridículo.

Con respecto a Norah, todo lo que siempre hizo había sido el ridículo.

Maldijo por lo bajo y negó con la cabeza, sintiendo que otro torrente de furia lo invadía. Se apresuró a descartar el tema y a hablar con Marianne para darle los lineamientos que tendría que cumplir al día siguiente, a fin de alistarse para ir rumbo al Club.

Se encontró con su padre y su tío casi una hora después para salir al restaurante del club, y se concentró en la conversación trivial entre ellos hasta que embarcaron en sus respectivos vehículos.

Volver a entrar al Club fue agrídulce. Allí era donde todos los *hubiese deseado* entraban en vigencia. «Si no hubiera ido a ese sitio ese día, nunca habría conocido a esa bruja y no habría sido embaucado por ella», pensó Jack suspirando fuerte.

Allí surgía la contradicción de sus emociones con respecto a Norah. Ella era todo y nada. Le dio más emociones de las que había experimentado en toda su vida; felicidad y tristeza. Excitación e ira. Furia desmedida. Odio y asco. Pasión y risas. Nunca se había sentido más relajado que estando a su lado o dentro de ella; pero a la vez, jamás se sintió tal alterado como en esos mismos momentos.

Hubiese sido tan fácil dejarla ir, sobre todo para su salud mental, sin embargo, como había comprobado ya en esos años, no tenía control cuando se trataba de ella, ni para bien ni para mal. Algunas veces pensaba que iba a terminar matándola y matándose después.

A veces, esa era la única opción que tenía sentido.

—Las encontré —dijo su padre señalando hacia la mesa donde estaban sentadas su madre y su tía. Sonrió hacia ellas, pero se tensó cuando descubrió en dos mesas más adelante a Dean y a Bethanie. El odio y las náuseas volvieron a invadirlo, esa visión le recordó de nuevo toda la escena que lo llevó hasta ese momento. Su padre tosió, y al mirarlo se dio cuenta de que también los había visto—. Paul, adelántate, Jack y yo debemos saludar a su suegro rápidamente.

Su tío enarcó una ceja y asintió antes de ir a saludar a su esposa. Se acercaron a la mesa mientras internamente le agradecía a Matthew por el gesto de acompañarlo.

—¡Jack! —saludó efusivamente Bethanie. Él sonrió con sus labios juntos—. Señor Spencer —dijo más respetuosamente a su padre.

Ambos ofrecieron sus respetos, y después Dean los invitó a que se unieran a su mesa.

—Nos gustaría —se apresuró a excusar su padre—, pero estamos con mi hermano y su esposa.

—Oh, eso no importa, mientras más, mejor —anunció la castaña.

Jack gimió internamente cuando unos minutos después estuvieron todos juntos en una gran mesa. Con toda honestidad, debió haberse excusado y salir de su oficina cuando pudo hacerlo. Pasó toda la cena aislado, respondiendo educadamente las preguntas de Bethanie. Eso era algo común en él, nunca fue muy dado a los eventos sociales, no le mintió a Norah cuando se lo había confesado. No servía para eso, era muy directo y muy brusco la mayoría de las veces para conocer el aparataje de normas de cortesía que su madre parecía manejar tan bien.

Miró a la hermana de Norah, evitando detenerse ni por un instante en la cicatriz arrugada que tenía en la mejilla. «Podría hacerlo sin que me importase lo que le prometí, no es como si a ella eso la hubiera detenido alguna vez», pensó en un segundo de locura, aunque la idea ya la había descartado, justo en el momento en que comenzó a desarrollarse en su cabeza. Sería una buena venganza, un buen golpe estratégico para hacer daño: acostarse con la hermana de su esposa. Se necesitaba de alguien muy maquiavélico para llegar a esa conclusión, así que por supuesto que a Norah se le ocurriría.

No, meditó al verla sonreír. No era capaz de acostarse con Bethanie, y no porque sintiera las reminiscencias del síndrome *odiamos al mensajero* que experimentó hacia ella cuando le confesó todo sobre su hermana. Sino porque no estaba acostumbrado a eso, a hacer daño por el simple hecho de hacer daño, no lo motivaba.

Ahora, cuando se trataba de obsesión y castigo, pues eso era otra cosa.

—Deberías pasarte mañana por *Composture*, Jack —dijo Bethanie con una amplia sonrisa—, o tal vez reunirnos para cenar. Tengo que ponerte al día con todos los detalles que han sucedido, los cambios que también te involucran por ser socio y por tus inversiones.

Asintió sin mirarla mientras tomaba un sorbo de su Martini. No tenía ningún interés en la administración de *Composture*, pero no quería sonar grosero. La inversión de carácter personal y su porcentaje de accionista podrían irse al demonio si de él dependiera. La única razón por la que no la había cobrado o renunciado a ella era porque sabía cuánto le afectaba a Norah que todavía la tuviera: «Ah... el castigo», pensó de nuevo con un tono

sarcástico, dejando la bebida sobre la mesa.

Cuando por fin terminó la cena, se encontraba estresado, agotado y rabioso como el infierno. Se despidió rápidamente, evitando el abrazo que la castaña quiso ofrecerle, y salió disparado hacia su casa, repitiéndose que era el cansancio el que lo guiaba, no las ansias. Aunque en el fondo sabía que la obsesión estaba en plena vigencia.

Se preguntó, estúpidamente, si cuando ella lo había llamado un día después de la fiesta en la que se conocieron, ya tenía planeado usarlo y descartarlo, o si eso se le ocurrió en el transcurso de su primera cita.

Al principio, Jack la buscó y le envió rosas porque quería disculparse. Había actuado como un idiota, imitando las voces de los cuadros y besándola sin su consentimiento. Fue muy intenso y se precipitó, lo cual la asustó. Pero, aun así, quiso volver a intentarlo, porque si la mujer frente a la piscina del Club le había fascinado, la mujer frente al invernadero lo dejó encantado.

«¿Por lo menos eso habrá sido cierto, o también fue parte del teatro?».

A veces deseaba amarrarla a cualquier parte: la cama, la bañera; encadenarla a su lado, solo para que respondiera sus preguntas. Su renuencia a otorgarle por lo menos algún tipo de explicación era la mayor de las ofensas. Norah se las debía, como también otras cosas que ya se estaba cobrando durante su actual relación, por llamarla de alguna manera. No creía que sus argumentos causaran alguna diferencia, pero igual quería escucharla.

«¿La justificarían? Comprender el porqué de su actuar, ¿subsana mi alma?». Negó con la cabeza sabiendo que todo eso sería imposible.

Cuando ella había accedido a salir con él, insistió en que fuera esa misma noche, por lo tanto buscó en sus contactos para planear una velada inolvidable. Incluso alquiló todo el restaurante de una amiga para llevarla a cenar y le pidió que lo decoraran con velas y flores.

«Dios, tan patético».

Y cuando la vio salir de su casa, con ese vestido corto azul eléctrico que enfatizaba cada una de sus curvas; pues, había dejado de pensar por completo. De nuevo, actuando como un idiota.

—*Esto es hermoso —comentó ella un poco cohibida, mirando el restaurante decorado y la única mesa en el medio del local.*

—*No —dijo sin siquiera haber dado una ojeada a los alrededores. No había podido despegar sus ojos de ella. Ni siquiera tenía claro cómo no los accidentó en el trayecto al restaurante—. Tú eres la hermosa.*

*Norah sonrió con timidez y bajó la mirada. La guió hacia dentro del*

local, tomó una de sus manos, y porque no pudo controlarse, la subió y se la besó. Ella se dio vuelta hacia él, lo miró con los ojos brillantes, llenos de irritación.

—Vas a tener que controlar eso —dijo con la boca apretada—. Yo soy quién decide cuándo me besan.

Elevó sus manos con un gesto de rendición y la llevó hasta su puesto en la mesa cubierta con un mantel dorado.

El ambiente se tornó un poco incómodo después de eso, sobre todo porque se dio cuenta de que lo había arruinado. De nuevo. Esperó que el camarero se presentara, que les entregara la carta y que ambos pidieran, para volver a intentarlo.

—¿Qué hiciste hoy? —preguntó sin ningún sentido. Lo miró con el ceño fruncido y sonrió ligeramente.

—Nada divertido, más que todo estar acostada y arreglarme para esta noche. Es lo que tiendo a hacer después de una fiesta.

Jack se removió en su asiento. La cita no estaba saliendo como esperaba, quería decirle muchas cosas, pero sabía que ella no estaba preparada para escucharlo. Siendo sincero, él tampoco estaba listo para decirlo aún.

—Jack —susurró Norah acercándose en la mesa como si fuera una confidencia. Frunció el ceño y se tensó antes de inclinarse—, ¿qué crees?

—¿Sobre qué? —preguntó en un susurro similar al suyo, por completo absurdo, ya que estaban solos en el bendito local.

—¿De qué crees que hablen? —murmuró incluso más bajo.

La miró interrogante, y ella ladeó la cabeza señalando la pared más cercana. Cuando giró y encontró un cuadro gigante de óleo donde habían cuatro personas, una señalando a la izquierda, otro mirando a ese punto, y una pareja murmurando en otro lado, se enamoró. Justo allí. Tal vez fue por la inocencia y el brillo juguetón en su mirada, o quizá la forma en que ella percibió su humor. Nunca le había revelado a nadie sobre la forma loca en que creaba conversaciones de sujetos inanimados, personajes de fotografías o pinturas, porque era francamente patético e inadaptado y un poco homosexual, pero Norah lo captó.

Le regaló una sonrisa y le dijo con sinceridad lo que se estaba imaginando, algo sobre que en el fondo estaba una pareja teniendo sexo y una lo acusaba horrorizada, el otro lo miraba anhelante, y los otros dos murmuraban que lo intentarían cuando llegaran a casa, porque

*evidentemente su mente en ese instante estaba conectada con otra parte de su cuerpo y se sentía caliente como el infierno, por lo que no podría sacar algo mejor que eso.*

*Norah se había carcajeado con libertad, posó una de sus manos sobre su estómago, y tiró su cabeza hacia atrás. Verla era un espectáculo y lo embujó por completo.*

*Después de eso, todo había sido más fácil. Hablaron hasta por los codos sobre cualquier tontería, pasando por los platos de comida casi sin siquiera notarlos y relajándose por completo.*

*—Mi padre me dijo que tu empresa es una de las mejores en la rama de inversiones y que le honró tenerlos ayer en la fiesta —comentó ella en algún momento.*

*Él se encogió de hombros.*

*—Somos buenos pero muy selectos. Mi abuelo empezó el negocio, y mi padre lo ha continuado con sus lineamientos; nuestro nombre es más conocido en el área bancaria, que es donde mayormente nos concentramos.*

*—¿Nunca han variado de ese ramo?*

*—Un poco en la agropecuaria, pero en el nivel macro.*

*—¿Y no han considerado variarla más? ¿Intentar en la comercial? —ofreció ella mirando su plato y luciendo ligeramente tensa, lo cual le extrañó.*

*—No, ¿para qué? —cuestionó encogiéndose de hombros—. Ese mercado es muy cambiante y los bancos existen para ello, aunque supongo que lo hacemos de forma indirecta. —Ella lo miró, y él olvidó lo que iba a decir a continuación—. No quiero hablar del trabajo —le dijo en vez, moviendo su mano hasta casi tocar la suya—. Quiero verte de nuevo.*

*—Yo... —Negó con la cabeza—. Estoy más o menos saliendo con alguien.*

*—Pero tu padre dijo que no era nadie importante —comentó sin pensar—. Cuando hablé con él...*

*—¿Hablaste con él, sobre mí? —inquirió interrumpiéndolo.*

*—Claro, ayer. ¿Acaso no lo sabes? Me tienes loco —declaró sonriendo ampliamente—. Él lo aprueba, por supuesto. Aunque a mí me interesa que lo apruebes tú. ¿Podrías darme una oportunidad? Soy un buen partido, te lo garantizo.*

*—Jack... —dijo apoyando su espalda contra el respaldo.*

*—¿Qué? —preguntó con el ceño fruncido.*

*Se quedó callada por unos segundos, ladeando un poco la cabeza, y sus ojos se entornaron, su expresión varió, así como el brillo en su mirada. No consiguió comprender exactamente qué había sucedido ni qué había cambiado.*

*—¿Norah?*

*—Estoy lista para que me beses —declaró entonces, aturdiéndolo.*

*—¿Qué?*

*—Ahora. Demuéstrame cuánto me quieres y lo buen partido que eres.*

*No comprendió el tono subsistente, pero tampoco le importó, se levantó del asiento y caminó hasta llegar a su lado, dispuesto a demostrar lo que fuera para tenerla.*

Jack aparcó su coche en el estacionamiento, justo al lado del auto de Norah, y trancó la puerta del garaje. Entró a su casa medio a oscuras; estaban activadas las luces del exterior, que se hallaban programadas electrónicamente, y la luz de la cocina. Dejó el maletín en su despacho y se dirigió hacia allá para tomar un vaso de agua antes de subir a buscarla.

Estaba retrasando un poco el momento de verla porque todo su interior estaba revolucionado y no quería hacerle daño físico. No quería cobrarse la rabia que sentía en ese instante en su cuerpo, siendo brusco e hiriéndola. Había sobrepasado muchos límites estos últimos meses, pero esa era una línea que prefería nunca traspasar.

Subió a la segunda planta, entró al baño que se conectaba con el pasillo y con el cuarto principal y se duchó con el agua más fría que pudo soportar. Su instinto susurraba una y otra vez lo imbécil que había sido, y su conciencia le repetía que no tenía sentido volver a caer en lo mismo. La verdad no tenía idea de cuál de los dos ganaría.

Cuando terminó su ducha y accedió al cuarto por la entrada del vestidor, estaba lo suficientemente calmado para funcionar sin lamentarse de las consecuencias. Eso fue hasta que observó la cama.

La casa tenía otras siete habitaciones, y de esas, solo dos estaban desarmadas; una con los restos de lo que fue el despacho de Norah, y la otra, repleta con los objetos del bebé que jamás tuvo alguna posibilidad de ser concebido; las otras cuatro habitaciones restantes estaban amuebladas, habitables y eran cómodas.

Sin embargo, ninguna otra era lo suficiente buena para Norah.

Ella tenía que llegar y acostarse a dormir en su bendita cama.

*—Siempre hace lo mismo —masculló, negando con la cabeza,*



preguntándose siquiera por qué se quejaba.

Hacía dos meses que habían comenzado a reunirse en su casa. Jack se había cansado de los benditos hoteles y Norah vivía con otra chica, él no tenía intención de ir a un sitio donde hubiese testigos. Cuando le sugirió a la pelinegra que se buscara una casa propia, ella le contestó que no tenía dinero para costárselo, así que no insistió a pesar de no haberle creído. Norah tenía su propia herencia más lo que producían las acciones de *Composture*, por lo que era absurdo siquiera considerar que tuviese problemas de liquidez, y si se lo estaba diciendo para que se compadeciera de su mala fortuna y, de paso, para que le ofreciera dinero, estaba muy equivocada. Esos días se habían acabado desde hacía mucho tiempo.

Así que, acá estaban. En su propia casa. Y sin importar cuántas veces le dijera que se fuera a otra habitación, ella no lo hacía, se quedaba allí. Y cuando ambos estaban satisfechos del otro, ella se marchaba a su departamento sin importar la hora, alegando que tenía que trabajar al día siguiente.

A él le irritaba en exceso. Cada vez que la veía en esa cama, los recuerdos lo invadían, causándole dolor e incomodidad. Ella había pasado veintiún meses durmiendo allí, sobre su cuerpo, y cada noche de esas había resultado ser una falsa.

Pensó en despertarla para poseerla o decirle que se fuera, no estaba seguro cuál le apetecía más. Sin embargo, notó lo placida que estaba y supo que no podría hacerlo, sobre todo al reparar de los círculos negros que rodeaban sus ojos.

Miró hacia la puerta y consideró irse a otra habitación a dormir. Sin importar los meses que llevaban de amantes no habían dormido juntos ni una vez. Era un acto muy íntimo y muy de los dos para permitir que ocurriera de nuevo. No obstante, justo en ese instante, al verla acurrucada con su almohada, supo que no había vuelta atrás.

La obsesión ganó otro tanto.

Dejó caer la toalla, apagó la luz y se acostó en su lado. Entonces, como si el tiempo no hubiese transcurrido, ella se removió y se pegó a su cuerpo, apoyando la cabeza en su pecho mientras entrelazaba su pierna con las suyas. Estaba desnuda. Toda la escena era tan condenadamente familiar que lo hizo temblar. La abrazó y olió su cabello; vainilla con lavanda, ese siempre era su aroma, por la crema corporal que utilizaba y su champú. Cerró los ojos y se relajó, sintiendo que ella se removía contra él.

—Jack... —Escuchó que susurraba. Elevó un poco su cabeza y descubrió que tenía los ojos entrecerrados. Supo que estaba dormida y también que su presunción era cierta, estaba agotada.

Había hecho eso varias veces durante su matrimonio, balbuceando cosas sobre promesas y otras veces sobre su mamá, pero no había comprendido nada al respecto, aunque, preocupado con que estuviera enferma, la obligó a visitar un especialista. El doctor le había dicho que era una especie de sonambulismo por agotamiento, o algo parecido.

Jamás le prestaba mucha atención a lo que le decía, asumiendo que hablaba cosas sin sentido, ni siquiera cuando la última vez, un par de meses antes que todo se descubriera, tuvo una conversación con ella de esa forma.

«Tengo terror de que lo sepas y de perderte», le había dicho esa noche. Frunció el ceño al recordarlo. Él le había preguntado qué era lo que tenía que saber, y ella le había contestado una y otra vez que lo amaba, que era lo único que importaba.

—Idiota —masculló, negando con la cabeza. ¿Cómo no se dio cuenta de eso antes?

—No, Jack, no —dijo ella removiéndose y apretando su mano en su pecho. La envolvió para que se calmara, lo cual era algo más bien instintivo—. Tú, no.

—¿Por qué me hiciste esto, Norah? —le preguntó. La sintió abrazarlo con mayor fuerza.

—Lo siento —le dijo una y otra vez. Hasta que casi le pitaron los oídos. Cuando por fin se calló, la apretó aún más.

—¿Qué fue real? ¿Algo de ello? ¿Nada?

—Solo tú —le susurró con voz ronca—. Solo tú.

La miró confundido, sin comprender qué quería decir con eso. ¿Él había sido lo único real en esa historia? Ya lo sabía, ¿pero acaso nada de ella lo fue? ¿Absolutamente nada?

—¿Norah?

—Me siento protegida contigo —le susurró. Él parpadeó, suspirando, y la escuchó balbucear algo indescifrable después, lo cual significaba que finalmente se dormiría y dejaría de hablar dormida.

—Quisiera poder meterme en tu mente y saber con exactitud qué piensas cuando dices cosas como esas. —Negó con la cabeza y se acomodó; se quedó dormido casi de inmediato.

## Capítulo 7

Norah abrió los ojos y se estiró sobre la cama sintiéndose más descansada de lo que había estado en mucho tiempo. Giró su cabeza hasta el reloj en la mesilla y frunció el ceño al descubrir que pasaban de las once de la mañana. Era sábado, pero igual debería estar en la oficina; sin embargo, no podía encontrar la fuerza para siquiera salir de la cama. Estaba tan cómoda y calentita que era probable que pudiera quedarse allí indefinidamente.

Sonrió con ironía ante ese pensamiento y se preguntó dónde estaría Jack. No dudaba de que hubiese llegado a dormir anoche y de que seguro que al verla en su cama se había largado a acostarse en otro sitio. Estaba bastante claro que él no quería dormir con ella. Si se hiciera por completo su voluntad, Norah estaría lista y dispuesta para entregarse a él, y después se iría gateando a otra habitación hasta que la llamara como a una perra para una segunda tanda. Allí tendría que regresar gimiendo y jadeando por atención, para ser descartada de nuevo poco después mientras él seguía en su pequeña burbuja.

Obviamente la situación era enervante. Y estaba segura que no se dejaría tratar como un animal. Tenía límites, y se encontraba sintiendo más orgullo del que creía posible después de todo lo acontecido entre ambos. A pesar que Jack la ponía a prueba cada vez más a menudo.

Con todo, también debía aceptar que no era algo insoportable ni difícil de sobrellevar. En general era bueno. Lo tenía cada vez que lo deseaba o cuando él la llamaba; y después se separaban hasta la siguiente oportunidad. El problema era que no conversaban ni se involucraban en absoluto en la vida del otro, y faltaba la fuerte conexión que los había caracterizado.

Había amor. Y estaba segura de que no solo de su parte. Sin embargo, este se había desvirtuado en un amor enfermizo, dependiente y distante. Uno que mutaba dependiendo del momento en que se encontrara. Podía ser cruel, rencoroso e hiriente. O podía ser cariñoso, apasionado y turbulento. Sobre todo, era extrañamente dañino.

Jack le recordaba a sí misma al principio del matrimonio, completamente pasiva-agresiva hacia él, culpándolo de su destino, pero incapaz de liberarse de su propio yugo. Esa era una de las razones por las que actuaba tan sumisa al respecto, aceptando todo lo que le diera sin presentar batalla, rindiéndose a sus manías, ya que de alguna manera sentía que se lo debía.

En especial, porque aunque él tenía el control, la mayoría del tiempo no sabía qué hacer con ella. Por momentos, alcanzaba a vislumbrar un brillo en sus ojos que le mostraba cuánto la deseaba abajo de su cuerpo. En otros,

mucho más perturbadores, le demostraban que la quería muerta. Por su propia mano.

A veces pensaba que matarla sería la única solución posible, porque mientras más tiempo pasaba junto a él, más claro tenía que no podría apartarse de su lado.

Y empezaba a creer que para él era lo mismo.

Se volvió a estirar y tuvo la sensación de que alguien había dormido con ella; ¿él? Eso era imposible. Su aroma estaba por todo el lugar, ya que, en sí, ese era su espacio. Había extrañado dormir en esa cama, la que por milagro sobrevivió a los demolidores cambios de Jack y sus aspiraciones de decorador.

Por otra parte, en realidad estaba tan agotada por el trajín de los últimos días —de los últimos meses— que su cuerpo se había apagado por completo, dejándole nula oportunidad de pensar en lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Cerró los ojos arrugando la cara y gruñó, se sentía demasiado relajada como para pensar en sus problemas personales y laborales. Se hacía evidente que la salida de un nuevo patrocinador la noche anterior la había golpeado con fuerza. También porque era ilógico. Sus ventas crecían sin interrupción cada mes, presentando cifras consecutivas de dos dígitos durante los últimos cuatro meses, y, aun así, la seguían considerando una paria entre los de la industria editorial.

Fue a consultarle a su padre si había escuchado de alguna empresa o persona que estuviese interesada en sabotear *Luxury*, ya que tenía suficientes contactos para saberlo. Dean, un poco enfadado, rechazó la idea: «Tu empresa, Norah, es un asunto familiar, y todos lo saben», dijo, recalcando que su apellido era muy importante como para que alguien se atreviera a hacer algo para perjudicarlo. Directa o indirectamente.

Consideró hablar con Bethanie para interrogarla sobre si tenía algo que ver en ello, pero lo descartó casi de inmediato. No tenía sentido que su hermana se involucrara en esos asuntos, su posición estaba consolidada y ya se había vengado por todo lo que consideraba que era su culpa. No creía que se molestara en hacer algo tan estúpido como sabotearla, menos si ese plan ponía en peligro su jefatura en *Composture*. Y si fuera un movimiento de la revista, ella estaría enterada, aún era miembro de la directiva y su padre jamás permitiría que eso ocurriera, así se lo había enfatizado cuando conversó con él. Tampoco lo permitiría Jack, quien a pesar de sus actuales acciones, tenía

demasiada integridad para caer en un acto tan rastrero.

Debía asumir que la pérdida de patrocinadores venía por la falta de confianza; la revista llevaba poco tiempo circulando en el mercado y los inversionistas, al menos los establecidos, no apostaban por negocios que no daban seguridad de ganancia inmediata.

Por lo mismo, Norah solicitó préstamos en varias entidades bancarias y todavía estaba en espera de sus respuestas, rezando que su parentesco por matrimonio no hiciera necesario que se comunicaran con Jack para pedir autorización.

Solamente necesitaba pasar la brecha de un año. El primer año de un nuevo emprendimiento siempre era difícil, sobre todo en la economía actual. Pero se estaba quedando sin fondos, y esa única certeza la estaba desesperando.

Lo único genial de la empresa era la revista en sí. Cada número resultaba ser casi perfecto y una total sorpresa. Incluso un contacto de la *Sociedad Americana de Editoriales de Revistas* le había dicho que el número tres estaba siendo considerado para una nominación al *Premio Nacional de Revistas*.

«Si consigo eso, todo lo demás tendrá sentido».

Suspiró de satisfacción y se levantó de la cama para dirigirse al baño para asearse y vestirse.

Salió media hora más tarde, vestida con la misma ropa del día anterior, con un nuevo juego de bragas que había traído consigo. Levantó su bolso y la chaqueta del sofá antes de dejar la habitación.

Bajó las escaleras sintiéndose ansiosa y, por primera vez en mucho tiempo, violenta por la situación. De alguna manera, esto le recordaba a la mañana siguiente del primer día de su luna de miel, con la diferencia de que en esa oportunidad sí había habido sexo.

Esa luna de miel fue tan horrible que todavía a esa fecha seguía bloqueándola.

«Agua, agua, agua», repitió en su interior. Todo había estado rodeado de agua.

Debió haberse interesado por el destino de su viaje, no haber simplemente aceptado cuando él le dijo que sería una sorpresa. Norah pensó que irían a un hotel en cualquier parte, o un viaje a París, ya que era lo normal en esos casos. En cambio, él la llevó directamente a un crucero.

Sintió náuseas desde el momento en que el auto se había detenido en el

puerto. Lo peor fue que en vez de decir algo, siguió caminando hasta entrar a ese horrible sitio. Estaba tan arraigado a su ser que no podría haber hecho algo distinto.

Esa experiencia había sido traumatizante. Había pasado todo el viaje amargada, negándose a siquiera salir del camarote, y cuando el crucero varó en el primer puerto de destino, cuatro torturantes días más tarde, tomó sus maletas y desembarcó para no regresar, obligándolo a comprar un pasaje de vuelta a casa para el día siguiente.

Si alguna vez tuvo alguna duda sobre el amor que Jack le profesaba, la paciencia infinita que él le había demostrado esos días las despejó en un instante. No es que en esa época lo hubiera notado o le hubiese importado.

E incluso con todo lo que había sucedido en esa oportunidad, ahora se sentía más incómoda. No sabía con cuál Jack se encontraría esta vez; si el calmado e indiferente o el violento.

Lo encontró sentado frente al mesón cuadrado de la cocina, en una de las baquetas de metal. Estaba comiendo un desayuno que seguramente había salido a comprar por allí. Jack no sabía ni siquiera hervir agua.

Se quedó mirándolo sin decidir bien qué hacer, detallándolo, pasando un par de segundos más de los necesarios en cada musculo de la espalda que se marcaba en la franela verde que estaba usando. Cuando consiguió salir de su estupor, decidió que debía largarse de allí lo más pronto posible.

—Yo... creo que ya me voy.

Él giró para mirarla, frunciendo el ceño. Sus ojos verdes brillaban, pero estaban fríos y calmados, haciéndola ponerse en guardia y enderezarse frente a él.

—No has cumplido tu objetivo aún —le comentó él, lo cual causó que ella le enarcara una ceja.

—¿Acaso esto es un trabajo? —preguntó a segundos de descontrolarse a pesar de saber que era un momento para actuar con cuidado. Jack sonrió maliciosamente.

—Por lo menos es uno bien pagado, ¿o te atreves a negarlo?

—No lo sé, a veces es mucho esfuerzo sin ninguna satisfacción —murmuró venenosamente, cabreada por tenerlo en ese estado de ánimo, justo en ese instante, cuando de verdad no estaba de humor.

—Tal vez es que no haces las cosas como deberías —concluyó él levantándose del asiento.

Norah dio un paso hacia atrás.

—O quizás es que se ha convertido en un sobre esfuerzo unilateral.

«Oh, cielos, ¿qué demonios estoy haciendo? ¿Y por qué esto es tan divertido?».

Jack sonrió, y fue un gesto tan solapado que todos sus vellos se elevaron, alertándola.

—Haré que te tragues cada bendita palabra —amenazó.

—Todo eso está muy bien, Jack —comentó, sintiendo que cada parte de su cuerpo y de su alma cobraba vida, preparándose—; pero has olvidado un detalle muy importante.

—¿Ah, sí? —masculló, dando un paso hacia ella, acechante—. ¿Y cuál será?

—¡Qué primero tienes que atraparme!

Soltó un grito al mismo tiempo que le lanzaba el bolso y la chaqueta sobre su pecho, lo que lo hizo retroceder unos milímetros. No esperó a ver si le había hecho daño, en cambio, salió corriendo como si su vida dependiera de ello, riendo como maníaca y preguntándose si de verdad no se había convertido en una.

Pasó por el comedor tirando sillas y todo lo que consiguiera, mientras lo escuchaba gritar y medio gruñir quizás al golpearse con algo. Tampoco se giró para corroborarlo.

Entró a la segunda sala y saltó sobre una mesilla de café, una otomana y el sofá verde, derrumbándolos en el proceso, viendo que él accedía por la otra puerta con cara enloquecida.

—¡Seré benevolente si te rindes ahora!

Ella tuvo que dejar de correr un instante para doblarse de la risa. Cuando lo vio acercarse, salió huyendo de nuevo.

—Nunca. ¡Francia jamás se rinde! —se jugó. Lo escuchó carcajearse en respuesta.

Antes de poder pensar, viró hacia la izquierda, dio un giro y volvió a pasar por el comedor, saltando los obstáculos para entrar a la cocina, luego corrió hasta la puerta de vidrio que daba al patio. El sitio que había esquivado como la peste durante todo su matrimonio.

Sus tacones se clavaron en el césped, hundiéndose a cada paso, y maldijo cuando se agachó para arrancárselos. Justo cuando jadeó de júbilo al soltar el segundo, sintió que unos brazos la cogían de la cadera y la cargaban.

—¡No! —se quejó pateando sus piernas hacia afuera. Pegó la espalda a su pecho.

—¿Francia se rinde? —le preguntó burlón. Ella pateó un poco más, causando que Jack trastabillara un paso hacia atrás.

—¡Jamás! —le reviró sintiendo que la volteaba y que la pegaba a su cuerpo—. Pero sí que puede hacer el sacrificio de forzarse a ser sometida —declaró con una sonrisa.

Él se volvió serio de repente, haciéndola tensarse.

—Supongo que el esfuerzo vendrá en lo bien que se le pague, ¿no? —indagó, lanzando la primera estocada.

Parpadeó y perdió toda la jocosidad de la situación. Sintió que su pecho se hundía.

La peor forma de castigo de todas las que podría haber ideado: darle un momento de esperanza y tranquilidad, para después arrebatárselo y volverlos a dejar en el vacío. Y nunca los veía venir, por lo que siempre la pillaba con las defensas bajas.

—Y seamos sinceros, Francia nunca fue barata, pero siempre fue una puta. —Palideció, observándolo, todo su cuerpo rígido y estoico aun estando sujeta por él—. Así que imagino que se someterá al mejor postor —culminó implacable. Sintió que sus ojos se humedecían. Intentó que la soltara, pero no tuvo éxito.

—Nunca me dejé someter, ¿recuerdas? —preguntó, el orgullo aflorando por cada poro de su piel.

—Es cierto, ese era mi trabajo —concedió, pero de alguna manera, no se sintió como un triunfo.

Se quedaron allí, mirándose uno al otro. Sería más fácil si en ese instante la echara, incluso lo deseaba. Pero en esos meses que llevaban de amantes había aprendido varias lecciones, y entre ellas, que eso no era típico del nuevo Jack: frío y vengativo.

Aprendió a conocer su cara oscura, su parte sanguinaria, rencorosa, y que sus momentos calmados solo eran estrategias para herirla más. En esos instantes de tregua, cuando Norah bajaba la guardia, el sádico de su marido aprovechaba para clavar el puñal, retorcerlo y empujarlo lo más profundo posible, cosa de que jamás pudiese quitarlo de su pecho.

Toda esta guerra emocional había comenzado el día en que fue a su despacho. Él la abrazó por unos minutos y después embistió el arma blanca, dejándola al borde emocionalmente, llena de zozobra, dolor y culpa, porque sus declaraciones siempre eran brutales.

No la usaba mucho, lo cual causaba que su plan de retribución fuera más



efectivo. A veces pasaba todo un mes sin un comentario o estocada. Sin humillarla ni hundirla en la nada. Pero quizás eso lo hiciera peor, la calmaba y volvía confiada sobre su entorno, para después arrebatarse el piso debajo de sus pies. Dejándola en el aire.

También comprendió que existía una forma de detenerlo. Él se lo había dejado claro ese día; se apartaría cuando ella no quisiera continuar con el juego, que en el fondo todo sería su decisión. No obstante, esa situación enfermiza los atrapaba, los envolvía y no les dejaba vida ni voluntad. El modelo de una relación sadomasoquista emocional, pero sin palabra de seguridad, porque esta se había reseteado de sus cabezas un año atrás, cuando estar juntos aún tenía sentido.

—Sí, ese era tu trabajo —respondió por fin dándole lo que necesitaba. Lo escuchó gruñir en mezcla de furia y de excitación malsana.

Después la jaló para besarla con brusquedad y casi odio, estuvo segura. Lo aceptó y lo regresó, arañando su cuero cabelludo y removiéndose, ya que seguía sujeta entre sus brazos con los pies lejos del suelo. Cuando la liberó, lo miró y negó con la cabeza. Rindiéndose, o quizá revelándose de ese juego que habían instaurado.

—Mentí antes —respondió, haciéndolo parpadear—. Sí que me sometiste al final...

Jack rumió de nuevo, un sonido casi animal, la tomó por la nuca y volvió a besarla con brusquedad. Ella lo dejó ser, relajándose por completo.

Cuando la liberó, lo miró por un instante antes de cambiar su atención a donde se encontraban. Norah no desvió su mirada, concentrada en él.

—De algo no me puedo quejar —informó él con voz enronquecida caminando hacia un lado, aun sin liberarla.

—¿Y qué es eso? —murmuró.

—Como esposa eras mojigata sobre dónde demonios iba a hacerte el amor. Siempre en la cama o en la habitación, era lo debido —declaró burlonamente. Parpadeó, confundida—. Como amante eres mucho más dada a nuevas experiencias. Y tengo ánimos de una de esas ahora.

—¿A qué...? —Soltó un grito cuando lo sintió saltar, arrojándolos a ambos a alguna parte.

Y allí percibió el agua envolviéndolos, ahogándolos.

Los había lanzado a la piscina.

Justo cuando fue consciente de ese hecho, su cerebro dejó de funcionar.

## Capítulo 8

Jack nadó hasta la superficie arrastrando a Norah a su lado. Su sangre estaba hirviendo, tanto por la persecución como por la escena posterior. Su cerebro estaba programado únicamente para poseerla y no había ningún otro pensamiento que interfiriera con ello. No en ese momento. No cuando se encontraba en ese estado.

La pegó contra uno de los bordes de la piscina y comenzó a desvestirla, jalando la blusa hasta romperla mientras unía sus caderas.

—Siempre he deseado tener sexo contigo aquí —declaró acelerado.

Le tomó un par de segundos comprender que ella estaba estática y cabizbaja. Cuando tomó su mandíbula para elevarla, lo que vio le hizo estremecerse. Algo iba muy mal. Estaba tan blanca que parecía papel y no la sentía siquiera respirar, su mirada estaba completamente desenfocada y hundida.

—¡Norah! —gritó mientras la jalaba fuera de la alberca, la sentó sobre los azulejos y se elevó a su lado.

Cuando estuvieron ambos fuera del agua, la sujetó en brazos y la llevó hasta una silla plegable blanca que estaba en el borde de la piscina.

La recostó allí con cuidado y comenzó a revisarla, temblando y sintiéndose completamente aturdido por su reacción. Apoyó el oído en su pecho para percibir si el corazón aún latía, aliviándose de inmediato cuando descubrió que lo hacía y que inclusive estaba acelerado. No estuvo dentro del agua el tiempo suficiente para que se ahogara, así que nada de eso tenía sentido; sin embargo, empezó a hacerle RCP, aunque después de varios intentos, ella aún no reaccionaba o escupía agua tosiendo, o hacía cualquier cosa que demostrara que esa acción estuviera siendo útil. Se preguntó si debía llamar a una ambulancia, pero la simple idea de dejarla sola por un minuto le aterrorizaba.

—Por Dios, por Dios. Reacciona. ¡No puedes morirte! ¡Norah, mírame! —le gritó de nuevo, y percibió que temblaba. Justo en ese momento, sintió que el alma le regresaba al cuerpo—. ¿Estás bien? ¿Norah?

Ella por fin parpadeó y su mirada volvió a enfocarse. Él abrió la boca para decirle algo, pero antes de que pudiera hacerlo, un sollozo se lo evitó. Y un segundo después, ella estaba llorando a lágrima viva.

—¿Qué demonios? —le preguntó, sujetándola, mientras ella escondía su rostro contra su pecho mojado y apretaba sus manos en puños sobre su franela.

Cada uno de sus sollozos le quebró el corazón, era como si viniera de algo

muy profundo, algo que nunca hubiese tocado de ella en todo el tiempo que llevaba conociéndola. Se estremeció mientras la abrazaba con fuerza, balanceándola y susurrándole cosas para reconfortarla, sin tener idea de qué diablos estaba sucediendo o por qué se había puesto así en primer lugar. No tenía ningún tipo de control de la situación o forma de evitarlo, y al parecer, tampoco tenía una idea de cómo tranquilizarla. Al final, se conformó con abrazarla.

Estuvieron así mucho tiempo pese a que ella no se calmaba ni dejaba de llorar o de temblar contra su cuerpo, pegada a su ropa empapada. Aunque no había hecho tentativa alguna de apartarse, él intentó moverla en dos oportunidades, pero a cada intento, ella se apretaba más contra su pecho.

—¿Norah? —la llamó en un susurro, acariciando su espalda.

Lo ignoró y siguió llorando por un rato más, como si el sonido de su nombre la hubiera incentivado a seguir. Suspiró y volvió a abrazarla hasta que se calmó un tiempo después. La escuchó hipar varias veces antes de que comenzara a removerse para que la dejara ir, y le fue imposible complacerla. En cambio, se sentó en la silla plegable, ya que durante todo el tiempo había estado acucillado frente a ella, la cargó y la posó sobre su regazo sin importar que ambos estuviesen empapados y muertos de frío.

Norah hundió el rostro en el arco convexo de su cuello, y las manos que estaban clavadas en su franela mojada se deslizaron por su pecho hasta rodearlo y abrazarlo con fuerza, temblando por algo totalmente distinto a la temperatura.

Jack miró hacia la piscina con el ceño fruncido por un rato, intentando unir los hilos para comprender lo que acababa de suceder. No consiguió respuesta alguna, ya que nada de lo que le pasaba por su cabeza tenía sentido.

—¿Llamo al médico? —ofreció sintiéndose inservible. Ella negó con la cabeza.

—No, por favor, no me dejes —le rogó. Por una vez, todo el fuego de la furia que resurgía en él cuando hacía ese tipo de comentarios no estuvo presente. El terror, la incredulidad y el aturdimiento por la sensación de casi haberla perdido ahogaron todo indicio de llamarada.

—¿Qué sucedió, Norah? —le susurró con cariño, moviendo su mano para acariciar su mejilla. Ella no contestó a su pregunta. Él frunció el ceño y luchó por recordar si alguna vez habían hablado sobre las piscinas o algo parecido, y parpadeó al recordarlo—. Esto es algo más que el cloro dañando tu cabello, ¿verdad? —adivinó. La pelinegra se tensó y finalmente asintió

contra su pecho—. ¿Qué sucede, cielo? Puedes decírmelo.

—Mi madre... —aclaró su garganta. Él frunció el ceño, confundido—. Todos piensan que ella murió dormida por una aneurisma, pero la verdad es que se suicidó en la piscina de mi casa.

Jack se apartó para mirarla a sus ojos.

—Me contaste que murió cuando tenías nueve —dijo. Ella volvió a asentir, parecía mucho más joven que los veintiséis años que tenía y también mucho más vulnerable—. Lo siento, cariño. ¿Cómo sucedió?

—Ella era depresiva y medio bipolar, creo, nunca me lo dijeron, pero según mis recuerdos y lo que vi, ahora comprendo que era así. Además, un tiempo después de su muerte, mi padre hizo que me hicieran pruebas y que me evaluaran sobre ello, supongo que temía que heredara la enfermedad de mi madre, dado que ya me parecía a ella en otros aspectos —le contó con tono inexpresivo.

La miró sin decir palabra, durante unos minutos. Ella había desviado su cabeza para evitar que sus ojos se encontraran, hipaba de vez en cuando, su cara estaba sin expresión ni emoción alguna, aunque estaba sonrojada e hinchada por tanto llorar. El agua había corrido parte del maquillaje, la otra parte estaba impregnada en la húmeda franela verde de Jack.

—¿En qué te parecías a tu madre? —le preguntó entonces. Ella se encogió de hombros.

—Amaba lo mismo que ella: *Composture*; escribir y sobreactuar. La verdad es que besaba el piso por donde caminaba. La imitaba en todo, ella lloraba y yo armaba una pataleta espectacular. Ella brincaba y yo saltaba de escaleras y aceras, lo que me generó rodillas rotas y huesos quebrados. —Apretó los labios y hundió sus hombros—. Estaba tan pendiente de mi madre que nunca noté cómo me miraba mi padre hasta que ella se fue. En sus ojos vi terror. Sin embargo, nunca volví a observar mayor alivio en el rostro de Dean que cuando salió de hablar a solas con el psiquiatra al que me llevó. Por lo mismo, comencé a reprimirme, entendí que no era normal actuar como un mini clon de mi mamá. Así fue hasta que, con el tiempo, dejé de hacerlo por completo.

Jack acarició su mejilla, apartando su cabello hasta colocarlo sobre su hombro.

—Me hubiese gustado conocerte entonces, verte como una niña exaltada, saltando contra las paredes y gritando como loca —bromeó. Vio que ella emitía una pequeña sonrisa, lo cual le alivió, temía que siguiera en estado de

*shock* o que de un momento a otro volviera a dejarse ir a la deriva.

—No, te aseguro que no te gustaría —susurró con voz rasposa, y después hundió sus hombros y bajó su cabeza—. Ella fue el amor de mi vida, mi mejor amiga. Mi todo.

Jack parpadeó y la abrazó con más fuerza, besando su sien, porque comprendía esa sensación. Nunca lo diría en voz alta, pero su padre compartía esas cualidades en su vida. Jamás le había fallado, siempre había estado allí, y la simple idea de que se muriera y no estuviese más a su lado era suficiente para desgarrarlo. No tendría comparación con nada de lo que hubiese experimentado en su vida, salvo lo que sintió por Norah cuando descubrió su traición.

—Lamento que tu madre te haya abandonado —dijo sujetando su barbilla con cuidado para guiarla hasta que lo observara. Cuando lo hizo, notó que le fruncía el ceño interrogante—. Porque eso fue lo que hizo, ¿no es así? No te consideró su todo y te hizo sentir insuficiente para quedarse. Si te amaba tanto, debió mantenerse a tu lado —declaró sintiendo que se sacudía—. Si tan solo las cosas fueran así de fáciles, ¿verdad?

La vio parpadear, sus ojos brillaron mirándolo con una expresión que le hizo preguntarse si así la había observado él en su primera cita, después de soltarle la broma del cuadro. Era una mezcla entre incredulidad y satisfacción porque alguien por fin lo comprendiera.

Luego de un tiempo mirándose a los ojos, ella asintió con rectitud, casi hipnotizada, y se hundió sobre su cuello, volviendo a llorar. Esta vez fue más sosegado, pero no por eso menos doloroso.

La abrazó por unos segundos antes de decidir que no podían continuar más allí. El viento los hacía temblar cada vez más, la humedad y la ropa pegada era incómoda como el infierno, y el quedarse sentado con ella quebrándose entre sus brazos aumentaba la sensación de inutilidad que llevaba experimentando desde que la sacó de la piscina.

La tomó en brazos y se levantó.

—¿Qué haces? ¡No! —jadeó asustada.

—Tranquila, te llevaré adentro, te estás congelando —aclaró, indignado por que creyera que fuera a intentar lanzarla de nuevo a la piscina. Primero muerto antes de soportar volver a vivir una situación así, o el horror de esperar que reaccionara, temiendo que nunca más lo hiciera.

La llevó por la casa esquivando los objetos que habían tirado en su persecución y aunque había sucedido escasos minutos atrás, le pareció tan

lejano que se encontró desconcertado al observar la evidencia. Norah estaba abrazada a su cuello y había hundido la cabeza sobre su pecho, totalmente relajada. Su parte más cínica le hizo preguntarse si estaría utilizando la tragedia de su madre como una forma de manipularlo. Como antes. Como siempre. Allí recordó su estado, su cara, la palidez que todavía se mantenía en su tez y la forma en que los ecos de sus sollozos golpeaban sus intestinos aun desgarrándolo, y supo que era imposible que estuviese usándolo.

Subió las escaleras, la guió hasta el baño y la sentó sobre el inodoro. Comenzó a desnudarla, viendo que seguía cabizbaja y con los hombros hundidos. Hizo lo mismo con su ropa. Una vez desnudos, la llevó hacia la ducha, abrió el agua caliente y se posicionó para que el chorro caliente los mojara a ambos.

Ella se acurrucó contra su pecho y envolvió su cintura en un abrazo. Él la imitó y, apoyando su barbilla sobre su cabeza, suspiró.

Cuando ambos estuvieron mojados y calientes por el agua, Jack apagó la ducha, luego buscó el jabón líquido para embarrarlo en sus cuerpos. Quería hacer desaparecer el olor a cloro lo más rápido posible. No sabía si serviría, pero necesitaba aferrarse a las formas tangibles de ayudarla para sentirse menos incompetente. Le lavó hasta el cabello y se apresuró en hacer lo mismo consigo mismo, antes de abrir la ducha y comenzar a enjuagarlos.

La vio sonreír por un instante entre sus párpados entrecerrados y supo que había entendido por qué lo estaba haciendo. Ese pequeño gesto de sus labios lo relajó y volvió a respirar con tranquilidad.

—¿Podrías besarme? —le pidió ella en un susurro un par de segundos después—. Por favor. Necesito algo para dejar de pensar tanto...

No le permitió terminar su ruego, unió sus labios a los suyos y la besó, ya que comprendió que lo necesitaba tanto como ella. Lo hizo despacio, quería tranquilizarla, por lo que intentó mantener apartadas las demás emociones, en especial el amor enfermizo y el castigo.

Al separarse, sintió que tensaba su sujeción en la cintura.

—Otro.

—Norah —le advirtió.

—Otro, por favor —rogó.

Suspiró y volvió a hacerlo, la pegó a su cuerpo y trató de mantener el beso tan casto como el primero, aunque esa tarea no le fue nada sencilla. Duró un poco más y de alguna manera se volvió más apasionado, tanto que ella se puso en puntillas y comenzó a sentir todo su cuerpo resbaladizo —por el agua y

restos de jabón— pegado al suyo.

Se apartó cuando empezó a excitarse. La idea de bañarse juntos no había sido con la intención de hacerle el amor, más bien le aterrorizaba pensar en ello y se había controlado tocándola de forma impersonal. Tenía límites, pocos, estaba claro; pero eso sería incluso más imperdonable que llegar a la violencia física.

—Otro —volvió a rogarle.

—Serás mi muerte —gruñó él con frustración mientras volvía a besarla, allí la giró y la pegó contra la pared para que supiera exactamente cómo lo hacían reaccionar sus peticiones—. No. —Se apartó—. No después de lo que acaba de suceder, estás en *shock*.

—No para esto —le susurró arrastrando su mano por su estómago—. No para ti. Tú me haces sentir segura, Jack.

—¿De verdad, Norah? —preguntó de forma socarrona, después se tensó al recordar que la noche anterior le había dicho lo mismo. Negó con la cabeza—. Yo no estoy tan seguro de eso.

Se conocía lo suficiente a sí mismo y al juego en el que habían estado involucrados en esos meses, al igual que el daño que había causado en ambos, así que no comprendía por qué decía eso.

—Siempre, Jack —reiteró y lo tomó en su mano, lo cual le hizo gruñir—. Bésame de nuevo. Te necesito a ti. Por favor, por favor.

Dejó de pensar, gimió y volvió a besarla, elevándola sobre los azulejos del baño, y luego de posicionarse, entró en su cuerpo; quería ir suave, quería ser cariñoso, pero también temía hacerlo. Sus momentos más tranquilos habían demostrado ser los más perturbadores.

Sin embargo, esta vez, había algo distinto. Tenía grabado en su retina la forma en que la había sacado de la piscina, y la furia aún no había emergido.

Después de la ducha, que se extendió por toda una hora, sacó a una Norah bastante agotada del cubículo, la dejó sobre el suelo y, antes de llevarla a su cama, la secó con una toalla grande. No se le escapó la ironía de que ni siquiera consideró acostarla en otro sitio que no fuera su dormitorio. Luego se secó y se vistió para bajar hacia la cocina, allí finalmente pudo hacer un inventario de las cosas que había roto cuando «intentaba dominar a Francia». Sonrió al recordar lo infantil que había sido todo. Siguió caminado entre cosas tiradas, sillones volcados y vidrios rotos imaginándose que al día siguiente no sería la persona favorita de su servicio de limpieza.

Cuando finalmente llegó a la cocina, cogió jugo del frigorífico y le echó un

poco más de azúcar. Arregló el desayuno que había comprado para Norah, lo calentó y subió a su cuarto.

La encontró sentada en la cama, mirando hacia la ventana. Vestía una de sus camisetas de deporte. Frunció el ceño sintiendo la estocada en su pecho al verla usar su ropa e inhaló con fuerza para controlarse, el sonido la advirtió de su presencia.

Norah se giró a verlo.

—Mi ropa está mojada y rompiste mi blusa —explicó ella enarcando una ceja.

Sonrió al recordar exactamente cómo había hecho eso, aunque el gesto murió de inmediato al pensar en los acontecimientos que sucedieron a ese.

Se acercó y puso la bandeja entre sus piernas.

—Intenta comer y tomarte el jugo. Está dulce, pero debes bebértelo igual —advirtió adelantándose a las quejas que sabía vendrían.

Se movió alrededor sin saber bien si debía irse o quedarse.

—Podrías quedarte —ofreció ella adivinando su cavilación, aunque sonó más como una petición—. Sentarte aquí. Ver televisión.

Miró a la mujer por un par de segundos y suspiró antes de caminar como autómatas hacia el lado opuesto de la cama y dejarse caer junto a ella. Cogió el control para encender el televisor frente a ellos y sintonizó un juego sin prestarle mayor atención. Era una acción tan hogareña que se sintió inquieto, sobre todo porque la habían repetido casi cada domingo durante todo su matrimonio. Minutos más tarde, Jack pudo relajarse por completo.

Después de comer, ella dejó la bandeja sobre la mesilla al lado de la cama y comenzó a ver televisión, acurrucada a su lado. Siempre había hecho eso, apoyaba su cabeza en su antebrazo y dejaba caer sus rodillas dobladas sobre sus caderas mientras observaba lo que fuera que él sintonizara.

Con el tiempo, Jack movió su brazo para que pasara por su espalda hasta rozar sus caderas y bajó su propia cabeza para besar su sien descuidadamente.

—Háblame de tu madre —le pidió.

Ella no respondió al principio, solo movió el rostro hacia su antebrazo y lo besó en lo que imaginaba que era un gesto inconsciente.

—En los buenos momentos era maravillosa. Hermosa. Dulce. Siempre sonreía y podía escribir editoriales perfectas. Era la persona más creativa que pudieses imaginar y conocer en tu vida. Adoraba a mi padre, y él a ella. Nos adoraba a Bethanie y a mí. Éramos felices, ¿sabes? Todo era perfecto; la revista, su vida, nosotros. En sus no tan buenos momentos, mi padre tenía que



resolver los problemas que surgían, aunque yo jamás me percaté de ello hasta mucho después.

Suspiró y movió la mano para acariciar su estómago, con la cara fija en la pantalla de televisión.

—Esa noche ella estaba muy feliz, más de lo que llevaba mucho tiempo sin estar —continuó. Él no tuvo que preguntar a cuál noche se refería—. Había estado triste tanto tiempo que incluso papá estaba preocupado; los había escuchado discutir unas semanas antes. Él quería internarla y mi mamá lo acusó de querer hacerlo para quitarle la empresa; y se negó a siquiera considerarlo porque ella la había creado y era suya. De nadie más. —Suspiró y empezó a jugar con sus dedos, toqueteando su abdomen en lo que lucía bastante como un gesto nervioso—. Mi padre se había ido no sé adónde, creo que mi abuelo estaba enfermo, así que viajó a acompañarlo, no sin antes pedirle a mi abuela Sophia que nos cuidara. A las tres. Él llevaba una semana afuera cuando, esa noche, mamá entró a mi habitación sonriendo y exaltada, diciendo que... Dios, nunca le he contado esto a nadie antes, ni siquiera a Dean.

—Está bien, puedes decirlo —ofreció titubeante, acariciándole la mejilla. Ella cerró los ojos y exhaló con brusquedad antes de asentir.

—Me dijo que ya lo había hecho. Justo así: «ya está hecho, pequeña, no permitiremos que nos destruyan, solo tienes que prometerme unas cosas». —Negó con la cabeza—. Yo asentí sin escucharla porque amaba verla así, tan feliz; y le hubiese dado todo lo que me pidiera. Allí me hizo prometer que iba a dirigir *Composture*: «la creé para ti, cariño, es tu legado», dijo. Yo amaba esa empresa, así que no era una promesa que pudiera pesarme en absoluto. Me pidió que me cuidara y que protegiera a mi hermana, que nunca olvidara que al final del día seríamos las dos contra el mundo y que juntas tendríamos la mayoría en la empresa.

Bajó la mirada y sus hombros se hundieron.

—No hice un buen trabajo cumpliendo eso, ¿eh? —dijo con una mueca triste—. Después se levantó de mi cama y salió con una amplia sonrisa, deseándome buenas noches. No pude conciliar el sueño, me quedé intranquila, tenía que ver que ella estaba bien, ¿sabes? Así que me levanté casi una hora después y salí de mi habitación. Primero fui a su cuarto, pero al no encontrarla bajé a la cocina; a veces bebía algo en las noches, decía que le ayudaba a dormir. Cuando llegué, tampoco estaba allí, y la puerta del patio estaba abierta. Yo... salí y... y la vi.

Comenzó a llorar de nuevo, y Jack suspiró, abrazándola con fuerza.

—Intenté salvarla —confesó sin mirarlo, con la voz ronca y quebrada. Él apartó su cabello y elevó su cara para que lo mirara—. Primero pensé que estaba bañándose y me reí diciéndole que estaba loca, que era muy tarde para nadar. Después, creí que estaba jugando. Pero no dejaba de jugar, Jack, ni siquiera cuando le rogué que lo hiciera, así que salté a buscarla, gritándole y llorando.

—Lo siento tanto, Norah —susurró acariciando su cuello.

—Casi me ahogo, pero los gritos habían alertado al chofer y él me sacó. Nos sacó.

Acarició sus mejillas, y ella lo miró, sus ojos azules aún parecían un océano, pero violento, atormentado.

—Y desde allí no hay piscinas—reafirmó él—. ¿Por qué no me lo dijiste? Nunca hubiese... ¿Por qué mentir?

—Mi padre no quería que se supiera, decía que vulneraría su memoria y su legado. Después me convencí de la mentira. Es más fácil, ¿sabes? Preferí creer que la verdadera es la versión falsa. Lo hace más simple, más llevadero.

Jack asintió, y Norah lo abrazó con más fuerzas. Comprendía lo que acaba de decirle, aunque no lo aceptaba, esa negación no era buena, mucho menos cuando la realidad provocaba en ella tanto terror que la inhabilita. Tal como había sucedido en la piscina.

—Gracias —escuchó que ella susurraba contra su piel, besando su mandíbula.

—¿Por qué? —preguntó confundido.

—Por todo —explicó encogiéndose de hombros—. Por escucharme y entenderme. No creí que nadie lo hiciera ya. Dean ciertamente no lo hace, ni siquiera habla de ella, es un tema vetado. Mi madre solo existe como creadora de la revista, no mucho más. Creo que en parte teme que si le da la posición que merece, enloqueceré como antes, como si fuera una bomba de tiempo ambulante. Y Bethanie..., pues ella cree que fue una egoísta por matarse y dejarnos, la resiente. No la entiende y no sabe cuánto sufría ni cuánto nos amaba, imagino que es porque aún era muy pequeña cuando murió. La única que lo entendió fue mi abuela Sophia, pero Dean la apartó de nosotras, posiblemente temiendo que a la bomba ambulante se le pegaran las cepas por estar cerca de la progenitora de la causa —concluyó con amargura—. Igual murió tres años después.

Él la besó en la frente un par de veces, sintiendo que suspiraba contra su

piel.

—Te amo —le susurró ella contra su pecho antes de besarlo allí y volver a su posición, viendo televisión.

Se quedó estático por unos minutos, digiriendo cada una de sus palabras así como su declaración final. Normalmente la descartaría, pero en ese momento le fue imposible hacerlo. Giró su cabeza para mirarla sin saber bien qué decir y la encontró profundamente dormida.

Aún estaba pálida, ni siquiera el sexo y el desayuno habían hecho que recuperara el color natural que su piel clara normalmente mantenía. También parecía agotada, y no era algo reciente, ya que lo había notado la noche anterior.

Justo cuando ese pensamiento entró en su cabeza, se levantó de la cama y se apartó un paso, sabiendo que estaba involucrándose de nuevo en una forma que, cuando reanudó toda esta historia, juró nunca más hacer.

La confesión de Norah sobre su madre solo vino a confirmar lo que ya sabía: él no conocía a la mujer con la que se había casado. Sin embargo, por primera vez en todo ese tiempo, las palabras que ratificaban su total ignorancia sobre la historia que forjó a la mujer que era su esposa no eran mentiras. Sino parte de su vida que —según ella— jamás había contado a nadie.

«Me siento segura a tu lado».

Volvió a escucharla en su mente y negó con la cabeza, aún más confundido por la mujer que miraba dormir. Lo más fácil sería terminar esta historia como su padre le había sugerido; dejarla ir, entregarle los papeles de divorcio que tenía guardado en su escritorio desde meses atrás, esperando para ser procesados después de ser firmados, y que cada uno tomase su propio camino. No obstante, de nuevo no pudo siquiera considerar hacerlo.

No podía liberarla.

«Solo un poco más», intentó convencerse sin convicción.

Seguiría con su obsesión por un rato más, se reiteró. A pesar de que los castigos que tanto le habían fascinado en esos meses estaban perdiendo brillo por primera vez, estaban siendo eclipsados por las revelaciones que iba descubriendo, sobre todo ese día. Partes importantes y oscuras de su vida que Norah intentó ocultar, pero que ahora, después de ser descubiertas, seguían embrujándolo como antaño.

## Capítulo 9

Norah se estiró sobre su asiento y apagó la computadora decidiendo dar por terminado ese día de trabajo. La maqueta del próximo número ya estaba casi lista, aunque la mayor responsabilidad había caído en manos de Anne. Ese día, como todos los anteriores en lo que iba de semana, se encargó de revisar la parte financiera que, sin importar las vueltas que le diera, seguía siendo un atolladero. Incluso buscó consejo profesional, pero este no le dijo nada que ya no supiera.

Si seguía por ese camino, *Luxury* estaría acabada en menos de seis meses.

Podría inyectarle sus ganancias anuales de *Composture*, pero quizás, cuando llegara ese momento, sería demasiado tarde.

Y, una empresa que no obtenía ganancias y que sobrevivía con inyecciones de capitales externos, sin esperanzas de alzadas en su rentabilidad, no era una empresa que valiera la pena para invertir en primer lugar.

No había recibido respuesta positiva en ninguna de las entidades bancarias donde había solicitado crédito y cada puerta que se le cerraba en la cara la llenaba de frustración y furia. Esa empresa era su bebé y estaba hundiéndose tan fulminante y rápidamente como el Titanic.

Qué diferente había sido trabajar con una revista ya constituida, donde solo tenía que preocuparse de mejorar cada edición; no en cómo llegar a fin de mes y pagar a los empleados y todo lo que debía, sin menoscabar la calidad que buscaba en esa editorial.

Pero bueno, no tenía claro si hubiese sido diferente incluso aunque no tuviera que preocuparse sobre la solvencia económica; a ella jamás le gustaron los cambios, no había aprendido a manejarlos. Sin embargo, su propia vida se había encargado de darle muchos de esos, quizás diseñados como pruebas para asimilarlos y por fin congeniarlos. Ese era el motivo por el que fantaseaba con enfrentarse con el encargado de allá arriba y lanzárselos de regreso, porque nunca había tenido la intensión de instruirse sobre ello en primer lugar.

Miró su teléfono y por primera vez en esa semana no reposaba un mensaje de texto de Jack pidiéndole que se vieran en su casa esa noche. El último mes había sido distinto; extraño en su mayoría, comenzando con la revelación de la verdadera causa de la muerte de su madre. Quizás ahora su amor era un poco menos enfermizo que antes, como si estuviesen en una tregua hasta que asimilaran lo que había sucedido y cambiado entre ambos. No estaba segura. Tampoco lo estaba en si era algo para mejor o no.

Sin duda, algunas partes se sentían para mejor; a veces dormían juntos, aunque siempre se despertaba sola. Y cada domingo se quedaban en cama, veían la televisión, comían y pasaban el rato como antes, aunque sin la conexión que los había unido cuando estuvieron casados.

Justo allí venía lo malo del asunto; la falta de conexión siempre estaba presente, atosigándolos. Y no sabía cuánto tiempo duraría esa tregua, por lo que constantemente se encontraba a la espera de la gran tormenta que vendría después.

Lo incierto siempre era más terrorífico que su opuesto. Esa lección la había aprendido a cal y canto durante su matrimonio con Jack.

Aunque una de las principales nubes en el horizonte era la constante pregunta que él le hacía por lo menos cada cuatro días.

«¿Por qué te casaste conmigo?».

No sabía qué esperaba que le respondiera. Tampoco creía que nada de lo que pudiera decir le ayudaría, y no tenía mucho sentido siquiera intentar darle una respuesta ahora, después de todo el tiempo que había transcurrido.

Cada vez que Jack le repetía la pregunta, ella lo ignoraba o desviaba el tema para otros cauces. Él siempre se lo permitía, aunque sabía que no le gustaba y que incluso le enfurecía.

De resto, todo debería catalogarse como mejor. Hablaban un poco más, generalmente sobre el tema de su madre, ya que él parecía no tener suficiente sobre ello, y también sobre su infancia y la relación con sus familiares. En cambio, ella le preguntaba sobre la suya, la cual parecía un cuento de hadas en comparación. Era sorprendente cuán poco habían tocado esos temas a lo largo de su matrimonio, aunque en realidad sorprendente no era la palabra correcta; sino más bien enervante. Ella se encargó de evitarlo desde el principio, dándole y quitándole a la vez, concentrándose en el trabajo y en lo que necesitaba, sin dejar mucho espacio para nada más.

En esa primera fase de su matrimonio *pasiva-agresiva*, como normalmente la llamaba, jamás había iniciado el acto sexual, se lo dejó siempre a él, y había buscado de forma incesante que él cumpliera con todos sus caprichos y necesidades.

«Ah, pero cómo lo recompensaba», pensó con sarcasmo mientras liberaba su cabello del moño apretado en que lo tenía sujeto. Cuando consiguió que él comprara el diez por ciento de las acciones restantes de *Composture* que habían pertenecido a terceros, ella lo había consentido por casi un mes, actuando como una maravillosa esposa y otorgándole cada antojo que tuviera.

Eso marcó la práctica en su relación. Jack le daba algo que quería y ella le reivindicaba con lo que él más deseaba.

Ella siempre ansiaba cosas extravagantes, como un viaje o invertir en una sesión espectacular en los Alpes para un aniversario de la revista; o su apoyo ciego con su veinte por ciento cuando lo necesitara, aunque a él no le importara ni un poco poseer ese porcentaje. Lo tuvo tan sometido que ni siquiera había considerado pedirle que le cediera sus acciones, no había tenido sentido en ese entonces, porque no existían límites en lo que él podría darle, y lo mejor era que ni una vez pareció molesto por sus caprichos: solo quería hacerla feliz.

«Sí que lo fui», concluyó levantándose para guardar las carpetas en el archivero; pero más por pasar un domingo en la cama viendo una película o haciendo el crucigrama mientras se relajaban uno al lado del otro, que por todas las cosas que le otorgaba, pero le había tomado tiempo verlo. Nueve meses con exactitud. Y sabía por qué. Lo había culpado. Toda su actitud destructiva fue el resultado de un comentario estúpido que Jack había hecho en su primera cita; uno que causó que creyera que él había arreglado todo con su padre para hacerla su mujer. Se sintió tan furiosa y tan avasallada que, siendo el ser impulsivo que era, comenzó esa charada por una simple declaración sin sentido.

¿Cómo podría culparlo por su período de castigos cuando ella hizo exactamente lo mismo? La diferencia radicaba en que, por lo menos, Norah sabía que estaba en penitencia, él no había tenido ni la menor idea de nada.

Tomó sus cosas y cerró la oficina, ya que era la última que quedaba en el piso, a fin de iniciar su camino a casa.

Mientras manejaba a su destino, mantuvo su mente enfocada en el momento cuando había terminado su etapa pasivo-agresiva. Se había vuelto uno de sus recuerdos favoritos, uno de los que más le obsesionaba.

«Él había sido tan feliz en ese entonces».

*Iban a casa de sus padres para cenar, como hacían regularmente cada dos semanas durante toda la duración de su matrimonio, lo cual al principio le había resultado algo agotador; sin embargo, aprendió a disfrutar con el tiempo. Su suegro, Matthew, era alguien tan encantador que sería capaz de conquistar a cualquiera con su pico de oro, relajándola; incluso aunque Amelia, su suegra, hubiese siempre actuado ligeramente más tosca y más reservada con ella.*

*Estaban conversando sobre la forma en que Matthew había conquistado*

*a su esposa y cómo esta había sido maravillosa, inteligente y tan dulce que lo enamoró a primera vista, y según la expresión en la cara de su hijo y su esposa, era algo que él repetía hasta el cansancio, a cualquiera que quisiera escucharlo.*

*Cuando terminó su historia, Norah se giró hacia Jack y acarició su mejilla, casi con cariño.*

*—Bueno, Jack, no saliste en nada a tu padre —comentó venenosamente.*

*—¿Por qué, cariño? —preguntó divertido—. Al contrario, yo creo que la manzana no cayó muy lejos del árbol.*

*—Para nada; después de todo, solo soy un cuerpo para ti. Me viste y tuviste que poseerme, ¿no es así, cariñito? —declaró burlonamente, apretando su barbilla como si fuera un niño malcriado—. Podrían arrancarme la cabeza y él no lo notaría —concluyó mirando a sus suegros con una expresión inocente.*

*Matthew y Amelia se removieron incómodos, y Jack sonrió divertido aunque también avergonzado, cambiando el tema y soltando una broma idiota para relajar el ambiente. Luego continuaron cenando como si nada hubiese sucedido. Él tenía esa manera especial de hacer las cosas, de cambiar el ambiente de una habitación, hasta conseguía manejarla cuando se ponía insoportable.*

*Un par de horas después de la cena, cuando finalmente estaban en casa, Norah se cambió de ropa y escapó hacia su estudio, deseando adelantar su idea para el nuevo diseño de la revista. Sin embargo, la verdadera razón de su retirada había sido simplemente porque quería escapar del rubio, porque no lo soportaba en ese instante.*

*Media hora después, Jack entró a la oficina. Cuando lo vio parado en el umbral de la puerta, lo odió hasta su alma. Se sintió amargada porque sabía el motivo por el que había llegado allí: sexo. Siempre era igual con él, y ella nunca lo detenía, lo que hacía todo un poco peor. Primero porque tenía claro en qué se había metido cuando decidió casarse con él; y segundo, porque, vergonzosamente, cuando la tocaba, se derretía, y toda esa pantomima tenía sentido, por lo menos durante el tiempo que duraba el coito.*

*Había ansiado negarlo, rechazar cada sensación que experimentaba cuando estaba debajo de su cuerpo, o encima, o en cualquier otra posición que él dispusiera. Al principio lo intentó con toda su fuerza, repitiendo hasta el cansancio que le daba asco su toque a quien pudiera oírla además*

*de sí misma (es decir, únicamente a Bethanie). Sin embargo, siempre supo que no era cierto.*

*Por fin, un par de meses después de casarse lo había aceptado, le enfurecía anhelarlo y desearlo casi de forma obsesiva, pero se justificaba en que esa parte, que no era horrorosa, la ayudaba a soportar todo lo demás que conllevaba un matrimonio sin amor.*

*No lo miró, ni siquiera demostró que se había percatado de su presencia, presumiendo que con eso él captaría la indirecta y se largaría. Jack continuó caminando hasta donde ella se encontraba pulsando con más furia el teclado, se acuclilló a su lado y giró su silla, lo que causó que abandonara lo que estaba haciendo y que se enfocara en él.*

*—¿Qué quieres? —preguntó furiosa.*

*—Aclarar algunas cosas.*

*Ella exhaló buscando tranquilizarse. Sabía que probablemente se había excedido con lo que comentó en la cena con sus padres, que a veces no medía las cosas que decía.*

*—Fue una broma —dijo descartándolo—. Una de muy mal gusto, lo acepto. Si quieres, me disculparé con tus padres. Sé que actué de forma grosera, Jack. —Suspiró y cerró los ojos por un instante—. Dame diez minutos para terminar y te acompañaré a la cama. ¿Sí?*

*Él entrecerró los ojos como si estuviera analizando sus palabras y después negó con la cabeza, acariciando sus muslos en forma circular.*

*—Creo que nunca te conté sobre la primera vez que te vi.*

*—¿En la fiesta? —lo interrumpió—. No tienes por qué, yo estuve allí.*

*—No —dijo con una sonrisa pícaro, haciéndola sonreír de regreso, ya que parecía un niño recién atrapado en una jugarreta—. Fue unas semanas antes, en el Club.*

*Norah se recostó hacia atrás en el asiento, aturdida.*

*—¿Qué? ¿Cómo?*

*—Tuviste razón al decir que cuando te vi por primera vez te deseé, y, querida, solo tienes que mirarte para entender por qué; pero hubo algo más: tú me intrigaste. Estabas ayudando a una niña que se había tropezado y casi se cayó a la piscina. Te observé salir corriendo de alguna parte hasta donde estaba la pequeña, y la sujetaste con fuerza, como si tu vida dependiera de ello. Después la abrazaste sin moverte, casi temblando por la idea de que algo le hubiera sucedido, hasta que llegó su madre y se la entregaste como si fuera un tesoro. —Elevó una mano y le acarició su mejilla—. Me*



*maravillaste y tenía que conocerte. Es por lo que aproveché la invitación de tu familia a la fiesta.*

*Parpadeó y lo miró perpleja. Recordaba ese día, había sentido un horror puro al ver a la niña tropezar, volviendo a revivir la escena de su madre muerta, y corrió a atraparla para evitar que se cayera al agua. Mientras sujetaba a la niña entre sus brazos, se permitió fantasear con que su madre había tomado su pastilla con licor esa noche y que había decidido tomar un paseo para relajarse, y entonces, justo cuando pasaba por la piscina, se había resbalado y caído al agua, sin nadie que la rescatara porque ella llegó demasiado tarde. Que jamás tuvo la intención de abandonarla; que en cambio todo había sido un terrible accidente.*

*Cuando la madre de la pequeña llegó a su lado, se sintió tan perdida que se la entregó rápidamente para escapar de allí sin siquiera mirar a nadie a su alrededor, buscando un sitio donde pudiera estar a solas para recomponerse y controlarse.*

*No había vuelto a poner un pie en el Club desde ese día.*

*Él le sonrió, devolviéndola al presente.*

*—Y después allí estabas, en la casa de tu padre, con un vestido blanco que te hacía ver como una reina, mirándome ausente y tan fría como el hielo. No podía creer que fueras la misma persona, aunque fueses incluso más hermosa de lo que había notado al principio. Tenía que estar seguro, tenía que conocerte, por eso insistí con la idiotez del invernadero cuando tu padre lo mencionó, avergonzándome ante él al solicitar que me llevaras tú específicamente. Tu padre no es tonto. Al hacer eso, supo de una vez que estaba interesado en ti y sonrió orgulloso y aprobador, casi corriendo a buscarte porque, bueno, soy genial. —Elevó las cejas, jocoso—. Sin embargo, en ese momento no me podría importar menos su opinión, tenía que ver quién eras tú, si la mujer fría y artificial que me saludó esa noche o aquella a la que no le importó empaparse para cuidar a un niño.*

*Parpadeó sintiendo que todo su cuerpo se desinflaba, comprendiendo por fin el comentario del primer día que salieron. Él no había insistido ante Dean ni hecho notorio que la deseaba, únicamente quería conocerla, y era obvio que su padre lo aprobaría, no era idiota; el problema había sido que Jack no tuvo ninguna forma de comprender lo que ese simple acto fue capaz de generar.*

*—Oh, Jack —susurró negando con la cabeza, lamentándose por haberlo castigado por meses, un año si contaba su noviazgo, por un crimen que no*

*había cometido.*

*—¿El momento en que me conquistaste, cariño? No fue por tu vestido o tu cuerpo, aunque ayudaron —aclaró divertido, acariciando su mejilla—, fue cuando hablaste sobre tus sueños mirando a la luna y las estrellas, además de la expresión de anhelo y deseo en tu cara al contarme qué era lo que querías y lo maravilloso que en verdad era lo que amabas. Norah, justo en ese instante quise dártelo todo, hasta la luna. Deseaba regalarte cualquier cosa con tal de hacer que brillaras tanto como lo hiciste cuando dijiste esas palabras. Y después, en nuestra primera cita, la forma en que comprendiste mi tonto humor, eso solo consiguió cerrar el trato.*

*Ella lo miró casi sin respirar.*

*—Aún quiero hacerlo. —Suspiró y la miró fijamente—. No deseo solo tu cuerpo porque tu cabeza es la que me enamora. Tu ingenio. La forma en que concentras toda tu energía en lo que quieres y vas directo a por ello. Incluso te deseo cuando estás refunfuñando o amargada por algo, porque cuando te hago sonreír, me siento importante, ya que fui yo quien consiguió eso. Me tienes colgado a esa boca y a cada cosa que sale por allí. Norah, ¿no lo ves? Me tienes atado a ti por completo. Solo tú. Solo tú...*

*—Oh, Jack... —murmuró sintiendo que sus ojos se humedecían antes de lanzarse contra sus brazos, bajó de la silla y cayó al suelo de madera.*

*Él se sentó, y ella se puso a horcajadas sobre su cuerpo, encerrando su cara entre sus manos y besándolo primero con suavidad, pero casi de inmediato tornándolo de forma apasionada. Lo repitió una y otra vez, pegada contra sus caderas, y lo abrazó con fuerza con sus brazos y sus piernas.*

*—Lo he conseguido, ¿verdad, amor?*

*—¿Qué? —le preguntó ella con voz ahogada mientras besaba su mejilla y bajaba a su mandíbula.*

*—¿Hacerte un poco feliz?*

*Asintió con una sonrisa y volvió a besarlo, cerrando sus ojos, que estaban húmedos, ya que temía que dijeran demasiado en ese instante.*

*—Bueno —declaró seductor contra su oído—. Ahora que tu cuerpo debe sentirse todo menospreciado, propongo que nos concentremos todo el tiempo posible en demostrarle cuáles son las partes que más me entusiasman, además de lo de arriba, por supuesto...*

*Ella se carcajeó negando con la cabeza. Su humor era tan tonto que no debería divertirse como lo hacía.*

—*Oh, sí.*

## Capítulo 10

Norah entró al apartamento que compartía con Anne casi a las nueve de la noche. Se había desviado un poco de la ruta desde la oficina para detenerse a comprar en un restaurante de comida china, ya que no le apetecía en lo más mínimo cocinar.

—¡Estoy en casa y traje cena! ¡Saca el vino! —gritó desde la puerta. Necesitaba una copa con desesperación.

Caminó por el pasillo y cuando llegó a la sala, se quedó estática en la entrada. Su corazón se hundió hasta sus pies y todo el aire escapó de sus pulmones, lo cual únicamente comenzaba a explicar el impacto que recibió en ese instante.

—Hola, Norah.

Miró directo hacia él, parpadeando un par de veces y esperando que desapareciera cuando por fin abriese por completo sus ojos.

No lo hizo.

—Carl —musitó incrédula.

Llevaba años sin verlo y francamente una parte de sí misma esperaba jamás volver a encontrarse con él en su vida. Lucía de alguna manera más hombre, más maduro. Su cabello negro estaba engominado a su cabeza y echado hacia atrás, sus ojos castaños oscuros se veían más duros y parecían contener más seriedad que antaño, cuando todo había sido juegos y diversión.

Tal vez, para él, ella se vería de la misma manera.

Siempre le parecía tan extraño encontrarse con alguien con quien había intimado en el pasado, que nunca sabía bien qué hacer. Imaginaba que existirían personas que fueran más sofisticadas que ella, que, en cambio, lo primero que pensaba cuando le sucedía era que lo había visto desnudo y que por un pequeño instante estuvieron tan conectados como era posible para dos cuerpos. Y ahora no eran nada. Era discordante. Era absurdo.

Claro, en este caso, no era lo único que le pasaba por la cabeza. Se le unía el remordimiento, el pesar, la incredulidad y también la sensación de traición. Carl había revelado su historia a Beth, lo cual no era algo muy caballeroso por hacer. Por supuesto, sus propias acciones no fueron las de una dama, pero jamás hubiese quebrado su confianza como él lo había hecho con la suya.

Justo cuando ese pensamiento terminó de formarse en su cabeza, dio un paso hacia él, de forma inconsciente. Comenzó a molestarse por el hecho de tenerlo en su terreno, invadiendo su privacidad y sin ningún tipo de aviso previo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. Creí que seguías en Europa.

—No, ya no —informó, encogiéndose de hombros—. Llevo una semana en LA, transferido directo al banco. Fresco, renovado y con nuevas ideas para ser tomadas en cuenta por mi familia. —Sonrió sin mucha emoción.

—Ah, vale —respondió con un deje de sarcasmo—. ¿Y exactamente, por qué creíste que aparecerte en donde vivo sería buena idea?

—Yo le pedí que viniera —anunció Anne entrando a la sala con una sonrisa tensa—. ¿Trajiste comida? Genial, me estoy muriendo de hambre. — Se acercó a quitarle las bolsas, las que entregó sin discusión.

—¿Por qué? —preguntó a cualquiera de los dos, sintiendo que su temperamento comenzaba a emerger—. Él no es bienvenido aquí, y si lo es, puedes decírmelo para conseguir otro sitio donde vivir.

—Cálmate, Norah. No vine aquí a causar ningún tipo de problemas — aclaró sonriendo, intentando transmitir confianza y elevando sus manos en un gesto de conciliación.

Norah dio otro paso hacia él. La idea de borrarle esa excusa de sonrisa en su cara se estaba volviendo más provocativa a cada segundo que pasaba.

—No, ya causaste los suficientes —espetó alterada—. Aquí ya no hay más daño que puedas hacer y estoy tan segura como del infierno que lo sabes. Así que es mejor que te largues de una buena vez.

Carl suspiró apesadumbrado. Ella sintió la mano libre de Anne sujetarla antes de que le saltara encima para agredirlo. Ese gesto la sorprendió tanto que se quedó inmóvil. Nadie jamás podría catalogarla de agresiva, y, sin embargo, su respiración era irregular y la adrenalina la invadía llevándola a ser justamente eso. Sobre todo porque estaba segura de que podría golpearlo a él sin experimentar la culpa que la acompañaría si golpeaba a Beth por su impedimento. De hecho, creía que, hacerlo, podría conseguir que se sintiera muy bien.

—Suéltala, Anne —le pidió Carl agitando una mano en señal de descarte—. Ya recibí un rechazazo hoy, uno más no es importante.

—¿Quién? ¿Qué? —preguntó, y al girarse ante su amiga la vio morderse el labio inferior con vergüenza. Allí lo comprendió. Negó con la cabeza y sintió que sus niveles de adrenalina bajaban mínimamente.

—Tiene información que necesitas saber —espetó la pelirroja mirándola con advertencia, antes de liberarla—. Y es el único motivo por el que está aquí, te lo aseguro.

Norah frunció el ceño y se giró hacia Carl de nuevo, que en ese instante

arrugaba la cara como si ese comentario lo hubiese herido físicamente.

—¿Qué está sucediendo aquí?

Notó por su visión periférica que Anne se dirigía hacia la cocina mientras Carl se pasaba una mano por su cara; lucía agotado y se negaba a responderle. Allí sintió su temperamento explotar en plena potencia y se abalanzó hacia él para comenzar a descargarse; lo insultó, lo empujó, le gritó, reclamándole sobre lo que había sucedido y lo que había hecho, mayormente diciendo cosas sin sentido, ya que su furia era tal que no podía concatenar bien las palabras ni terminar una idea. En un punto sintió sus ojos humedecerse, pero estaba tan furiosa que ni siquiera tuvo que intentar controlar las ganas de llorar.

—¡Malnacido! —siguió su diatriba, volviendo a empujarle, golpeándolo en el pecho repetidas veces. Él estaba estoico, lo cual cortaba un poco su arrebatado contra su evidente chivo expiatorio—. Confié en ti, ¡confié en ti, idiota! Que tú... ¿Cómo pudiste hacerme esto? ¡¿Cómo?! —Su voz se cortó en el instante en que Carl la envolvió entre sus brazos. Comenzó a revolverse contra su cuerpo, empujándolo, luchando para que la liberara.

—Lo siento... lo siento —escuchó que él empezó a repetirle una y otra vez, besando su cabello.

—¡No te atrevas! ¡No me toques! —jadeó removiéndose aún más, necesitaba que la soltara. El esfuerzo por librarse causó que sus rodillas cedieran, y sin comprender bien cómo había sucedido, ambos terminaron en el suelo, ella sentada sobre su regazo, llorando, mientras él la abrazaba con fuerza. Ni siquiera se había dado cuenta cuándo había comenzado a llorar.

Como pudo, liberó una mano de su agarre y se limpió la cara con furia. Odiaba llorar cuando estaba en ese estado.

—Creí que éramos amigos, jamás pensé que me traicionarías así, bastardo —concluyó con un insulto porque aún no estaba lista para actuar racional. Con la mano que liberó para limpiarse la cara, volvió a golpearlo. Él negó con la cabeza e hizo una mueca.

—Me rompiste el corazón —exageró, apretándola contra su pecho. Ella puso los ojos en blanco, a la vez que respiraba hondo para calmarse, y volvió a luchar para que la liberara.

—Te herí el ego, que es muy distinto —espetó removiéndose contra su pecho—. ¡Suéltame, maldita sea! —exigió, y él apartó sus brazos elevando sus manos en rendición, aunque se veía que estaba esperando otro golpe. Ella suspiró, buscando calmarse—. Sé que me eché para atrás después de la luna de miel y que pudiste sentir que jugué contigo, pero no fue así. Creo que

apartarme de ti es la única decisión inteligente que he tomado. No hubiese funcionado, Carl. No funcionaba ni siquiera cuando estábamos juntos. Y estoy segura que tú también lo habías notado.

—¿Fue muy feo? —preguntó. La interrogante tan inocente y ambigua causó que soltara una risilla un poco tensa. Asintió con la cabeza sin hablar. ¿Qué más podía decir?—. Lamento mi cuota de responsabilidad en todo ello.

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó con brusquedad.

—Porque no lo tomé tan bien al principio —confesó—. Después que regresaste de tu luna de miel y cancelaste nuestro acuerdo, salí a beber y me encontré a Bethanie.

—Ah —dijo, comenzando a enlazar el único cabo suelto que faltaba. Se retiró un poco más, saliendo de su regazo, pero no hizo ningún intento en levantarse del suelo, él tampoco. Sus hombros se hundieron y cerró los ojos.

—Bebí mucho esa noche, Norah, no estoy ni siquiera seguro de qué demonios dije o qué fue lo que hice. Imagino que le conté todo, también que me acosté con ella porque terminamos en un hotel. Lo siento —agregó, luciendo un poco avergonzado—. Al otro día me largué de allí, pero quién sabe. Necesitaba desahogarme, y ella parecía perfecta porque sabía todo lo demás. Sin embargo, no entiendo cómo se enredó tanto esto, o por qué demonios ella contaría algo al respecto, pensé que ustedes dos eran muy cercanas.

Se frotó la frente y negó con la cabeza porque ella sí que lo entendía. Había pasado todos esos meses preguntándose por qué Carl habría hecho algo así, confesando su historia cuando no existían los motivos para hacerlo, por lo menos no alguno que tuviese sentido. Pero ahora lo sabía. Y lo peor era que le creía. Él no había tenido motivos para dudar de Bethanie, sobre todo porque ella siempre se vanaglorió diciendo que su hermana era el ser más cercano en su entorno y de quien contaba con su absoluta confianza.

No era su culpa que Norah fuera tan absolutamente incapaz de leer las verdaderas intenciones de las personas hasta que estas la golpeaban en la cara.

La furia fue reemplazada por otros sentimientos: dolor y anhelo. Desarmándola por completo.

—Te dejé el camino libre, no te busqué, lo sabes. Inclusive me fui de Estados Unidos —concluyó él, justificándose.

—No te pongas como la gran víctima, ¿quieres? —rebatió apartando su cabello de su frente húmeda del sudor—. No es como si te hubiera botado del país. Fuiste trasladado para empaparte del negocio familiar. Era hora de que

lo hicieras, Carl, no podrías ser un bueno para nada durante toda tu vida, por más que lo quisieras.

El pelinegro sonrió divertido.

—¿Estamos bien entonces? —le preguntó, y ella lo miró con el ceño fruncido—. Maldita sea, mujer, ya me disculpé, ¿qué más quieres que haga?

Puso los ojos en blanco. Se levantó del suelo y, sujetando su cabello, caminó hasta la ventana más cercana de esa habitación para tomar un poco de distancia y pensar. Se sentía agotada, y era más que la jornada laboral que acababa de terminar o los recuerdos que la atosigaban, era como si después del subidón de adrenalina, terminara más vacía.

Quizá fuera porque la confesión de Carl le había arrebatado a ese alguien a quién culpar, aunque también le había robado una esperanza que ni siquiera sabía que cultivaba en su interior, una que repetía en voz muy baja que tal vez Bethanie no era por completo la persona que ahora veía. Que por lo menos algo en esa historia no fue tan premeditado como parecía.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Para qué viniste a buscarme? —preguntó sin mirarlo, con su cara fija en la ventana y los brazos cruzados debajo de su pecho.

—Esta semana la he pasado con mi tío —explicó el pelinegro, ya de pie a unos pasos de distancia—, poniéndome al día con los asuntos del negocio, y escuché cuando recibió una llamada de un gerente de uno de los bancos donde solicitaste un crédito para tu negocio, quien le advirtió que la Sociedad Anónima *Luxury* estaba en la lista negra para aprobación de créditos, como un favor especial a Inversoras Spencer.

Giró tan rápidamente a mirarlo que sintió una ligera sensación de mareo, sus ojos tan abiertos que debían parecer dos platillos. «¿Jack?», se preguntó sintiendo un agujón en su pecho. «¿Jack?», volvió a preguntarse. Frunció el ceño, aturdida, y su respiración volvió a acelerarse, esta vez por un motivo totalmente distinto. Instintivamente, lo rechazó. Él jamás haría algo tan rastrero, tan fuera de su personalidad. De la integridad que lo caracterizaba. De su sentido de justicia. Del hombre que conocía y amaba.

—Tie... tiene-que-haber-un-error —susurró negando con la cabeza. Su voz se quebró en varias partes de esa pequeña oración, demostrándole a Carl cuánto le había afectado sus palabras—. No lo creo. Mucho menos de ti. Ya me mentiste una vez cuando me prometiste que jamás revelarías lo que sucedió entre nosotros. Nunca te creería de nuevo, mucho menos sobre algo como esto.

Carl suspiró y volvió a pasarse una mano por la cara.



—No estoy mintiendo, Norah —susurró el pelinegro—. No sabía lo que había sucedido entre ustedes, yo creía que seguías tan infelizmente casada como cuando te dejé años atrás.

—No lo fui —respondió, aunque no sabía para qué diablos había abierto esa puerta.

—¿Qué?

—Infeliz —elaboró, y se giró hacia la ventana de nuevo, deseando huir de la mirada llena de compasión que su ex estaba ofreciéndole. Lo escuchó suspirar un segundo más tarde.

—Te prometo que jamás tuve la intención de hacerte daño.

Rechazó considerar esas palabras con la misma fuerza con la que renegaba la participación de Jack en su imposibilidad de conseguir crédito. El silencio los envolvió a ambos por unos minutos, solo oyó unos ruidos que le hacían imaginar que se había sentado en el sofá.

Suspiró cuando comprendió el motivo de su rechazo instintivo de ambas posibilidades; porque podría creerlas.

—¿Estás seguro? ¿Inversoras Spencer? —murmuró en voz baja.

—Sí —respondió sin dudar.

Frunció el ceño y pasó una mano por su cara. Había sido lo bastante ilusa como para creer que los castigos se concentrarían en su totalidad en la parte emocional; sin embargo, era lógico que tocara también a la parte económica, ella lo había hecho al casarse con él. Su instinto seguía rechazando que el rubio fuera parte de un plan tan miserable, pero su conciencia estaba rebotando con los nuevos hechos, burlándose y repitiéndole que en verdad debió habérselo esperado.

La balanza entre el bien y el mal, que llevaba considerando horas atrás, se hundió un poco más hacia el mal. Sobre todo porque estaba segura de que ni siquiera esa revelación haría posible que se apartara de ese trato enfermizo que habían acordado.

Lo cual hacía aún más tétrico y patético todo el asunto.

—Comprendo —dijo entonces en voz plana.

—Por supuesto, no sabía en ese momento que *Luxury* te pertenecía —comentó el pelinegro a su espalda—. Hoy me encontré con Anne y le pregunté por ti, por tu vida de casada y tu trabajo en *Composture*.

—Hubiese pagado por ver eso —comentó, con sus ojos fijos en la ventana, viendo sin ver la calle y los pocos transeúntes que estaban alrededor, recordando sobre el rechazo que le había comentado.

—Creo que hubo grabaciones y que podría estar ya en YouTube —se burló desdeñoso—. Simplemente digamos que alguien le enseñó a golpear muy bien. Es una gatita salvaje, esa pelirroja; le da buena fama al color de su cabello.

Él se carcajeó, y ella también, se giró a verlo y notó que su mirada cargada de seriedad se había relajado un poco, volviéndose más juguetona.

—Háblale bien de mí a la pelirroja. Ya sabes, mis atributos y habilidades. —Elevó las cejas en una pose cuasi seductora que le hizo negar con la cabeza y relajarse a la vez—. Cualquiera que dé derechazos a diestra y siniestra debe ser una tigresa en la cama. Piénsalo. Te otorgaré muchas cosas de vuelta.

—¡Anne! —gritó Norah. Él la miró alarmado—. ¡Trae la comida, Carl se queda a cenar!

El hombre sonrió ampliamente y se relajó en el asiento. Norah caminó hacia la cocina para ayudar a su amiga a llevar la cena.

—¿Estás bien? —le preguntó la pelirroja con expresión preocupada y furiosa. Se encogió de hombros, no tenía idea de cómo se sentía y no quería analizarlo en ese momento.

—Pregúntamelo después —pidió.

—¡Ese maldito Jack! —gruñó entonces golpeando el mesón—. Te quiere en su cama cada noche y aún tiene las pelotas de buscar arruinar tu vida por la mañana.

Ella comenzó a sacar las copas para el vino del gabinete, dándole la espalda, haciendo su mayor esfuerzo en ignorar la diatriba de su amiga.

—Está bien —intentó calmarla.

—No está bien, Norah —recalcó—. No lo está, y si sacaras la bendita cabeza del hueco de arena en que la tienes metida, sabrías que tengo razón. Está jugando con la vida de la gente, no solo la tuya, maldita sea. Voy a explicarle unas cuantas cosas sobre la hombría, ¡espera a que lo agarre!

—No harás tal cosa —le susurró acelerada. Su amiga la miró perpleja.

—No me dirás...

—Hablaré con él, ¿vale? Resolveré esto —la interrumpió.

—No resolverás nada —siseó—, en cambio, permitirás que te deje en la calle porque crees que lo mereces. Y no, no lo haces, mujer estúpida. Lo único que mereces es que te golpee porque eres una gran idiota, pero no por todo el jaleo que sucedió años atrás, sino por la forma absurda en que estás manejando las cosas ahora. —Se adelantó antes que le pudiera refutar algo, agarró las bolsas y la botella de vino con fiereza y salió de la cocina, golpeando con fuerza la puerta de vaivén.

Norah sintió una punzada de dolor en la cabeza, tocó su sien tomándose unos segundos para calmar sus pensamientos, sobre todo porque aceptaba la mayoría de las palabras de su amiga como ciertas a pesar de que no podía hacer mucho para cambiarlo. O quizá sí. Podía hacerlo, pero la verdad no lo deseaba, aún no, por lo menos.

Después, tragó una pastilla y salió con el resto de las cosas de la cocina para reunirse en la sala con los dos que ya habían empezado a comer.

—Noté —comentó Carl mucho después, relajado contra el sofá. Habían abordado varios temas, la mayoría lejos de los controversiales, haciendo un acuerdo tácito de cese de guerra mientras cenaban—, que no solicitaste el crédito en mi banco.

—Sabes por qué —replicó Norah, dejó la copa sobre la mesa de café y lo miró a los ojos.

—*Síp*, lo sé —declaró con total entendimiento—. Pero este es mi ofrecimiento y mi último motivo para verte. Hazlo. Hablaré con mi tío y te respaldaré para que te lo otorguen, incluso velaré para que te permitan todas las extensiones que solicites y haré que te pongan los intereses más bajos. Nosotros no poseemos negocios con los Spencer, nuestra base está en Suecia, así que no nos afectarán sus prohibiciones y esnobismo. Y mereces *Luxury*, Norah, mucho más de lo que la perra de tu hermana se merece *Composture*. Lo que esa necesita es otro viajecito a los Alpes donde le hagan el favor de estropearle la otra pierna.

Norah abrió los ojos desmesuradamente y negó con la cabeza, sin siquiera tener la fuerza para contemplar esa opción.

—Vaya, debes sentirte bastante culpable —se burló Anne.

Carl se carcajeó.

—Eso, y que por los vientos que soplan, cualquier ayuda será necesaria y bienvenida.

Norah sonrió ante esa declaración, aunque evitó mirar a Anne, quien había estado enfurruñada desde que había dejado la cocina una hora atrás. No deseaba que supiera que él estaba hablando de su nuevo interés por ella y de su acuerdo de actuar de celestina.

—Lo pensaré —ofreció, lo cual era lo máximo que podría hacer.

—Haz eso —le dijo levantándose del sofá, listo para irse—, y ten en cuenta que no mantendrás contacto conmigo de ninguna forma, en ningún momento. Quizás eso ayude a tu decisión.

Asintió y lo acompañó a la puerta, la cual trancó cuando se fue. Se dejó

caer sobre esta por unos segundos a medida que consideraba las ventajas y desventajas de aceptar su ofrecimiento. En verdad no tendría nada que ver con Carl, lo máximo que usaría sería su conexión. Y si no lo hacía, lo más seguro era que perdería la revista y sus sueños. Lo cual, siendo sincera consigo misma, era lo único que le quedaba en su vida.

—Espero que estés allí calculando lo rápido que podrás tener los papeles listos para introducirlos.

—Anne —advirtió—, dije que yo resolvería esto.

—¡Bien! —gritó la pelirroja con una rabieta, cruzando hacia el pasillo. Un segundo después, escuchó la puerta de su habitación ser aventada con fuerza.

Suspiró y antes de poder pensar en nada más, buscó su teléfono móvil y marcó el número de Jack. Era tarde, pero sabía que estaría despierto.

—¿Norah? —respondió él casi de inmediato—. ¿Estás bien?

Esa ciertamente era una pregunta bastante difícil de responder. Abrió la boca decidida a desenmascararlo todo de una vez, y por primera vez contuvo su parte impulsiva. No se trataba de una conversación que podría tenerse por teléfono, no con todo lo que podría desencadenarse con ella.

—Sí —respondió por fin, decidiendo hacerlo de otra manera—. Pero tengo que hablar contigo, cara a cara. ¿Me podrías atender un momento mañana después del trabajo?

Necesitaba dejarlo claro porque si bien era probable que durante el día se comunicara con ella para que fuera a su casa en la noche, sabía que lo que menos harían sería hablar, sobre todo con la prohibición tácita sobre compartir algo que pudiera tener como objetivo volver a embaucarlo.

—*No puedo. Saldré en la madrugada a Viena, tengo una conferencia en la que asistiré en representación de la compañía.*

—Oh —dijo, mordiéndose el labio inferior—. ¿Cuándo regresarás?

—*En una semana.* —Escuchó que suspiraba y se lo imaginó frotándose los ojos como siempre hacía cuando estaba agotado. En el fondo sonaba música alternativa, así que presumió que estaba en el gimnasio del sótano de su casa—. *De hecho, es bueno que me llamas, porque estaba a punto de hacerlo.*

—¿Sí? —preguntó confundida. Su forma de comunicación no personal se reducía a mensajes de texto, así que eso sin duda era una primicia.

—¿Recuerdas la fundación que decidimos apoyar como obra de caridad?

—Ajá —respondió confundida.

—*Pues tienen un baile el viernes que viene y quedé seleccionado como*

vocero —explicó—. *Vendrás conmigo.*

—No, no lo haré —refutó con rapidez.

—*Sabes cuánto odio esos eventos, Norah, y habíamos quedado en escoger esa bendita fundación porque era la que tú querías, y lo hicimos únicamente porque dijiste que participarías en todo lo que organizaran.*

Ella abrió la boca para rebatir esa declaración, sin descifrar cómo empezar a explicarle lo absurdo que sonaba eso. La incredulidad y el horror se combatían para ver cuál imperaba. Esa promesa la había hecho años atrás, cuando aún eran una pareja. Cuando llevaban una vida en común. Antes de pasar por una separación pública después de una humillación muy privada, de ambas partes.

—¿Estás loco, Jack? —preguntó en un chillido. Lo escuchó bufar contra el teléfono—. Nosotros no estamos siendo públicos sobre esto; es ilógico lo que me estás pidiendo. ¿Tienes idea de lo que significará que vayamos juntos a ese sitio?

—*No estamos juntos, somos amantes* —le replicó con tono certero.

Le puso los ojos en blanco a la pantalla y deseó que la estuviera mirando para repetirlo con gran placer.

—Si vamos allí juntos, esa no será mi etiqueta, y lo sabes —le discutió—, aún soy tu esposa, ¡maldita sea! Así se te olvide tan convenientemente cada vez que me tienes cerca.

—*Bueno, demonios, entonces sé mi condenada esposa por una noche y acompáñame a ese evento. Si te molesta, actúa. Tanto Dios como yo sabemos que tienes buenas dotes y sobre todo maldita práctica en ello.*

—¡Bien! —gritó de vuelta y lanzó el teléfono contra la pared, deseando que, en vez, fuera su cabeza.

¡Qué se lo llevara el infierno! Si él era un egoísta insensible, entonces ella también se convertiría en una y haría lo que le viniera en gana.

## Capítulo 11

Jack asintió hacia el hombre que le estrechaba la mano para felicitarlo por su discurso, mientras fingía interés ante el intento nada velado del moreno de venderle una idea en la que su empresa podría invertir. El escenario podría ser distinto, pero las personas y las intenciones siempre permanecían iguales. Y le aburría hasta el infinito. No servía para sutilezas o no sutilezas; en el mejor de los casos lo hacían sentir como un muñeco de torta, con un traje de etiqueta y pajarita incluida, además de con un gran faro reflejándolo como el espectáculo ambulante. En el peor de ellos, se sentía como un pelele.

—Tiene que pedir una cita —declaró cuando el hombre hizo una pausa para respirar—. Y discúlpeme, me están esperando.

Después de dejar al tipo con la palabra en la boca, comenzó a caminar hacia el medio de la gran sala donde estaban haciendo la recaudación de fondos para la fundación de segundas oportunidades y ayuda a niños abandonados.

Miró al otro lado del salón de fiesta. En el fondo estaba el escenario con una pantalla gigante donde reproducían las fotos de niños beneficiados, frente había una pista de baile que aún estaba despejada, a su alrededor habían mesas con manteles blancos y rojos, donde se serviría la cena. Encontró a Norah conversando con un par de mujeres y frunció el ceño. ¿Acaso la elección de esa fundación significaría algo más de lo que había creído al principio? A medida que tomaba un vaso de whisky de uno de los meseros que iba pasando, decidió que no necesitaba de un evento para sentirse como un pelele. La mujer pelinegra de ojos azules, que estaba en ese instante sonriendo como si no tuviese otra preocupación en el planeta, hacía un excelente trabajo en ello.

Desde que se había enterado de lo de su madre un mes y una semana atrás, había estado buscando algo que ella le negó cada día durante los últimos once meses; una explicación, una justificación sobre sus motivos para jugar con él. A pesar de también estar totalmente seguro de que no arreglaría las cosas entre ellos, igual seguía cazando algo que la mostrase inocente a sus ojos. «Algo», meditó frustrado, que le permitiera volver a tenerla a su lado a pesar de los castigos, la furia, el resentimiento y todo lo insano que habían compartido en esos últimos meses.

La amaba igual que la odiaba, la deseaba aunque la detestara y la quería a su lado incluso aunque los matara.

Sin embargo, debía aceptar que los castigos habían perdido un poco su

atractivo, y la furia siempre latente en el fondo de su ser se había ido menguando desde ese día, quedando enterrados en la visión de Norah quebrándose entre sus brazos. Llegó al extremo que habían pasado ese tiempo de la forma más normal posible, casi igual que cuando vivían juntos. O, por lo menos, lo más normal que se podía estar en esa relación retorcida que ahora los definía.

Aunado a todo ello, estaban los recuerdos.

No tenía idea cómo ese simple día había cambiado tanto sus objetivos, pero allí estaba. Lo había hecho. Siempre estuvo tan seguro de que toda su historia con Norah había sido un engaño, una mentira bien planificada y ejecutada, que ni siquiera se detuvo a pensar en otra alternativa.

Ahora solo le quedaban los cuestionamientos.

De alguna manera, la última vez que ella le dijo que lo amaba, le había creído. Aceptó por fin que eso ya no era parte de su juego, lo cual hizo que comenzara a preguntarse qué parte de su vida había pertenecido al complot y cuál a los momentos donde ella en verdad se había entregado a él.

La miró mientras giraba hacia otra persona, un hombre que él no conocía, con la sonrisa ficticia que sabía que utilizaba en esos eventos, y ladeó la cabeza. Muy pocas personas conocían su parte más sensible, más inocente, quizás. Él lo hacía.

«¿Aunque lo hacía en verdad?», se cuestionó viéndola interceptar a una pareja que iba pasando para agregarla a la conversación.

El día en que la lanzó a la piscina vio esa parte de ella, decidió. Y no fue su único momento.

Su mente divagó hacia la noche en que se había despertado al girarse y sintió el lado de su cama vacío y frío. Norah estuvo todo ese día agitada. Francamente, llevaba semanas así; desde el accidente de Bethanie. Andaba enloquecida, deprimida, frenética y exaltada; todo a la vez. Él solo la apoyaba cuando lo necesitaba, actuaba compasivo porque sabía cuánto amaba a su hermana, y fue un alivio para ambos cuando avisaron que ya la habían trasladado a los Estados Unidos para ser operada de su pierna por segunda vez. Todos estaban esperando los resultados de esa operación para saber si Bethanie podría caminar con normalidad de nuevo.

*Esa noche se levantó de la cama y caminó hacia el despacho de Norah. A veces la inspiración la hacía despertarse para anotar ideas sobre editoriales y sesiones para próximos números de la revista. Al no encontrarla allí, bajó las escaleras y se dirigió hacia la cocina,*

*preguntándose si había ido a buscar leche caliente o algo así. Sin embargo, antes de entrar a esa habitación, escuchó un pequeño gemido surgiendo de la sala principal.*

*—¿Norah? —preguntó confundido. Caminó hacia la sala. Al encontrarla, se detuvo en la entrada para mirarla por unos segundos.*

*Estaba sentada en medio del sofá beige, con una botella de vino casi acabada y una copa llena sobre la mesilla del frente. Sus codos reposaban presionados contra sus muslos desnudos, y tenía la cara escondida entre sus manos. Obviamente, estaba llorando, lo supo incluso aunque la única luz que iluminara la estancia surgiera de los ventanales frente a ellos. La camisola de seda verde temblaba un poco por el movimiento de su espalda. Su corazón se contrajo ante esa imagen y envolvió sus manos en puños.*

*—Norah —murmuró él caminando hacia el sofá, se sentó a su lado y la envolvió entre sus brazos, forzándola a que bajara las manos de su cara, mientras besaba su cuello—. ¿Qué sucede, cielo? ¿Por qué estás así? ¿Qué va mal?*

*Ella negó con la cabeza un par de veces, sin conseguir hablar. Jack la volvió a abrazar y la acomodó a horcajadas entre sus muslos para verla frente a frente y tenerla cerca. Lo que le sorprendió en ese instante, incluso aún más que sus lágrimas, fue la forma en que se dejó mover y acomodar como si se tratara de una muñeca de trapo. Esa no era la mujer que conocía y amaba, la que representaba un reto para todo. Su cuerpo estaba encorvado, y la cabeza baja, derrotada. Tomó su nuca, compeliéndola a que lo mirara, mientras acariciaba su mejilla con el pulgar.*

*—Háblame. Por favor —le pidió un poco asustado.*

*—Yo hice eso —balbuceó por fin—. Es mi culpa.*

*—¿Qué lo es? —le preguntó aturdido, doblando su cabeza para encontrarse con su mirada.*

*—Beth... —respondió girando su cabeza para no mirarlo. Con ello él finalmente comprendió qué estaba sucediendo y por qué estaba así. Se tensó, emitiendo un suspiro cansino—. Va a cojear toda la vida. Y le va a doler siempre o casi siempre. Además de su cara desfigurada. No va poder seguir modelando ni podrá hacer nada de lo que quería. Lo perdió todo. Todo...*

*Él la acercó para besar su mandíbula.*

*—Eso no lo sabes. No lo han confirmado. Esperemos la prognosis del médico —intentó confortarla sin mucho entusiasmo.*

*—No. Sí lo sé. Hablé con el médico.*



*Jack parpadeó y la abrazó, pegándola contra su cuerpo. Norah lo apretó con fuerza, incluso metiendo sus piernas entre el sofá y su espalda, envolviéndolo con ellas. No era un movimiento sexual a pesar de que podría llegar a estimularlo. Sin embargo, no lo hizo porque sabía qué era lo que estaba sucediendo y que ella necesitaba otro tipo de consuelo, uno para el alma en vez de para el cuerpo. Así que decidió dárselo. Comenzó a susurrarle palabras reconfortantes mientras le acariciaba el cabello y la espalda.*

*Ella mantuvo la cara escondida en su cuello y empapó su piel con lágrimas. Cuando no supo cómo más confortarla, se conformó con decirle cuánto lo sentía y que odiaba que le doliera y sobre todo la suerte de Beth, pero también quiso dejarle muy claro que no era su culpa.*

*—Fue decisión de ella esquiar en ese sitio sabiendo lo peligroso que era, no tuya. ¿O la enviaste a que lo hiciera? ¿La llevaste de la mano para que se lanzara desde el pico más difícil?*

*—No, pero...*

*—Tú la enviaste para que se hiciera unas fotos, nada más —la interrumpió—. Tu hermana es mayor de edad desde hace tiempo y es la encargada de tomar sus propias decisiones. Fue un lamentable accidente y un error, Norah. Pero no tuyo.*

*—No se siente así —comentó ella en forma escueta. Jack sonrió, apretándola un poco más contra su cuerpo.*

*—Eso es porque eres una buena persona —comentó divertido. La sintió tensarse.*

*—No, la verdad, no lo soy —susurró tan bajito que si no hubiese estado tan cerca se lo hubiera perdido.*

*Él soltó una risa tosca e incrédula por ese comentario y la acercó más hacia su cuerpo.*

*—Sabes, Norah, no tienes que fingir conmigo, yo ya conozco tu secreto —se jugó acariciándola amorosamente.*

*Ella volvió a tensarse, liberando un poco la sujeción que tenía con sus brazos y piernas. Se apartó de su cuello y lo miró con expresión ligeramente asustada. Con todo, lo ignoró por completo, porque estaba tan hermosa que lo hipnotizó incluso con sus ojos brillantes, nariz un poco hinchada, su cabello oscuro y alborotado sobre sus mejillas. Sonrió y besó su nariz.*

*—Puedes parecer todo lo dura que quieras —se burló—, pero tienes un corazón de ángel, salva niñas de piscinas —terminó de forma patética,*

*queriendo relajarla.*

*Norah frunció el ceño y después sonrió mínimamente, más bien fue un estiramiento de labios, pero él se sintió bastante complacido porque había cumplido su objetivo. De inmediato ella movió sus manos de su espalda para acariciar su mejilla y bajarlas hasta su pecho, donde las dejó reposando por unos instantes.*

*—No te merezco —le respondió acercándose para besar su mandíbula y después sus labios, con suavidad—, pero te amo. ¿Lo sabes, verdad? ¿Que te amo?*

*Él inhaló con brusquedad, le llenó de satisfacción ese comentario y la sujetó más cerca.*

*—Lo sé. Como yo a ti. —Volvió a abrazarlo, se apoyó de nuevo contra su pecho y comenzó a besar su cuello—. Vamos a la cama —pidió porque sabía que jamás harían el amor allí, ella aún era demasiado remilgada para eso, y a pesar de que no estaba seguro si lo harían ahora, lo deseaba. Aunque para ser sincero, siempre lo hacía.*

*La sintió negar con la cabeza.*

*—Aún no. ¿Podemos quedarnos aquí un poco más? ¿Puedes abrazarme?*

*Jack parpadeó un par de veces y asintió, acarició su espalda mientras sentía que ella lo besaba con suavidad en su mejilla y mandíbula.*

*Poco a poco fue dejándose caer sobre el sofá, con la mitad del cuerpo de Norah sobre su cuerpo, y la otra contra el respaldo, y sus piernas entrelazadas.*

*Fue quedándose dormido, con ella entre sus brazos.*

*—Hola, Jack —lo saludó otro hombre, lo que causó que saliera de sus recuerdos y que se enfocara en la fiesta y en el resto del mundo alrededor.*

*De nuevo, surgían en los momentos más inadecuados.*

*Al girar la cabeza, sonrió, ya que lo identificó como uno de sus clientes, y si bien no poseía gallardía, tampoco era idiota.*

*—Hola, Patrick —respondió estrechándole su mano—. No sabía que estabas involucrado en esta causa.*

*—Mi esposa lo está, apoya unas cuantas. Y yo lo hago, porque ya sabes; impuestos —explicó, y el rubio asintió. ¿No era esa la única razón por la que la mayoría de los empresarios participaban de estos eventos de caridad?*

*Pasaron unos diez minutos conversando de negocios, antes que Norah se acercara a saludar. Se apoyó ligeramente contra su antebrazo, como siempre hacía en esos casos. Por instinto, él elevó su mano hasta colocarla en el lateral*

de su cadera, un toque de amante que siempre lo había enorgullecido. Eso no había cambiado en demasía.

—Señor Moore —saludó Norah con exagerado entusiasmo—. ¿Cómo está usted, su familia y las cosas en su banco?

El hombre los miró a ambos y sonrió un poco más torpe y forzado, lo cual le confundió por un instante. Después procedió a responderle con cortesía a Norah, hasta que Susanne, su esposa, se acercó y desvió la conversación hacia la nueva temporada de moda que pronto empezaría.

Jack no quería escuchar nada sobre lo que consideraba más bien un acto de tortura. Había sido un asistente forzado a la semana de la moda en París, la de Nueva York e incluso Canadá. No le había quedado mucho de ello más que la desesperación arraigada por enviar a esas modelos a un restaurante, lo cual no disminuía sin importar cuántos desfiles fuera forzado a ver. Y que Norah los amaba, sus ojos brillaban cuando se encontraba con lo que llamaba una buena colección. Y él había amado verla así...

Se cortó de inmediato cuando comprendió que estaba cayendo de nuevo en los recuerdos, y se concentró en ver a Norah mientras hablaba animada con Susanne. Estaba usando un vestido violeta con un solo hombro y el corte otorgaba un pequeño vistazo de su escote, más sugerente que otra cosa, haciendo que deseara meter las manos y tocar lo que apenas podía vislumbrar; además la forma en que el vestido se entallaba mostraba todas sus curvas, ajustándose un poco hasta que caía sobre sus tobillos. Eso era mucho más hermoso y perfecto para él que las mujeres esqueléticas medio desnudas. Pero bueno, solo era un hombre.

—Por supuesto que te acompañaré, vamos, yo también quiero ir —escuchó que Norah le decía a Susanne y giraba a verlo—. Ya regreso, cariño. Vamos al tocador.

Él bajó la mano de forma instantánea, siguiéndola con la mirada mientras se alejaba de su lado y guiaba a la mujer mayor.

—No tenía idea que tu esposa y tú hubiesen resuelto sus diferencias —dijo el hombre removiéndose incómodo.

Jack apretó los labios, la pelinegra tuvo razón cuando le advirtió que todo el mundo asumiría que habían retomado su relación. Lo peor era que, aunque sabía que eso no era cierto, y estaba seguro que jamás lo sería, le gustaba que los demás lo considerasen así, necesitaba declararla como suya a pesar de que ya no la quisiera para sí mismo.

Además, lo que le había dicho cuando prácticamente la obligó a

acompañarlo al evento era cierto: necesitaba que estuviera a su lado porque ella lo hacía más fácil. Norah sabía desenvolverse en esos círculos, y nadie podría dudarle. Ella había demostrado ser más víbora que los doscientos invitados ahí presentes.

—... supongo que eso significa que las circunstancias han cambiado —expuso el hombre. Jack parpadeó volviendo a la conversación.

—¿De qué hablas? —preguntó girando su cabeza para mirar al castaño. El hombre cambió de un pie al otro en un gesto nervioso.

—Sobre no otorgar crédito a la empresa de tu esposa. ¿*Luxury*? —Jack se quedó estático en su puesto, aturdido, sin conseguir saber cómo responder a ello, así que se conformó con ladearle la cabeza—. Imagino que ahora puedo volver a revisar su solicitud. A pesar que... —Hizo una especie de mueca parecida a sonrisa—. Mi empresa sigue siendo fiel a ustedes, así que mejor estaremos a la espera de tu decisión si quieres que lo aprobemos o si, en cambio, ustedes se encargarán de su financiación.

En ese instante se acercaron tres personas más, por lo que no pudo indagar sobre los motivos que lo obligaron a rechazar el requerimiento de crédito de Norah.

Poco después, la vio caminar de regreso al salón, pero antes de encontrarse, la detuvo otro grupo de mujeres. Cuando él giró rumbo a interceptarla, fue detenido por otro grupo de hombres tan ansiosos que se asemejaban a un grupo hambriento de cuervos. Sin embargo, ahora tendrían que nombrarlo miembro activo de la parvada, porque también estaba hambriento, pero de información.

Dos horas más tarde, culminada la cena, Jack ya tenía las respuestas a todas sus interrogantes. Cuando comenzó a tocar la banda que habían elegido cuidadosamente para esa noche, giró hacia Norah, que estaba sentada a su lado dándole la espalda porque la esposa de Roger, uno de sus principales clientes, no le daba respiro.

Se preguntó si su esposa tendría alguna idea de lo que estaba sucediendo, o si en cambio desconocía que su empresa estaba saboteando cada una de sus oportunidades para obtener un crédito para su revista. Él claramente lo había ignorado hasta esa noche.

Habría sido una maravillosa forma de venganza, astuta y perfecta, porque él tendría todo el poder sobre ella, y casi se reprochaba el no haber pensado en esa idea de castigo antes que otras personas. Ese *casi* surgía porque le parecía una actuación desleal. No hacia la pelinegra, quien más bien se lo

merecía por haberlo usado tanto en su vida personal como en su vida profesional, sino hacia todos las personas involucradas en la revista, porque las consecuencias del bloqueo económico traería nefastas consecuencias para todos, no solo para Norah. Por lo tanto, no se sentía correcto.

Las mentiras, las venganzas y castigos eran entre ella y él, nadie más.

No obstante, una idea surgió intrigándolo e irritando su humor al exceso. ¿Y si Norah ya sabía sobre el bloqueo bancario y por eso había accedido a todo este juego? ¿Y si ese había sido el motivo por el que lo buscó en primer lugar, escudándose con la supuesta fotografía con Bethanie? ¿Y si lo que había deseado desde el principio fue calmarlo para que dejara en paz lo único que había querido en su vida? Todas sus preguntas sonaban como algo que ella haría. De hecho, tenían tanto sentido que se preguntó cómo no lo había considerado antes y cómo demonios, después de todo lo que había sucedido en esos años, él seguía actuando tan inocentemente cuando se trataba de Norah.

—Baila conmigo —ordenó.

Jack se levantó y tomó su mano, cortando cualquier conversación que estuviese teniendo con la mujer engreída sentada a su lado.

Norah sonrió y se disculpó antes de seguirlo a la pista. La tomó por la cintura, pegándola por completo a su cuerpo, y apretó su agarre para que ni siquiera pensara en apartarse. La otra mano sujetó la suya contra su pecho, y sintió que ella envolvía su espalda con su brazo libre para terminar posando la mano sobre su cuello. Así siempre habían bailado: íntimo y engañoso. Parecía un poco irónico, porque esos dos adjetivos podrían definir muy bien toda su relación.

La guio por la tonada lenta que ejecutaba la banda, de uno de esos cantantes de antaño que existían cuando la música significaba algo más que un ruido para hacer ejercicio. Ella le llegaba a la altura de sus ojos con los tacones y hacía mucho más fácil mirarla a los ojos. Debajo del ritmo de la música, había otro imperante; uno de reto, de hambre, furia y pasión. Por lo menos de su parte.

Cuando la sentía allí en sus brazos, con esos ojos azules hipnotizándolo, nada más tenía sentido o importaba. Al menos durante un rato. Y lo necesitaba, ya que sus pensamientos se habían desviado a partes más oscuras en su ser y debía controlarlos.

De alguna manera creyó que esa parte de su naturaleza, la que surgía únicamente a consecuencia de ella, se había calmado después de la confesión de la piscina.

Sin embargo, hoy se dio cuenta de que estaba muy equivocado.

Norah suspiró, y él sintió el golpe de aliento contra su boca, pero era algo más que eso, era una rendición. Lo cual se hizo evidente cuando bajó la cabeza y la enterró contra su cuello. Lo permitió, hundiendo un poco su barbilla en su cabello mientras la guiaba por la pista. Eso lo relajó a pesar de todas las cavilaciones que habían invadido su mente. En parte lo agradecía, porque si hubiera incentivado el lado apasionado y enfermizo, hubiese sido muy difícil disimular su estado alrededor de tantas personas.

Fue moviéndolos por el salón, y cuando terminó la canción, la jaló hasta un balcón amplio donde tendrían privacidad. Con gran alivio notó que estaba vacío al traspasar las puertas dobles. Ella aspiró una bocanada de aire al golpearlos una pequeña brisa nocturna, y ambos se apoyaron en las barandillas de madera, contemplando una laguna artificial que reposaba a su alrededor.

—¿Cómo les está yendo con *Luxury*? —preguntó. Norah se giró a verlo con expresión pasmada, y él la miró interrogante.

—¿En verdad estás preguntando eso?

—Obviamente lo hago, ¿no es así? —inquirió—. ¿Hay alguna razón por la cual no deba hacer esa pregunta?

Necesitaba saber si ella ya conocía por qué se le habían negado todos los créditos solicitados en nombre de su revista. Y si era así, desde hacía cuánto tiempo lo sabía. La adrenalina empezó a llenarlo y apretó la barandilla en forma inconsciente.

La pelinegra se giró hacia la laguna. Normalmente, su cabello se movería en sincronía, desconcentrándolo, pero esa noche se lo había recogido.

—Supongo que no —contestó entonces—, aunque durante todos estos meses, nunca te viste interesado en hablar sobre algo real.

—¿Qué demonios quiere decir eso? —preguntó con brusquedad. Ella lo miró por un instante.

—Siempre creí que evadías cualquier tema con el cual, supuestamente, podría embaucarte. Por eso decidí no traerlos a colación en nuestros momentos juntos.

—Quizá fue tu conciencia la que creía eso —le reviró venenosamente.

Primera estocada. Parpadeó aturdido, ya que no se sintió tan bien como debería, como había sido meses atrás.

La vio estremecerse y después asentir, volviendo su atención a la noche y al agua.

—Tal vez —ofreció, aunque sin mucha convicción. Odiaba eso de Norah

—. Aún va —dijo. A Jack le tomó unos segundos comprender qué le había respondido—. Necesitaba un crédito, pero ya... ya falta poco para que lo consiga —titubeó. Jack frunció el ceño—. ¿No te parece que la celebración ha sido un éxito? Creo que recaudarán el doble del año pasado...

—¿Está siendo rentable? —volvió a indagar, poco dispuesto a que le cambiara el tema de conversación. Norah se encogió de hombros y lo miró con una expresión inquisidora.

—No está quebrada aún si es eso lo que realmente quieres saber —respondió, aunque parecía que esa declaración tuviese un trasfondo—. De todas formas, tampoco es *Composture*, allí solo tenías que preocuparte por sacar un buen producto, uno de gran calidad, por supuesto, sin pensar en qué pasaría si no era rentable.

—¿Extrañas trabajar allí?

—Si lo extraño o no, no es tema. No hace diferencia, Jack —declaró con amargura—, después de todo, Beth y tú se encargaron de que mis ganas de trabajar ahí ya no fueran importantes. Por lo tanto, no pierdo mi tiempo extrañando algo que nunca podré volver a tener.

Jack se empequeñeció un poco, ya que sabía que era cierto. Pero había estado tan enfurecido con ella, tan herido y traicionado, que cuando Bethanie le contó que ella siempre había querido dirigir *Composture* y que no era justo que su hermana fuera recompensada por lo que le hizo, él estuvo de acuerdo y le recomendó solicitar un cambio de gerencia, ya que él la apoyaría. Fue su forma de herirla. De hacerla sangrar, llorar y suplicar.

Sin embargo, Norah, estoica como siempre, no sangró ni lloró, mucho menos suplicó. En cambio, tomó sus cosas de la empresa y salió de ella con la barbilla en alto. Y no se conformó solo con eso, sino que creó su propia revista, orgullosa hasta los tuétanos.

—No fue mi mejor momento —admitió apoyando la espalda en el balcón para poder verla de frente.

Ella asintió sin decir nada, ya que era obvio. Ambos sabían por qué habían llegado a ese extremo, no obstante, tenían una especie de acuerdo tácito de no tocar los hechos concretos. No sabía en qué momento lo habían firmado, pero si tuviese que adivinar, presumiría que fue justo en el segundo anterior a que la pelinegra reaccionara ese día de la piscina.

—No creo que lo extrañe tanto como debería —comentó ella por fin, admitiendo su verdad y cortando la línea de sus pensamientos—. Pasé mucho tiempo ansiándolo y lo disfruté mientras lo tuve, no puedo negarlo. Sin

embargo, estoy aprendiendo a apreciar el cambio y a comprender mi principal diferencia con mi madre.

—No eres como ella —recalcó, irritado con Dean por siquiera considerarlo y plantárselo en su cabeza.

—No, no lo soy. Mi madre era depresiva, Jack, y se dejaba hundir por los problemas que le presentaba la vida; yo he surgido por ellos. Nunca supe lo fuerte que era hasta que me dejaste. Hasta ahora. Ya no quiero *Composture*, ahora quiero... —Miró hacia el horizonte.

—¿Qué?

—Quizá ser feliz con solo ver la luna —le respondió girándose a verlo—. O tal vez, por una vez, serlo al entregarle la luna a alguien más.

El entendimiento corrió entre ambos, y lo dejó casi sin aliento.

—¿Por qué te casaste conmigo? —preguntó de nuevo, como venía haciendo desde un mes atrás.

No pudo evitarlo. No quiso hacerlo tampoco. Porque en ese momento, más que cualquier otra cosa, necesitaba saberlo. Llevaba todo ese mes repitiendo esa pregunta y por fin entendió por qué.

Quería todas las respuestas.

Norah parpadeó y luego fijó sus ojos en él. Y en esa mirada, Jack supo que comprendía lo que deseaba. También, como lo había hecho todas las veces anteriores a esa en que preguntó lo mismo, que no le concedería su deseo.

Ella suspiró y negó con la cabeza, apartando la mirada con terquedad hacia el horizonte, de nuevo.

—Ya sabes por qué —le respondió entonces, como siempre hacía. Él quiso gritar, golpearla y lanzarla contra la desgraciada baranda para acabar con todo. El poco control que había conseguido minutos atrás se evaporó por completo.

—Iré a buscar licor —masculló frustrado, sabiendo que debía alejarse—. No te muevas de aquí. No hemos terminado.

Con esa orden salió del balcón en busca de un momento a solas para calmarse, enfriarse y volver al ataque, porque también estaba seguro de que no dejaría de batallar hasta que todo estuviese claro y acabado. Y eso no sucedería hasta que consiguiera lo que quería.



## Capítulo 12

Después que Jack dejara el balcón, Norah continuó viendo el paisaje que entregaba su posición en Holmby Hills. Su mirada se paseaba por la laguna artificial, los jardines y el cielo mientras se forzaba a relajarse, porque hubo un momento en que casi abrió su boca y lo contó todo; lo que sabía, lo que no, lo que él le pedía, e incluso habría ido más allá y le habría mentado únicamente para alimentar la esperanza que había visto en sus ojos durante todo ese mes y para volver a tenerlo de vuelta por completo en su vida.

Suspiró y negó con la cabeza. Acompañarlo allí había sido un completo error, nunca debió aceptar ir a ese evento en primer lugar; lo que estaban haciendo se sentía demasiado real ahora. Parecía como si los escudos o las pretensiones hubiesen caído desde el momento en que pisaron el salón de baile. Inclusive había comenzado a albergar esperanzas sin sentido sobre posibilidades de un perdón que jamás se concretaría. Esa había sido la principal razón por la que se había mantenido lo más apartada posible de él durante todo el evento, entreteniéndose con las personas a su alrededor, ignorándolo y escapando cada vez que se le presentaba la oportunidad. Con la excepción de Patrick, lo cual hizo únicamente por razones egoístas, quería que él se avergonzara de sus acciones, ya que su banco fue con el que más había contado para la aprobación del crédito por la buena relación que mantenía con su padre.

Su plan había funcionado hasta que llegó el baile. Allí se rindió. Le fue imposible no hacerlo; sentirlo allí, sujetándola tan firme y tan cerca que rozaban cada extremidad, con su masculinidad despierta golpeando su estómago. Había sido demasiado para soportarlo. Apoyó la cabeza en el cóncavo de su cuello e inhaló la fragancia que siempre usaba para estos eventos, con base de madera y eucalipto, tan familiar y embriagante que la hizo sentir más segura en sus brazos. Entonces se perdió, incluso al punto de permitirle arrastrarla al balcón, intentando prorrogar ese momento. A pesar de que estaba consciente que debía preocuparse por cosas más importantes.

De seguro Anne la mataría por desaprovechar la oportunidad que le había otorgado unos minutos atrás para hablar sobre la empresa y sobre el porqué Inversoras Spencer había contactado a sus esbirros para que no la ayudasen; pero no pudo hacerlo. Especialmente porque tener una conversación seria y profunda sobre esos asuntos los llevaría a la pregunta de cómo conseguiría el crédito al final, y no necesitaba restregarle que Carl estaba dispuesto a ayudarla, no cuando estaban en esa tregua que temía alterar. Ni mucho menos

con más de doscientos testigos a su alrededor.

—¡Norah! —la llamaron desde la entrada del balcón, y todo su cuerpo se tensó. Sintió que hiperventilaba y se giró horrorizada.

—No. Debes irte. Ahora —le exigió a Carl elevando un brazo y señalándolo con el dedo índice—. ¡Lárgate!

El hombre sonrió, pero titubeó un poco al verla tan alterada.

—Tranquila, lo están entreteniendo, me percaté de eso antes de verte —le comentó, aunque ella no sintió ningún tipo de alivio.

Había pasado toda la noche deambulando alrededor del salón y ni una sola vez se topó con él. Si lo hubiera hecho, habría inventado un dolor de cabeza, y si eso le hubiera fallado, habría tomado un cuchillo y se habría lacerado con el único objetivo de escapar de la fiesta.

—¿Hace cuánto llegaste?

—Poco —respondió él—. Pasé por un rato, solo para dejar nuestra donación y dar un par de vueltas. Me he mantenido a propósito en bajo perfil desde que los vi bailando juntos al entrar.

—¿Qué quieres? —preguntó con más brusquedad de la que debería. Él se encogió de hombros y se acercó dos pasos más.

—Decirte que me alegra que hayas regresado con tu esposito —se burló. Después frunció el ceño—, aunque no comprendo cómo demonios, si estás con él, sigue haciéndote guerra con su empresa.

Cerró los ojos y pasó dos dedos en el medio de sus cejas, donde un segundo atrás había sentido un puyazo, mientras negaba con la cabeza.

—Es complicado —respondió, y en verdad era lo máximo que podía otorgar como explicación a lo que estaba ocurriendo. Carl miró hacia el horizonte y se acercó otro paso.

—Me alegra, ¿sabes? Eso significa que lo que esa perra hizo, lo que nosotros te hicimos —corrigió—, no fue irreversible.

Se quedó sin hablar, ya que no tenía idea si ese sería el caso o si llegaría a serlo en algún momento.

—La semana que viene estará procesado el crédito, ¿vale? —Asintió casi sin mirarlo—. Recuerda la otra parte del trato. —Lo miró confundida—. Anne, por Dios, Norah, necesito probar un poco de eso. Todavía estoy obsesionado con ese golpe.

Ella se rio, y él la imitó.

—No tienes remedio —respondió aun sonriendo, pero al mirar al frente se quedó estática y su corazón dio un vuelco hasta su estómago.

No le sorprendió en verdad ver a Jack entrar al balcón. Medio se lo esperaba. El karma era una perra y había recibido una gran cantidad de sus mordidas durante los últimos años. La mirada fulminante que le lanzó fue suficiente para saber que no había escuchado su conversación, lo cual agradeció en parte. Carl debió sentir el cambio de ambiente porque giró y se tensó al verlo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el rubio sin moverse de la entrada del balcón.

—Solo estoy felicitándola por haber regresado con su esposo —informó el hombre, y después de empezar una especie de reto de mirada que duró menos de un minuto, Carl desvió la suya.

—Lárgate —ordenó Jack.

Norah casi sonrió por recordar que le había dicho exactamente lo mismo menos de cinco minutos atrás.

Verlos juntos fue aturdidor, para decir lo mínimo. Jack era más alto que Carl, pero Carl era más ancho de espalda, además que el primero era rubio mientras el otro era un poco más moreno y más robusto. Sin embargo, ya ella conocía la verdad; Jack le ganaría en un santiamén, en todos los aspectos. Y eso debieron saberlo ambos porque el pelinegro comenzó a salir del balcón lanzando una mirada titubeante entre Norah y el rubio, temiendo dejarla sola en su compañía.

Y con ello —notó al ver cómo se le ensanchaban los huecos de la nariz a Jack— empeorando la situación.

Cuando quedaron solos, el ambiente era muy distinto a como había sido unos minutos atrás. Sus vellos se elevaron y se estremeció al verlo parado allí, apretando las manos en puños y luchando por controlarse. Cuando la miró de vuelta, ella dio un paso hacia atrás, golpeando la baranda.

—Pensé que había dejado muy claro que los mataría si alguien más te tocaba mientras esto durara —declaró entre dientes.

—Nadie me ha tocado —respondió sin emoción—. No hay nadie más, Jack.

—Y de todos los malditos que pudiste elegir, siempre tiene que ser él —dijo como si no la hubiera escuchado. Lo más seguro fue que no lo hizo.

—No —intentó de nuevo—, solo estoy contigo.

La carcajada sarcástica y casi brutal de su parte volvió a ganarle otro estremecimiento.

—Creo que he escuchado eso antes —anunció con tono de burla. Ella

tragó grueso.

—Él estaba diciendo la verdad, su único motivo para acercarse a mí fue reconocer que había vuelto contigo —explicó—, y eso no habría sucedido si no hubiésemos venido a esta maldita fiesta. Te dije que era una mala idea...

—¿Ahora es mi culpa? —le reviró dando un paso hacia adelante, cortando su explicación. Ella dio otro más hacia atrás, aunque no pudo avanzar por la baranda, agradeció que esta estuviese reforzada porque temió por un instante que cediera y se cayera—. Es mi culpa y no tuya por ser una... —Se detuvo en el último momento, pero de igual manera no hizo ninguna diferencia porque ambos sabían exactamente lo que iba a decir.

Norah se quedó callada, mirándolo, preguntándose cómo podría defenderse de algo así. También, en algún punto de ese intercambio de miradas, se preguntó cómo podría escapar, pero lo descartó de inmediato, ya que era más inteligente que eso.

—Vámonos —ordenó él girando sobre sus talones y caminando hasta la puerta doble de madera y vidrio que llevaban de nuevo al salón.

Norah suspiró y lo siguió, comprendiendo el motivo por el que había pasado el mes anterior temiendo el cese al fuego que implementaron; porque como pasaba con los incendios, lo único que se conseguía al contenerlo era avivar las llamas y causar aún más destrozos.

Se despidieron de los anfitriones y de varias personas que se metieron en su camino. Actuaron como si nada estuviese sucediendo y como si el motivo para irse temprano fuera un pequeño dolor de cabeza, aunque a Jack cada vez le resultaba más difícil disimular. En general no era algo que alguien más notaría, excepto ella, que lo percibía por sus hombros rígidos y por su mano derecha, que temblaba cada vez más, hasta que la volvió un puño al lado de su cuerpo.

Por fin, cuando salieron a la entrada, él llamó al valet y esperaron callados, sin mirarse, hasta que llevaron su vehículo y se lo entregaron. Ella agradeció que no hubiera alquilado una limusina, porque no quería testigos para lo que fuera que estuviera a punto de acontecer.

Se montaron en el BMW gris en total silencio. Jack arrancó pisando de lleno el pedal del acelerador, y ella se lanzó hacia adelante casi golpeando el tablero a pesar del cinturón de seguridad. Jadeó por el impacto, aunque se calló rápidamente y se enderezó de nuevo contra el respaldo. Su corazón palpitaba acelerado, pero se forzó a ralentizarlo, y la presión que invadía el automóvil era tan palpable que tuvo que inhalar con brusquedad un par de

veces para combatir la sensación de ahogo.

La fiesta era en las antiguas mansiones de Holmby Hills, así que comenzaron a bajar las colinas para llegar a su destino.

Al principio fueron en silencio, pensó en poner música, pero estaba tan tensa que no podía ni siquiera mover las manos. Él estaba concentrado en el manejo, un poco más acelerado de lo legalmente permitido, y con las manos presionaba el volante con fuerza.

—¿Cuántas veces te acostaste con él? —le preguntó Jack sin mirarla.

Ante esa pregunta, sus dedos se extendieron rígidos sobre su regazo, como si fueran cuerdas de violín. Lo miró por un instante, horrorizada. No obstante, no debería estarlo en absoluto, sabía que tenía derecho a saberlo, siempre lo tuvo. Fue ella quien se lo había negado cada vez.

Cerró los ojos y apretó sus manos tensas, tragando grueso.

—Tres veces —respondió girando su cara hacia el parabrisas—. Todas una sola noche.

—El día antes de la boda.

Cerró los ojos y asintió, maldiciendo a Bethanie por descubrirlo y por contárselo sin ningún tipo de compasión. Aunque primero debería maldecirse a sí misma por haberle sido infiel, pero ya lo había hecho suficiente en el pasado. Al ver que él no se movía ni hacía ninguna señal de que recibió la respuesta, se forzó a escupir la palabra.

—Sí.

Se quedaron callados por unos segundos e imaginó que así terminaría todo, lo cual estaba bien, había ganado ocho meses que jamás creyó que tendría, eran más que suficiente.

—¿Cómo fue? —preguntó él abruptamente. Su cabeza voló de nuevo hacia él.

—¿Qué? —inquirió casi sin voz.

—¿Cómo fue? —repitió.

—¡No voy a contestar eso! —gritó con tono agudo.

Como respuesta, él comenzó a elevar la velocidad en forma alarmante. Ella se sujetó del cinturón de seguridad y al techo del vehículo. Siguió sin hablar, no podría forzarla a hacerlo. ¿Acaso se había vuelto completamente loco?

Jack empezó a desviar el vehículo hacia el barranco, donde a la distancia solo se veían las luces de la ciudad.

Allí supo qué era lo que se proponía.

—¡No, Jack! —rogó desesperada, sintiendo que el corazón iba a escapársele del pecho y que las náuseas la invadían, aunque no sabía si eran por el miedo, el horror o el dolor que todo eso estaba provocando a ambos—. ¿Qué demonios crees que estás haciendo? ¡Para! ¡Para ahora mismo y déjame salir! —exigió aterrorizada, herida y furiosa—. ¡Déjame bajar del vehículo!

—¡No! —gritó alterado y golpeando el volante, girándolo a la izquierda para volver a lanzarlos hacia el borde de la carretera—. ¡No hasta que me respondas, maldita sea!

—¿Para qué demonios...?

—¡Contesta la maldita pregunta! —ordenó furioso, sacándola de quicio.

—¡Estuvo bien! —respondió golpeando la ventanilla con la mano para evitar que colisionara contra su cabeza—. Tuvimos sexo y estuvo bien.

Él bajó la velocidad al instante y retornó al carril correcto de la carretera. Norah llevó sus manos temblorosas a la cara, iba a devolver todo lo que había comido en la cena, horas atrás.

—¿Quién buscó a quién? —inquirió él. Ella cerró los ojos y comprendió que no había terminado. Se preguntó cuándo lo haría, cuándo tendría suficiente.

—Basta, Jack —rogó con la voz rota.

—¿Te buscó él a ti o fuiste tú quién lo hizo? —No respondió, él golpeó el volante y comenzó a acelerar de nuevo—. ¡Respóndeme, maldita sea! O te juro por Dios...

—Fui yo —susurró entonces—. Yo fui a su casa esa noche, con dos botellas de champaña.

—Suenas como tú... —respondió con amargura, aunque esa vez no bajó la velocidad—. ¿Lo besaste tú primero o lo hizo él? —preguntó de inmediato.

—No me hagas esto —le rogó sintiendo que una lágrima se deslizaba por su mejilla, sus manos cayeron a su regazo, temblando ahora visiblemente.

—¿Lo besaste tú primero o lo hizo él?

Negó con la cabeza una y otra vez, soltando un sollozo.

—No voy a responder a nada más —declaró ahogándose—. ¡Si quieres volcarnos, pues hazlo! No es como si no supiera desde el principio que íbamos a tener un final como este. No es como si nunca hubiese imaginado que lo único que querías era mi muerte.

—Oh, pero no es solo tu muerte, mi perra tormentosa —le espetó él antes de desabrocharse su cinturón de seguridad—. Allí está, así todo será más fácil.

Y después de esas palabras desvió de nuevo el vehículo, aumentó más la velocidad, volvió a salirse de la carretera y arrastró los neumáticos por la berma, provocando un ruido aterrador.

Norah comenzó a llorar, ahora sí a lágrima viva, colocando las manos sobre su cara y temblando con todo su cuerpo. Negó con la cabeza porque toda su mente era un revoltijo de pensamientos, y el principal de todos era que él no podía hacer lo que estaba haciendo. No por esto. No como una forma de explosión a la tensa calma que los había envuelto. Mucho menos cuando era solo una reacción a su propio egoísmo al negarle lo que había deseado por tanto tiempo.

Tragó grueso antes de bajar sus manos y desabrochar su propio cinturón de seguridad en un acto casi poético. Después de todo, ella había sido quien los orilló a ese extremo de locura.

—Póntelo de nuevo —exigió él haciéndola sacudirse aún más.

Negó con la cabeza con brusquedad varias veces antes de que consiguiera por fin que su voz surgiera.

—No lo haré... si-si tú no lo haces —indicó con sus dientes casi golpeando entre sí por la forma en que tiritaban. Se estremeció por algo más que el terror a morir de esta forma tan violenta, sino que también por todos los significados que esa frase enmarcaba.

—¡Bien! —gritó él volviendo a golpear el volante—. Pero por lo menos ten la decencia de morirme solo si yo lo hago.

Norah giró a verlo aturdida, parpadeando para borrar las lágrimas y notando por primera vez que él parecía tan desesperado y desesperanzado como ella. Furioso, eso también, y pálido. Nada como el hombre que recordaba, al que había conocido hace años en una fiesta no muy distinta a la que acababan de abandonar.

«Yo te hice esto», pensó por primera vez sin ningún tipo de sentimiento que lo acompañara, solo el reconocimiento de un hecho. Justo en ese instante, dejó de sentir absolutamente todo, fue como si entrase en una especie de entumecimiento.

—¿Lo besaste tú primero o lo hizo él? —preguntó de nuevo.

—Yo —respondió mirándolo, viéndolo arrugar por un instante su cara y comprendiendo exactamente por qué.

Porque le dio a Carl algo que ella le había negado desde un principio: la iniciativa.

—¿Cómo lo besaste? —continuó casi al instante.

Ella se acomodó de medio lado, rehusándose a ver el camino, a presenciar lo cerca que estaban del final, o más bien, lo rápido que iban hacia él. Apoyó su espalda contra la puerta del copiloto, se quitó los zapatos de tacón y subió las piernas al asiento. Abrazó sus rodillas y comenzó a responder cada pregunta sin dejar de mirarlo.

Habló de forma mecánica, ahogando cada sentimiento que amenazaba con acabar con su tan bienvenido entumecimiento. Se concentró en ver lo que él hacía al recibir cada palabra; la forma en que apretaba el volante cuando había una respuesta que le desagradaba; la manera en que su cara se arrugaba del asco al escucharla, pero la terquedad restante y que se vislumbraba en su ceño fruncido porque nunca renunciaba, volvía al ataque con otra nueva interrogante, con otra más específica, que finalmente solo le hacía más daño.

Él quiso saber todos los detalles de esa noche, todos y cada uno de ellos, sin excepción; cómo lo besó, cómo lo tocó, dónde lo hicieron, cómo lo hicieron, quién inició el acto, en qué forma la acarició para prepararla, en qué forma ella lo acarició a él. Si se protegieron, cuánto duró cada acto.

La peor parte fue cuando comenzó a preguntar sobre las sensaciones. Qué había sentido ella cada vez que él la tocaba, cuando la acariciaba. Y en esas fue más específico que nunca, repitiendo todas las cosas que ella le había contado minutos atrás para sacar cada específica sensación. «¿Te gustó?», le preguntaba al final de cada cosa.

Si se había llegado a aborrecer por esa noche, en ese instante percibió esa sensación al mil por ciento mientras revivía la experiencia reflejada en él, a quien nunca, jamás, habría querido decírselo.

—¿Cuántos orgasmos tuviste? —continuó con el auto flagelo. Estaba pálido, tembloroso, casi nauseabundo, pero no desistía. No, Jack jamás lo haría; mucho menos cuando por fin estaba obteniendo las respuestas que deseaba.

Se preguntó si esto era una nueva forma de castigo, si, a diferencia de lo que había creído en el último mes, en vez de un descanso, había sido un plan muy bien elaborado para llegar a este resultado; aunque lo rechazó de inmediato porque no le estaba haciendo daño únicamente a ella, sino que a él también. Lo estaba destruyendo.

—¡Contéstame! —exigió. Allí parpadeó, notando que no había hablado—. ¡Norah!

—Ninguno —musitó entonces con voz muerta.

—¡Mientes! —gritó él fuertemente a la vez que daba un volantazo tan



violento que el coche se ladeó hacia el barranco.

Fue solo obra de Dios y la pericia de Jack para manejar los que evitaron que se volcaran. El movimiento repentino hizo que se abalanzara hacia él, pero ella se movió con brusquedad, pegándose a su asiento y abrazándolo. Estaba contaminada, sucia por completo, y no sabía si alguna vez volvería a estar limpia de pecados. O al menos, humanamente limpia, como antes de traicionarlo.

Después que él enderezó el vehículo y recuperó la velocidad que había perdido cuando intentó controlarlo, volvió al ataque.

—¿Cuántos? —repitió.

Lo miró sin emoción por unos segundos, sujetada al asiento. Ya ni siquiera lloraba, solo estaba allí, en la nada.

Antes que él revirara o terminara de matarse, se adelantó:

—No tuve orgasmos por penetración o por la mano de alguien más que la mía hasta que tú me hiciste el amor. Nunca. Jamás te mentí referente a eso — confesó, y cerró los ojos esperando que la muerte llegara. Esperando la caída hacia el barranco. Esperando el insulto que seguro vendría.

«Esperando», notó. Esa había sido su vida durante los últimos meses. Una constante espera a Jack.

Hasta ese día, suponía.

—¿Cuántas veces se vino él? —le preguntó entonces. Ella sintió que le habían perdonado la vida, solo que desconocía por cuánto tiempo.

—Las tres veces —respondió apoyando la cabeza en el reposacabezas del asiento, sin abrir los ojos, relajando las manos.

Allí volvieron a lo técnico y le preguntó sobre las posiciones específicas que habían intentado.

Cuando él por fin detuvo y apagó el automóvil, se dio cuenta de que lo había superado y que aún no moriría, pero se encontró sintiéndose totalmente exhausta y rota, más que cualquier otro momento en toda su vida.

—Bájate —ordenó él haciendo lo propio.

Cuando finalmente alzó la vista, descubrió que el coche estaba estacionado en el garaje de su antigua casa. De la casa de Jack.

—No, por favor —imploró—. Solo déjame ir.

—¡Bájate! —gritó él cerrando su puerta con brusquedad.

Caminó hacia la de ella y la abrió, la sujetó del brazo para sacarla, la empujó contra la carrocería hasta que la montó sobre su hombro y pateó la puerta del auto para cerrarla, dejando dentro sus zapatos y su cartera.

## Capítulo 13

Jack la cargó hasta la sala principal y la lanzó sobre el sofá de color verde, antes de girar y dirigirse hasta la cocina. Su toque había sido impersonal y la hizo sentirse aún más asqueada consigo misma a pesar de haber creído que eso era imposible. Lo vio salir de la habitación, pero no hizo ningún movimiento, su cuerpo seguía reposando desgarrado en la misma posición que había tomado al arrojarla allí sin ninguna delicadeza.

Consideró levantarse y salir corriendo hacia la salida, solo que el agotamiento no le permitió siquiera parpadear. Eso fue hasta que lo vio llegar con la pajarita deshecha, sin el saco y en cada una de sus manos, una botella de champaña. Su cuerpo volvió a la vida de inmediato.

—¿Jack? —preguntó casi sin voz, tensándose y poniéndose de pie con dificultad.

Él dejó las botellas sobre la mesa a su lado y la miró de arriba abajo.

—Ahora te acercarás y me besarás exactamente igual a como recuerdas que lo hiciste con él.

Lo miró con los ojos muy abiertos, todo su ser se estremeció hasta rebotar contra el suelo. En su cabeza se repitió una y otra vez que él no podría estar diciendo lo que creía haber escuchado. ¿Verdad?

—¿Qué?

—Ahora —siseó.

Sintió que su corazón se hundía en el piso y que se aceleraba al mismo tiempo. Parpadeó un par de veces, comprendiendo que de nuevo sus esperanzas cayeron en bolsa rota, y se tensó.

—No —jadeó dando un paso hacia atrás, casi cayendo sobre el sofá. Se estabilizó y saltó hacia un lado—. No voy a hacer eso. ¡Estás completamente loco! —gritó y comenzó a correr al lado contrario de donde él estaba parado, buscando la salida porque necesitaba largarse de allí lo más rápido posible.

Escuchó su rugido de furia y por un momento, mientras sujetaba el borde de su vestido que hacía dificultosa su huida, recordó otro instante cuando también habían hecho algo parecido. El horror la invadió al entender que lo que en esa oportunidad consideró un juego, se hubiese convertido o hubiera sido en realidad una práctica para lo verdadero.

Justo cuando entraba en el pasillo que la guiaría a la puerta de entrada, él la atrapó.

—¡No! —gritó golpeándolo y pateándolo. Jack la lanzó contra una pared, quitándole el aire de sus pulmones. Gimió por el dolor que ocasionó el

impacto.

Antes que tuviera la posibilidad de volver a comenzar a golpearlo o intentar escapar, él la clavó entre la pared y su cuerpo, atrapó su cara entre sus manos y la elevó lo suficiente para unir sus labios.

Podía notar su boca rozándola, pero no lo sentía en verdad; el horror, la indignación y el resentimiento por que él quisiera que ella llegara hasta ese extremo la tenían totalmente embotada.

—Bésame, maldita sea —exigió él una y otra vez mientras unía sus labios constantemente, sin conseguir nada porque ella mantenía los suyos cerrados con firmeza—. ¡Hazlo, Norah!

—No —repitió ella girando la cara con dificultad para que no volviera a intentar forzarla. Comenzó a empujarlo y a agitar su cabeza de un lado a otro para liberarla de su sujeción—. ¡Jamás lo haré! —explotó luchando para quitárselo de encima. Él la sujetó con fuerza evitando que siguiera moviéndose—. ¡¿Por qué demonios estás haciendo esto?! —espetó utilizando sus piernas y pies para patear sus pantorrillas y donde quiera que pudiera llegar.

—¡Porque eso era mío! —respondió dejando de sujetar su cara para estampar sus manos vueltas en puño en la pared, haciéndola estremecer y soltar un grito ahogado—. Porque esa noche me pertenecía a mí, Norah. Eras mía en esa época, estabas destinada a casarte conmigo al día siguiente, ¡maldita sea! Y fuiste a buscarlo a él para follártelo.

Ella negó con la cabeza, abriendo la boca para intentar justificarse, sin saber bien qué demonios podría decir, en qué forma podría mejorar la situación. En ese instante, no veía la manera de salvar absolutamente nada. Había vivido engañada muchas veces antes, en general con mentiras que se decía a sí misma; pero creía que la peor que pudo haberse inventado fue siquiera considerar que esa relación podría llegar a tener alguna vez un final feliz.

—Lo quiero todo —continuó él, lanzando otro golpe contra la pared, haciéndola tensarse de nuevo y cerrar los ojos—. Quiero que me beses y tenerte exactamente igual a como te tuvo él. Y con eso veré si puedo matar la parte de mi ser que desea estrangularte por permitir que otro bastardo te tocara cuando me habías jurado que solo yo lo haría por lo que te quedara de vida.

Lo miró dejando de batallar. El pasillo estaba a oscuras, excepto por la luz que provenía de la sala y las luces automáticas del exterior que se reflejaban por los ventanales. Sin embargo, incluso con la poca iluminación, notó la

desesperación, furia animal y dolor en sus ojos. Su semblante estaba mucho peor que en el coche, cuando la había escuchado responder sus preguntas.

Las náuseas volvieron, y su cuerpo somatizó cada uno de sus sentimientos. Pero junto a todos ellos surgió la envidia. Hacia él. Ya que era mucho más sencillo cuando la furia estaba destinada a alguien más que a sí mismo.

—Lo siento. Lo siento tanto —susurró con voz rota.

Su expresión se endureció y volvió a pegar sus manos contra la pared, a cada lado de su cabeza; esa vez sin la violencia de antes, aunque no por ello el movimiento fue menos fulminante. Jack se quedó allí, mirándola a los ojos. Confundiéndola por su inactividad. Norah consideró aprovechar ese momento para huir lejos, pero ni siquiera lo intentó porque la tenía totalmente atrapada; con sus manos y su mirada. Mirada que, en cosa de segundos, volvió a cambiar, tornándose de nuevo en fiera. Norah sintió cuando sus manos bajaron hasta posarlas sobre sus caderas.

—No necesito tus malditas disculpas —le dijo él a la vez que la elevaba para a cargarla sobre su hombro—. ¡Necesito mi maldita retribución!

«Retribución». Llevaba meses intentando otorgársela sin ningún éxito, por lo que ya comenzaba a creer que no sería posible hacerlo. Jamás.

Sin embargo, esa vez no luchó, pataleó o rogó misericordia. Ya no tenía sentido.

Se quedó inerte a medida que la trasladaba por la casa; primero hasta la sala donde habían estado antes, allí recogió las dos botellas de champaña, y después subió las escaleras. En vez de cruzar hacia la izquierda, donde estaba ubicado su dormitorio, la llevó a la derecha, dejando muy claro dónde pertenecía ella y hacia dónde iban sus intenciones.

Jack abrió la puerta del último dormitorio y entró. La luz estaba apagada y no hizo ningún esfuerzo en encenderla. En verdad no la necesitaban, sabía lo que había allí; una cama de roble negro en el medio de la habitación, con un acolchado blanco y dorado. Una cómoda en alguna parte y una mesita del mismo material de la cama. Era más pequeña que la habitación principal, más sencilla que todos los demás cuartos de invitados, y en ese momento, el sitio pautado para la mal llamada retribución.

La lanzó contra la cama y puso las botellas sobre la cómoda antes de encender la lámpara encima de esta. La luz amarilla iluminó un poco el sitio, aunque más que todo mostró cómo él respiraba aceleradamente y miraba hacia el suelo.

—Empieza pues —ordenó sin mirarla.

—Si me obligas a esto...

—¡Para ya de hablar y hazlo de una condenada vez! —la interrumpió girándose hacia ella.

Norah apretó las manos con fuerza en forma de puño frente a sus ojos; las había elevado en algún momento y estaban casi en posición de ruego.

—No quedará nada aquí. ¿Comprendes? —intentó explicar, forzando su respiración a ralentizarse y tragándose el nudo que se estaba aglomerando en su garganta.

Él parpadeó sin moverse, casi sin respirar, y ella se obligó a continuar porque tenía que hacer que lo entendiera. Sería capaz de hacer muchas cosas por ese hombre, pero también era humana y estaba segura de que si continuaba con esto rompería todo lo hermoso que aún persistía entre ambos. La dejaría vacía, con su interior lleno de odio en su contra por lo que la obligaría a hacer. Por lo que la forzaría a convertirse: en una herramienta cuyo objetivo era hacer daño. A ella y a sí mismo.

—Acabarás con el amor que siento por ti, con las esperanzas. Con-con lo bueno. Lo matarás todo, Jack.

Él cerró los ojos y bajó la cabeza, lucía atormentado y arrepentido. Por un instante la esperanza volvió a florecer en su pecho, casi creyendo que por fin terminaría su tortura. Que por segunda vez en esa noche, había sido perdonada.

—Hazlo —le repitió él brutalmente.

Dejó escapar el aliento que no había sabido que estaba conteniendo. Sintió sus ojos humedecerse y su pecho constreñirse hasta volverse doloroso. Eso era mucho más que pesar, dolor u odio. Era su corazón rompiéndose en pedazos. Sin embargo, accedió a lo que le pedía. Se movió en la cama, se arrodilló y se deslizó hasta el borde para ponerse de pie sobre el suelo.

—Yo... —su voz tembló y tapó su boca con su mano temblorosa. Se forzó a calmarse—. Estoy-aquí-porque-te-necesito —dijo apresuradamente, y se percató de que él se estremecía con fuerza ante sus palabras—. Te deseo a ti, no-a-Jack. Solo lo estoy usando —repitió las palabras que le había dicho a Carl cuando había abierto la puerta esa noche, y sintió que moría un poquito más con cada una de ellas. Peor que eso, sabía que él también lo estaba haciendo—. No lo... —Bajó la cabeza y negó varias veces, tapó su boca con sus manos a la vez que la bilis subía hasta su garganta—. ¡No! —gritó pasándose la mano por el moño que ya estaba desecho—. ¡No puedo hacer esto!

Comenzó a correr hacia la puerta, desesperada por huir. A tres pasos de

distancia, él la atrapó rodeando su cintura con sus manos, la cargó y volvió a lanzarla contra la cama. De inmediato, se montó sobre ella, a horcajadas entre sus caderas, pero sin rozarla.

—¡Puedes! —gritó él, desgarrándole el vestido hasta mitad del ombligo.

—No, por Dios. No lo hagas. ¡No hagas esto! —imploró intentando apartarlo de su cuerpo.

Él sujetó sus manos con una de las suyas y las elevó sobre su cabeza mientras con la otra terminaba de destrozar el vestido, la apertura ahora llegaba a la altura de sus muslos.

—Por favor, Jack, no quiero esto —suplicó llorando, de nuevo, a lágrima viva.

Él vio truncado su acceso por la falda larga, pero en vez de terminar de romperla comenzó a subirla, enrollándola sobre sus caderas mientras buscaba sus bragas, arañándola en el acto por la brusquedad de sus movimientos.

—Me estás haciendo daño —jadeó, removiéndose para quitarlo—. ¡Me estás hiriendo, Jack!

Él parpadeó y la miró, y por la forma en que lo hizo, era como si la hubiese visto por primera vez en mucho tiempo. Allí se detuvo, elevándose un poco.

—¿Por qué no puedes hacerlo? —le susurró él con tono agonizante.

—Porque nunca será igual —confesó con la voz rota, con lágrimas corriendo por sus mejillas y cabello—. No puedes pedirme que... que actúe igual contigo como fue con él porque tú no eres él. ¡Tú eres más! Siempre fuiste más. ¡Siempre! Porque a ti te deseo y por él no sentía nada. ¿Por qué, demonios...? —Empezó a sollozar, ahogándose. Él liberó sus manos y se enderezó un poco, aún sobre su cuerpo—. ¿Por qué me pides-que-que actúe como hice con él o con cualquier otro cuando nada-de-eso fue verdad, Jack? ¡Ellos no fueron nada! A ellos nunca los amé ni una pizca de lo que te amo a ti.

Él se apartó y se sentó en el otro lado de la cama, allí comenzó a pasar las manos sobre su cabeza una y otra vez. Ella sujetó las partes rotas del vestido para cubrirse mientras intentaba calmarse y dejar de sollozar, se colocó en posición fetal, pero de manera que sus ojos quedaran clavados sobre su espalda.

Pasaron minutos así, ni siquiera supo cuántos. Solo sollozando desconsoladamente mientras Jack pasaba las manos por su cabello hasta que hundió su cara contra sus palmas y empezó a temblar. No supo si también lloraba o si solo estaba saliendo de la enajenación que lo había mantenido

atrapado durante toda esa noche, pero tampoco consiguió obtener el control suficiente para preguntárselo o acercarse a él.

Después, poco a poco, fue calmándose. El sollozo se volvió hipido, y las lágrimas pararon de correr, se sentía adormecida y desgastada, aún acostada sobre la cama, sin dejar de observarlo.

—Carl fue un error —susurró cuando pudo hablar de nuevo. Su voz era rasposa y la garganta le ardía por haber gritado tanto—. Ni siquiera sé qué demonios estaba pensando...

—¿Qué quieres que haga con eso? —la interrumpió él, su voz igual de rasposa. Comprendió que también había llorado—. De alguna manera el hecho de que aceptes que es un error, ¿debe hacerme sentir mejor?

—Sé que sabes que Carl y yo planeamos ser amantes durante todo nuestro matrimonio, pero nunca lo cumplí. Después de casarme contigo y acostarme contigo jamás volví a fallarte en eso o me volví su amante, y ciertamente no es algo que quiera hacer en la actualidad. Ni con él ni con nadie.

—Basta. Para ya —le rogó él.

Suspiró con tristeza, pero no se detuvo. Necesitaba dejar ese tema atrás y para ello debía acabarlo por completo. Ese razonamiento le resultó bastante irónico, dado que siempre fue ella la que había evitado hablarlo.

—Antes de ti jamás disfruté del sexo, no veía el gusto de ello. Tampoco te mentí sobre eso. —Él ladeó la cabeza hacia ella, sin mirarla aún. Comenzó a sentarse, sujetando su vestido para cubrirse—. Lo hice un par de veces en la universidad, pero solo me dolió y nada más. Tuve un novio al graduarme y era igual; un acto sudoroso, agotador y sin ningún gozo para mí. Ellos sí que parecían disfrutar, pero en verdad no merecía el jaleo, mucho menos cuando con mi mano conseguía toda la liberación que necesitaba.

—Norah.

—Ni siquiera me había acostado con Carl mientras duró nuestro noviazgo —lo interrumpió elevando la voz—. Pero entré en pánico, Jack, un día antes de la boda lo busqué y enloquecí. Sé que debí actuar distinto; en vez de buscarlo a él, debí buscarte a ti y decirte que no seguiría con ello. Sé que debí hablarte y contarte la verdad y cancelar todo. Fui una egoísta y mala persona —recalcó—. Ni siquiera lo deseaba en verdad, simplemente necesitaba una salida, algo que me permitiera superar lo que yo sentía como una sentencia, una que me enfurecía. Como cuando un prisionero tiene su hora semanal de visita, o el combatiente de guerra lleva consigo la foto de una chica que en verdad no sabe si lo está esperando en casa. Yo necesitaba eso.

—¿Por qué? —volvió a preguntar—. Esto simplemente no tiene sentido, Norah. Tú te casaste conmigo porque te dio la gana. ¡Nadie te obligó a esa mierda! —explotó poniéndose de pie y girándose a verla. Notó que sus ojos estaban enrojecidos y su nariz hinchada—. ¿Qué demonios está mal contigo? ¿Por qué te casaste conmigo en primer lugar?

—¿Por qué? ¿Por qué? —repitió alterándose en cada palabra, explotando—. ¡Es lo único que sabes preguntar! ¿Por qué te casaste conmigo? ¡Por qué, por qué, por qué! No terminas de entender que sin importar lo que diga, no cambiará nada —gritó mientras se ponía de pie sobre la cama, gesticulando con sus manos, y el vestido roto caía a su alrededor—. ¡No lo hará, Jack! Así te diga que mi padre no me daría la dirección de la empresa de otro modo y que yo se lo había prometido a mi madre y que tenía que cumplirlo, no lo cambiaría. O que te diga que conozco a mi padre y que cuando me dijo que no estaba lista para dirigir, bien podría asumir que no iba a estar lista por diez años, porque la verdad era que él le tenía terror a que yo tuviera ese puesto. Ambos lo sabíamos así no dijéramos nada —espetó, saltó fuera de la cama, desesperada, y comenzó a pisotear alrededor de la habitación—. También que sabía lo que quería cuando cada vez que le reviraba el tema, tu nombre surgía. ¿Esa es suficiente justificación para ti?

Se giró a mirarlo, pero estaba allí, sentado en la cama de nuevo, observándola sin expresión.

—Sé que no es justificación porque en verdad nadie me obligó a nada. Muy bien podría haber vivido sin *Composture* y decidí no hacerlo, ya que quería lo que me hacía sentir unida a mi madre. ¿Eso lo hace todo mejor, Jack? ¿Eso hace que lo que te hice de alguna manera tenga sentido?

Lo miró con una mezcla de tristeza y furia, y decidió que si lo había empezado, muy bien podría terminarlo.

—¿Crees que mejora en algo que confiese que te elegí porque creí que lo instigaste? —El frunció el ceño, y ella sonrió con amargura—. Esa primera cita cuando me dijiste que mi padre lo había autorizado, asumí que la insistencia de Dean contigo y el tema de *Composture* estaban unidos, así que decidí que se jodieran ustedes; si ambos querían usarme, ¿por qué no podía hacer lo mismo? Pero yo sería más inteligente, porque te dominaría, porque le quitaría el control de la revista a mi padre y al final me quedaría con un cincuenta por ciento de las acciones, convirtiéndome en la dueña de todo. ¿Eso lo hace mejor, Jack? ¿Te ayudará a perdonarme? —se burló.

—No hablé con tu padre. No hice eso.



—Lo sé —susurró con la voz rota, asintiendo con la cabeza—. Lamentablemente, cuando lo comprendí, ya era demasiado tarde; ya había cometido muchos errores, incluso ya había metido a Carl en mi cama. Y al final, solo me hice daño, perdiendo lo que quería y lo que no. Y perdiéndote a ti, que fue lo peor de todo.

—¿Y qué hubieras preferido, Norah? ¿Qué hubiese vivido toda mi vida engañado?

Se encogió de hombros, casi resoplando ante la pregunta y su tono de incredulidad al elaborarla, ya que en realidad, durante su matrimonio, había decidido hacer exactamente eso: nunca decirle la verdad.

—No es como si hubieras sido miserable, Jack. Eras feliz y teníamos una buena vida. A pesar de todo lo demás —respondió hundiendo sus hombros y moviendo su mano como si abarcara y descartara el comentario a la vez—. Ahora lo sabes todo y no lo eres; en cambio me exiges retribuciones, me castigas y crees que es correcto lanzarme contra paredes; o lo que es peor, me obligas a que actúe como tu puta particular, recreando escenas perversas porque te crees con derecho a reclamarlo. ¿Qué piensas tú que es mejor?

Él le frunció el ceño, luciendo bastante receloso y herido.

—¿Quién diablos te crees que eres? —murmuró.

Se quedó allí mirándolo, sintiendo que sus ojos volvían a humedecerse.

—Nadie, solo una mujer imperfecta. No soy la inocente que protege a niñas y ve fantasías en la luna. Lamento que creyeras eso y que me pusieras en un pedestal porque jamás merecí estar allí. Yo... —dejó de hablar y negó con la cabeza, bajándola hasta mirar sus pies desnudos, se sentía derrotada.

Se quedaron en silencio por un instante, y abrió la boca sin saber qué más decir. Y justo cuando creyó poder articular alguna palabra, Jack pasó por su lado y salió de la habitación, cerrando la puerta con furia.

Una vez sola, Norah se dejó caer al piso porque a pesar de haber estado segura de que las respuestas a sus porqués no servirían para terminar con el dolor de Jack, constatarlo como lo hizo terminó de quebrarla.

## Capítulo 14

Norah estuvo tirada en el suelo por casi veinte minutos. Ese fue el tiempo que se había otorgado para llorar, sentirse deprimida y renunciar a todo. Después de ese lapso, se forzó a levantarse, porque eso era lo que siempre hacía; se levantaba y continuaba viviendo, era lo único que tenía sentido.

Observó la habitación impersonal donde él la había metido para jugar su papel y se sintió enferma. Enferma por él. Enferma por la situación. Enferma por todo lo que casi había sucedido minutos atrás; lo que por culpa, casi había permitido.

Habían cruzado la última frontera del auto respeto. Aunque —durante todos esos meses— cada vez que Jack la insultaba o la usaba, ella relajaba un poco más sus límites, esta vez había llegado demasiado lejos.

—Este es el límite. Finalmente. No puedo seguir estirándolo —susurró.

Se desvistió y tiró la destrozada tela al piso porque sabía que no había forma de arreglarlo. Ni quería hacerlo, no necesitaba otro recordatorio de ese evento. Su cabeza era capaz de recrear vívidas imágenes de lo sucedido, además, los cardenales que apenas comenzaban a asomarse en sus muñecas y otras partes de su cuerpo eran suficientes pruebas de la traumática madrugada.

Salió de la habitación utilizando solo sus bragas de encaje y vio con apatía hacia la parte de abajo de la casa. No esperaba encontrar a Jack por ninguna parte. De hecho, sabía con exactitud dónde estaba: en el gimnasio del sótano.

Siguió derecho rumbo al dormitorio principal y, luego de quitarse las braguitas, se metió en la ducha, imaginando que él había hecho lo mismo en la regadera del gimnasio.

Pasó debajo del agua mucho tiempo, limpiando el maquillaje de su cara, el fijador de su cabello, las cremas de su cuerpo; pero sobre todo, limpiando esa suciedad simbólica que la envolvía desde que había decidido participar de este juego y que ahora se había engrosado en el momento exacto en que se bajó de la cama, lista para actuar como una prostituta para el beneficio de Jack.

Era un papel que conocía muy bien, pero había creído que nunca volvería a interpretarlo para él.

Cuando salió de la ducha, su cutis estaba sonrosado por el agua caliente y por los roces constantes de la esponja que llegó a sentirse como lija contra su sensible piel. Se secó el cabello hasta dejarlo húmedo y alborotado, y se dirigió, desnuda, al vestidor de Jack, donde buscó una franelilla y uno de sus calzoncillos, ya que todos sus pantalones, fueran de vestir o de deporte, eran muy grandes. Le dio varias vueltas a la elástica del bóxer antes de poder

moverse sin temor a que se cayeran.

Cuando terminó, bajó las escaleras y se dirigió a la primera gaveta de la cocina donde él guardaba las llaves de repuesto. Al encontrar la llave del BMW se dirigió al garaje, quitó la alarma y buscó su cartera sobre. Se sentó en el asiento del copiloto para volver a ponerse los tacones, cuando terminó, sacó el móvil para llamar a un taxi.

Después de dar las indicaciones a la operadora, quien, a su vez, le advirtió que el taxi llegaría en una hora, se quedó allí sentada, agotada y medio muerta, deseando desaparecer de la faz de la tierra, pero sobre todo, deseando dejar de pensar, que su cabeza parara de rememorar lo que había sucedido allí poco antes.

Se sentía tan insegura. Perdida. Adolorida. Y no se trataba de una dolencia física, sino del alma.

Por supuesto, la había experimentado antes, cuando Jack la había botado de esa misma casa muchos meses atrás, no obstante, el alivio también fue tan intenso que había opacado un poco los demás sentimientos.

—No hay alivio en esta —murmuró abrazando el sobre contra su pecho.

Parpadeó y dejó caer su cuerpo sobre el respaldo del asiento, decidiendo distraerse con cualquier otra cosa. Por ello, se concentró en pensar en el momento en el que había descubierto que lo amaba. No había sido algo transcendental a pesar que lo que sucedió allí trastocaría su vida hasta puntos que nunca previó.

Recordó la llamada proveniente de Suecia sobre el accidente de su hermana y cómo se había vuelto totalmente loca; desesperada por estar allí y aturdida por la información poco clara del estado de salud de Bethanie. En esa oportunidad, había llamado a Jack y entre gritos y sollozos le relató lo que había sucedido en los Alpes mientras tenía perturbada a su asistente para que le consiguiera el vuelo más próximo para su papá y ella.

Jack había actuado como su roca, calmándola y haciéndose cargo de inmediato. Él ni siquiera estaba en Los Ángeles cuando todo había ocurrido, estaba en otra parte, aún no conseguía recordar dónde, pero hizo lo imposible por calmarla, por relejarla, prometiéndole que le conseguiría el avión, fuera como fuera.

Mientras tanto, confiando ciegamente en la palabra de Jack sin ser en verdad consciente de ello, contactó al hospital en Suecia para conocer el estado de su hermana y llamó a su padre para contarle todo.

Cuatro horas después, cuando estuvo a punto de colgarse sobre las

paredes, por fin había entrado en un hipódromo privado a montarse en el avión que Jack había alquilado.

Y cuando pisó el último escalón que daba a la puerta del avión, lo encontró sentado, esperándola.

Sonrió al recordar el salto en su corazón, el alivio desesperado, porque aunque no hubiese querido admitirlo, había necesitado que estuviese a su lado apoyándola y confortándola como solo él sabía hacerlo.

Debió haberse dado cuenta en ese instante, meditó mirando la ropa de su marido que la cubría. Pero no lo hizo, hasta que una vez en el aire, cuando ella había comenzado a llorar silenciosamente, Jack desató el cinturón de seguridad y la sentó sobre su regazo, acariciando su cabello, besándola con suavidad y consolándola sin importarle que su padre estuviese a pocos pasos de distancia.

Cuando se sintió segura entre sus brazos, fue que se dio cuenta de cuánto lo amaba. Hasta ese punto, solo creía que se sentía atraída hacia él, e incluso llegó a aceptar que lo quería, pero por fin, en ese instante, se percató de la profundidad de sus sentimientos.

Después de comprenderlo, le había confesado lo culpable que se sentía. Jack, ignorante de la maraña de mentiras y malos entendidos por los que ella se sentía así, asumió que era por el accidente de Beth, y también lo era, por Dios que sí, y la habría carcomido si él no la hubiese ayudado tanto en ese momento como durante los meses siguientes de la lenta recuperación de su hermana. Pero sobre todo, se sentía culpable por lo que le había hecho a él.

Se levantó del asiento, cerró el vehículo y entró de nuevo a la casa. Después de dejar la cartera sobre la mesilla al costado de la puerta principal, se dirigió hacia el sótano. Al bajar los primeros dos escalones, una canción de Metallica retumbó en sus tímpanos, y sonrió, ya que supo que esa era su favorita. También porque era la canción que había estado escuchando la noche anterior a que el pandemonio explotara.

Miró fijamente a Jack cuando llegó al último escalón. Siempre había sido una delicia verlo remar. Parecía tan concentrado, fijo en un punto en mitad de la pared, el sudor del esfuerzo corriendo por su cuerpo y cada músculo marcándose cuando contraía las piernas y los brazos. Estaba usando solo un pantaloncillo, por lo que cada uno de los músculos de su espalda, brazos, piernas y pecho se encontraban a la vista. Se lamió la boca en un gesto inconsciente, antes de girar la cabeza hacia el baño, el cual estaba abierto, la luz encendida, y el traje que había estado usado descartado en el suelo. Volvió

su atención a él.

Hacía parecer ese ejercicio tan fácil; un movimiento fluido, rápido y que de una vez lo preparaba para el siguiente. Ella siempre había creído que era sencillo. Hasta que una noche, él le había demostrado lo contrario. Antes, al lado de esa remadora mecánica, había una caminadora. La trajo, junto con todas sus cosas, cuando se mudó a esa casa.

A veces, ejercitaban juntos. A él no le gustaba demasiado porque ella odiaba el metal y cambiaba la música a electrónica, cortándole su momento de relajación en el proceso. Esa noche, ella le había permitido que siguiera escuchando metal porque, bueno, en ese entonces hubiese sido capaz de darle el Sol si se lo pedía con cariño.

*Jack estaba cantando la canción a gritos, girando su cabeza hacia los lados, y Norah reía, divertida y obnubilada, viéndolo remar.*

*—Te estás pavoneando —se burló—. ¿Estás seguro de que eso siquiera es un ejercicio? Creo que te echas agua cuando cierro los ojos para hacerme creer que sudas.*

*Él elevó las cejas divertido a la vez que detenía la máquina y se levantaba, aparentando estar todo ofendido y caprichoso. Ella le sonrió ampliamente, porque la burla era mitad verdad y mitad intencionada, ya que quería que abandonara la rigidez y preocupación que lo venía acompañando todo el día por motivo de un negocio. Así quizás ella también consiguiera relajarse, porque aún se sentía muy preocupada por su hermana.*

*—¿Yo me pavoneo? —preguntó cogiendo la toalla para secarse el sudor, pero al final la descartó, aunque el movimiento igual había hecho que ella lo mirara de forma descarada.*

*Jack sonrió ampliamente ante ello, se acercó a su caminadora y la apagó.*

*—¡Hey! —se quejó.*

*—Ven aquí. ¡Prueba si es agua!*

*Norah gritó y corrió por todo el sótano para que no la atrapara, pero al final él consiguió arrinconarla contra una pared, se pegó a su cuerpo y se deslizó contra ella para llenarla de sudor. Fue asqueroso y también glorioso. Rieron, jugaron y terminaron haciendo el amor en la regadera de ese mismo baño.*

*Después, ella intentó usar el remo, envuelta en una toalla.*

*Ni siquiera consiguió activar la máquina una vez.*

*Parpadeó de repente, saliendo de sus recuerdos. Suspiró y hundió sus*

hombros, dejando ir también esa hermosa imagen, a la vez que terminaba de bajar las escaleras y cruzaba a la izquierda, hacia el iPod conectado a los parlantes. Apagó la música. Él ralentizó un instante, pero continuó casi de inmediato.

—Llamé a un taxi —informó—. Debe llegar pronto. No volveré a molestarte ni a acercarme a ti. Lo lamento tanto. Sé que no me crees, yo tampoco lo haría, pero nunca quise que esto acabara así.

Se giró para irse y escuchó los fierros de la máquina de remo detenerse.

—¿Sabes qué no puedo sacar de mi cabeza? —preguntó él, haciendo que se detuviera en el primer peldaño de la escalera—. El día en que viajamos al Parque Nacional Joshua Tree —dijo. Norah frunció el ceño preguntándose por qué recordaría ese día de todos los demás—. Cuando subimos hasta el borde de la colina y tú empezaste a hablar hasta el cansancio sobre lo buena que sería esa locación para una sesión de fotografías para *Composture*, y yo te cargué y te llevé al borde de la colina gritándote una tontería. Empezaste a llorar de la risa y a prometer que te callarías, y cuando te solté, te lanzaste encima de mí diciéndome que me amabas y que ibas a matarme. ¿Lo recuerdas?

Asintió y se giró para verlo. La estaba mirando fijamente, se veía igual de derrotado como ella se sentía.

—¿Fue cierto?

—Lo fue.

—El día en que te encontré llorando por Bethanie. Estabas en la sala, retorciéndote de culpa y...

—También lo fue —lo interrumpió—. ¿A qué viene todo esto?

—Es que tengo toda esta cantidad de recuerdos —declaró moviendo circularmente su mano derecha al lado de su cabeza—, buenos en su mayoría, y no sé cuál de ellos fue verdad y cuál de ellos, producto de un engaño. O si todos lo fueron.

Norah cogió la barandilla para estabilizarse y se dejó caer sobre el peldaño más cercano, mirándolo. Parecía tan perdido que se estremeció involuntariamente.

—Lo peor es que hace once meses habría dicho que todos lo fueron, pero ahora no estoy tan seguro. ¿No es así? Cada te amo, cada vez que estuvimos juntos. Tenemos más de dos años de recuerdos y no sé cuál desechar o cuál dejar.

—Nada fue mentira en su totalidad —respondió mirándolo—. Los motivos

que nos llevaron allí fueron indignos, también algunas de mis decisiones. Pero tú fuiste real en todos ellos, y yo era yo. No te di solo una parte de mí misma o fingí ser quien no era; a veces te manipulé, es cierto, y al principio creí estar actuando, aunque la verdad es que me engañé a mí misma.

Él asintió y cogió la toalla que estaba al lado de la máquina de remo para comenzar a secarse.

—¿Cuándo te diste cuenta de que estabas enamorada de mí? —preguntó sin mirarla.

Quiso gritar porque esa pregunta demostraba que por fin le creía. Ansió saltar emocionada, besar el cielo, todo a la vez; y lo hubiese hecho si la desesperanza no estuviese aún latiendo en la habitación. Así que, en cambio, se lo contó, esos dos momentos que había determinado en su mente como los puntos exactos en que finalmente comprendió que lo amaba.

La miró sin ningún tipo de expresión mientras lo relataba, enarcando las cejas cuando le contó que, uno de esos instantes, fue cuando desentrañó la confusión de la primera cita.

—Lo cierto es que, aunque esos son los momentos en que recuerdo exactamente haberlo aceptado, creo que fue desde antes, solo no lo había entendido —concluyó. Su voz estaba ronca por el llanto y los gritos, incluso a veces se iba, pero no cuando contaba las partes importantes—. Te pertenecía, Jack, desde el principio, mi cuerpo responde únicamente a ti, ha sido así desde que estuve desnuda debajo de ti en nuestra noche de bodas. —Bajó la mirada y se encogió de hombros. Escuchó que se levantaba y suspiró, imitándolo—. Yo debí haberlo sabido también, pero era estúpida y no comprendí que era tuya y solo tuya. Mi cuerpo lo hizo, mi mente fue la que tardó un poco más. —Cerró los ojos con más fuerza y después los elevó para mirarlo, estaba en medio del gimnasio observándola con expresión intensa, tanto que le quitó el aliento—. Sí que te amé, todavía lo hago. Amé la forma en que me hacías sonreír y sentir segura. Amé tu humor, tu sonrisa y como cada día me sentía en un hogar. Y quizá por eso es que aún te amo a pesar que todo ahora esté tan arruinado; porque sé que en el fondo de toda la amargura, tú sigues allí. Y es por esa razón que aguante mucho más de lo que debí haber hecho en este juego de retribución y castigo; porque por un instante, fui feliz, mucho más de lo que me merecía. Simplemente desearía que las cosas hubiesen sido distintas.

—¿Por qué no dijiste nada de esto cuando te boté de casa? —inquirió.

Norah se encogió de hombros sin responder.

Él negó con la cabeza y abrió su boca, pero antes de poder hablar escucharon el intercomunicador que estaba conectado a la cocina y al sótano.

—Llegó mi taxi. —Se giró para subir las escaleras, y aunque sabía que debía despedirse, no pudo hacerlo.

Al entrar por el pasillo que la llevaría a la puerta, notó que él la seguía, y cuando se detuvo a coger el sobre, él la sobrepasó y abrió la puerta principal. Frunció el ceño, preguntándose por qué demonios la estaba escoltando. Cuando vio que salía a la calle rumbo al taxi, se estremeció.

—¿Qué crees que estás haciendo? —reclamó al llegar a su lado, viendo que el automóvil se iba después que le había pagado al chofer—. ¿No has tenido suficiente? ¿Por qué no me dejas ir?

Él se encogió de hombros y señaló a la casa.

—Ve a dormir.

Ella suspiró y negó con la cabeza.

—Jack...

—No quiero discutir, no quiero hablar más. Quiero pensar —dijo con énfasis—. Dios sabe que no te he pedido mucho en esta porquería de vida, así que muy bien puedes cumplir esto. Solo quiero que te gires y que te metas en un maldito cuarto y que te quedes allí.

—¿Para qué?

—¿No estás escuchando? —gruñó rebotando de un pie a otro—. No voy a discutir ni voy a repetir la escena de hace unas horas. Necesito un tiempo a solas para pensar y te necesito en el mismo sitio, porque si no puedo preguntarte mis conclusiones, juro que me volveré loco.

Lo miró por todo un minuto, notando que la furia animal se había ido por completo, así que hundió sus hombros en acuerdo, antes de girarse de regreso a la casa.

—¿Norah? —La llamó cuando había dado dos pasos para entrar. Se detuvo y se giró a verlo, lucía igual de desmoralizado aunque también avergonzado—. No merecías lo que te hice. Tienes razón en eso. Perdí los estribos.

—¿A qué te...?

—A lo que sucedió allá dentro —la interrumpió—, a lo que casi teforcé a hacer. Te ofrezco disculpas, me excedí, perdí el control y te hice daño. No volverá a suceder, lo prometo.

Forzó un asentimiento a la vez que sus ojos se humedecían, porque había necesitado esas palabras y porque él no sería el hombre que creía que era si



no lo hubiese hecho. Se giró y continuó su camino.

\*\*\*

Vio el amanecer sentada encima de la mesilla de noche frente a la ventana de la habitación que había elegido. Cuando entró a la casa, casi a las cinco de la mañana, había intentado dormir, pero fue un sueño inquieto y superficial y terminó despertando una hora más tarde con una pesadilla que, aunque ahora no recordaba, sabía que la había hecho gritar.

Después se rindió y se sentó en la mesa a esperar algo, sin saber bien qué. Jack no había entrado ni la había buscado, tampoco sabía dónde estaba o si siquiera seguía pensando. Tal vez el hombre estuviese durmiendo y su nuevo castigo era dejarla una noche muerta de preocupación.

Solo se levantó de la mesa un par de veces para usar el baño y para lavarse cuando vio que el sol estaba saliendo. Necesitaba estar preparada para cuando él entrara a la habitación, ya que no sabía qué tipo de recriminaciones le tenía preparadas para hoy.

Diez minutos más tarde, la perilla de la puerta por fin vibró, antes de girar y abrirse.

«Pues no estaba durmiendo», pensó al mirarlo. Sus ojos verdes lucían muertos, tenía ligeras bolsas oscuras debajo de ellos y parecía tan agotado como ella.

—Nos vamos —dijo cuando la vio. Norah se puso de pie como una autómatas. No sabía a dónde irían y tampoco le importaba, porque tenía claro que si se quedaba allí un minuto más, iba a enloquecer.

Después de ponerse los tacones y coger la cartera sobre, lo siguió. Caminaron en silencio por la casa rumbo al garaje. Al llegar, se acercó al BMW que habían utilizado el día anterior, y frunció el ceño cuando él caminó hacia la Camioneta Ford 4X4. Encogiéndose de hombros, lo siguió y se montó en el asiento del copiloto después de lanzar una bolsa de Walmart hacia el asiento de atrás sin siquiera mirar el contenido. Se sentó y cogió el envase de café de Starbucks que estaba esperándola en el portavasos de su asiento.

—Gracias —le dijo a él cuando se montó a su lado y se puso el cinturón de seguridad. Lo imitó y miró al frente sin ganas de conversar o de siquiera moverse.

Eso cambió cuando en vez de dirigirse a su casa, Jack tomó la 101.

—¿Por qué coges la autopista? —preguntó confundida.

—Nos vamos de viaje —respondió sin una pizca de emoción. Ella lo miró con los ojos en forma de plato.

—¿Estás loco? —siseó aturdida—. Salte de la autopista. ¡Ahora!

—Necesito salir de aquí y respirar aire nuevo, sin recuerdos que me asfixien —explicó.

—Sí, bueno... ¡genial! —vejó—. Haz eso, pero déjame en casa antes de largarte.

—No. Tú vas conmigo.

—¿Por qué? —preguntó incrédula, sintiéndose bastante desesperada. No podría aguantar otro episodio como el de la noche anterior.

—Porque si no te tengo a mi lado sé que me volveré loco —dijo. Ella frunció el ceño antes de jadear, ya que comprendía muy bien ese sentimiento, pero, aun así, no aceptaba lo que estaba haciendo—. Todavía no me has dado las respuestas que necesito.

—No puedo soportarlo más, Jack. Estoy agotada, física y emocionalmente. Necesito una pausa de todo; de las peleas, de las recriminaciones... de nosotros. Por favor, llévame a casa.

Él apretó el volante por un par de segundos antes de emitir un suspiro desgastado y negar con la cabeza.

—Yo también lo necesito —confesó en voz baja—. Por eso estoy haciendo esto.

Lo miró por unos minutos, con su corazón pesado y apretado con toda la indignación y el abatimiento. Eventualmente, se dejó caer sobre el asiento y se rindió porque sabía que él no cambiaría de opinión. Allí recordó lo que estaba usando.

—¡Por Dios! Por lo menos ten la decencia de permitirme cambiarme y empacar algo. ¡Estoy usando tus calzoncillos!

—La bolsa —dijo señalando atrás—. Lo demás lo compraremos cuando lleguemos al sitio.

Le tomó un segundo comprender lo que quería decir; entonces gimió, soltó su cinturón y saltó hacia los asientos de atrás para buscar lo que había en la bolsa que había descartado lanzándola lejos.

Encontró un conjunto de ropa interior, un pantalón tipo pescador color caqui, una franelilla blanca y unas sandalias bajas. Sonrió ligeramente antes de empezar a cambiarse, ya que todo era cómodo, su estilo y él no había olvidado su talla. Después se devolvió al asiento del copiloto, ajustó el cinturón de seguridad y dejó caer la cabeza sobre el respaldo para ver el paisaje.

Menos de media hora más tarde estuvieron fuera de la ciudad, y se concentró en ver las palmeras, las casas y los alrededores, adormilada, hasta

que eso se fue convirtiendo en costa y el agua los rodeó. Sus ojos comenzaron a sentirse más pesados, el efecto de la cafeína había desaparecido por completo y a pesar de la tensión en el ambiente, comenzó a perderse hasta que se quedó dormida.

Abrió los ojos cuando sintió que alguien tocaba su mano. Se movió desorientada, girando su cabeza hacia los lados.

—¿Qué sucede? —preguntó aturdida, mirando a Jack confundida.

—Llegamos —explicó él haciéndola parpadear. Cuando se giró a ver dónde era eso, se tensó. Se encontraban en el estacionamiento de una especie de cabaña, y si no estaba equivocada, eso era un complejo turístico.

Y estaban rodeados de agua.

—¡Genial! —gritó frustrada—. Simplemente genial.

—¿Qué sucede? —preguntó mirándola interrogante.

—¿Dónde demonios estamos? —indagó mirando al parabrisas.

—En el Biltmore, Santa Bárbara —respondió abriendo la puerta del piloto. Ella soltó un bufido y salió del coche refunfuñando y tirando la puerta con brusquedad—. Puedes escupirlo, Norah, no estoy de humor para esto —se quejó con voz cansina.

—Sabes bien lo que me pasa —le gritó furiosa, girándose hacia él—. ¡La playa! ¿Por qué demonios me traes a este sitio si sabes cómo me siento al respecto? Pero no... por supuesto que no. Tu tortura no ha acabado, así que es claro que me vas a traer al agua.

—¿Qué? —preguntó confundido.

—Es como la luna de miel y el bendito crucero, incluso aunque no conocieras mi temor al agua, sabías muy bien que no me gustaba, ¿te lo dije la primera vez que hablamos!

Él la miró sin expresión hasta que por fin comprendió a lo que se refería y soltó un bufido.

—O podrías sacarte de la cabeza que eres tu madre, porque si alguna vez lo hicieras, verías que el agua no debería afectarte.

—Eso no es...

—No, claro que lo es —le reviró interrumpiéndola—. Esto eres tú siempre yéndote por el camino fácil, y cuando las cosas no van como deseas, te rindes o te amargas sin hacer absolutamente nada para cambiarlo o para defenderte.

—¿Qué tiene que ver eso con esto? —le preguntó perpleja.

—Todo —declaró molesto—. Tiene que ver porque es lo que hiciste con

tu padre, en vez de luchar contra él, preferiste crear algo taimado para adquirir la empresa. O conmigo, cuando todo acabó, ni siquiera fuiste capaz de pelear, defenderte o por lo menos decir lo que me dijiste anoche, no; en cambio, pasaste casi un año callada en vez de hablar y sacarnos de la tortura. Preferiste no luchar por mí, sin importar cuánto repites y te das golpes de pecho diciendo que me amas.

Parpadeó confundida y asombrada por sus palabras a la vez que daba un paso hacia atrás, tratando de comprender si lo que estaba diciendo en verdad era lo que estaba entendiendo.

—Quieres decir... —Bajó la cabeza—. ¿Quieres decir que algo de esto hubiese sido distinto si hubiera luchado?

—Ahora nunca lo sabremos, ¿verdad? —le preguntó sarcásticamente—. Y no lo haremos porque en vez de enfrentarlo, lo esquivas; esquivaste a tu padre, me esquivaste a mí y lo evitas todo como a la maldita agua, solo por temor a lo que suceda después.

—¿Temor? —se burló ella—. No conoces nada sobre eso, Jack. Ni una sola cosa. Además, ya te perdí, ¿lo olvidas? ¡Lo que más temía sucedió! —gritó con furia.

—¡Es cierto, Norah! Todo igual sucede, así lo ignores. ¿Cuál es la diferencia, entonces? Te lo diré; que si haces lo contrario, dejarías de ser una cobarde.

—¡Te odio!

—¡No eres mi persona favorita en este instante tampoco! —espetó él.

Ella pisoteó golpeando en el piso de piedra, abrió la puerta para sacar su sobre y salió de allí, dispuesta a irse a como dé lugar. Así tuviera que caminar hasta Los Ángeles o utilizar el transporte público.

Sin embargo, cruzó mal por no conocer el sitio, y en vez de conseguir la salida del resort, se encontró frente a frente al océano en la playa privada del resort, llena de bohíos, sillas extendidas, arena blanca y huéspedes disfrutando de las instalaciones. Allí dejó de planear su huida porque sabía que en verdad eso no tenía sentido; en vez, comenzó a deambular, meditando sobre lo que Jack le había dicho.

«Temor», se burló negando con la cabeza. ¿Qué sabría él sobre ese sentimiento que te carcome por dentro y te asfixia hasta el extremo de disminuirte y destruirte lentamente?

Si la primera fase de su matrimonio se había definido en ser pasivo agresiva, la segunda había sido caracterizada por ese sentimiento.

El temor, había comprendido durante esos meses, era un cáncer que invadía y mataba tu alma poco a poco; y la liberación siempre conllevaba un alto precio.

Un precio, entendió en ese instante, que jamás estuvo dispuesta a pagar.

## Capítulo 15

Jack se apoyó contra una de las pilas de madera del bohío, en el que llevaba observándola ya una hora. Prefirió darle su espacio porque Dios sabía cuánto había necesitado el suyo. Mientras tanto, él paseó por los alrededores, comió e incluso intentó iniciar una conversación trivial con un par de personas en el salón común del hotel, aunque su corazón no había estado en verdad en ello.

Después se había ido a su cabaña estilo playero y la revisó para ver si tenía lo que necesitaba para ellos; la había pedido con dos habitaciones estándar con cama matrimonial, que estaban cubiertas con un edredón blanco, una cómoda de madera, lámparas de pie y pequeños cuadros que decoraban las paredes, además cada cuarto tenía su propio baño, ya que después de la noche anterior le resultaba imposible siquiera considerar en compartir cama. Allí escogió una de las habitaciones e intentó descansar un rato dado lo poco que había logrado hacerlo la noche anterior; sin embargo, no pudo conciliar el sueño, sin importar cuánto lo anhelara y necesitara. Así que había decidido salir a buscarla.

Cuando por fin la encontró, no pudo acercarse. Se quedó en la distancia, observándola mirar el pacífico, sentada en la arena, a la orilla de la playa, luciendo tan perdida como él se sentía.

Se dejó caer contra la madera que apoyaba el bohío y suspiró, todo esto era un error. Y en verdad no lo había decidido certeramente. Las horas de insomnio de la noche anterior no le ayudaron en absoluto. No había logrado resolver nada con toda la información que Norah le confesó; tampoco logró lidiar con la imagen que tenía de sí mismo desde anoche, ni mucho menos pudo determinar lo que sentía ahora por ella.

Todos esos pensamientos, lo único que lograron fue hacerlo sentir enjaulado, por lo que a las seis de la mañana, se había escapado de la casa.

Primero, había manejado sin ningún rumbo fijo, creyendo que al ver a las prostitutas y gente sin hogar vagando por las calles vacías, se aclararían sus pensamientos. Eso fue hasta que llegó frente a su oficina. Entonces comprendió que su inconsciente había decidido por él. Entró a la torre de Inversoras Spencer y buscó los papeles de divorcio, que aún mantenía en la guantera del auto que usaba en la empresa.

Tiempo después, cuando llegó a su casa, recorrió los alrededores esperando a que se hiciera más tarde para despertarla, su mente divagando de nuevo sobre las razones que finalmente le había gritado Norah, y lo más

enfermo fue que la entendió.

En realidad, ya lo sabía. Por eso había insistido tanto sobre lo mismo, porque quería que lo admitiera. Lo había comprendido después de su confesión sobre su madre, sus comentarios sobre la relación con su padre y lo que hizo que le contara sobre su familia en esas últimas semanas. Por supuesto no conocía todos los hechos ni detalles, ciertamente fue un golpe bajo enterarse que ella había creído que él participó activamente en lo que sea que Dean hubiese intentado; pero eso terminó de responder la pregunta que retumbaba en su interior con respecto a los motivos de haberlo elegido a él sobre todos los demás.

Incluso se sentía como si pudiera perdonarla, porque aunque había impulsado el inicio de su relación, no lo fue todo. O por lo menos eso era lo que ella decía.

Yendo por ese rumbo de pensamiento, y sabiendo que en última instancia no la dejaría ir, había decidido que la mejor opción era apartarse de todo: de esa casa, de todo ese maldito escenario que los estaba volviendo locos, del dormitorio donde intentó violarla, la pared donde la arrinconó...

Cuando logró sacudirse las imágenes de él lastimándola, se encontró en el estacionamiento de un Walmart de servicio de veinticuatro horas.

Sin embargo, cuando llegó a casa y entró al garaje, las imágenes volvieron a atormentarlo, reviviendo todo lo que había sucedido allí en menos de doce horas. Comprendió que había llegado demasiado lejos, traspasó límites que no habría querido cruzar nunca; agrediendo y forzando, torturándola incluso. Y en verdad no tenía ningún sentido continuar con ese martirio cuando lo más sano era que cada uno se fuera por su lado. No había nada que salvar, y lo que quedaba estaba muy viciado con mentiras, traiciones y violencia.

No obstante, aquí estaba. Con ella.

Norah era una obsesión admitida, y únicamente mirarla borraba todo su raciocinio. Siempre había sido así, desde que la conoció. Y su punto cumbre de locura fue cuando intentó obligarla a que le entregara lo que fuera que hubiese tenido con ese otro hombre.

Ella debería haberse ido sin él, y él debió habérselo permitido.

Ocho meses atrás, había estado totalmente seguro de cómo terminaría esta historia, incluso usó tretas, manipulaciones y juegos para conseguirlo. Desearía saber a dónde se había ido toda esa certeza ahora.

Y lo peor de todo era que le creía. Ella hablaba y él simplemente sentía que no le estaba mintiendo a pesar de todos los antecedentes que probaban lo

contrario. Creyó en sus motivos, su historia e incluso cuando le repitió que el hombre con el que lo había engañado no significó nada.

¿Qué tan retorcido era eso?

Vio que Norah se levantaba de la arena, y se enderezó, frunciendo el ceño, sintiendo que su pecho se elevaba de orgullo cuando la observó dar un paso hacia la orilla de la playa, descalza y con el cabello alborotado elevándose por el viento.

—Buena chica —murmuró con sus labios curvándose hacia arriba.

Iba a entrar al agua.

Dio un paso adelante cuando ella se detuvo casi al instante y se dejó ir hasta allí sin pensarlo, la arena blanca debajo de sus pies se sentía menos caliente ahora que el sol estaba comenzando a bajar; ya debían pasar de las cinco de la tarde. Llegó a su lado unos segundos después y, antes de que se diera cuenta, bajó una mano para entrelazarla con la suya.

Norah se giró asustada y se quedó paralizada cuando lo encontró allí, parado a su lado, sujetándola.

—Pensé que la idea era que yo consiguiera dejar de esquivar —susurró con tono roto.

—Lo es —respondió sin dejar de observarla. Su piel estaba sonrosada por la exposición al sol, no tenía ningún tipo de maquillaje, excepto lo que parecía ser crema protectora. Lucía un poco cansada—, pero nadie dijo que tuvieses que hacerlo sola —concluyó encogiéndose de hombros.

Lo miró por unos instantes, con una ligera sonrisa sin dientes dominando su cara a la vez que una lágrima rodaba por su mejilla. Había tenido los dos tipos de lágrimas con ella; las de cocodrilo fueron las causantes de que invirtiera un par de veces en *Composture* para dos reportajes bastante costosos, uno de ellos tuvo como resultado el accidente de Bethanie; y había tenido de las verdaderas el día en que llegaron a los Alpes y se enteró de la magnitud del daño de Beth, el día que la encontró ahogándose de culpa por su hermana, el que le confesó el suicidio de su madre, ayer y hoy.

Nunca se había visto más hermosa que en esas últimas.

Cuando todo explotó y la había botado de su casa lanzando todas sus pertenencias a la calle, no lloró; al contrario, se mostró tan indiferente que lo único que consiguió fue confirmarle todo lo que su hermana le había contado. Haciéndola lucir más cruel ante sus ojos porque ni siquiera le importó que lo supiera o que la apartara de su vida, era como si más bien estuviera feliz o aliviada de que sucediera.



Su actitud lo frustró y lo llenó de rabia. La odió tanto ese día que nunca habría imaginado que podría dejar de hacerlo; pero justo en ese instante, frente a la costa del pacífico, con ambos trasnochados y agotados, y con ella sonriendo con lágrimas llenando sus mejillas, supo que el odio se había ido. Por completo.

Norah extendió su mano libre y la posó sobre su mejilla, acariciándolo con suavidad hasta que los dedos llegaron a su mandíbula.

—De verdad eres mejor que todos nosotros —susurró bajando la mano hasta reposarla sobre su pecho desnudo. Él lo dudaba seriamente, sobre todo si pensaba en lo que había hecho la noche anterior.

La vio suspirar y mirar hacia el frente antes de dar otro paso hacia la orilla.

Nunca relajó la sujeción de su mano, por lo que pudo percibir su tensión cuando sus pies rozaron el agua fría, y no se sorprendió cuando brincó hacia la arena de nuevo.

—Tal vez deberíamos empezar con la piscina —comentó. Ella le lanzó una mirada molesta antes de volver a recorrer el espacio que había reculado.

Fue dando pasos de bebé con él a su lado, que aunque mantenía una fachada de calma, realmente estaba alerta a los avances del agua que ahora llegaba a sus tobillos. Mientras se acercaban, Jack vigilaba y medía sus reacciones porque en realidad se sentía aterrorizado ante la perspectiva de que fuera a darle otro ataque de pánico.

Cuando el agua llegó a sus pantorrillas, ella cerró los ojos y comenzó a estremecerse. Jack no lo pensó, solo la sujetó y la cargó, haciendo que envolviera sus piernas alrededor de sus caderas.

Norah comenzó a respirar casi superficialmente, con sus ojos cerrados tan fuertes que se le formaban pequeñas arrugas en las equinas.

—Está bien, todo está bien —comenzó a susurrarle al oído, besándola allí con ternura, antes de continuar murmurando cosas relajantes.

Cuando eso no funcionó, empezó a decirle cosas morbosas, acariciando su trasero con ambas manos. Al sentirla removerse por primera vez entre sus muslos, sonrió.

Entonces ella abrió los ojos y él se dejó ir hacia atrás de la impresión. Sus ojos tan azules como el océano se habían aclarado un poco por la luz y por el contraste en que se encontraban. Dejó de respirar por el impacto que le provocó la profundidad de estos; a veces creía que esas dos cuencas tenían más historias que todos los océanos del mundo.

Subió una mano para envolverla alrededor de su nuca, debajo de su cabello alborotado.

—Eso es —la alabó—, mírame a mí. Solo estás conmigo aquí, nadie más. No te vayas a otra parte.

Norah parpadeó, y sus brazos, que habían envuelto su cuello cuando la cargó, comenzaron a relajarse.

—Te llevaré a la orilla —susurró él girándose para devolverlos, sin cortar su intercambio de miradas.

—No —rogó ella apretando el agarre de sus brazos y sus piernas. Él se tensó, pero por razones distintas—. Sigamos. Estoy bien, en verdad lo estoy.

Jack dudaba de eso, con todo la complació, quizá por un deseo enfermizo a que lo superara, aunque en parte temía que fuera por verla fallar y sufrir. Justo ahora no estaba seguro de cuál de las dos opciones se encontraba más sobre la superficie.

Caminó hacia la profundidad, un paso a la vez, hasta que el agua llegó a sus muslos y comenzó a rozar el punto donde ambos estaban unidos. Allí la sintió estremecerse de nuevo.

—No, esto es una tortura más que una prueba —espetó nervioso—. Y no estoy de humor para otra más de esas. No lo mereces —gruñó instintivamente e intentó girarse de nuevo hacia la orilla.

Ella lo detuvo con sus labios, uniéndolos a los suyos a la vez que se pegaba más a su cuerpo. Se quedó perplejo, había prácticamente rogado por ese beso la noche anterior y ella se lo había negado una y otra vez; y ahora se lo daba, en medio del agua, frente a todos los huéspedes del complejo, desconcertándolo. Cuando la pelinegra se apartó un par de centímetros para comenzar a jugar con sus labios, rozándolos con su lengua como si estuviera delineándolos, él dejó de pensar y gimió antes de salir a encontrarla y besarla de lleno.

No supo cuánto tiempo estuvieron besándose y acariciándose sin rozar la ilegalidad y dar un espectáculo, pero se detuvo cuando percibió que ella ya no lo estaba rodeando con sus piernas, sino que en algún punto las había dejado caer al agua, y un pie estaba acariciando su pantorrilla.

Norah estaba en el agua. Y no había quedado paralizada o parecía asustada. Ella estaba besándolo y jugando con él. Se apartó para mirarla a los ojos de nuevo, estaban oscurecidos y dilatados por el deseo, pero seguían igual de profundos que antes, agitando su corazón y su cuerpo.

—¿Por qué fue eso? —preguntó con voz ronca, abrazándola más cerca y

apretando sus caderas.

—Para crear nuevos recuerdos —susurró acariciando su cabello—. Buenos esta vez. Incluso maravillosos.

Jack sonrió y la abrazó más fuerte sin intentar analizar mucho lo que estaba pasando, ya que su cercanía hacía eso imposible. Por el contrario, volvió a besarla, a abrazarla y a llevarla más profundo sin que lo viera, hasta que el agua los rodeaba por debajo de sus pechos.

Consideró tocarla, meter su mano dentro de su pescador y acariciarla. Sin embargo, los recuerdos de la noche anterior lo enfriaron y desviaron de esa idea. Se apartó y permitió que ella lo abrazara pegando su cara en su hombro y aspirando un par de veces.

Unos minutos después vio que estaba llorando, pero no la increpó, ya que sabía exactamente el motivo de estas lágrimas. La dejó ser porque, después de tantos años reprimiéndose, tenía mucho dolor que liberar. Mientras la abrazaba con un brazo, con la otra mano tomó un poco de agua y comenzó a mojarla, poco a poco, sintiendo como algunas gotas caían en su propia piel y lo refrescaban.

Cuando ella se calmó, ambos estaban más mojados, no solo por el agua, sino que también por el mar de lágrimas derramadas por Norah.

—Quiero hundirme —escuchó que decía con voz ronca, y él sujetó su cara con una mano para determinar si hablaba en serio. Al confirmarlo, suspiró y se dejó caer al agua, llevándola consigo.

La escuchó gritar justo antes de abrazarlo con más fuerza, no obstante, cuando emergieron a la superficie, no había entrado en estado de *shock*, en cambio, tenía una ligera sonrisa en sus labios. Así que volvió a hacerlo, esta vez se quedaron sumergidos unos segundos más. Al salir ella saltó hacia él y volvió a besarlo. Él gimió y la sujetó de las caderas antes de besarla de vuelta, tomó su nuca para ladearla y tener más acceso, metió su lengua entre sus labios y sintió que la de ella le respondía con pasión.

Poco menos de una hora después, ambos se encontraban sentados en la playa, envueltos en toallas grandes, con las olas golpeando hasta sus muslos, en una especie de silencio cómodo. El aire frío lo tenía medio temblando y sentía que ella se estremecía a su lado, pero ninguno de los dos se había molestado en moverse o retirarse a la cabaña. Se encontraban muy concentrados observando hacia el océano, al sol ponerse, y percibir la arena y el agua en sus extremidades.

—Entonces... —comentó él medio burlón—, detestaste la luna de miel con

pasión.

—Eso no debió de ser una primicia —respondió encogiéndose de hombros—, escapé lo más rápido que pude.

Jack se carcajeó. Ciertamente no había sido una gran jugada de su parte. A pesar que debía aceptar que en verdad no la había conocido, lo único que le importaba en ese entonces era poseerla. Sinceramente, en ese viaje había creído que ella se mareaba con el vaivén del barco, y por eso había estado tan amargada. Claro, no conocía su historia como lo hacía ahora.

—Pero —continuó ella— la comida no estuvo mal y el sexo fue bastante memorable.

Se rio de nuevo recordando esas noches, sobre todo la primera, y a ella con su negligé blanco. Había lucido tan hermosa y perfecta. También aterrizada, por eso se había concentrado en besarla y relajarla con toqueteos y bromas hasta que por fin la había tenido. Esa noche se había convertido en uno de los momentos más memorables de su vida.

O lo había sido de todos modos.

Ella entrelazó su mano con la suya y la apretó, causando que saliera de sus recuerdos y que volviera al ahora.

—Estuve pensando sobre Carl —comenzó él. La sintió tensarse—. Sobre lo que me dijiste anoche. Te acostaste con él para hacerme daño, ¿verdad? —le preguntó. Ella asintió de inmediato, lo cual agradeció.

Esa fue la principal conclusión a la que había llegado la noche anterior, lo único que tuvo sentido en su locura. Que lo utilizó como forma de vengarse por lo que creía que la habían obligado a hacer al casarse con él.

—Solo en mi cabeza —confesó mirando al mar—. Como si el saber que te hice eso me otorgaría algún tipo de ventaja, porque te burlé y fui mejor que tú. Pero no era cierto, nunca lo fue...

—Igual fue efectivo, te lo aseguro —la interrumpió y la vio empequeñecerse a su lado.

—Si pudiera borrar cualquier momento de mi vida, creo que ese sería el elegido —susurró Norah con su mirada aún fija en un punto del Pacífico.

—Yo borraría la noche anterior.

Ella bajó la cabeza volviendo a temblar cuando la brisa que estaba aumentando por la hora los golpeó.

—Deberíamos irnos —susurró acercándose y pasando un brazo para envolverla. Ella miraba al horizonte sin expresión—. ¿Norah?

—Sabía que algo estaba sucediendo, Jack —confesó sin moverse—.

Cuando mi madre llegó a mi habitación y empezó a hablarme, yo... lo sabía.

—Eras una niña, es imposible que lo supieras —rebatí ladeando su cabeza para observarla.

—Sí lo sabía. No lo que haría específicamente, es cierto, pero sí que se estaba despidiendo, sí que había algo que no iba bien. —Se giró a verlo y sus ojos brillaban—. ¿Y si hubiera podido salvarla? ¿Y si hubiese llamado a papá para decirle lo que sucedía? ¿Si hubiera salido del cuarto antes en vez de quedarme allí, asustada, convenciéndome de que nada iba mal?

—Creo que si lo hubieras hecho, es posible que hubiera sobrevivido —contestó con honestidad. Ella inhaló con brusquedad y arrugó la cara en un gesto de dolor—. También creo que tu madre habría encontrado otra oportunidad. No se puede salvar a quien no quiere ser salvado, Norah, es imposible. Es más fácil matarte de una vez porque te ahorrarías el trabajo de desgastarte a ti mismo y a la otra persona. Así que olvídalo.

—Me siento tan culpable...

—No lo estés, ¿vale? —declaró interrumpiéndola—. No era tu obligación, era de tu padre y de tu madre, y de los adultos a tu alrededor. Tu trabajo consistía en ser feliz y crecer segura, son ellos quienes te fallaron, hermosa, no tú.

Sus labios temblaron mientras lo miraba con los ojos muy abiertos, muy vulnerables. Se acercó y besó su nariz, para después bajar a sus labios únicamente para evitar que lo mirara de esa manera.

—Gracias, Jack —le susurró. Él se encogió de hombros, y ella volvió su mirada hacia el horizonte—. También me carcomía aquí... —Apretó su pecho con su mano libre. Él negó con la cabeza, abriendo la boca para continuar refutándole, pero antes de que lo consiguiera, ella continuó—: Lo que te hice a ti.

Frunció el ceño y cerró la boca, concentrándose en mirarla.

—Lo hizo todos los días durante los últimos siete meses de nuestro matrimonio, cuando fui consciente de lo mucho que te amaba. Si volvieras a preguntarme sobre si hubiera preferido que nunca te hubieses enterado, la respuesta seguiría siendo sí, porque eso significaría que no te perdería... aunque seguiría pagando mis culpas de cualquier manera.

Apartó la mano que tenía entrelazada y se abrazó a sí misma.

—Después de todo, las confesiones no están hechas para hacer sentir mejor a la víctima, sino que son a beneficio del victimario. Y no existía manera de que pudiera conseguir algo de eso. En cambio, me despertaba cada

día forzándome a pensar en formas de redimirte sin que supieras por qué lo hacía, o preguntarme cómo sobreviviría cuando te enteraras.

Ahora fue su oportunidad de inhalar con brusquedad porque jamás se le hubiera ocurrido que ella se habría sentido así.

—Norah...

—Cuando por fin lo hiciste. Me sentí aliviada —continuó, interrumpiéndolo.

Se tensó y se apartó un poco, aturdido por esa palabra, sobre todo porque lo había pensado poco tiempo atrás, y también ese mismo día.

—¿Aliviada? —repitió.

—De que ya no me levantaría cada mañana preguntándome qué pasaría cuando la tortura de verte amándome y vivir con tus ojos llenos de confianza se acabase. Porque ya lo sabías, y aunque no te tendría, al menos pagaría lo que en verdad merecía.

Miró al horizonte, y él la imitó sin siquiera saber qué decir o cómo analizar esas palabras, apartando el brazo de su hombro.

—Por eso nunca me defendí, o hablé o hice algo de lo que me exigiste hace unas horas. ¿Cómo podría? Tenía meses pensando en ello y no conseguía solución. Aún no lo hago.

—¿Nunca hubieses dicho algo? —indagó—. Si esas fotos con Bethanie no hubieran existido, ¿jamás habrías intentado buscarme o pedido que lo reconsiderara? ¿Dar tu versión de los hechos?

Norah negó con la cabeza, y él la miró aturdido, indignado, pero sobre todo furioso y amargado por lo que había desconocido y por esa versión de su vida en la que jamás se habría enterado de esto.

—Vámonos a la cabaña —espetó, poniéndose de pie y mirándola alterado.

—Lo sien...

—No te vuelvas a disculpar —exigió entre dientes—, nunca te he pedido que lo hagas. No sirven para nada. Siempre he querido una cosa de ti, solo una, y al parecer jamás lo voy a conseguir.

Ella suspiró bajando la cabeza, cogió la cartera y las sandalias antes de ponerse de pie y seguirlo sin decir otra palabra.

Jack pasó una mano por su cara, apartando el cabello que estaba amontonado en su frente, y sintió como su mano temblaba, por lo que apresuró el paso.

Llegaron a la cabaña y la vio meterse en la otra habitación, cerrando la puerta a su espalda. Suspiró luchando por calmarse y llamó al servicio de

habitaciones para ordenar la cena, porque imaginaba que ella no habría comido en todo el día. Luego se fue a su propia habitación, se quitó la ropa que estaba húmeda y la lanzó al suelo, antes de entrar en la ducha y poner el agua lo más caliente que pudo soportar. Cuando su piel estuvo ardiendo, la cambió a frío, antes de golpear los azulejos con fuerza, varias veces, hasta que sus puños palpitaron, deseando atacar la frustración y el dolor que lo invadía con igual facilidad que a su puño.

Después de haber comido, le pidió a un asistente que se llevara sus ropas a lavar, luego se acostó sobre la cama, desnudo, y apoyó la nuca sobre los brazos entrecruzados, para intentar dormir. Estaba exhausto, pero su cabeza no quería apagarse.

¿Cómo demonios ella podría hacer algo así?

Sí, aceptaba que él no era la persona más fácil del planeta, ni sana, y a pesar de todo lo que ella le había hecho, seguía luchando por aferrarla a su lado cuando debería de ser completamente al revés.

Escuchó la puerta de su habitación abrirse y elevó su cabeza para encontrar a Norah apoyada en el marco, como un animal asustado y huidizo, listo para escapar.

—¿Qué quieres? —preguntó irritado. La vio retraerse un poco, lo cual lo amargó aún más.

La pelinegra parpadeó y entró a la habitación, cerró la puerta; lucía diminuta con la esponjosa bata de baño de algodón, siempre había preferido las masculinas.

Cuando llegó al borde de la cama, se quitó el albornoz y quedó completamente desnuda frente a él. Debería concentrarse en sus pechos y en la delicia que eran, o en la forma en que su piel lisa se moldeaba en todas sus curvas que terminaban en su vagina depilada. Sin embargo, sus ojos quedaron estancados en la línea roja que corría desde el borde de su cadera a su muslo derecho. El lugar donde la había herido. De allí repasó sus muñecas que ya tenían contusiones. Apretó los labios sintiéndose como una porquería. Estiró un brazo para acariciar la línea, bastante arrepentido.

—Lo sien...

—Detente —susurró ella apoyando una rodilla en la cama—. ¿No quedamos en que no queríamos más disculpas?

Elevó su mirada a sus ojos mientras ella se montaba en la cama, se acostaba a su lado y lo abrazaba; su piel desnuda se pegó contra su cuerpo, haciéndolo estremecer por la calidez y la suavidad de esta.

—Dios... —dijo llevando la mano, que había liberado, hasta su trasero y la apretaba contra su cadera. Ella besó su mandíbula, y elevó su rostro para mirarlo—. Sabes que no estaba hablando de tu cuerpo, ¿verdad? —indagó con voz ronca pero tan agotado que sabía que igual no podría funcionar así lo deseara.

—Lo sé —respondió acariciando su cara—. Sé lo que quieres, siempre lo he sabido.

Se miraron por unos segundos antes de que ella acomodara su cabeza sobre su pecho y de que él los cubriera con la sábana blanca, allí cerró los ojos y por fin, después de más de veinticuatro horas, se durmió.



## Capítulo 16

Norah abrió los ojos en algún momento de la noche. La luz de la luna se reflejaba a través del ventanal cubierto, otorgando la única iluminación en la habitación. Vio la cortina moverse por el aire acondicionado, y se removió para sentir el cuerpo de Jack contra el suyo. Elevó su cabeza para observarlo. Seguía dormido y se notaba muy relajado. Amaba verlo dormir tan confiado y abrazado a su cuerpo. Lo había observado de esa manera muchas veces durante su matrimonio, y cuando pasaron las noches juntos en los últimos meses.

Cerró y abrió los ojos para acostumbrarse a la oscuridad, y acarició con suavidad su pecho, no queriendo despertarlo aún ni enfrentar lo que les depararía el ahora, ya fueran más peleas, recriminaciones o dolor. Pero cuando ese temor surgió, algo más brotó en su interior, algo que la invadió justo mientras lo miraba y sus ojos se desviaban hacia la cortina de esa cabaña donde se encontraban. Se quedó tan aturdida por ello que no pudo moverse, o siquiera respirar; la sensación recorriendo cada parte de su cuerpo y su ser.

«Liberación».

Era como si hubiese perdido casi veinte kilos de sobre sus hombros. Parte de su madre. Parte de Jack.

Hasta la culpa se había ido.

Miró al vacío de nuevo, permitiendo que esa impresión y ese pensamiento se hundiesen en su interior.

«Soy libre».

Sonrió por un instante, percibiendo como esa idea se asentaba dentro de su ser y la hacía suspirar. Todo estaba dicho; cada pensamiento, cada emoción, cada cosa que había estado enterrada por años en su pecho, incluso sus temores más ocultos, habían encontrado su manera de navegar hacia la superficie, revelándose.

Con algunos secretos había sido capaz de enfrentarlos para resolverlos: el mar, Jack. También había contado su peor pecado infantil, aquel que la atormentaba incluso aunque lo hubiese negado hasta el mismo infierno. Y cuando lo hizo, no se había desintegrado como siempre creyó que haría. Al contrario, perdió su poder sobre ella, porque al decirlo en voz alta descubrió lo ilógico de su preocupación.

Había resultado ser como cuando un niño siente terror por las sombras que se forman en su cuarto y al acercarse descubre que no eran más que un bate y una camisa mal puesta.

También habló de su mayor vergüenza. Su momento más oscuro. Había revelado todo. Y, aun así, seguía allí.

Era asombroso.

Solamente quedaba el pesar por lo que había perdido gracias a sus malas decisiones, aunque con ello podría sobrevivir. Con ello podría incluso existir, vivir y ser feliz... algún día.

Miró a Jack y acarició su mejilla con suavidad, pensando en todo lo que había sucedido en los últimos dos días, lo bueno y lo malo. Lo amó más por ello, incluso por su momento desquiciado, porque pudo constatar que era humano, que cometía errores y que también rectificaba, porque era imperfecto y perfecto a la vez. Además, porque sin importar lo que hubiera pasado, la había acompañado a enfrentar su miedo al agua en esa playa y jamás la soltó.

Y porque, después de todo lo que había sucedido entre ellos, aún lo quería todo de ella, enfureciéndose ante la perspectiva de nunca conseguirlo. Cuando en verdad debería estar corriendo hacia otra dirección, lejos de ella.

Ahora más que nunca.

Suspiró y bajó la cabeza para besar su barbilla un poco rasposa por la barba incipiente, allí comenzó a deslizarse por su pecho fibroso y un poco dorado por el sol del día. Lo besó casi con solemnidad, disfrutando de cada sensación, de su suavidad y del poco vello claro que lo revestía. Rozó sus tetillas con sus dedos para después morderlas un poquito, causando que gimiera y que subiera la mano con torpeza, ya que seguía dormido.

Bajó hasta su estómago, el cual también disfrutó casi reverencialmente, antes de llegar a ese punto que ya estaba medio despierto por su roce y por el sueño.

Lo escuchó gemir cuando, con sus labios, acarició sus lados, sin siquiera aún acercarse, mientras con sus manos rozaba sus muslos internos, cuidándose de no tocar su zona más sensible.

—Norah... —susurró él con voz adormilada y ronca, elevando una mano para acariciar su cabello, la otra sujetaba la sábana en un puño.

Lo volvió loco por un rato, besando y acariciando sus zonas erógenas cercanas sin llegar jamás al objetivo. Jack gritó, gimió e incluso intentó levantarse, ya completamente despierto, igual que su miembro, y justo cuando estaba a un segundo de invertir las posiciones para por fin penetrarla, ella lo tomó con su boca, apretando su saco con las manos y su glande con los labios.

El rubio soltó un gemido adolorido y quebrado, se dejó caer de nuevo sobre la cama y elevó instintivamente sus caderas.

Norah se lo dio todo. Era posible que no lo supiera a pesar del gesto reverencial con el que acariciaba su cabello, que se parecía a la forma en que ella lo tocaba, pero fuera ese el caso o no, igual se entregó sin reserva.

Era más que sexo, incluso más que lo que habían compartido los meses anteriores. Por supuesto, era mucho más de lo que él le había pedido la noche anterior.

Era ella.

Disfrutó cada gemido lastimoso y grito de sus labios mientras trabajaba en él, acariciándolo, consumiéndolo y besándolo.

Justo cuando creyó que estaba a punto de llevarlo al límite y tomarlo por completo, Jack la cogió de los hombros, apartándola, luego la acostó sobre su espalda y, sitiándola con su cuerpo, se posicionó entre sus piernas.

Se miraron a los ojos por un par de segundos antes de que ella subiera su mano para acariciarle la mejilla. Él ladeó su cabeza y besó su palma hasta que notó las marcas en sus muñecas, los hematomas que empezaban a oscurecerse. Lo vio arrugar su cara, cambiando su expresión a una de dolor, antes de tomarla y besar las heridas, cada marca de su brutalidad en muñecas, antebrazos y caderas.

Norah suspiró, emitiendo después una pequeña sonrisa, disfrutando el intervalo de dulzura, pesar y cuidado en el momento de pasión, notando la disculpa en cada roce de sus labios. No rompieron contacto visual en ningún momento, y por un segundo deseó que cada herida que ella le había propinado a su alma fuese reflejada en su cuerpo para poder besarla y acariciarla como él estaba haciendo con las suyas.

A falta de ello, lo tomó de su barbilla y lo dirigió hacia sus labios mientras con una mano le acariciaba el cabello y la otra la bajaba para posarse sobre su corazón. Jack cerró los ojos ante ese gesto, y se quedaron paralizados allí hasta que con un simple roce de sus extremidades entrelazadas volvió a resurgir la pasión ardiendo entre ambos, haciéndolos más incitadores, más desesperados.

Él comenzó a enloquecerla con sus labios, sus manos, repitiendo cada caricia que le había otorgado pero al duplicado, excitándose a su vez con cada grito que ella emitía, estimulándola más de placer al sentir sobre su pierna la prueba de su excitación que cada vez estaba más dura, fuerte y caliente contra su piel.

Jack la probó con sus labios, la tocó hasta hacerla casi desfallecer, introduciéndose en su cuerpo con los dedos mientras succionaba su clítoris y

la atormentaba. Norah le dio cada grito y gemido que tenía en su ser repitiendo su nombre, mirando hacia el techo que de momentos se volvía negro y estrellado. Él no le dio oportunidad, respiro o posibilidad de retirada, la tuvo cautiva hasta que llegó a un orgasmo atronador que parecía no acabar porque no se lo permitía, sus labios y manos torturándola cada segundo para mantenerla cautiva, volando en el abismo.

Cerró los ojos, se encorvó y cada pensamiento de su cerebro se desvaneció, solo su nombre permaneció y fue el que repitió una y otra vez. Para él. Para sí misma.

Cuando por fin le permitió bajar, estaba tan agotada que no podía moverse, casi ni respirar, tampoco sabía si aún existía o si se había desintegrado en miles de moléculas lentas que no querían reagruparse.

En ese estado lo vio deslizarse por su cuerpo en forma ascendente, besándola con suavidad, volviendo a detenerse en la línea roja de su cadera. Después comenzó a concentrarse en sus pechos, los cuales había dejado desatendidos. Pero cuando Norah volvió a reaccionar y su mente comenzó a funcionar de nuevo, supo por qué lo había hecho, le quiso mostrar que se estaba entregando a ella tanto como ella lo hizo con él. Demostrándole con acciones que la había entendido.

Con la fuerza que le otorgó su realización, lo apartó de su pecho y de su cuerpo.

Jack frunció el ceño, pero antes de que hablara o discutiera, hizo que se acostara sobre su espalda y lo montó a horcajadas, lo tomó con una mano, posicionándolo para empalarse a sí misma, lentamente, centímetro a centímetro, lo hizo gemir y a ella estremecerse por la sensibilidad que habían dejado sus anteriores orgasmos.

Cuando lo tuvo tan dentro que parecía que tocaba su alma, bajó su cuerpo hasta pegar sus pechos y toda la parte superior contra el suyo, y besó su mandíbula. Comenzó a moverse tortuosamente lento, a la vez que lo poseía y se entregaba.

—Norah... —escuchó que le gemía contra su oreja, pero no aceleró porque necesitaba que la sintiera como ella lo hacía con él y precisaba que ese momento durara para siempre.

Sintió que sus ojos se humedecían, y cuando los cerró para no dejar escapar sus lágrimas, Jack fijó las manos en su trasero, luego levantó su torso para sentarse, llevándola consigo, mientras elevaba su pelvis hacia ella para penetrarla más profundo.

Sus miradas se conectaron, y ella se forzó a mantenerlo así incluso cuando la presión se arremolinaba en su interior y lo único que deseaba era dejarlo ir y gritar.

Él aceleró sus impeles, con una mano sujetaba su cabello, apretando con fuerza, y la otra seguía clavada en su espalda, pegándola contra él. Las lágrimas que había controlado instantes atrás corrieron por sus mejillas justo cuando lo sintió endurecerse aún más en su interior y explotar dentro de su ser.

Y ella lo acompañó, por fin cerrando sus ojos, enterrando la cara contra su cuello.

Cuando ambos volvieron a reaccionar, estaban tirados sobre la cama, extremidades y respiraciones mezclándose, mirándose a los ojos de nuevo. Norah rompió el contacto para acercarse hasta su oído en un movimiento bastante pausado.

—¿Lo ves? —le susurró agotada. Él apretó la mano que sujetaba su cadera para hacerle notar que la estaba escuchando—. Contigo es más. Lo es todo.

Él asintió y cerró los ojos, ella lo imitó y se quedó dormida casi de inmediato.

Volvió a abrir los ojos lo que se sintió un par de minutos más tarde, aunque al ver hacia la cortina y la forma en que el sol se reflejaba de forma inclemente, presumió que era mucho más tarde. Giró su cabeza y descubrió que estaba sola en la cama, por lo que se levantó para caminar hacia el cuarto de baño.

Salió de la habitación veinte minutos más tarde, usando de nuevo el albornoz y buscando a Jack. No tuvo que indagar mucho. Él estaba sentado en el portal de la cabaña, en una mecedora de enamorados. Tomó asiento a su lado, sin decir una palabra. Miró hacia el horizonte, a los bohíos y más adelante, a la playa. Sonrió sin siquiera pensarlo y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Jack...

—¿Podrías hacer algo por mí? —la interrumpió. Ella se giró a verlo, confundida por su tono y por todo su semblante. Ya no parecía amargado o frustrado, lo cual agradecía; más bien lucía agotado. Podía identificarse muy bien con ello.

—Lo que quieras —respondió apretando sus manos en puños sobre su regazo para evitar tocarlo porque no sabía si aún estaba autorizada a hacerlo.

—¿Podríamos olvidarnos de todo por estos días? —pidió—. De las mentiras, del engaño, de las retribuciones. ¿Podríamos solo...?

—Disfrutar. Estar juntos. ¿Sin preocuparnos por nada más? —completó. Él asintió cerrando los ojos, ahora pareciendo aliviado porque lo hubiese entendido. Norah se movió entonces, se giró y se puso a horcajadas sobre su cuerpo, como había deseado hacerlo segundos atrás, lo abrazó del cuello, unió sus frentes y cerró sus ojos—. Sí. Definitivamente, sí.

Jack sonrió y la abrazó, acomodándola bien sobre su regazo. Ella apoyó la cabeza en su hombro y dobló sus piernas a cada lado de su cadera.

—¿Quieres ir a la playa hoy? ¿Nadar un poco más para recuperar el tiempo perdido? —preguntó contra su cabello.

—Oh, sí —respondió, sintiéndose por primera vez en muchos años emocionada ante la perspectiva de bañarse allí. Hasta que recordó algo importante—. Necesito un traje de baño.

—Compras primero, entonces —comentó.

Asintió haciendo el intento de levantarse para alistarse, imaginando que su ropa estaría limpia y colgada en su closet, pero los brazos de Jack se lo impidieron.

—En unos minutos.

Sonrió y asintió, relajándose de nuevo entre sus brazos.

\*\*\*

«En verdad voy a extrañar ese sitio», decidió Norah viendo el atardecer ponerse mientras se encontraba sentada en la mecedora de enamorados en el porche de la cabaña. Llevaban ya una semana allí, y el único motivo por el que habían decidido regresar a Los Ángeles era porque al día siguiente Jack debía viajar a Nueva York. Si no tuviera ese compromiso, estaba segura de que hubiesen seguido allí, en ese pequeño paraíso creado en una cabaña alquilada con vista al océano al que tanto había temido.

Por supuesto, sabía que esa era una ilusión inverosímil, ambos tenían trabajos y una vida a la que regresar. Anne la había suplido por unos días, pero eso no podía durar infinitamente. Y Jack tenía clientes a los que responder, más la responsabilidad de la empresa con su familia. No obstante, en ese sitio se había permitido soñar y no quería renunciar a ello tan pronto.

Tampoco era como si hubieran hecho algo muy importante en su estancia, pero todo le supo perfecto. Los días los pasaban haciendo turismo o en la playa, nadando y descansando. Por las noches salían a cenar, una vez a bailar, otras a ver los espectáculos que el complejo turístico ofrecía.

Y hacían el amor. Ella seguía entregándose con el mismo fervor de la primera vez desde que llegaron allí, y él la imitaba, conectándose de todas las

formas posibles, excepto con las palabras.

Habían hecho un pequeño arte en ello, en que los gestos fueran y significaran más que las palabras. Estaba bien con eso, se lo había prometido esa mañana y de verdad ya habían dicho todo lo que tenían que decir. Excepto del tema de la guerra económica que insistía en continuar y que Anne le recordaba cada vez que llamaba.

Norah no comentó sobre el tema porque no quiso romper la paz en la que se encontraban. Cuando le hizo saber que no increparía a Jack por temas de negocios, Anne se molestó. Aun así, no creía que fuera importante siquiera mencionarlo, además ya había conseguido el financiamiento sin ayuda de Jack, así que de nada valdría que sacara el tema ahora. A pesar que esa decisión significara que de nuevo le estaba ocultando algo.

Vivía los momentos más libres, felices y satisfactorios de toda su vida, junto a Jack, sin embargo, el no contarle que ella estaba en conocimiento del bloqueo que Inversoras Spencer había hecho a su revista, sería un nubarrón en esas vacaciones.

No deseaba hacerse falsas ilusiones sobre un final feliz, pero cada día que pasaba, cada sonrisa y caricia la hacían soñar sobre las posibilidades. Lo deseaba, y a veces se sentía tan cerca de obtenerlo que casi podía saborear lo que sería ese final junto a Jack.

«Dios, por favor, dame un final feliz».

Miró hacia el edificio principal del complejo turístico y se estremeció ligeramente. El único momento extraño y oscuro de esos días había sido cuando intentó entrar a la piscina. «Dando otro paso», como Jack lo había llamado. No salió tan bien como cuando logró sumergirse en el mar. Al tocar el agua, viajó justo al momento en que su madre había muerto; pudo ser el olor a cloro o la sensación del agua que, de alguna manera, se sintió distinta al mar abierto. O quizá la prisión del rectángulo donde estaba empozada. O tal vez el conjunto de todos esos factores activaron sus recuerdos y, de paso, el trauma de niñez. De cualquier manera, la piscina había quedado descartada para siempre.

—¿Lista? —preguntó Jack después de saldar la cuenta de su estadía en la recepción.

Norah asintió y se levantó de la mecedora, no sin antes girase para mirar por última vez la cabaña que había albergado sus anhelos más profundos.

—Voy a extrañar este sitio —comentó al girarse hacia él, y tomó el bolso con la ropa que había ido comprando durante su estancia.

—Sí —respondió él mirando a la casa—. Quizá cuando vuelva de Nueva York podríamos regresar.

Asintió con una sonrisa marcada en su rostro, aun sabiendo que mentía. Caminó hacia el estacionamiento donde estaba la Ford. Esperó a que abriera la puerta y se montó en el asiento del copiloto, después de dejar el bolso en la parte trasera de la camioneta. Él la imitó y encendió el vehículo para salir rumbo a Los Ángeles.

Ese viaje fue distinto al anterior. No hubo tensión en el ambiente y el silencio era cómodo, incluso pusieron música y en algunas se atrevieron a entonarlas relajados. Pero mientras más se acercaban a su destino, más la invadían sentimientos contradictorios, nada parecidos a las emociones que había disfrutado en Santa Bárbara. Por un lado la emocionaba la comodidad que existía entre ambos porque era natural y familiar; por otro la confundía la situación en la que se encontraban en ese instante, sin odio o furia, pero tampoco alguna certeza. Incluso cuando estuvieron en la parte más difícil de su relación, siempre tuvo claro qué significaba ella para él, cuál era su papel, al igual que lo había sabido durante todo el tiempo en que vivieron juntos. Ahora no tenía ni la más remota idea de nada.

«¿Qué pasará a partir de este momento? ¿Seguiremos siendo esposos-amantes, amigos con derecho a roce que, casualmente, están casados, o enemigos con el mismo estatus?», se cuestionó durante el viaje.

Ella había asumido perfectamente bien los roles durante todo ese tiempo; sin embargo, después de la semana que habían disfrutado juntos, sabía que no podría soportar lo que Jack le ofrecía. No sería suficiente. Ya no más.

No era lo que quería, no de él. Jamás de él.

Mientras recorrían la 101, ya entrando a la ciudad, esa realización se hizo cada vez más patente porque comenzó a recordar lo que había significado tenerlo en su vida, disfrutar de él incluso cuando había estado expectante a que todo le explotara en su cara de un segundo a otro.

Ahora no temía a eso, ahora era libre. Pero esa incertidumbre le provocó un dolor tan profundo que la ahogaba, y esa sensación se hacía más presente a cada kilómetro que recorrían. Porque el paraíso se alejaba y el limbo comenzaba a invadirlo todo.

Estaba tan perdida en sus pensamientos que no se percató que ya se habían detenido frente a su edificio.

Él acarició su mejilla.

—Norah —la llamó. Parpadeó mirando a su alrededor. Acordaron que



esta noche ella se quedaría en su apartamento porque él se tenía que preparar para su viaje, apuntado para esa madrugada. Aun así, ella no deseaba estar en ese sitio, su cuerpo había vuelto a reclamar la presencia de su marido en la cama, y esa noche estaba segura de que lo extrañaría y que no podría dormir —. Espero regresar en una semana a lo sumo, ojalá sea un poco antes. Cuando llegue, te llamaré.

Se quedó estática por unos segundos y le costó un poco decodificar lo que Jack le estaba diciendo. Cuando lo comprendió, negó con la cabeza.

—No puedo seguir haciendo esto —confesó sin mirarlo.

Inmediatamente percibió que él se tensaba y que el ambiente se cargaba de frustración y amargura.

—¿De qué demonios hablas? —preguntó entre dientes.

—De esta media vida que llevamos —respondió girándose a verlo, rogándole con la mirada que la comprendiera y la escuchara—. De esto que no sabemos qué diablos es; castigo, liberación, retribución o lo que sea. No puedo más, Jack.

Él parpadeó y frunció el ceño, aturdido. Norah abrió la puerta y salió para rodear el vehículo. Jack la imitó, lucía tan confundido que le hizo estremecerse. Se detuvo a dos pasos de distancia, frente a ella, en una calma que solo duró un par de segundos, ya que la tormenta resurgió con mucha fuerza.

—¡No puedo creer...!

Norah no lo dejó terminar, se lanzó encima y lo calló con sus labios. Cuando rompió el beso, se apartó medio metro de él, sin quitar sus manos de su pecho.

—Siempre supe lo que querías de mí. Lo que me pediste una semana atrás, lo que dijiste que nunca obtendrías. Lo sé. Y te lo estoy ofreciendo si lo quieres... —titubeó y después suspiró, no era momento para cobardía, necesitaba la certidumbre y dar un salto de fe sin importar las consecuencias —. No puedo cambiar nuestro pasado ni las decisiones que me llevaron a ti, es imposible borrar algo por más que lo desee, lo entiendo y sé que tú también lo haces. Quizá tampoco tenga derecho a otra oportunidad, Dios sabe que eso es cierto, pero la necesito porque te quiero en mi vida, por completo, todo de ti; y no a momentos ni con condiciones, ya no puedo aceptarlo. Quiero lo que perdí, lo que di por sentado. Te amo demasiado. Cada día más.

Sonrió con labios temblorosos mientras se acercaba un paso. Él frunció el ceño, y ella apretó su agarre, clavando sus uñas en la franela blanca que

estaba usando, que hacía resaltar el color de sus ojos, los que en ese momento estaban un poco oscurecidos.

—Tal vez jamás puedas perdonarme, y créeme que lo entiendo, no es fácil volver a confiar en mí y asumir que todo será distinto por más que te lo prometa, pero es lo único que puedo hacer, Jack, prometerte que te entregaré todo de mí e intentaré hacerte feliz y que jamás volveré a hacerte daño. Si me aceptas de nuevo en tu vida, prometo que haré lo posible por cumplirlo.

—Y que nunca necesitarás mi dinero —murmuró, parpadeando.

Su corazón dio un salto, ya que no la estaba rechazando, no al instante por lo menos. En cambio, su respuesta sonaba más como una condición para aceptarla.

—No, jamás. Te necesito a ti, nada más —prometió e inhaló con alivio por no haber iniciado el tema del banco. Había hecho lo correcto, no quería que creyera que lo estaba buscando porque lo necesitaba para levantar la economía de su empresa. Subió la mano para acariciar su mejilla—. Necesito saber si ese futuro podría ser posible, tienes que escoger. ¿Me quieres en tu vida o fuera?

—¿Por qué?

—Sabes por qué —respondió—, este limbo nos destrozará de nuevo, nos llenará de presión hasta que surja otro evento como el de hace una semana. Y me quebrará, Jack, me romperá por completo. Y te destruirá a ti también, a lo que eres, a lo que admiro. No puedo permitirte que hagas eso... A ninguno de los dos.

La miró aturdido, y Norah se encogió de hombros. Iba a hablar de nuevo, pero sonó su teléfono, por lo que se apartó para que contestara con privacidad. Lo vio responder escuetamente, mirándola, quizás aún impactado por su declaración. Después de decir que lo haría, trancó la llamada.

—Debo irme.

—Está bien, creo que igual tienes mucho en lo que pensar. Espero tu respuesta, y sea la que sea la respetaré —le respondió.

Él asintió y caminó hacia el asiento del piloto. Al principio lo dejó ir, pero después se llenó de ansiedad, de duda, preguntándose si la decisión que tomaría no lo arrastraría lejos de su lado. Cuando esa idea se asentó en su cerebro, jadeó y salió corriendo hacia él, llegó justo cuando abría la puerta para entrar. Le saltó encima y lo besó, abrazándolo con todo su cuerpo, dándose por completo. Cuando lo liberó, besó su mejilla hasta llegar a su oreja para hablarle al oído.

—Mentí, Jack —le susurró—, la verdad es que quiero que me escojas a mí. Que me ames, y te prometo que yo lo haré más. Hasta el final.

Él sonrió, y ese simple gesto le dio esperanza. Lo liberó y cogió el bolso del asiento trasero. Segundos después, lo vio partir.

## Capítulo 17

Norah estaba sentada frente a su escritorio revisando las notas de sus corresponsales sobre los artículos de la próxima edición de la revista, pero no conseguía mantenerse quieta o concentrarse de verdad. Llevaba todo el día acelerada. Desde que se levantó no había podido dejar de brincar en su interior, exaltada. Ya había pasado una semana y ese era el día tope del lapso que Jack le había ofrecido. Hoy tenía que regresar a casa y darle su respuesta.

Hoy regresaría a ella.

Por supuesto, Norah le dio dos opciones esa noche, no obstante se negaba a considerar la segunda porque aunque todavía tenían muchos asuntos que resolver, ese tiempo que estuvieron solos en Santa Bárbara les había demostrado que podían lograrlo, que después de la tormenta y de que todo estuviera dicho y hecho, aún podrían estar juntos y ser felices.

Era capaz de hacer cualquier cosa para conseguirlo porque la recompensa sería Jack; sería tener su familia, su hogar. Volver a experimentar la sensación de estar completa, ese confort que solo conseguía a su lado y que había perdido desde hacía muchos años.

Miró de nuevo su teléfono y arrugó la cara en contemplación, preguntándose si al observar fijamente un objeto conseguirías que hiciera lo que quisieras. ¿Era por completo imposible? Ansiaba que la llamara o que le escribiera, incluso que apareciera por esa puerta y la arrastrara lejos, hasta una pequeña cabaña en un complejo turístico a horas de allí, donde continuarían justo en el punto en que habían quedado. Esa vez con la certeza de que seguirían juntos al regresar.

Dejó los papeles sobre el escritorio y juntó sus manos moviéndolas en un gesto nervioso, sintiendo que la ansiedad la mataría. O la volvería loca.

La puerta de la oficina se abrió y Anne traspasó por ella. Sintió una ligera decepción, aunque era consciente de que Jack no haría algo tan absurdo como ir a declararse, o darle una respuesta, en su oficina. El problema era que desde que había llegado de Santa Bárbara no podía parar de fantasear.

—¿Dime de nuevo por qué tú obtienes la ganancia y yo tengo que salir a prostituirme? —preguntó la pelirroja cerrando la puerta de la oficina.

Sonrió divertida, sintiendo que se relajaba y que por fin dejaba de pensar en Jack. Cuando regresó del viaje, le había contado a Anne lo que Carl quería, incitándola, o más bien persuadiéndola, para que le diera una oportunidad.

Lo máximo que la pelirroja quiso otorgar, además de un insulto dirigido a él por buscar proxenetas, fue un almuerzo. Y en menos de una hora se llevaría

a cabo.

—Eres mi periodista estrella, es obvio que te pediré cosas que los demás no podrán darme —se jugó. La vio bufar antes de caminar para dejarse caer sobre una silla frente al escritorio.

—Uno creería que alguien con tus antecedentes jamás se atrevería a obligar a un inocente a salir con alguien... Pero uno estaría equivocado.

—Oh, por favor —gimió poniendo sus ojos azules en blanco—, no te he obligado a nada. Únicamente lo propuse, y te pedí un favor. No salgas con Carl si no quieres, Anne, cancela el maldito almuerzo.

—Ya me comprometí —se quejó la mujer—, además... disfrutaré torturarlo un poco. Quizá dejarlo con un severo caso de bolas azules.

Norah soltó una risilla y negó con la cabeza, se apoyó en el respaldo del asiento y comenzó a balancearse de forma inconsciente.

—Vale, pero debo dejar claro que si esto termina en matrimonio, no quiero que me mencionen en sus votos como la instigadora. Ni ser tu dama de honor.

Anne levantó el dedo del medio, lo que provocó que volviera a reírse antes de desviar su mirada a su teléfono celular.

—Hoy se vence el plazo, ¿verdad? —Norah asintió—. Será un idiota si no lo acepta. Además, te ama.

—Ojalá eso sea suficiente —respondió encogiéndose de hombros.

La pelirroja negó con la cabeza e iba a hablar, pero tocaron la puerta y entró la recepcionista en un mismo acto.

—Trajeron esto —explicó la rubia con una ligera sonrisa, caminando hacia el escritorio de Norah.

—Gracias, Cassey —dijo. La vio dejar la oficina cerrando la puerta a su espalda.

—¿Por qué los nombres de las recepcionistas siempre terminan con y? ¿Casualidad o requisito? ¿Acaso habrá gente que les diga a las aspirantes al cargo que se cambien el nombre legalmente para empezar a trabajar? —Anne frunció el ceño—. Me parece algo interesante de investigar para nuestro reportaje absurdo en Halloween. El extraño mundo de las recepcionistas.

Su amiga continuó hablando ilógicos sobre su nueva idea mientras Norah abría el primer sobre. Su corazón retumbó al leer el contenido del paquete.

—¡Anne! —gritó poniéndose de pie en un salto—. Es la Sociedad Americana de Editoriales de Revistas. ¡Es la SAER!

La pelirroja saltó del asiento también.

—¿Qué...? ¡¿Qué dice?!

—¡No lo sé!

Estaba tan frenética que no unía las palabras y comenzó a temblar como loca. Su amiga le arrancó el sobre de las manos y la vio leer con el corazón en la boca. «No puede ser, no puede ser», se repetía en silencio, casi jadeando. Anne elevó la cabeza y sonrió ampliamente.

—Lo conseguiste. ¡Estamos nominadas! Antes de cumplir un año, Norah. ¡Antes de cumplir un jodido año!

Jadeó y tapó sus labios con sus dos manos, aún temblorosas. Entonces se carcajeó, aunque el sonido salió un poco roto, y saltó hacia la pelirroja, abrazándola mientras brincaban por la oficina.

—¡Lo hicimos! ¡Lo hicimos! —repetía Anne como loro.

Ella no podía hablar, la emoción y el orgullo no se lo permitían. En cambio, la abrazó, saltó y le agradeció internamente a su madre por ser su guía y enviarle fuerzas desde donde fuera que se encontrara. También sintió pesar al no obtenerlo para *Composture*, pero lo dejó ir, eso formaba parte de un pasado que jamás regresaría.

—¡Esto hay que celebrarlo! —declaró Anne mientras ella leía la carta y la puerta de la oficina se abría ante ellas.

Su secretaria estaba allí, pareciendo curiosa y un poco incómoda, quizá por todos los gritos que estaban dando. Detrás de ella se encontraba Carl, imaginaba que para buscar a su cita para el almuerzo.

—El señor Solliver —anunció la chica.

Él entró a la oficina y las miró confundidos.

—¿Qué está sucediendo?

—Estamos nominados para la SAER por la editorial del número tres, Cassey, y por la composición de la revista, díselo al personal —le informó exaltada a la rubia a pesar de que había sido Carl quien lo preguntó. La mujer sonrió ampliamente y salió hacia las demás oficinas mientras el pelinegro quedaba entre ellas.

—¡Pero bueno! ¡Esas son excelentes noticias! —anunció sonriendo—. ¡Felicitaciones!

Se carcajearon por su exaltación y aceptaron el abrazo que él les dio, aunque Norah se apartó casi de inmediato, aún sintiéndose un poco incómoda al estar a su alrededor.

—Creo que esto requiere celebración, ¿te unes a nuestro almuerzo, Norah? Podríamos abrir champaña para empezar.

—¡Vamos, Norah! —animó la pelirroja con una expresión de ligero ruego.

Se sintió tentada, aunque sabía que no debería hacerlo—. Será público y estaremos los tres. Deja la tontería, amiga. ¡Este no es momento de hacer eso!

Los miró por un instante y casi negó con la cabeza rechazando la oferta, sin embargo, la emoción por lo que acababa de recibir opacó todo lo demás y le quitó su poca cautela.

—Vale —accedió, y caminó hacia el escritorio.

—Bien, te esperamos afuera —comentó Anne antes de abrir la puerta y salir con Carl pegado a sus talones.

Fue a buscar su teléfono móvil y su bolso cuando sus ojos se deslizaron por el segundo sobre. No supo bien qué fue lo que le llamó la atención, quizás el nombre del remitente porque le pareció familiar o las siglas que lo acompañaban. Cuando su cabeza unió las piezas y supo con exactitud por qué le resultaba así, se quedó paralizada. Por segunda vez en el día, su mundo giró sobre su eje, aunque esa vez fuera por un motivo completamente diferente.

Soltó su teléfono y salió de la oficina como una autómatas, dirigiéndose al cubículo de Anne.

—No puedo ir con ustedes —dijo, y forzó una sonrisa con mucho esfuerzo.

—¿Por qué?

—Lo siento, después celebramos, ¿vale? —musitó apresurada, sin ganas o intenciones de explicarse. Miró a su alrededor tomando una decisión precipitada—. Es más, chicos. —Se giró hacia su personal, que estaba alborotado por las noticias, hablando, riendo y abrazándose entre la tabiquería blanca que dividía los cubículos. No eran muchas personas; solo tres periodistas incluyendo a Anne, dos corresponsales externos, dos fotógrafos, dos asistentes y la recepcionista, pero en ese instante era su familia—. Váyanse a celebrar también. Esto es importante, y lo conseguimos todos juntos. Es un logro grupal.

—¿Y qué hay sobre ti? —insistió Anne.

—Debo resolver algo primero. Escríbeme dónde estarán y me apareceré allá. Lo prometo.

La pelirroja no pareció muy convencida, pero se perdió entre la algarabía de todo el grupo, quienes entre gritos y risas comenzaron a dejar la gran oficina. Cuando se encontró sola, Norah giró sobre sus talones y regresó a su oficina, cerró la puerta de su despacho y se dejó caer sobre su silla, con los ojos fijos en el sobre sellado. Lo abrió con movimientos torpes, para encontrar justo lo que sabía que la estaba esperando.

Había estado tan segura de lo que compartieron esa semana, de lo que

ambos intercambiaron y sintieron, que calló la pequeña voz en su cerebro que le gritaba que fuese sincera consigo misma y que admitiera la otra posibilidad como algo más que posible.

La sonrisa que le había regalado Jack segundos antes de irse le dio tanta esperanza que ella la había tomado como una rendición, una aceptación a su deseo.

No llegó a considerar que él podría escoger la opción de dejarla para siempre.

Parpadeó atónita, mirando el documento con fondo celeste. Se sintió perdida. Estaba más allá de las lágrimas, el impacto era demasiado para ponerse a llorar. La constricción en su pecho era un dolor tan fuerte que eclipsaba todo lo demás al pensar que esos papeles eran la representación del final de todas las ilusiones que había estado alimentando, secreta y activamente, desde meses atrás. De los sueños que había dado rienda suelta en esa semana en Santa Bárbara.

Los papeles de divorcio.

Por un instante experimentó la necesidad de no hacer nada, de quedarse perpleja como casi un año atrás, cuando él había llegado a casa gritándole e insultándola por lo que le había hecho.

Parpadeó, aturdida de nuevo; en cuatro días se cumpliría el año de esa pesadilla.

Era por ello que su mente se sumergió en ese momento, recordando claramente cómo había estado sentada en su cama matrimonial, con el teléfono en la mano, mirándolo con una ligera sonrisa porque había resuelto que la mejor forma de redimirse, o de demostrarle lo que sentía, era dándole el hijo que él tanto había deseado. Y acababa de llamar a la ginecóloga para pedir la cita en la fecha más cercana que tuviera, y comenzar de una vez por todas la preparación de su cuerpo para el embarazo. A pesar de que él creyera que tenían meses haciéndolo.

Sin embargo, la sonrisa había nacido porque después de colgar el teléfono, se dio cuenta de que no era algo que estuviese haciendo en su totalidad por él, sino porque también lo deseaba. Un hijo de ambos.

Recordó que estaba en un estado de ensoñación cuando sintió que Jack gritaba su nombre, desesperado y muy furioso. Jamás lo había escuchado así, al menos hasta ese momento. También rememoró sobre cómo había retumbado la puerta de su habitación contra la pared, dejándola paralizada sobre la cama, aterrorizada por su acción y por todo su semblante.



Comenzó a gritar, y ella supo que se había enterado de todo. Al comprenderlo, sintió terror, pero también mucho alivio, como le había declarado a Jack en la cabaña de Santa Bárbara.

Mientras él la increpaba exigiéndole respuestas, ella no había podido pronunciar palabra, tampoco moverse. También recordó la forma en que él le rogó, le suplicó que le negara todo; que no lo había usado como moneda de intercambio para que su padre le cediera la dirección de la revista. En ese punto se le quebró el corazón, porque Jack había necesitado tan desesperadamente que le probara que todo lo que se había enterado era falso, y ella no podía hacerlo. No podía desconocer sus acciones.

Y verlo así, tan desolado, había sido simplemente desgarrador.

A pesar de que todo había sido muy rápido, para ella todo había sucedido —de alguna forma— en cámara lenta, así que pudo notar el momento exacto cuando la mirada del rubio se apagó y dejó de rogar. Entonces, un poco más calmado, aunque no menos dolido, volvió a preguntar si toda esa charada se había gestado por un acuerdo con Dean, su padre; que si su matrimonio había sido un acuerdo empresarial.

Al no recibir respuesta, volvió a exigirle con más ímpetu. Ella siguió sin contestar, estaba misteriosamente calmada y llena de incredulidad, tanto que ni siquiera había considerado las palabras que diría cuando separó sus labios:

—Yo te amo —balbuceó idiotamente.

—¿Todo para ti fue un juego? ¿Es un juego? ¡Contéstame, Norah! ¿Ni siquiera puedes hacer eso? ¿Qué demonios tienes en tu pecho? Porque no es un corazón.

El dolor de su esposo había sido para ella más insoportable que sentir su furia, desarmándola por completo.

Había abierto la boca nuevamente, creyendo que podría inventar algo, imaginándose que podría salvarse al dejarle claro que los sentimientos que tenía hacia él en el momento en que se casaron no eran ni remotamente parecidos a los que sentía en ese momento. Tal vez, en su estupidez y embotamiento, había creído que eso sería suficiente.

Y justo allí vino la estocada final.

—Solo contéstame algo, Norah. ¿Es cierto? ¿Te acostaste con otro hombre el día antes de nuestra boda? ¿Me fuiste infiel?

—No en mi corazón —masculló—. No te amaba, Jack, y no estábamos casados. No te fui infiel en mi corazón.

No fue hasta después, cuando se enteró sobre quién había revelado su

verdad, que pudo solidarizarse por completo con Jack, porque había sentido en su alma la misma sensación de traición que ardía en sus pupilas.

Aunque sabía que su traición hacia él había sido mucho mayor.

Ese juego de semántica no había podido salvarla, más bien empeoró todo, porque tontamente, le dio una especie de confirmación de todas las acusaciones.

Lo había visto gritar, insultar y maldecir como si fuera a otra persona y lo estuviese presenciando desdoblada de su cuerpo. Después lo vio lanzar todas sus pertenencias a la oscuridad de la noche, como la basura que la consideraba.

Lo único que recordaba haber sentido en esos instantes fue una sensación de abandono pasmosa que ahora volvía a invadirla sin poder hacer nada para detenerlo, y ni siquiera lograba conseguir la fuerza suficiente para intentarlo.

No obstante, al volver a ver el papel, de golpe, esa sensación desapareció, cambiando y convirtiéndose en ira.

«¿Cómo demonios se atreve a hacerme algo así?».

## Capítulo 18

Jack odiaba estar en esas oficinas, todos los recuerdos —por los que responsabilizaba a ese sitio— lo perseguían y le hacían querer desaparecer de allí ahora más que nunca. Irónicamente, esa era justo la razón por la que se encontraba en *Composture*; ansiando dejar todo atrás lo más rápido posible, y con ello olvidar esa etapa de su vida por completo, el error que toda esa historia había sido.

Miró la sala de conferencias con apatía, la mesa de material oscuro brillante era ovalada y tenía diez puestos. Alrededor estaban colgadas las portadas de los ejemplares que habían obtenido mayor venta y mayor prestigio en la historia de la revista. Frunció el ceño al no encontrar los dos que se habían dado en el periodo en que Norah había sido la presidente de la empresa. Los había colgado allí con tanto orgullo y con una expresión tal de felicidad que él, como tonto enamorado, casi le regala marcos de oro para que resaltaran aún más.

Gruñó internamente y pasó una mano por su cara, deseando que su memoria recibiera el memo sobre olvidar y dejar todos los recuerdos guardados en un cajón donde no pudiera acceder nunca más.

Vio la puerta doble abrirse y a Bethanie entrar cojeando y apoyándose con un poco de dificultad en su bastón ortopédico.

Ella era como su propia evocación del demonio, lo cual hacía aún más irónico que Norah hubiese creído siquiera por un segundo que podría estar interesado en ella, o que habría intentado superarla cayendo en los brazos de su hermana.

Quizá —meditó más concienzudo en ese instante de lo que había sido en el último año— Norah jamás creyó que él se metería con su hermana, más bien había sido una excusa para volver a embaucarlo e introducirse en su vida. Sí, Jack ni siquiera dudaba que había vuelto a ser usado, de hecho, ya se lo había planteado en la fiesta de la fundación, pero con todo lo que había sucedido después, ni siquiera se molestó en indagar en ello.

De nuevo giró su mirada hacia Bethanie y se sintió enfermo. No por su condición física, por supuesto, ni el cojeo ni la herida en la cara importaría en cualquier caso; sino porque al observarla, el recuerdo de sus palabras y la escena que había arruinado su gloriosa felicidad ignorante con su hermana le hacían sentir ganas de vomitar.

—El doctor Gil tiene el bosquejo de la venta de acciones —anunció Beth con una sonrisa relajada mientras se acercaba con dificultad y tomaba asiento

a su lado—. El precio es el del mercado y está explayado el acuerdo de pago en que quedamos. Veinte por ciento de acciones en total.

—Quedarías con mayoría de acciones —expuso Jack.

—Mmm, sí, hasta que Norah le transfiera el diez por ciento a Dean por su trato, allí quedaríamos iguales, aunque aún no la ha hecho, creo. Por supuesto, te avisaré cuando eso se haya hecho efectivo —comentó con tranquilidad.

—No me interesa —respondió con brusquedad.

El detalle de la multa si no se mantenía casada con él por tres años se le había escapado por completo, lo cual solo demostraba lo imberbe que se convertía cuando estaba a su lado. Negó con la cabeza internamente. «Casi lo conseguí», pensó con sorna repasando los documentos. Habían estado a dos meses y unos días de cumplir el límite. «¡Qué idiota he sido!».

Miró a Bethanie observar los documentos mientras se removía en su silla casi como si quisiera saltar de la emoción, y recordó el día en que todo se había revelado. Tal vez jamás se hubiera enterado de nada si Norah no hubiese insistido en servirle personalmente de chofer para sus sesiones de rehabilitación. Ese día ella se había retrasado en una reunión y lo llamó para rogarle que fuera a buscar a su hermana. Él había intentado zafarse con un chofer de su empresa, pero la pelinegra insistió una y otra vez en que tenía que ser él en persona y solo, ya que ese era un momento muy vulnerable para Beth y no quería que extraños la vieran así.

Jack había empezado a excusarse de nuevo, ya que tenía trabajo importante pendiente, pero cuando ella le prometió proezas sexuales e incentivos adecuados, accedió sin pensarlo más, canceló todas las citas del resto de la tarde y salió de la oficina casi silbando de la felicidad, celebrando lo maravillosa que era su condenada vida; con un buen trabajo y una esposa ardiente que, esa noche, iba a esperarlo desnuda en su cama.

«Iluso», se retó mentalmente.

Al principio había intentado bromear con Bethanie, esa chica necesitaba reír y relajarse, porque aunque sabía que le estaba yendo mal, también sabía que esa actitud no la ayudaría a mejorar.

Habían parado a comprar helado, y mientras se lo comían en el coche, ya que ella no quiso salir y sentarse en el local, él comenzó a cantar una muy mala canción —de la que ahora ni siquiera recordaba el nombre—; un hip hop con la palabra *culo* repetida mil veces. Sin embargo, los intentos de ser gracioso no habían funcionado e incluso deseó tener un cuadro para hacer una buena interpretación de este, aunque imaginaba que Bethanie no se reiría, ella

no tenía el mismo sentido del humor de Norah y suponía que en esos días también carecía de muchos motivos para reír en absoluto.

Justo cuando se había dado por vencido, ella se giró y lo besó. Jack se quedó aturdido y se apartó con amabilidad, no queriendo herir los sentimientos de la chica, pero siendo muy enfático en aclararle que amaba a su hermana y que la apreciaba a ella como un buen hermano mayor. Incluso dejó en claro que lo que había sucedido no tendría que salir de ahí, que nadie tendría que saberlo.

—¡Pero no es justo! —había comenzado a gritar Bethanie, llorando casi histéricamente y negando con la cabeza—. Nunca he hecho nada malo... ¿Por qué tengo que ser la lisiada, y ella, siendo quien es, ganar en todo lo demás?

—¿Beth, de qué estás hablando? Vamos a llevarte a casa, ¿sí? —había insistido, incómodo por las lágrimas y el ataque.

—Ella te engaña desde el principio. Todo es una mentira, y tú estás haciendo el papel de idiota, y todos lo saben. ¿No lo ves? ¡Todos lo saben, excepto tú!

En ese momento, había sentido como si hubiesen metido su cabeza en una batidora y la hubiesen agitado por horas. Y eso había sido únicamente el principio. Cuando Bethanie, desesperada y alterada, había comenzado a mostrarle videos de Norah con su padre acordando el plan para cazarlo, y a un Carl ebrio describiendo gráficamente lo que su esposa y él habían hecho mientras Jack había estado acostado en su cama, soñando con casarse el día siguiente... todo había dejado de tener sentido.

No obstante, cuando leyó los mensajes de la propia Norah describiendo el asco que sentía por dejarse tocar por él, algo en su interior se había quebrado. Algo, comprendió en ese instante, que nunca tendría arreglo.

—¡Jack! —llamó Bethanie haciendo que se enfocara en la cara de su demonio personal y del otro hombre en la habitación; moreno, mayor, con anteojos... el abogado—. Te faltó una firma.

Miró a Beth y frunció el ceño en confusión por primera vez desde ese día. ¿Por qué ella tenía esos videos a la mano? ¿Cómo los había conseguido? Lo de su padre lo comprendía, ¿pero el del bastardo? Dudaba sobremanera que él se hubiese prestado para grabar su experiencia sexual con el objeto de mostrársela al esposo. De hecho, Carl era bastante discreto con su vida privada, lo sabía porque lo había investigado después de haberse enterado de todo.

—¿¡Jack?! —preguntó un poco más ansiosa—. ¿Estás bien?

Siguió sin responder, en cambio, la miró a medida que surgían las preguntas que antes no se había molestado en interiorizar. Sin embargo, su análisis fue cortado abruptamente cuando las puertas dobles se abrieron y Norah entró con las manos extendidas sujetando ambos bordes.

La miró de arriba abajo sin coordinar bien que no debía estar allí en primer lugar, impresionado por tenerla frente a él. Estaba usando una camisa blanca con tres botones abiertos, cuello amplio y manga hasta los codos, junto con una falda turquesa pegada a su cuerpo que terminaba hasta debajo de sus rodillas.

Bethanie se puso de pie con mayor agilidad de la que había observado de su parte después del accidente.

—¡Norah, no tienes ningún derecho de estar aquí! —le increpó.

—Esta también es mi empresa, ¿o es que acaso se te ha olvidado? —escupió la pelinegra mirándola con desdén—. Y más importante que eso, este el patrimonio de mi madre...

—¡Seguridad! —llamó la castaña interrumpiéndola y comenzando a caminar, cojeando, hacia la salida, con rapidez.

—Corta el drama —espetó Norah—. Más bien lárgate de una vez, que no es contigo con quien quiero hablar. —Allí miró fijamente a Jack, y él supo que estaba enfadada, sus ojos azules estaban oscurecidos y su nariz parecía un poco respingona.

Eso estaba bien, meditó elevándose sobre sus pies, él estaba igual de furioso y sobre todo frustrado hasta el infinito.

—Él no quiere hablar contigo. ¿Hasta cuándo quieres usarlo, Norah? ¿No te parece ya suficiente? Jack debe curarse de todo lo que le hiciste, pero para ello necesita estar lejos de ti, y lo sabes. Tiene derecho a ser feliz, se lo debes, permite que lo sea —replicó Bethanie, dejándolo pasmado por su defensa. Aunque de inmediato comprendió que el tono no era petitorio o molesto, sino que tenía un deje extraño que no terminó de ubicar.

La expresión de horror de Norah lo trastocó hasta tal extremo que frunció el ceño, olvidando la furia que lo carcomía. Eso había durado un solo segundo, después la expresión de la pelinegra había vuelto a endurecerse y antes de que cualquiera de ellos pudiera reaccionar, o alguien del personal lograra actuar, sujetó a Beth por un brazo y la empujó fuera de la oficina, lanzándola con tanta brusquedad que se cayó sobre su trasero.

—Eres una maldita zorra y te aconsejó que te detengas. Ahora —ordenó entonces con brusquedad. Su postura era tensa y estaba tan alterada que su

cuerpo temblaba visiblemente.

—Yo no necesito que me defiendan, Beth —espetó Jack con el mismo tono de la pelinegra. Ambas se giraron a verlo—. Aunque tu hermana tiene razón en algo, Norah, no tengo ningún interés en lo que sea que quieras venderme.

Ella entrecerró los ojos, pero no pudo hablar, ya que su declaración resultó ser un incentivo para la castaña, quien, aún en el suelo, continuó soltando alaridos y ordenando que la sacaran de allí. Sin embargo, nadie se movió hacia el salón de conferencias. Un par de chicas se acercaron para levantarla, pero nadie increpó a Norah. Ni siquiera los guardias de seguridad, que habían llegado alertas y exaltados por el escándalo, hicieron algún movimiento para detenerla o escoltarla fuera de las oficinas.

Toda esa escena fue sorprendente para Jack, que en ese instante comprendió que todos permanecían leales a ella, sin importar que no fuera quien dirigía la revista.

—Aaron —susurró ella con una ligera sonrisa que no tenía nada que ver con el gesto de determinación e irritación que mostraban sus ojos—, ¿podrías excusarnos un momento?

El abogado tartamudeó un par de veces antes de levantarse del asiento y caminar hacia donde estaba parada, aún en las puertas de la habitación.

—Les diré que necesitas unos minutos y que no deseas ser molestada mientras resuelves tu situación.

—Gracias —dijo con otra sonrisa—. Espero que estés bien y que Paula se haya recuperado.

—Sí, lo hizo, y este año comenzará la universidad.

—Eso es maravilloso, la llamaré —agregó con una expresión de sinceridad que lo hizo estremecerse. «¿Cómo demonios lo consigue?»—. Y díles que no se preocupen, esto solo me llevará un minuto.

El hombre asintió, salió de la sala de conferencia y comenzó a increpar a la gente para que continuara trabajando mientras Norah cerraba la puerta con seguro.

—Te podrías haber ahorrado el espectáculo —censuró entonces Jack, aún detrás del escritorio—, todo lo que tenía que decir ya está dicho.

Se giró para verlo, estaba más pálida que lo normal, sobre todo porque ambos habían quedado muy bronceados por exponerse tanto al sol en sus vacaciones, y sus ojos brillaban ardidos. Entonces se acercó un par de pasos y le lanzó a la cara los papeles que llevaba en su mano, los que terminaron cayendo sobre la mesa.

Ni por un segundo tuvo alguna duda sobre el contenido de lo que había lanzado, así que ni siquiera se molestó en bajar la vista hacia el escritorio.

—Te creí más hombre que esto, Jack, jamás pensé que te escudarías en tu gran firma de abogados para decirme que querías el divorcio, presumí que esas cosas se dirían frente a frente. Y te pedí que así lo hicieras. Asumí que por lo menos esto lo haríamos bien. Después de todo lo que pasamos la semana anterior, ese papel y la forma en que fue entregado fue cruel e injusto. Quiero pensar que procediste de esa manera por cobardía y no buscando un nuevo medio para herirme. Quiero imaginarme que ya superamos esa etapa, aunque esté equivocada. Y como quiero creer eso, con mucha fuerza, estoy aquí para darte la oportunidad a que me digas en la cara que esto es lo que quieres, como debió haber sido desde el principio. Una vez que lo hagas, lo firmaré —culminó elevando su barbilla y manteniéndose estática, esperando que hablara.

Él se quedó descolocado en su puesto, aturdido por sus palabras y por la falta de escrúpulos que tenía esa mujer. Ni siquiera supo cuánto tiempo transcurrió en ese estado. Volvió a emerger a la realidad cuando ella comenzó a negar con la cabeza, sus ojos humedeciéndose.

—¿Quién es el cobarde ahora? —Escuchó que musitaba antes de girar sobre sus talones y dirigirse hacia la salida.

Pestañó, saliendo por completo de su estado catatónico, y corrió hacia ella. «¿Cobarde? ¿Está totalmente loca?».

Llegó antes de que tomara el picaporte de la puerta y la sujetó del antebrazo para girarla, empujándola contra la madera.

—Oh, no, no lo harás. Llegaste aquí, me conseguiste, armaste el espectáculo que tanto querías; pues bien. Vamos a acabarlo ahora mismo —gruñó cerniéndose sobre ella, temblando de la furia. Norah se enderezó.

—Vale —respondió mirando hacia su alrededor, quizás ansiando que la liberara—. No creía que caerías tan bajo, Jack —repitió.

—Dado que tú eres el ser más bajo del planeta, Norah, imagino que sabes muy bien cuáles son los límites para calificarlo, ¿no es así?

Lo miró confundida, en un gesto tan certero que nadie jamás podría concebir que fuera planeado o ejecutado a la perfección para que luciera real. Era tan endemoniadamente buena. La miró de arriba abajo y se apartó, alejándose lo más posible de su acto, no quería ser de nuevo hipnotizado por todo lo que llevaba tanto tiempo obsesionándolo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella a sus espaldas.



—Eres tan buena —escupió mirando la pared plateada—. Tus dotes actorales son tan increíbles y perfectas que no poseen límites en su capacidad de engañar. O tal vez... No lo sé, quizá soy yo el maldito idiota, supongo. Únicamente el hombre tropieza dos veces con la misma piedra y solo yo tropiezo una y otra vez con la misma mujer; pero bueno, ya aprendí mi lección.

Ella jadeó, y él giró para verla.

—No entiendo de qué estás hablando —susurró frunciendo el ceño.

—Creí que podrías ser sincera, Norah, de verdad lo hice. Incluso pensé que podríamos llegar a tener una oportunidad, que todo lo que me decías ahora era distinto a lo que fue antes. Demonios, hasta hace una semana, cuando me rogabas que volviéramos juntos, asumí que esta vez sí me darías todo lo que siempre deseé.

—Yo también creí eso... —dijo apretando sus manos en puños. Sus ojos azules brillaron y sus labios temblaron, como si estuviera controlándose y reprimiendo las lágrimas.

—Son tus malditos ojos —decidió asqueado—, brillan y me seducen y me hacen fantasear en que por fin serás capaz de ser sincera.

—No te he mentado...

—¡Patrañas! —gritó interrumpiéndola, lanzando una de las sillas de madera y cuero contra la pared.

La sala estaba insonorizada, o eso le había dicho ella tiempo atrás, pero incluso si no lo estuviese no le habría importado. Qué escuchasen todos y vinieran a sacarlo de allí a rastras. En ese instante estaba tan lleno de ira que nada lo detendría.

Ella negó con la cabeza, estremeciéndose.

—Se me olvidó quién era la persona con la que estaba tratando. Una experta, sin duda.

—Jack... ¿de qué-qué estás hablando? —susurró con voz rota, con esa voz titubeante que casi le hacía desear ceder cada vez. «Ya no más».

—Del diez por ciento que habías negociado con tu padre si nuestro matrimonio traspasaba los tres años. De lo que perderías si me divorciaba antes de ese tiempo. De mi imposibilidad de siquiera recordarlo. ¿Lo planeaste así? —espetó—. Dime algo, Norah, ¿esta vez también te carcomió? —ironizó—. Imagino que lo hizo, que de nuevo te corroyó cada segundo de la treta.

—¿Qué? —preguntó horrorizada.

—Tenías razón, claro —continuó con el mismo tono a la vez que negaba

con la cabeza y soltaba una risa desdeñosa—. Estoy seguro de que cada vez que te abrías de piernas para mí, te quedabas allí contando las ovejas verdes de lo que obtendrías. Debió de ser muy difícil para ti.

Abrió los ojos desmesuradamente antes de girar, coger un florero que estaba en una mesilla al lado de la puerta y lanzárselo directo a la cabeza. Este se estrelló contra la pared a su espalda, haciendo obvio que no tenía buena puntería.

—¡Eres un bastardo! —le gritó con furia mientras un par de lágrimas escapaban por su mejilla, las cuales se quitó con brusquedad—. ¡Ni siquiera me acordaba de ese maldito acuerdo! ¿Cómo te atreves...?

—Por supuesto... —masculló, resoplando e interrumpiéndola—. No mientas más, me lo dijiste, ¿se te olvida? La noche de la fiesta me hablaste que siempre habías querido el cincuenta por ciento. Fui yo quien de nuevo falló en asumir que en realidad eso era lo único que estabas buscando.

Lo miró por un instante y después pasó una mano por su cara.

—¿Qué quieres que te diga?

—La verdad, para variar —gruñó imitándola.

—La verdad es que llamé a Dean hace dos días y le ofrecí mis acciones completas de *Composture*. —Él se tensó y ladeó la cabeza—. La verdad es que jamás consideré en continuar con ese trato después de todo lo que sucedió entre nosotros. Te lo dije en la fiesta, ya no quiero *Composture*, y estúpidamente creí que venderle las acciones a mi padre sería una especie de regalo para nuestro reinicio. Liberándonos del pasado o algo así. Aunque igual servirá incluso si no seguimos juntos, este sitio está lleno de víboras, empezando por mi hermana.

—Bethanie es la única sincera de esta historia —recalcó.

Norah se carcajeó sin humor, pero una risa al fin y al cabo.

—Eso no es sinceridad, Jack. Lo que nos hizo un año atrás no fue por buena intención, solo quería destruirme, quizá porque me culpaba por el accidente o tal vez porque estaba tan amargada con su situación que no soportaba la felicidad de los demás, quién sabe. Y aunque estoy segura de que podría sentirme identificada con esa sensación, también lo estoy en que nunca haría algo parecido ni caería tan bajo. No la pongas en un pedestal, ¿quieres? Puede que creas que es maravillosa y todo lo que yo no soy, pero por lo menos yo he tenido la decencia de arrepentirme de mis crímenes. Ella nunca lo ha hecho.

Jack se giró y gruñó en silencio, no queriendo oírla, pero enfadándose

porque esas palabras se mezclaban con las dudas que lo habían estado carcomiendo minutos atrás... y hace una semana, cuando Bethanie regresó para darle otra nueva estocada, citándolo a tomar un café para pedirle comprar sus acciones. Al principio se negó, en esa oportunidad su cabeza había sido un torbellino con lo que sucedió cuando dejó a la pelinegra en la puerta de su edificio, con toda su declaración y petición sobre estar juntos. Para ser sincero, había deseado salir del local y volver al apartamento de Norah e informarle que no necesitaba ningún lapso de una semana, que la quería de vuelta a su lado justo en ese instante.

Después, cuando decidió hacerlo y le dijo a la castaña que debía solucionar algo con Norah; todo había cambiado. La expresión de Bethanie cambió de forma drástica y le preguntó de forma directa si había regresado con su hermana. Él se tensó y estuvo a punto de pedirle que se metiera en sus propios asuntos, cuestionándose sobre el interés enfermizo que parecía tener sobre su relación, cuando ella se le había adelantado recordándole lo de las acciones y el lapso de tres años que había pactado con su padre, preguntándole si no le parecía extraño la elección de tiempo de su hermana para su supuesta reconciliación.

Lo más patético del asunto había sido que ni siquiera le dio un segundo de consideración a ese asunto hasta que ella se lo insinuó. Luego germinó en su interior, dando sentido a cosas que no debería darle sentido. Y después... después todo dejó de importar.

—Y la prohibición de ella sigue vigente, así ya no exista trueque y haya un divorcio. Bethanie no te conviene —continuó, sacándolo de sus pensamientos.

—¿Y quién me conviene? ¿Tú, Norah?

Lo miró sin parpadear por un par de segundos antes de apretar los labios con pesar.

—Al parecer, no —respondió bajito. Él quiso acercarse y estrangularla.

—¿Al parecer no? —repitió furioso.

—Nada de lo que ha pasado entre nosotros en estos meses ha sido por interés, Jack. ¡Nada! Ni siquiera me acordaba de esas malditas acciones, y si tanto te molesta, pues... ¡se las regalaré! ¿Eso sería suficiente para demostrarte la verdad? ¿Te valdría que las diera sin cobrar? ¡Porque lo haría sin pensarlo!

Bufó, apretando sus manos en los costados, descartando por completo su explosión apasionada.

—Supongo que es porque no necesitas el dinero, que lo regalarías con

tanta... facilidad —sugirió inclemente. Ella resopló y negó con la cabeza.

—Sí, claro —se burló.

—Claro... —repitió. La miró con los ojos entornados, acercándose otro paso—. ¿Cómo están las cosas con tu empresa? ¿Económicamente hablando? ¿Van así de bien a pesar de la depresión y de ser nueva en el negocio?

—Sabes la respuesta a eso —refunfuñó ella, apretando sus manos en puño con tanta fuerza que debería estar traspasándose la piel.

—¿Por qué lo sabría?

—Porque tú estás bloqueando los accesos a los créditos de los bancos, así que debes saber bien cómo estoy —escupió dando un paso hacia adelante—. Pero eso no es nuevo para ti, por supuesto —susurró y negó con la cabeza como si esa declaración le doliera, como si hubiese esperado algo distinto. Él se calló, primero tendrían que matarlo antes de aceptar que en verdad no lo había sabido hasta hace poco—. Y antes de que se te ocurra acusarme de algo más, Jack, no estuve contigo por eso, hace menos de un mes que me enteré de lo que me estabas haciendo. Y por si se te olvida, en ningún momento te he pedido algo para mi revista. Ni dinero ni contactos.

—¿Para qué ibas a necesitarlo? —satirizó.

—Lo resolví sin ti. Todo —concluyó ignorando su comentario y tono.

—Por supuesto que lo hiciste —continuó él acercándose hacia ella con brusquedad, sujetándola por el antebrazo—. Utilizaste un banco que no tenía ningún contacto conmigo. ¡Bravo!

—¿Qué demonios tiene que ver...? —preguntó, pero su voz no denotaba la seguridad de un segundo atrás.

—¿A cuál familia pertenece ese banco, Norah? ¿¿A quién?! —la interrumpió.

Abrió los ojos desmesuradamente y dio un paso hacia atrás, sin poder liberarse de su agarre.

—Carl —susurró, y él asintió con rudeza.

—Maldita seas —masculló apretando su sujeción.

## Capítulo 19

Toda la furia que había acompañado a Norah desde que había recibido los papeles del divorcio, llamado a Marianne y descubierto que Jack se encontraba en *Composture*, así como la que le siguió durante el trayecto entero hasta llegar a las oficinas que había creído que jamás volvería a pisar en su vida, desapareció cuando él le hizo decir esa única palabra.

«Debí haberlo imaginado», decidió cuando sus ojos verdes destellaron en furia aterradorante. En una expresión que solo había visto un par de veces en su vida. Debió haberlo visto venir, pero en realidad ni siquiera se había planteado que él pudiera enterarse por sus propios medios ni que llegaría a las peores conclusiones posibles, sobre todo porque esa fue la principal razón por la que no había sacado el tema en primer lugar.

—Jack... —ofreció.

—¡Cállate! —gritó él apretando el agarre de su brazo hasta que fue doloroso. Hizo una mueca arrugando su cara, y él la liberó con brusquedad, como si por fin se diera cuenta de lo que estaba haciendo—. Me miraste a los ojos y me dijiste que todo contacto con él se había acabado, que no era nadie en esta historia, y todo el maldito tiempo estuvo allí.

—No lo entiendes... —intentó de nuevo.

—¿Qué no entiendo? —preguntó con una expresión salvaje a la vez que pateaba otra silla contra una pared, evitando que continuara—. Porque yo creo que por fin lo estoy viendo con total claridad. ¿Acaso en algún momento dejé de estar presente?

—No-no... ¡No! —gritó ella caminando hacia él y tomando las solapas de su saco negro, zarandeándolo, tratando de que la viera y entendiera—. Eso no es cierto, ¿comprendes? ¡Ni siquiera lo pienses!

—¿Y qué más quieres que haga? —vociferó él perdiendo el control y arrancando sus manos del agarre de su ropa.

—Carl solo... Él...

—De nuevo lo querías todo —volvió a cortarla, en un rugido, antes de apartarse un par de pasos y golpear la mesa con sus puños.

Negó con la cabeza, sintiéndose desesperada y cohibida. Esto no debería haber salido así. Tal vez no lo hubiese pensado del todo bien, había actuado impulsivamente al aparecerse allí a insultarlo y después largarse, actuando orgullosa e infantil; pero nunca habría anticipado que le fuera a explotar en su cara hasta tal extremo.

—No fue así —susurró con voz ronca. Él bufó, deteniéndola, no tanto por

el sonido sino por la forma en que se giró hacia ella, con un movimiento brusco y salvaje.

—Deseabas un mayor porcentaje de acciones de *Composture*, también *Luxury*... ¿y qué más? Ah, sí, sexo formidable, ¿verdad? —continuó con brutalidad—. Según tus propias palabras, Carl no rendía en ese departamento, por lo que preferiste acercarte al experto. A quien supo complacerte y volverte loca como tanto habías deseado durante toda tu vida. ¿Fue esa la verdadera razón por la que entraste en mi casa esa noche, Norah, además de por las acciones? Y allí estaba yo creyendo que por fin llevaba el control de algo; cuando al parecer, de nuevo, como siempre, bailaba al son de las notas que tú tocabas. O más bien follaba...

—¡Basta! —le rogó, aunque sonó más bien como una orden. Sus ojos, a diferencia de otras veces, estaban totalmente secos, negándole el llanto junto con la liberación que eso conllevaba—. No sigas, no te denigres de esa manera, ni a mí ni a lo que compartimos.

Él resopló y pasó una mano por la cara.

—Por favor —se burló poniendo sus ojos en blanco—. Firma los malditos papeles y salgamos de esto. Es lo que debí haber hecho un año atrás, justo después de enterarme de la verdad, en vez de desviarme a pensar y hacer tonterías —concluyó sin mirarla.

Norah abrió y cerró la boca varias veces, mirando intercaladamente entre el papel con fondo celeste y a él, quien sacaba de su saco una pluma y se la ofrecía. Una pluma que conocía muy bien. Sus pies incluso dieron un paso hacia adelante, considerando que había batallado lo suficiente, que ya estaba agotada de intentarlo. Lo miró de nuevo, percatándose de su expresión tensa y plana, con un gran muro imaginario rodeándolo, haciéndolo de nuevo impenetrable. Sus hombros se hundieron con todo el peso de este, que aunque no existía en forma tangible, estaba hecho de un material tan resistente que incluso con sus mayores esfuerzos había conseguido solo un atisbo fuera de él.

Sin embargo, se forzó a detenerse. Menos de dos horas atrás se había jurado hacer lo que fuera para conseguir romper ese muro y obtener a ese hombre, y aunque al final no lo lograra, no podía volver a caer en lo mismo. No podía dejar todo sin resolver y en el silencio de nuevo. Puede que no hubiese aprendido demasiado de toda esa experiencia, pero al menos algo se llevaba.

—No hubo nada malo en ello, Jack —susurró con la mirada fija en la pluma, reculando el paso que había dado—. Me ayudó a conseguir el crédito

sin ningún tipo de obligación o pago personal. Bueno, sí hubo algo, pero no conmigo, quería salir con Anne, porque tampoco tiene ningún tipo de interés por mí. Ni siquiera tengo que tener contacto con él. Creo que lo hizo porque se siente culpable por dejarse engatusar por mi hermana y por ser un muy mal bebedor...

—Por Dios, ¿qué tan imbécil crees que soy? —le preguntó golpeando la mesa de nuevo y lanzando la pluma sobre esta en un gesto rudo.

—¡No tenía otra opción! ¡Escúchame, por favor! —clamó—. Mi empresa estaba casi quebrada, ya que no cubríamos el cupo de patrocinadores, y los que accedieron comenzaron a huir despavoridos después de comenzar a publicar.

—¿En serio? ¿Ahora dirás eso? ¿De nuevo viene el escudo de que lo hiciste para cuidar un maldito bien que no significa nada?

—¡Pero significa algo para mí! —declaró con voz aguda, muy parecida a un chillido—. Más bien lo es todo porque no tengo nada más, Jack. Porque no te tenía a ti y no había nada más que ese proyecto. ¿Lo iba a perder también? ¿Eso era lo que querías?

—No lo lances hacia mí, Norah —exigió—. No me conviertas en el culpable de esta situación.

—¡Por Dios! —gritó frustrada y exasperada—. Si no hubieras estado atacándome, si otros bancos hubiesen accedido a financiarme, si ese maldito correo de prohibición no hubiera existido, jamás habría accedido a la oferta de Carl. No soy idiota, sabía las consecuencias que podría acarrear aceptarlo —declaró casi sin aire—. Pero no pude hacer otra cosa porque ningún otro maldito banco quería arriesgarse a enemistarse con los grandes Spencer —espetó, acercándose a su lado—. ¿Quién demonios se acuesta con una mujer en la noche y arruina su vida por la mañana? —preguntó entonces, en un murmullo, repitiendo las palabras tan ciertas que su amiga una vez le había dicho.

Jack parpadeó y todo su cuerpo se impulsó hacia atrás, como si la impresión causada por esas palabras lo hubiese tocado físicamente. Norah sintió que su pecho se constreñía y que su estómago se hundía. Se había forzado a ignorar todo lo referente a ese asunto en particular, y justo en ese instante no pudo hacerlo más. El dolor y la sensación de traición la invadieron, una incluso más intensa que la que sentía hacia Bethanie, porque había tenido a Jack sobre un pedestal, y jamás había considerado que alguna vez se le caería.

—Nunca te creí capaz de algo así —confesó sintiéndose totalmente decepcionada. Él ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Qué hay sobre ti? ¿Quién demonios se acuesta con el hombre que supuestamente está arruinando su vida? Te metiste en mi cama y ni siquiera cuestionaste lo que estaba sucediendo. ¿Qué diablos está mal contigo?

Frunció el ceño y después suspiró, pasando su mano por su cabello.

—Pensé que ese era otro castigo de los tantos que habíamos pasado... —susurró. Como explicación sabía que dejaba mucho que desear, pero no tenía otra excusa—. Al principio ni siquiera se me ocurrió considerar que tú fueras a llegar tan lejos con esto; después Anne se encontró con Carl, y él me confirmó que eran los Spencer quienes estaban detrás de todas las negativas.

—Y, por supuesto, al gran Carl le creíste, en vez de ir a mi lado y preguntármelo directamente o buscar mi ayuda.

Por todo un minuto, su mente quedó en blanco, la incredulidad y el asombro impidieron que consiguiera formular una respuesta. En cambio, soltó una risa histérica.

—Me alegra que te resulte divertido —ironizó el rubio, balanceándose sobre sus pies, ofuscado.

—¿Divertido? —preguntó jadeando, aturdida con que siquiera lo sugiriera—. ¿Estás loco? Prueba más bien con trágico y patético —explotó—. ¿Te estás escuchando? ¡¿Me estás jodiendo?! ¿Cómo se supone que voy a llegar a decirte eso cuando una semana atrás lo primero que me dijiste cuando te pedí que volviéramos a intentarlo fue que tu dinero no podría estar involucrado?

—¡No lo sé! —gritó él golpeando de nuevo la mesa y dándose la vuelta, con sus hombros tensos y sus manos sujetando su nuca—. Cualquier cosa es preferible a esto.

Suspiró y cerró los ojos, negando a su vez con la cabeza. Sin que se lo pidiera y sin esperar un segundo más, comenzó a relatarle todo, desde que había llegado a su casa y se encontró a Carl junto con Anne, lo que hablaron, lo que sintió al enterarse, sin dejar de mirar fijamente a su espalda, la cual se tensaba a momentos.

—¿El día en que me llamaste y te dije lo de la fiesta? —preguntó él cuándo culminó.

—Sí —respondió—. ¿Recuerdas que te dije que teníamos que hablar?

Jack se giró para verla, con los ojos desquiciados y respirando con brusquedad.

—Te lo pregunté, Norah. Casi una semana después. Justo antes de ver al



bastardo rondándote en el balcón.

—Lo sé, pero...

—Estaba interesado de tu empresa porque tuviste razón —la interrumpió—, porque la gente asumió que habíamos regresado juntos y me contaron del dichoso correo, indagando sobre cómo iban a proceder ahora. Así que me acerqué a ti y te lo pregunté, ya que quería verificar si era cierto, porque no tenía idea de qué hablaban, ¡dado que yo no ordené ninguna maldita prohibición en primer lugar!

La pelinegra abrió los ojos desmesuradamente y se apartó un paso, pasmada ante su declaración.

—Quieres decir que... ¿No fuiste tú?

—¡Claro que no fui yo! —gruñó mirándola con fiereza—. ¿Es que no me conoces? Jamás haría algo tan rastrero...

—Me quitaste *Composture*.

—Y me he sentido como un bastardo por ello desde que sucedió —la interrumpió, pareciendo incrédulo porque utilizara ese intento de defensa—. ¿En realidad pensaste que sería capaz de hacer algo así con todo lo que estaba sucediendo entre nosotros en ese momento? —la cuestionó.

—No tenía sentido, pero...

—Pero nada. Me lo ocultaste y fue tu decisión. Después a mí se me olvidó por... Sabes por qué —aclaró en voz más baja—. No obstante, pasamos esa semana en Santa Bárbara y pudiste habérmelo dicho en cualquier momento, tuviste muchas oportunidades.

—No puedo creer... ¿Te estás escuchando? ¿Acaso no te conoces? ¿Tengo que recordarte que estos meses has sido el ser más inasequible?

—No allí —la interrumpió, haciéndola parpadear—. No durante esos días, Norah. Y lo sabes tan bien como yo.

—Me pediste que olvidáramos nuestros problemas, que dejáramos todo bien lejos de esa cabaña. Nada de lo que me estás acusando ahora es justo —susurró en voz ronca.

Jack suspiró.

—Eso no formaba parte de nuestros problemas, Norah, ¡porque yo ni siquiera lo sabía y tú no tenías intención de contármelo! —vociferó ofuscado—. La verdad es que nada entre nosotros ha cambiado. Lo que me prometiste esa última noche es mentira, jamás me lo darás todo, ya que ni siquiera pudiste darme ese poco.

Sintió que el corazón se le oprimía contra su pecho y jadeó, percibiendo

casi dolor físico y un ahogo tal que le costó respirar. Negó con la cabeza.

—Lo peor de todo es que sabías que estabas haciendo mal, Norah, por eso no me lo dijiste. Tienes la capacidad más asombrosa de evadir todo lo que crees que puede afectarte, y no consigo lidiar con ello. Ya no más.

—No éramos nada, Jack, tú quisiste esa línea, no yo.

Él negó con la cabeza, con expresión desencajada.

—No intentes irte por esa defensa tampoco, porque sabes tan bien como yo que eso es una mentira. Podríamos tener muchas cosas en ese momento, pero jamás líneas definidas. Y mucho menos confianza.

—¿Me habrías creído? —le susurró con la voz quebrada, sintiendo de nuevo que la profunda invalidez la invadía—. Temía tanto que no lo hicieras. Que no confiaras en mí...

—Ahora nunca lo sabremos —respondió él con voz monótona. Y odió esa frase tanto como lo hizo cuando se la dijo la primera vez.

—¿Me crees ahora? —rebatía entonces—. ¿Crees en lo que te estoy diciendo? ¿Por lo menos un poco para dudar?

Él suspiró y se pasó una mano por su cara.

—Puede que sí lo haga, ¿aunque sabes qué me mata? Todo lo demás. Y la verdad no sé para qué seguimos discutiendo esto. No sirvió. Me pediste que decidiera y lo hice, te quiero lo más lejos que puedas de mi vida, y necesito que firmes eso antes de irte.

Volvió la vista hacia donde señalaba, al papel y la pluma sobre la mesa, sintiendo que su resolución le fallaba, así como las fuerzas para continuar.

—Vale, lo acepto —susurró a pesar de que no pudo acercarse otro paso, una pared invisible la detuvo, la pared que decía que eso no podía ser todo, que no habían luchado tanto para simplemente morir allí. Se giró hacia él en vez—. No, la verdad no lo hago, Jack. No lo hago, ya que no lo estás dejando porque quieras, sino porque estás asumiendo cosas que no son. No significó nada, Carl me estaba ayudando, nada más.

—No, Norah, eres tú quien no lo entiende. Puede que tengas razón, que estés diciendo la verdad; pero el problema es que no te creo —le dijo con pose derrotada—. Y creo que nunca lo haré de nuevo.

Lo miró desolada, y negó con la cabeza sintiendo que sus ojos se humedecían por fin.

—Es que las cosas no sucedieron así, y ni siquiera quieres intentarlo porque tienes miedo y no me permites demostrarte lo contrario. Acabas de decirme que estaba evadiendo y yendo a lo más sencillo, pero eso es lo que

estás haciendo tú ahora, ¿no lo ves?

—¡No me psicoanalices, maldición! —gritó él, apartándose aún más de ella.

—¿Por qué no me buscaste cuando te enteraste? ¿Pediste explicación? — Jadeó y miró hacia la puerta doble, negando con la cabeza—. Bethanie, por supuesto, jamás desaprovecharía algo así. Tuvo que envenenarte con algo...

—¿Para qué iba a pedirte explicación? No me ayudó en nada la vez anterior.

—Bueno, no es igual. No lo es porque no es cierto, porque no te he fallado.

—Sí, pero no hay garantía de eso ni de que la próxima no lo hagas, Ella lo miró horrorizada y entonces consideró sus palabras, comprendiendo lo que en verdad era el meollo de toda esa discusión.

—Nunca hay garantía de nada —le rebatió—. Tres años atrás, yo estaba segura de que iba a morir en una prisión con un hombre que detestaba, porque deseaba algo tan desesperadamente que ni siquiera me paré a pensar que lo que estaba haciendo excedía todos los límites. Un año antes de eso estaba segura de que iba a ser la jefa de *Composture* y que todo sería perfecto. Y heme aquí, Jack, nada de eso fue cierto; en cambio, estoy dejando ir algo que pensé que siempre ansiaría por lo que significaba y rogando por tener lo que creí que aborrecería de por vida.

Él parpadeó, y ella suspiró encogiéndose un poco sobre sus hombros.

—Ya te perdí una vez, y estoy segura de que puedo hacerlo de nuevo, sobre todo porque en verdad nunca te tuve esta vez; pero no me digas que todo está totalmente arruinado porque en Santa Bárbara nos demostramos que esa declaración es falsa.

—Fue una fantasía —respondió sin mirarla.

—No, fue como debimos haber sido si yo no hubiese sido tan obtusa para verlo y si tú no fueras tan terco ahora.

—Firma los papeles, Norah —le dijo él.

Parpadeó mirándolo.

Toda su expresión corporal había cambiado y supo en ese momento que lo había perdido. Sin embargo, el hundimiento y el dolor que creyó que le seguiría a esa realización no la invadió, quizá porque lo que le había dicho unos segundos atrás era cierto, ya lo había perdido antes, o tal vez porque jamás lo había tenido.

Podría ser también que ese tipo de dolor fuera parecido al físico, que

cuando llegaba a niveles excepcionales, el cuerpo se adormecía haciéndose humanamente soportable, como una anestesia biológica.

Sintió terror a las sensaciones que surgirían cuando dicho efecto dejara de funcionar.

Caminó hacia la mesa y tomó con manos temblorosas la pluma que ella le había regalado, pareciéndole muy poético que utilizara esa exactamente para firmar su final. Había sido su primer regalo de cumpleaños y lo más impersonal que pudo conseguir para él, como una venganza estúpida e interna para castigarlo por la vida que se encontraba viviendo.

Él había amado el regalo, y ella había amado la idea de torturarlo.

Y ahora era utilizado para convertirlos en un par de extraños.

Comenzó a firmar el divorcio agradeciendo que tuviera pequeñas flechas para mostrarle dónde debía hacerlo, porque la vista se le empañó y no podía entender qué decía la mayoría del tiempo. Su mano temblorosa evitaba por momentos que firmara como debía hacerlo, pero se las apañó para conseguirlo. Parpadeó en un momento y cayó una lágrima sobre el papel, siendo la guinda del pastel, supuso. Suspiró cuando por fin llegó a la última hoja y terminó con ello.

—¿Lo leíste? —le preguntó con voz ronca. Ella negó con la cabeza, sin mirarlo.

—No me interesa y no quiero nada —confesó aún paralizada—. Lo que sea que me hayas dado regrésalo, Jack, porque te juro que no lo aceptaré. Hablo en serio.

Elevó allí la mirada y lo vio asentir forzadamente, su tez estaba pálida y parecía descompuesto. Imaginaba que ella se encontraba igual. Él suspiró unos segundos después y se acercó a la mesa, cogió los papeles, los dobló en tres y los metió en el bolsillo secreto de su saco.

Ambos se quedaron inmóviles, mirándose a los ojos por lo que se sintió mucho tiempo, antes que ella parpadeara y desviara su cara.

—Incluso cuando intenté hacer las cosas bien, lo arruiné, ¿eh? Debe ser un endemoniado récord —susurró con voz rota, y se giró para limpiarse las lágrimas y arreglarse.

Jamás le daría la satisfacción a Bethanie de verla quebrada. Sonaba como una muy pequeña victoria alrededor de todas las grandes pérdidas de ese día, pero era una que se merecía. De repente, sintió que Jack la jalaba de la muñeca y la giraba, colocándola contra su pecho, y sorprendentemente, la abrazó.

Podría haber soportado cualquier cosa excepto esa, así que se derrumbó. Comenzó a llorar un poco más, ya que no pudo evitarlo estando contra ese pecho que adoraba y donde se había acostumbrado a dormir. Él la sujetó con fuerza por unos minutos, besó su cabello un par de veces, antes de negar con la cabeza. Lo escuchó tomar aire, tal vez buscando algo adecuado que decir a pesar de que ninguna palabra escapó de sus labios; solo el silencio y sus sollozos los rodearon.

Eventualmente se calmó, porque esos ataques eran así, cortos aunque no por ello menos fulminantes. Tomó su bolso y buscó su maquillaje para arreglarse, se sentó frente al escritorio, en una de las sillas que sobrevivió a las patadas de Jack, mientras él se movía alrededor para arreglar el desastre que habían causado. Cuando terminó, se sentó frente a ella. Norah forzó una sonrisa, la cual salió más como una mueca, y estiró su mano para tocar un par de sus dedos.

—Sé feliz, ¿vale? —le pidió entonces en un susurro roto—. No cometas el error de conseguir otra joyita como yo; una perra oportunista de por vida es suficiente.

Él soltó una especie de risa ahogada, también medio quebrada, pero no contestó o le ofreció la misma petición.

Siendo sincera, tampoco se lo esperaba.

Se levantó, colocándose sus lentes de sol, y salió de allí con su espalda recta y su corazón destrozado. Saludó a sus alrededores a esa gente que por mucho tiempo fue su familia. Ignoró a quien lo era por sangre, y soportó el camino desde el ascensor hasta el estacionamiento, se montó en su vehículo y lo puso en marcha para largarse lejos de ese sitio.

Allí lo comprendió.

Justo en el piso quince de ese edificio, había dejado su hogar. Esa vez para siempre. Sin más acuerdos ni retribuciones ni terceras oportunidades.

Tomó grandes bocanadas de aire para controlarse y maniobrar la máquina, decidiendo que quebrarse en el estacionamiento tendría el mismo valor de una derrota contra su hermana que hacerlo frente a sus ojos. Consiguió transitar doscientos metros antes de detenerse y comenzar a sollozar de forma tan inclemente que parecía que estuviesen desgarrándola viva.

Su teléfono empezó a sonar una y otra vez, y lo dejó seguir sin siquiera molestarse en saber quién llamaba, cuánto tiempo había transcurrido o si le interesaría alguna vez enterarse.

Eventualmente, miró el teléfono y descubrió que era Anne. Contestó y entre

balbuces e hipidos explicó que todo se había acabado, que él había decidido distinto y que habían firmado los documentos del divorcio.

—*Ven adonde estamos* —le rogó Anne cuando terminó de hablar.

—No estoy de humor. Voy a casa —declaró.

—*Norah, vas a coger el auto y vas a venir para celebrar tu triunfo. ¿Me oyes? Él no puede quitarte eso. Más bien brindaremos el doble por ello, porque para bien o para mal, ya tuviste tu respuesta y sabes que hiciste todo lo que pudiste. No hubo nada más que pudieras ofrecer o entregar. ¿Escuchaste? ¡Absolutamente nada!*

Giró su cabeza hacia atrás, adonde había dejado *Composture*, a él, y asintió tragándose el nudo en su garganta.

—Estoy hecha un asco —intentó con otra táctica que en realidad no era falsa.

Bajó la visera de su asiento y se miró arrugando la nariz. Su cara estaba roja, sus labios, hinchados, y el rímel, corrido por sus mejillas. Se burló de sí misma con una expresión desdeñosa. Había tardado y le había costado, pero al parecer por fin su exterior reflejaba perfectamente su interior.

—*Dame diez minutos, y te aseguro que todos los demás se verán peor que la mierda. Es más, espera* —indicó. Poco después escuchó que soltaba un gritillo a su secretaria—. *Cassey, échate una jarra de agua fría encima.* — Escuchó que la recepcionista preguntaba por qué con tono incrédulo —. *¡Porque yo lo digo!* —Oyó gritos y algarabía y algo que sonaba muy parecido a agua;, no pudo evitar sonreír ante el absurdo de la situación—. *Listo. Te aseguro que estarás de acuerdo conmigo en que no eres la que peor se ve.*

—Espero que haya mucho alcohol —murmuró ya rindiéndose.

—*Juro que si no hay suficiente, haré que todos vomitemos colectivamente para que te tomes el que hemos ingerido* —prometió y amenazó.

Los labios de Norah se arquearon en una media sonrisa y mueca de asco mientras se imaginaba la escena.

—*Tú hiciste esto posible, y te necesitamos aquí. Además... si no lo haces te volveré la dama de honor.*

—¿Qué? Hace unas horas era proxeneta.

—*Bueno, hasta ahora se ha portado bien. Si lo vieras, parece un pescadito fuera del agua y en este instante anda persiguiendo a Jeremy, que es el único que aún se ve medio decente.*

—Un héroe.

—*Sin duda*—ironizó la pelirroja—. *Norah...*

—Vale—susurró con voz temblorosa, y volvió a arrancar el vehículo, dirigiéndose a su nuevo sitio en el planeta.

## Capítulo 20

Jack vio salir a Norah del salón y sintió que cada parte de su cuerpo se embarrotaba, encorvándose como un puma preparándose para saltar hacia su presa, para perseguirla. Incluso se puso de pie y dio un paso hacia la puerta ansiando tomarla y arrastrarla lejos, romper el papel que guardaba en su saco y mandarlo todo al infierno. Pero no pudo hacerlo.

Le tomó toda su fuerza de voluntad quedarse allí, observarla caminar con su barbilla alta y saludar a los que le pasaban por el lado. La gente a su alrededor le sonreía y parecía que la apreciaban, incluso se mostraban tan maravillados por verla de nuevo que fingían desconocer el espectáculo que habían protagonizado antes de encerrarse en la sala de juntas.

Eso lo dejó atontado. La gente debería estar burlándose o parecer interesada por enterarse de lo sucedido. En cambio, le mostraban afecto. La miró desde su sitio hasta que desapareció por el ascensor al final del pasillo.

Pasó una mano por su cara, sintiéndose agotado y como una completa porquería. Se volvió a sentar, tapó sus ojos y meditó sobre lo que había sucedido.

Lo peor de todo era que, de nuevo, le había creído; cada una de sus palabras; cada explicación por sus faltas; cada emoción que mostraba su mirada; cada entonación de su voz y sus lágrimas. Hubo algunas de esas que estuvieron a punto de quebrar su resolución, como la que se deslizó por su mejilla cuando estaba firmando los papeles del divorcio. Pero ¿eso no lo hacía todo un poco peor? Ella podría venderle la luna, y él, aun sabiendo que era imposible, la compraría mientras se preguntaba si esa vez sería cierto o si estaba de nuevo actuando como el pelele de siempre. ¿Cómo demonios podría vivir la vida así?

Era imposible.

—¡Jack! —Escuchó que le gritaban, por lo que salió de sus pensamientos, bajó la mano hacia la mesa alargada y se encontró con la cara de Bethanie a pocos centímetros a la suya—. ¿Estás bien?

Dio un brinco que hizo que la silla trastabillara hacia atrás y casi se cayera al suelo. Consiguió estabilizarse, sintiendo que ella tomaba su brazo para sujetarlo.

—¡Jack! —volvió a gritar moviéndose con mayor dificultad a su lado, imaginaba que el golpe de la caída la había lastimado—. Ya saqué a Norah del edificio, no volverá a interrumpir nuestra reunión, ¡qué desfachatez de su parte aparecer por aquí! —empezó a quejarse.



No la escuchó del todo, su mente estaba enfocada en lo que acababa de suceder, repasando la conversación incluso aunque intentara detenerla y enfocarse en otra cosa.

—Ella es el colmo de todo abuso... ¡Venir a increparte y agredirme en mi propia empresa! —continuó la mujer.

Parpadeó y elevó su cabeza para mirarla.

—También es suya —expuso confuso.

Bethanie elevó su mano e hizo un gesto descartando el comentario. Jack entrecerró los ojos.

—Le diré al doctor Gil que venga para que continuemos en lo que estábamos antes que esa idiota apareciera a quejarse y a lloriquear por no obtener lo que quería —concluyó con tono de burla. Antes de girar hacia la puerta, él notó una pequeña elevación en sus labios, muy parecida a una sonrisa.

Su cuerpo se activó sin que siquiera fuera consciente de ello, extendiendo el brazo para sujetar su muñeca, deteniéndola.

—Espera, quiero hablar algunas cosas contigo antes —ordenó.

Se giró confundida y tomó asiento, ya que no le dio otra opción. Él se acercó a la puerta y volvió a cerrarla, poniéndole seguro para que no escapara.

—¿Qué sucede? —musitó la castaña.

—¿Cómo supiste que Norah se acostó con Carl? —indagó sintiendo una necesidad apremiante de saberlo. No entendía bien por qué, ya que quería cerrar de una buena vez esa historia, pero su alma continuaba exigiendo respuestas, solo que ahora las demandaba de la mujer que había arruinado su feliz ignorancia.

Las palabras de Norah retumbaron en su mente, volviéndolo más suspicaz que nunca. Bethanie lo miró dudosa.

—Ella me lo dijo —contestó ladeando la cabeza.

Jack imitó el gesto, preguntándose sobre quién estaría mintiendo.

—¿Por qué entonces la grabación es de Carl, en vez de Norah? —recordó.

—¿Qué más da eso? —preguntó encogiéndose de hombros—. Es historia pasada.

—Pero no comprendo...

—¿Qué es tan difícil de entender? —inquirió con tono inocente, interrumpiéndolo—. Los estaba usando, a ti y a él, antes y ahora.

—No es eso lo que...

—Quería quitarme *Composture* y tú eras su medio para hacerlo. Necesitaba dinero y Carl se lo dio. Ambos sabemos exactamente cómo agradece ella ese gesto, ¿no es así?

Recibió esa estocada sin ninguna expresión que mostrara lo hondo que se había hundido. Se quedaron en silencio por un par de minutos y consideró renunciar a ello, no tenía sentido continuar.

—¡Bien! Llamemos al abogado... —continuó la castaña.

—¿Qué te llevó a contarme todo esa tarde, Beth? —indagó de nuevo, al parecer sin ningún tipo de control.

—¿Qué es lo que te ha dicho, Jack? Ella manipula a la gente, pensé que ya lo habías comprendido.

—Es solo una pregunta. —La evadió acercándose un par de pasos—. Además, no fue que me lo contaras, sino que tenías todas las pruebas justo allí, era como si supieras que las ibas a necesitar ese día. ¿Cómo grabaste la conversación con tu padre? Eso debía tener años en tu teléfono, ¿por qué no lo habías borrado aún? Y al imbécil de Carl, lucía muy borracho y muy desnudo. —Entrecerró los ojos recordando cosas que había pasado por alto en el momento—. ¿Cómo se te ocurrió grabar algo así? ¿Quién hace eso?

—¿Que está sucediendo aquí? —murmuró ella elevándose sobre sus pies con dificultad—. La verdad no tengo ni idea, todo ocurrió hace mucho tiempo, ni siquiera recuerdo por qué lo hice...

—Y los mensajes de ella los mantuviste allí guardados y estaban al tiro para enseñármelos. ¿Con qué propósito? —insistió.

—Pero, ¿qué te pasa? —Negó con la cabeza y titubeó por un par de segundos, antes de sacudirse y mirarlo fijo, con una expresión confusa y dolida—. ¿A dónde quieres llegar atacándome así? Todo lo que te dije fue cierto, ¿o es que ella lo negó en algún momento? ¿Qué te ha hecho dudar? No sé qué tiene esa mujer para volverlos tan locos. No me digas que estás pensando seriamente en perdonarla después de todo lo que ha sucedido.

—Bethanie, estás conjeturando sobre mi vida privada, la que, por supuesto, no te incumbe.

—Eso te convertiría en el mayor imbécil de todos, Jack —continuó, ignorándolo—. Jugó contigo hasta que se cansó; te humilló y engañó, ¿y tú quieres darle otra oportunidad y olvidarlo todo para que vuelva a hacerlo?

Gruñó caminado hacia la mesa, la que terminó golpeando de frustración.

—No te permito que opines sobre cómo manejo mi vida. ¿Quién te crees? —espetó.

Bethanie resopló indiferente.

—En vez de discutirme y atacarme por lo que imagino que es una reacción a lo que fuera que ella te dijo, deberías agradecerme por lo que he hecho por ti. No solo te he salvado una vez de esa arpía, sino que lo he hecho dos veces. Norah no tiene escrúpulos, a diferencia del resto de los mortales. Y la verdad, por eso te lo conté, no quería que te siguieran viendo la cara de idiota. Ya, lo dije, lamento que me obligaras a hacerlo, quería ahorrarte la vergüenza, pero me obligaste. Me dabas lástima, siempre actuando todo embobado por una mujer que no valía la pena, que nunca le importó estar con otro hombre además de contigo. Debía hacer algo, incluso así fuera mi hermana. Por qué ella tendría derecho a ese tipo de adoración cuando claramente no se lo merecía va muy lejos de mi comprensión.

Él enderezó su cabeza para mirarla por primera vez en toda esa conversación, alerta por completo de sus palabras y su expresión. Parecía inocente y casi desvalida; sin embargo, había algo en ello que faltaba, algo que su hermana tenía de sobra y que le daba credibilidad incluso aunque supiera que estaba mintiendo. No podía darle un nombre específico, tal vez fuera más el hecho de que a Norah la amaba y a Bethanie la consideraba un engendro del mal. Por un segundo la comparación ficticia se dibujó en la realidad.

Ni siquiera tenía que ver con sus palabras, recriminaciones y la forma en que —notaba por primera vez— lo menospreciaba, aunque repitiera que lo estaba ayudando; era la mezcla de todo. Era que la veía a ella más allá de lo que confesaba, más allá de los pecados de Norah, los que durante mucho tiempo cubrieron las malas intenciones de Bethanie y que ahora carecían de importancia.

Parpadeó aturdido ante esa realización, ante la idea que los hubiese superado por completo y ni siquiera se hubiera dado cuenta a pesar de haber atacado a la pelinegra con ellos poco tiempo atrás. Negó con la cabeza y afincó sus dos manos en la mesa para posicionarse frente a la castaña.

—Si todo eso es cierto, ¿por qué demonios primero metiste tu lengua en mi garganta? Recuerdo ese día como si fuera ayer, y tú te me insinuaste, te me lanzaste encima, ¿para qué hacerlo si eres mucho mejor que Norah?

La mujer abrió los ojos desmesuradamente por un instante, antes de encogerse de hombros.

—Pensé que querías darle un poco de su propia medicina, y te lo estaba ofreciendo en bandeja de plata —respondió ladeando la cabeza. De nuevo vio

que sus labios se elevaban mínimamente antes que lo controlara. Él frunció el ceño.

—¿Y cómo...? —Se detuvo cuando comprendió a qué se refería. Se sintió físicamente enfermo. ¿Había estado grabándolos también?

Parpadeó mientras unía las piezas en su cabeza y la verdadera cara de la hermana de Norah surgía a la superficie. ¿Si no la hubiese detenido ese día, habría corrido hacia Norah con alguna grabación? Quizá la habría guardado hasta encontrar el momento de mayor vulnerabilidad para dar su estocada, para causar el mayor daño posible y, de rebote, mayor beneficio. Ahora dudaba seriamente de que la grabación de Carl y los textos de Norah hubieran sido parte de un planeado regalo para él, como tanto alegaba ella. Y si lo hubiera sido no tenía ningún sentido; quien lo conocía sabría desde el principio que él jamás usaría ese tipo de treta o caería tan bajo para vengarse de Norah.

—Bien —dijo ella sonriendo y, obviamente, dando el tema por culminado mientras se movía hacia la puerta del salón—. Si eso es todo, es hora de terminar por fin con lo nuestro. Ya hemos tenido suficientes interrupciones por un día. Primero Norah, y después tú con tus preguntas ilógicas.

Frunció el ceño al ver cómo llamaba toscamente a una empleada y le ordenaba buscar al abogado; en ese momento comprendió que la táctica del besuqueo grabado por un teléfono en realidad sí era algo que él hubiese usado, porque lo que le hizo a Norah en venganza había sido igual de patético que eso.

Se dejó caer sobre el asiento más cercano por la impresión.

Él le había quitado su único sueño y deseo de vida. Le arrebató la dirección de *Composture* y el acceso a todo eso que había soñado desde niña. Recordó la primera vez que habló con ella y la forma en que se iluminó ante la expectativa de dirigir y editar *Composture*, así como también su propia promesa de hacerla feliz dándole lo que deseara y que la hiciera brillar así. Comprendió por fin las dimensiones de lo que le había arrebatado. Meditó sobre lo perdida que debió haberse sentido sin el único lazo que la unía a su madre, en no tener lo único por lo que había luchado, mentido e incluso prostituido, sin ningún tipo de límites, y por primera vez, se dio cuenta de que él no había sido la única víctima de esta absurda guerra entre hermanas. Quiso golpearse ante tremenda revelación. Él también se había equivocado. No fue ella la única que había cometido todos los errores que destruyeron cualquier posibilidad de éxito en ese matrimonio.

Apretó los labios y negó con la cabeza, miró su alrededor y notó que el abogado estaba entrando a la sala acompañado de Bethanie, quien cojeada un poco exageradamente, y que cerraba la puerta a sus espaldas.

—Bueno, como le iba diciendo, señor Spencer —dijo el abogado tomando asiento a su lado—, lo llamamos aquí porque le falta una firma para poder autenticar el documento y hacer el traspaso del veinte por ciento de las acciones a la señorita Bethanie Smith.

Jack se giró hacia la castaña de nuevo, tragándose el pesar de sus pensamientos oscuros y completamente absurdos si consideraba que en el lado izquierdo de su saco había un papel firmado por Norah que lo liberaba de todo. Comenzó a sentirse más que un poco furioso, y mientras asimilaba sus errores, algo más se le ocurrió.

—Bethanie —dijo—, ¿estás haciéndole guerra a *Luxury*? —preguntó, aunque cuando las palabras salieron de su boca, se sintió como un idiota.

Había estado tan concentrado en todo el embrollo de Norah —sus traiciones, mentiras, su obsesión— que había perdido el norte y la claridad que normalmente poseía.

La castaña frunció el ceño, evidentemente irritada porque no danzara a su ritmo y no cayera en su juego como llevaba haciendo durante bastante tiempo.

—Los asuntos internos de mi empresa no te conciernen, Jack.

—Ah, pero allí te equivocas —rebatía relajando su cuerpo contra la silla de madera y cuero negro, uniendo sus manos sobre su estómago, ganando terreno y haciéndola sentir nerviosa al instante—, el veinte por ciento que aún poseo me da ciertos derechos, sobre todo porque es la misma cantidad que tú posees, ¿no es eso cierto?

—Pero... —Negó con la cabeza, luciendo bastante consternada—. Llegamos a un acuerdo, ¿para qué ahora quieres saber algo de la empresa? Jamás te ha interesado antes.

—Eso era antes, cuando mis intereses estaban siendo protegidos por mi esposa. Esto es ahora. *Composture* está haciéndole boicot a *Luxury* para que pierda a sus patrocinadores —declaró en vez de preguntar, y la simple expresión de la mujer le dijo todo lo que tenía que saber—. Eso raya en la ilegalidad y hace que perdamos prestigio y credibilidad, cayendo en un juego de niña malcriada con dos empresas dirigidas por familiares consanguíneos. Especialmente porque la dueña de una de esas es también dueña de esta. No me parece que sea el movimiento más acertado para dirigir la revista. Lo cual me hace dudar de tus capacidades como jefa.

—¿De qué estás hablando? —preguntó entre dientes.

Él se acercó hasta casi rozar su oído.

—Que no te conviene tenerme como enemigo y que desde este instante pararás con lo que sea que estés haciendo contra Norah. ¿Comprendes?

Beth se tensó y miró hacia el escritorio.

—Eso es personal, Jack, esto es negocio, claramente no haré nada para perjudicar la revista de mi madre, mi vida es...

Siguió hablando, pero él frunció el ceño y negó con la cabeza, meditando sobre los pasos a seguir. Tomó el documento de traspaso y lo rompió frente a ella. Bethanie se levantó del asiento, la expresión de incredulidad y horror en su cara era francamente graciosa.

—¡No puedes hacer esto! —chilló—. Me diste tu palabra.

La ignoró y desvió su atención al abogado que miraba todo con expresión perpleja y también molesta, lo cual era obvio, había visto el intercambio entre la pelinegra y él, sabía que existía afecto entre ellos.

—Paute una reunión de consejo extraordinario. Lo más pronto posible. Y tú... —declaró acercándose a ella en forma amenazante—, aléjate de los asuntos de Norah, no lo diré de nuevo.

Salió de la sala con ambos documentos, uno roto y el otro aun ardiéndole en el saco, sintiéndose enfermo con esa situación y consigo mismo. No podía comprender cómo Norah había sobrevivido en ese nido de serpientes, como ella misma lo había llamado poco tiempo atrás, de forma muy acertada.

Cuando se detuvo para llamar el ascensor, alguien lo sujetó del antebrazo. Se giró para encontrarse con Bethanie, quien debió caminar con bastante rapidez para llegar allí.

Su opinión sobre esa mujer empeoraba a cada segundo que pasaba.

—Yo te ayudé una vez, ¿es que no lo recuerdas? —indagó incrédula—. ¿Por qué me estás atacando así?

—No. Solo me manipulaste para conseguir la empresa de tu hermana y, de paso, arruinarla a ella. Fui yo quién te ayudó a hacerlo porque caí como un idiota. Pero no cometo el mismo error dos veces. Puede que creas que me conoces, pero no sabes lo que soy capaz de hacer cuando me siento motivado.

Ella dio un paso hacia atrás, y él la miró de arriba abajo.

—Dime algo, Beth —pidió con voz casi dulce—. ¿Cómo conseguiste que los bancos creyeran que los Spencer no permitiríamos que le aprobaran financiamiento a *Luxury*?

Su mandíbula tembló un poco y sus pupilas se dilataron, dándole la

respuesta que necesitaba.

—No entiendo de qué estás hablando —susurró sin la seguridad que la había acompañado durante toda esa conversación.

Él negó con la cabeza y escuchó el pitido de aviso de que el ascensor había llegado, se apartó de su agarre.

—Es mejor que reformules todo este juego que tienes montado, porque llegaré al fondo de este asunto muy pronto y será peor para ti si me entero que me estás mintiendo. Me enseñaste una gran lección ya un año atrás: jamás permitas que una Smith te engañe. A Norah la dejé sin nada y la amaba, ¿qué crees que pasará en tu caso?

Ella titubeó y bajó la mirada, encogiéndose ligeramente.

—Hablé con tu tío —confesó.

Sintió que su estómago se hundía y que la furia lo invadía, incluso dio un paso adelante notando como sus manos se volvían puños, antes de comprender lo que había estado a punto de hacer.

—Eres una zorra —murmuró mirándola con furia.

El ascensor comenzó a cerrarse y lo detuvo con una mano para poder entrar en el cubículo de metal, estaba deseoso de irse antes de hacer algo que lo perjudicara.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron, maldijo por lo bajo, comprendiendo cuánto lo habían manipulado y cómo había caído como un idiota. Al parecer no era solo Norah quien causaba ese efecto, sino que eran las Smith en general.

«Hasta acá. Me harté de ser el monigote de las hermanitas Smith —pensó—. ¿Habrá sido ese el motivo de su reserva a que saliera con su hermana y no el simple hecho de su parentesco?».

Todo ese tiempo había creído que su renuencia sobre su hermana y él solo se trataba de la paranoia de Norah al imaginarse que él tendría sexo con Bethanie para vengarse de ella; jamás había considerado que su negativa y constantes advertencias eran porque quería protegerlo de Bethanie. Situación de por sí absurda, por supuesto, aunque no inverosímil.

—Eres una tonta, Norah —murmuró negando con la cabeza, preguntándose por qué demonios no le había dicho nada de ello en primer lugar. Pero no, como siempre, ella había preferido callarse y mantenerlo en la ignorancia.

Meditó sobre las últimas palabras de Bethanie y volvió a maldecir, en esta oportunidad, por su idiotez al no atar cabos. Solo tres personas en su empresa tenían la suficiente influencia para emitir ese tipo de mandato, y ni siquiera lo

había considerado porque siempre estuvo confiado en que nadie más que su padre conocía el enredo de su matrimonio.

«Tengo que citar al consejo de Spencer a una reunión con urgencia», anotó mentalmente.

Y justo allí lo entendió. Miró a los paneles de metal cuando las puertas se abrían al llegar a su destino, pero no se movió, ya que la incredulidad y el horror lo paralizaron por completo.

Norah siempre tuvo razón.

Él había influenciado —indirectamente— al bloqueo que llevaría a la quiebra su nueva revista, después de arrancarla de la que por derecho le correspondía y a la que aún pertenecía si la opinión de los empleados significaba algo.

¿Cómo demonios ella iba a buscarlo por ayuda cuando él era el culpable?



## Capítulo 21

Norah volvió a pasear por el espacio abierto del *loft* de dos plantas con amplios ventanales y un balcón casi de ensueño, sonriendo ligeramente. Le parecía perfecto. Estaba ubicado en Brentwood, el alquiler estaba dentro de su presupuesto y le resultaba fácil verse viviendo allí.

Había pasado un mes desde que se enteraron de la nominación de la revista, y el nuevo número salió a la venta con diez nuevos patrocinadores, por lo que por primera vez en meses no predecía un porvenir tan negro en el futuro de *Luxury*. No era tan optimista como para creer que la racha se propagaría y que podría conseguir expandirse a un rango nacional, pero... sí, en verdad lo era, y ya lo estaba proyectando así.

Vio los pisos blancos pulidos y sonrió de nuevo mientras imaginaba unas grandes alfombras hiladas de colores fuertes. Algunos muebles, un gran televisor LED. Quizá más adelante podría adoptar una mascota. Inmediatamente decidió comenzar con una planta, y si no la mataba, podría seguir avanzando.

—Es muy luminoso —se quejó Anne.

La pelirroja no estaba de acuerdo con que buscara casa, le argumentaba que ya se había acostumbrado a tener una compañera de cuarto y que, además, el hecho de que fuera su jefa la ayudaba a ganar buenos puntos en su trabajo. Norah solo estaba de acuerdo con la primera parte de su razonamiento, también le había gustado vivir con una amiga que la apoyase en sus peores momentos, los que habían sido muchos últimamente y que, lamentablemente, se incrementaron en esas últimas semanas; pero Norah había decidido continuar con su vida. Romper con el estancamiento que había comenzado ya un año atrás.

—Es perfecto —recalcó dirigiéndose hacia las escaleras que daban paso a la segunda planta, donde se ubicaba el dormitorio; un espacio abierto con barandas de vidrio del largo de media pared.

—Solo imagínate el presupuesto para las cortinas —se quejó la pelirroja haciéndola reír por el absurdo de su comentario, antes de verla desviar su atención a su teléfono que estaba repicando—. Es Carl, le dije que me buscara aquí para almorzar. Ya llegó. ¿Le digo que suba o eso te molestaría?

—Dile que suba —replicó.

Caminó por la segunda planta para revisar las puertas dobles del fondo, encontró un vestidor de tamaño decente, con varios compartimientos para colgar y doblar ropa, más un peldaño entero de zapatería; y el cuarto de baño,

que estaba pasando el vestidor, poseía bañera.

—¡Por Dios, este es el ganador sin duda! —le gritó a Anne desde el baño.

Al bajar un par de minutos después, Carl estaba a su lado haciéndola reír por algo. Cuando la forzó para que accediera a almorzar con el pelinegro como pago del crédito, jamás creyó que eso sucedería.

—Hola, Carl —saludó con una ligera sonrisa y un poco renuente, ya que aunque no fuera justo, inconscientemente lo culpaba de su desgracia amorosa.

—Hola, Norah —dijo con el mismo entusiasmo de siempre antes de acercarse a abrazarla con confianza. Después giró hacia Anne—. ¿Qué haces visitando casas? Pensé que te gustaba tu apartamento.

—Es para mí, yo soy quien ando en busca de nueva casa.

Carl frunció el ceño y lo vio tensarse.

—Pensé que Jack y tú...

Negó con la cabeza antes de que culminara con esa idea. Había tenido tiempo para resignarse, incluso más del mes que llevaban legalmente separados, porque sin importar el intervalo en el que fueron amantes, tenían más de un año separados. Sin embargo, aún no conseguía superarlo del todo.

—Ya eso está totalmente acabado —respondió encogiéndose de hombros y desviando la mirada hacia el océano.

Sonrió sin siquiera notarlo; antes ese panorama la aterrorizaría, ahora solo la llenaba de anhelo.

—Pero, cuando los vi en la fiesta...

—Déjalo, Carl —le rogó Anne, y escuchó una especie de murmullos.

Imaginó que le estaba prometiendo que le contaría más tarde, cuando estuviesen solos. Agradecía que Anne no hubiese ventilado sus problemas con Carl, no era algo con lo que se sintiese muy cómoda, a pesar de que el pelinegro —independientemente del incidente con Bethanie— se caracterizaba por ser bastante reservado. No obstante, no lograba sentirse relajada junto a él, por lo mismo tendía a evitar salir o hablar con Carl cuando iba a casa a buscar a Anne. Quizá no fuera la razón primordial del porqué buscaba un lugar para vivir sola, pero sí una importante. Además, su mejor amiga, tan empática con sus sentimientos, entendía su renuencia y se iba de casa cada vez que quería compartir con su nuevo novio.

—Norah, iremos a almorzar, ¿quieres unirme? —ofreció la pelirroja.

—No —se apresuró a declinar, girándose hacia ellos—. Hoy me toca almuerzo mensual con Dean. Es más, debo apresurarme para llegar a tiempo. Hablaré con la agente para que empiece el papeleo del alquiler y saldré de

aquí. Pueden irse, no tienen que esperarme.

—¿Estás segura? —preguntó ahora Carl, y ella asintió.

Partieron después de despedirse, dejándola sola. Norah miró a su alrededor y emitió una sonrisa medio triste, aunque esperanzada.

Era por completo un nuevo comienzo. Y ese apartamento sería un sitio perfecto para ello.

\*\*\*

Llegó a la casa de su padre y suspiró dándose fuerza antes de tocar el intercomunicador para que abrieran el portón. Mientras esperaba, comenzó a mirar las instalaciones; empezó a recordar ciertas escenas de su infancia a la vez que se preguntaba qué le depararía el almuerzo de ese día. Rezaba por que Bethanie se abstuviera de deleitarla con su presencia, porque no soportaría sus pequeños comentarios maliciosos o la mueca triunfante en sus labios.

Al analizar el último día que estuvo con Jack, ya tiempo atrás, había comprendido por fin por qué su exesposo estaba en *Composture*: había ido a venderle sus acciones a Bethanie. No pudo ofrecérselas a su padre. No pudo lanzarlas en el libre mercado para que cualquiera pudiera comprarlas. No. Tuvo que dárselas a ella. A la única persona a la que sabía, sin ninguna duda, que le haría daño.

Había sido un movimiento bastante rastrero y, una manera figurativa — junto con los documentos del divorcio—, de darle el tiro de gracia. Una declaración determinante: «Ya no me importas».

Para Norah, ese gesto fue muchísimo más doloroso que cuando la había sacado de su empresa. Por lo menos allí pudo justificar su acción con la furia y el dolor que experimentó al enterarse de sus mentiras. Pero en este caso no podía hacer nada más que tomarlo como lo que fue: un acto malvado y ruin.

Dado que no había tenido la fuerza de voluntad para soportar la victoria absoluta de su hermana y su expresión de suficiencia, hizo lo que mejor sabía hacer en esta vida: los evadió a todos. Eludió cualquier contacto con su familia, dejó de contestar sus llamadas e ignoró todo lo referente a ellos, incluso se olvidó por completo del ofrecimiento de ventas de acciones que le había hecho a su padre porque ya no tenía ningún sentido.

Su táctica había resultado de maravilla hasta que el día anterior su padre apareció en su oficina para pedirle que no olvidara su cita de almuerzo mensual. No había podido rechazarlo.

La puerta principal se abrió, y al otro lado, la esperaba una chica del servicio que no conocía, y sonrió en forma de saludo, alejando sus

pensamientos sombríos.

—Señora Spencer —dijo la mujer.

Apretó los labios, como siempre hacía cuando la llamaban de esa manera, ya había decidido quedarse con su apellido de soltera, únicamente estaba esperando la notificación de la sentencia del divorcio para hacerlo público.

—Hola, ¿mi padre me espera en el comedor? —indagó, sabiendo que había llegado un poco tarde.

—Está en su despacho —respondió con tono profesional—, me pidió que le informara que la estaría esperando allí.

Frunció el ceño y asintió, caminó por el pasillo hasta la oficina de Dean. Tocó la puerta y entró, parpadeando al encontrarlo exactamente igual a como lo recordaba. Nada en absoluto había cambiado, ni los muebles ni la ubicación de estos, y él aún seguía sentado en su sillón luciendo imponente, excepto que se veía mucho más mayor, las arrugas de su cara estaban profundizadas y su expresión mostraba agotamiento.

—Norah, qué bueno que ya estás aquí —saludó con una sonrisa, pero sin moverse para abrazarla o tocarla. No lo había esperado, ellos no tenían ese tipo de relación.

Asintió antes de tomar asiento frente a él.

—¿Por qué me has citado aquí? —cuestionó confundida.

—Primero creo que debo felicitarte, escuché sobre tu nominación en la SAER — dijo complacido.

Sonrió sintiéndose orgullosa, en parte quería levantarse y gritarle que lo había conseguido sin ayuda y que eso le demostraba lo lista que siempre había estado para ese puesto. No lo hizo porque no era cierto. Sabía que Dean formaba parte de su logro; después de todo había sido él quien la entrenó y pulió, empezando desde el momento en que llegaron a ese ridículo acuerdo sobre Jack.

—Estoy segura de que no ganaremos —comentó quitándole importancia—, somos muy nuevos y hay otras revistas de mayor renombre nominadas.

—Eso no importa y lo sabes, el simple reconocimiento significa prestigio en nuestro medio. Consolidaste tu empresa sin siquiera tener un año de creada.

—Sonrió y casi pareció orgulloso—. Eres igual a ella, Norah, lo tienes en la sangre.

Se tensó ante esa declaración incluso aunque el tono usado por su padre y la expresión en su rostro fueran totalmente diferentes a las de antaño.

—Tu madre tenía la visión. Era como si hiciera fluir cada editorial con

todos los demás esquemas de cada número. A veces, cuando la observaba revisar la maqueta final, podía jurar que esta le cantaba, que cada imagen salía del cuaderno y que ella la veía a todo su alrededor como si fueran hologramas. Era asombroso y aterrador; sobre todo aterrador.

Bajó la mirada sintiéndose agitada, la impresión de escuchar a su padre hablando de su madre la tomó con la guardia baja. Dean jamás hablaba de ella, era un tema vetado desde que tenía nueve años de edad.

—He pasado mi vida aterrado, por ella y por ti —continuó. Sintió su mirada fija en su cara—. A veces desearía no haberme casado con Emily. O haberme casado con otra mujer después de su muerte.

—¿Y por qué...? —Se detuvo sin estar segura de querer escuchar la respuesta a su pregunta. Elevó su cabeza para mirarlo.

—Por la misma razón, supongo. —Se encogió de hombros—. Amaba a tu madre. Eso era lo más terrorífico de todo, sin importar cómo actuara o qué hiciera nunca podría dejar de amarla, ni siquiera lo hice cuando decidió que era más fácil abandonarnos en vez de luchar contra su enfermedad.

—Las cosas no son blanco y negro, Dean, suenas igual que Bethanie, nunca la entendiste —reclamó aturdida. Su padre emitió una sonrisa triste.

—Y tú siempre la comprendiste demasiado bien. Esa conexión con tu madre, me asustaba, y lo siguió haciendo incluso después de su muerte —confesó algo que ya ella sabía con toda certeza.

—No soy mi madre —le dijo con firmeza por primera vez en su vida. La brutalidad de esas palabras retumbó entre ambos y más allá. Hasta ese recuerdo de Jack pronunciándolas y otorgándole fuerza.

—Lo sé, Norah, lo sé —le dijo, se levantó del sillón y se dirigió hacia ella. Se apoyó contra el escritorio frente a donde estaba sentada y le ofreció dos palmadas torpes sobre su mano—. Era mi martirio, no el tuyo. El problema es que te pareces tanto a ella, físicamente y en tu personalidad, que me perdía muchas veces haciéndome preguntas que ahora no vienen al caso. Era como si aún la tuviera a mi lado, y cuando me daba cuenta de que no lo estaba... —Negó con la cabeza y suspiró—. La sensación no era agradable.

—¿A qué viene sacar este tema ahora? —cuestionó incómoda, retorciéndose sobre su asiento—. Ya es historia, ¿para qué removerla después de tanto tiempo?

Su padre se encogió de hombros, sus ojos castaños oscureciéndose un poco.

—Tu esposo —respondió.

—¿Jack?

—Él me hizo dar cuenta de muchas cosas, sobre todo de lo mucho que te he descuidado y te he sobre exigido por culpa de mis propios fantasmas.

Lo miró con los ojos tan abiertos que sintió que le ardían, a la vez que se dejaba caer sobre el respaldo de la silla.

—No fui lo mejor para ti, ¿verdad? Mucho menos lo que necesitabas. Tu madre habría estado avergonzada con todo este asunto, siempre fuiste la luz de sus ojos. Te adoraba más que a su propia vida.

Sus labios comenzaron a temblar y negó con la cabeza, aunque sabía que tenía razón; después de todo, había sido de ella de quien se despidió antes de morir. Solo de ella.

—La extraño todo el tiempo —le confesó Norah entonces, desviando la mirada hasta la fotografía enmarcada que su padre mantenía en la pared más alejada.

Era del día en que ella había inaugurado *Composture*, en una mano tenía la tijera y en la otra una copa de champaña levantada hacia el fotógrafo. Estaba despampanante, casi parecía la modelo en lugar de la dueña.

—Yo también lo hago —respondió su padre, y parpadeó hacia él, concentrándose de nuevo en lo que habían estado conversando.

—¿Cuándo hablaste con Jack? —indagó. Su padre movió su mano como descartándola—. ¿Dean, cuándo? —insistió. Él suspiró de nuevo.

—Hace unas semanas le pidió a Gil que pautara una reunión de Consejo extraordinario, pero yo lo evité por unas cosas alarmantes que Aaron me mencionó. Así que pauté una cita con Jack y terminé enterándome de muchas cosas que me habías ocultado. —Norah se tensó mirándolo con suspicacia—. Debiste decírmelo. Contarme lo que Bethanie había hecho. Siempre me pregunté sobre cómo él se había enterado de todo, pero pensé que se lo habías dicho tú y por eso no me metí, ni siquiera cuando hubo el cambio de dirección; aunque si hubiese sabido que fue mi propia hija...

—Ella no hizo nada en realidad; únicamente contó lo que nosotros dos planeamos e hicimos, y otras cosas más que yo hice —susurró perpleja y pálida, desviando su mirada, no quería que su padre se enterara de los detalles de esas *otras cosas* porque eran las que más la avergonzaban.

—Esa no es toda la verdad, Norah —respondió. Ella lo miró con el ceño fruncido—. Beth estaba usando *Composture* para atacar económicamente a *Luxury*, ¿lo sabías? —cuestionó. Norah tragó aire y parpadeó, sintiendo que se le agarrotaban los pulmones. No le sorprendía dada la actitud de su

hermana en esos últimos años. Aun así, su corazón se contrajo de dolor por una nueva puñalada, sobre todo porque cuando consideró esa idea, la había descartado.

—Te pregunté y tú dijiste... —intentó decir con voz ahogada.

—Lo desconocía, no lo hizo bajo mi comando —la cortó y pasó una mano por su cara, pareciendo aún más agotado—. Jack fue quien descubrió todo y me lo dijo en esa reunión. Falta decir que Bethanie ya no es la directora de nuestra revista; fue retirada del cargo hace tres semanas por motivos, eh, apremiantes.

—¿De qué estás hablando?

—Ella... no lo tomó tan bien como debería cuando la increpé; después, cuando le pedí la renuncia, fue peor. Tuvo una crisis de nervios y está ingresada en una clínica desde entonces.

Abrió los ojos desmesuradamente y se levantó del asiento, azorada.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Cómo te atreviste a hacer algo así? ¡No puedes...!

—No voy a cometer los mismos errores que con tu madre, ¡maldita sea! —indicó él con brutalidad, enderezándose. Ella dio un paso hacia atrás, sintiéndose asustada—. ¡Ya está decidido! Jack también creyó que era lo mejor. Beth estará en la clínica hasta que el doctor considere que no es un riesgo para su propia seguridad. Después de eso, me encargaré de su futuro, lejos de *Composture* y de todo este mundo.

Negó con la cabeza, horrorizada por las palabras de su padre.

—¿Es bipolar como mamá?

—Sí, eso dice el médico —respondió.

Desvió su cabeza hacia un lado. Le resultaba irónico, su padre había estado tan concentrado en temer que fuera ella quien estuviese mal de la cabeza que había descuidado todo lo indicios que daba su hermana.

—Al parecer es una mezcla de bipolaridad con narcisismo. —Norah elevó su cabeza con una media sonrisa, porque sin duda eso último sonaba como su hermana—. Claro, esto no justifica ninguna de sus acciones, pero... —Negó con la cabeza, cortando sus palabras—. Jack y yo hablamos mucho sobre esto, y lo más acertado es que tú regreses a la dirección de *Composture*.

Giró la cabeza tan rápido y se quedó tan aturdida por las noticias que sintió vértigo y se dejó caer sobre su asiento.

—¿Qué?

—Jack te transferirá su veinte por ciento de las acciones, Norah, serás la accionista mayoritaria. Ya está hecho por cierto, Gil redactó el documento y se

encuentra a la espera de tu firma. Es más, lo tengo aquí conmigo. La verdad ya no quiero dirigir, me mal acostumbré después de esos años fuera del negocio. Prefiero jugar golf y relajarme.

—¿Tu diez por ciento? —preguntó sin mirarlo. Escuchó el resoplido de su padre.

—Olvidado, eso no me pertenece. Es tuyo. Tú eres dueña de ese porcentaje porque tu madre así lo quiso, y no voy a manchar su memoria tomando lo que no es mío. Nunca debí plantearlo en primer lugar —agregó con pesar.

—¿Por qué? —preguntó confusa.

—Es lo que siempre has deseado, y es tuyo, no debimos sacarte de la revista, ni yo debí dudar de tu don, de tu capacidad.

Norah bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas mientras por fin comprendía lo que estaba sucediendo.

—Jack fue quien ideó todo esto, ¿verdad? —preguntó con un susurro. Al mirar a su padre tuvo la confirmación que en verdad no necesitaba.

Él estaba regresándole lo que siempre había deseado. Se preguntó si era porque se sentía responsable de la pérdida o si en cambio ansiaba darle por lo menos algo que quería, ya que le había arrebatado todo lo demás. Suspiró y negó con la cabeza, sabiendo que jamás obtendría la respuesta a eso.

—Una rama de olivo por el divorcio, supongo —susurró más para sí misma que para su padre, pero cuando volvió a conectar su mirada con la suya, vio que arrugaba la cara en una mueca de tristeza.

—Para lo que valga, lamento todo este enredo en que te metí, hija.

Sonrió, encogiéndose de hombros, porque sabía que él no la había metido en nada. Todo vino de ella, fue su obra, Dean solo fue culpable de haber ofrecido la carnada.

—Vayamos a almorzar y hablemos un poco más de ello —propuso la pelinegra mientras se ponía de pie. Su padre asintió.

Dado que ahora comprendía exactamente qué significaba perder a quien amaba por una decisión unilateral —como su padre tan simplemente había plasmado—, envolvió sus manos sobre el antebrazo del castaño y apoyó su cabeza en su hombro. Otorgando consuelo. Dean se tensó, pero un segundo después la jaló hacia adelante y la abrazó con fuerza. Ofreciendo consuelo. Y por fin comprendió que él la entendía, lo cual jamás creyó que pudiera ser posible o que alguna vez ocurriría.

Su teléfono móvil comenzó a sonar, lo que rompió el contacto. Se giró



hacia la silla y lo tomó de su bolso, frunciendo el ceño al ver que era Anne.

—Pensé que estarías desaparecida toda la tarde —bromeó cuando contestó.

—*¡El imberbe de Jack y el idiota de Carl tuvieron una pelea, con golpes incluidos, frente al estúpido restaurante y ahora están en el maldito hospital!* —gritó su amiga desde el otro lado del teléfono.

—*¿Qué?! ¿Están bien?* —jadeó asustada y horrorizada a la vez.

—*Tal vez lo estén, y si no, es mejor que recen, ¡porque juro por Dios que los mataré cuando salgan!*

—*¿Pero qué demonios pasó?* —preguntó aturdida mientras tomaba su bolso para colocarlo sobre su hombro.

—*¿Qué crees que sucedió, Norah? Dos niños llenos de testosterona y de asuntos pendientes. Trae tu condenado trasero aquí porque si no, juro que te pondré en mi lista de muertos de este día.*

—*¿Dónde están?* —preguntó alterada, comenzando a caminar hacia la puerta mientras su amiga le daba las señas—. Ya voy en camino. —Trancó y miró a su padre—. Lo siento, Dean. Debo irme.

—*¿Qué sucedió?* —indagó confundido.

—No tengo ni la más remota idea —respondió con la mayor sinceridad—. Te llamaré cuando lo sepa y para reprogramar una nueva fecha para almorzar.

Se giró hacia la puerta, no sin antes notar una especie de inicio de sonrisa en su cara por esa promesa.

Si no hubiese estado tan preocupada por lo que había sucedido y por el estado de Jack y Carl, habría hecho lo mismo.

## Capítulo 22

Jack estaba sentado en una camilla de la sala de emergencia en el St. Vincent, gruñendo ante su propia idiotez.

«¿Qué demonios ocurrió?».

Ese mes había transcurrido acorde al plan que elaboró. Se concentró en sus negocios, en resolver los asuntos de *Composture* y en atrapar a dos clientes de alto nivel, uno en Nueva York y otro en Ohio, porque había comprobado que mientras más ocupado se mantuviera, más fácil era caer dormido por el agotamiento cada noche.

Ese plan no era algo nuevo. Ese desgaste que ponía en práctica cuando ella no estaba presente ya lo había experimentado al botarla de su casa más de un año atrás; excepto que en esa oportunidad casi había sentido que —a momentos— perdía la cordura. Cuando, cuatro meses después, la había encontrado dentro de su casa, en uno de los raros días en que no se fue al Hilton a dormir, la locura, la furia, el deseo y el anhelo tomaron el control de su cuerpo y alma, causando incluso que jugara, manipulara y le ofreciera lo que fuera para volver a poseerla. A pesar de que sabía, como le fue reafirmado un mes atrás, que no valía la pena y que su opinión sobre ella no cambiaría.

Pero ahora se encontraba bien, había asumido que todo lo que hizo había sido lo correcto; ciertamente tuvo razones de peso para concluirlo. Aun así, explotó cuando se encontró a Carl en el restaurante donde estaba almorzando con unos empresarios que quería hacer parte de su firma.

Cuando vio al pelinegro, le pareció tan feliz que casi convulsionó contra la mesa. Primero creyó que estaba con Norah y casi pierde toda lucidez. La simple idea de que ella estuviera con él era insoportable, así tuviese claro que justo cuando por fin firmara los papeles de divorcio y los introdujera, no tendría ningún tipo de derecho a opinar sobre ese asunto.

Sin embargo, no había entrado Norah como temió, sino Anne, y actuaban como una pareja de enamorados. Se reían, hablaban y no dejaban de tocarse ni mirarse a los ojos como dos borregos. Cualquier duda que hubiese sobrevenido acabó cuando el imbécil se inclinó sobre la mesa y la besó.

Jack sintió una envidia feroz al verlos, todo lo contrario al sentimiento de alivio que debió haber experimentado. ¿Por qué en vida de Cristo Carl estaría tan feliz y satisfecho con su destino cuando había arruinado el suyo?

Justo entonces comprendió el razonamiento desquiciado de Bethanie como nadie más en este planeta. Lo que conllevó a que se aterrara hasta el infierno

porque no quería estar loco como ella.

Había pasado toda la velada viéndolos interactuar. Recordando por fin que en medio de la última discusión con Norah, ella le comentó que Carl estaba interesado en Anne; sin embargo, él no le había creído, en cambio, lo descartó con mucha facilidad, sin siquiera darle una pequeña consideración.

Hubo un momento en que la jocosidad de la pareja había cambiado. Notó a Carl frunciendo el ceño y negando con la cabeza a lo que fuera que le estuviese diciendo la pelirroja. Ella había sujetado su mano como si estuviera calmándolo, y poco después estaban como antes. Y todo hubiese quedado allí, sin ningún tipo de incidentes, si Carl no lo hubiese visto al salir y no se le hubiera acercado cuando caminaba junto a su tío Paul en busca de su vehículo.

El moreno se le aproximó como dueño del lugar, con sus hombros elevados, ceño fruncido y expresión de suficiencia.

«¿Quién te dio el derecho de jugar con una chica como Norah? ¿Acaso nadie te enseñó a respetar a las mujeres, Jack?».

Y ya. Eso lo hizo explotar.

Se le lanzó encima y Carl le respondió, lo cual lo hizo pelear con mayor ahínco. Frente al restaurante y a los empresarios que los miraban perplejos.

Muy bien podría despedirse de ese negocio desde ya.

—Quédese quieto, señor Spencer —le pidió la doctora Ashton.

Tenía la nariz magullada, pero según el diagnóstico de la internista, sin fractura.

En ese instante, intentaba coser el borde de su ceja derecha que estaba lacerada.

—Listo, son doce puntos en total; seis externos y seis internos —explicó mientras se apartaba y salía del cubículo—. Quédese acostado, iré a buscar la férula.

Él asintió y se dejó caer en la camilla. También se había lesionado su muñeca; aunque no importaba, porque valió por completo la pena. La cara de Carl era un claro ejemplo de ese triunfo.

La cortina que marcaba los límites de su box de urgencias se abrió de repente. Al girarse, se encontró frente a Carl, que estaba estirado en la otra camilla, haciendo muecas de dolor, mientras sostenía la cortina con una mano. Sonrió con suficiencia: él sí que tenía rota la nariz, su mandíbula hinchada, estaba sangrando y por la forma en que sujetaba su costado, supo que había conseguido quebrarle por lo menos una costilla, aunque hubiese sido un golpe de suerte, ya que al lanzársele encima lo había impulsado contra una mesa.

No obstante, en esos instantes ya no sentía furia, era como si esta se hubiera evaporado en medio de la batalla, de hecho ver a su contrincante tan magullado en la cama le causó risa. La ira se habría ido, pero no significaba que odiara menos al bastardo.

—Te ves hecho un asco —le comentó con otra sonrisa de suficiencia, que se volvió una mueca al sentir un tirón de dolor en su nariz.

—Igualmente —dijo el hombre jadeando con un poco de dificultad para respirar. Dejaron de hablar unos segundos. Carl se acomodó hacia el frente, su mirada fija en la tela azul que aún los recubría—. Lo siento, hombre.

—¿Por hacerme disfrutar de tu presencia? —preguntó sarcásticamente.

—Sabes por qué —susurró. Jack se giró para mirar la tela, imitándolo, sintiendo cada extremidad abarrotándose de la tensión—. Sé que no es mi lugar ni mi problema, pero quiero que entiendas que yo busqué a Norah el pasado mayo únicamente para ofrecerle la posibilidad de un crédito en el banco de mi familia. Ella no hizo ningún intento de contactarme, ni antes ni ahora. No me pidió que la ayudara o que interviniera, y estoy tan seguro como del infierno que si hubiera tenido otra opción, no la habría aceptado. Aún me huye como la peste, y eso que estoy saliendo con su mejor amiga. —Apretó su costado derecho a la altura de las costillas y siseó un poco—. Nosotros no somos nada, solo fue esa noche, y fue una equivocación. Nunca tuvimos una posibilidad tampoco, ella ni siquiera me dejaba tocarla antes de toda su crisis. Un hombre mejor que yo se habría apartado antes de permitir que las cosas fueran más lejos; pero bueno, está claro que yo no lo soy, y Norah está buenísima, no tengo ni que decírtelo, tú lo sabes. Hubiese estado loco si desaprovechaba algo así.

Jack parpadeó y negó con la cabeza, gruñendo ante esas palabras y por la forma en que se expresaba de la pelinegra.

—¡No te atrevas a hablar así de ella! —siseó en tono amenazante. El hombre elevó sus manos en un gesto de rendición. Jack inhaló con lentitud, calmándose—. No me provoques, porque a diferencia de ti, mis costillas están bien y puedo saltar de esta camilla para terminar lo que empecé en el restaurante.

Sorprendentemente, en vez de sentirse amenazado, Carl se echó a reír, aunque terminó tosiendo y gimiendo del dolor. Cuando se calmó, respiró y cerró los ojos.

—Lo que quiero decir con esto es que a ella nunca le importé, lo cual, siendo sincero, era algo mutuo —continuó en voz ronca—. Y yo lo sabía.

Incluso cuando me llamó para decirme que no quería tener nada más que ver conmigo después de casarse contigo, me lo esperaba. Norah no es de esa clase de personas, pero igual me sentí herido, mi orgullo más que otra cosa. Me fui a un bar y me encontré a Bethanie, allí fuimos a un hotel. Tuvimos sexo y bebimos, volvimos a tener sexo y volvimos a beber. La verdad no sé qué le dije, estaba en muy mal estado.

Jack apretó los labios con fuerza, ya que a diferencia del hombre acostado en la camilla contigua, sí que sabía lo que había dicho, lo presencié en primera fila. Así se lo dijo, repitiendo el contenido del video y sus palabras, las que recordaba con pasmosa habilidad. Carl palideció ante cada frase, y lo peor del asunto fue que comenzó a sentir lástima por el pelinegro porque resultaba bastante patético verlo así. Cuando culminó, lo vio negar con la cabeza y pasar una mano por su cara, jadeando por el dolor que surgió con el movimiento.

—¡Esa perra! —protestó soltando un gemido de dolor. Después de calmarse, continuó—: De todas formas, yo solo quería ayudar a Norah. En parte soy responsable de todo este embrollo, y bueno, me sentía culpable. No quería causar más problemas. —Suspiró, agotado—. Nunca debí ofrecer mi ayuda, aunque, demonios, alguien debía hacerlo. Se estaba hundiendo y todo era por tu culpa, maldita sea. No eres tan distinto a mí como lo crees, sin importar cuánto te repitas lo contrario.

Antes de poder refutarle, la doctora Ashton volvió a entrar en su cubículo, y el doctor de Carl también, moviendo la cortina a su lugar habitual para darles mayor privacidad, o para evitar que volvieran a discutir.

Jack apretó los labios repitiendo esas últimas palabras en su cabeza, ya que aunque tenía claro que no había instigado el dichoso correo, no se sentía mejor que ese imbécil.

Diez minutos después, la cortina se removió y Norah entró al cubículo. Su corazón se detuvo. Fue algo tan imbécil por experimentar que si no estuviera ya muy apaleado, se habría golpeado.

—¿Estás bien? ¿Qué demonios sucedió? ¡¿Acaso están locos?! —preguntó con tono aterrado, notándose bastante agitada.

—Señora, disculpe, ¿quién es usted? —indagó la doctora girándose hacia ella.

—Es mi esposa —respondió sin apartar la mirada de la pelinegra y escuchando un reclamo similar en el otro cubículo.

—¡Voy a matarlos! —exclamó Anne alto y claro.

—¿Cómo está? —preguntó Norah acercándose hacia él y tocando la férula. Mientras la doctora Ashton recitaba sus daños, él inspeccionó a Norah. Estaba usando un vestido amarillo suelto que le llegaba hasta los tobillos, medio hippie, de los que solía usar cuando era fin de semana y quería relajarse. Su cabello estaba suelto y caía por sus hombros. Su mirada era amplia y aterrorizada, los ojos azules un poco claros por la luz. Lo hizo sentir de inmediato equilibrado, lo cual le sorprendió, porque lo desquiciaba a la vez.

A medida que se acercaba a la camilla, notó cuánto se había engañado y cuánto la había echado de menos durante todo ese mes. Su obsesión no había cesado en lo más mínimo.

—No tiene ninguna costilla fracturada y deberá usar la férula por lo menos una semana. Dentro de poco podrán irse a casa.

Norah asintió y se giró a verlo, tocando su cara con suavidad, el borde de su nariz hinchada y donde lo habían cosido, que estaba cubierto.

—Iré a elaborar el alta y el récipe para su tratamiento. Debe regresar al hospital en seis días para remover sus puntos.

Cuando la doctora salió del cubículo, se giró hacia Norah que solo acariciaba su cara con los ojos brillantes, parecía bastante preocupada.

—¿Por qué empezaste una pelea con Carl? —preguntó aturdida.

Jack se removió un poco en la camilla y la jaló para sentarla a su lado, en el espacio que había dejado.

—Fue algo mutuo —le respondió, subió su mano sana hasta su cabello para apartarlo hasta su espalda, y mientras la bajaba, acarició su hombro descubierto.

—Estás loco. ¿Por qué sigues haciendo esto? —inquirió con voz rota—. Te dije que entre él y yo no hay nada. ¿Por qué te es tan imposible creerme? —Suspiró y negó con la cabeza, desviando la mirada—. Olvídalo, sé la respuesta a eso.

Jack subió su mano de nuevo, esta vez para acariciar su mejilla.

—Te creo —le confesó. Ella lo miró sorprendida—. Carl y yo aclaramos algunas cosas.

Asintió con una ligera sonrisa y después suspiró, pareciendo aliviada.

—Entonces... —susurró Norah acariciando su cabello—, mi padre me contó lo que hiciste con Bethanie.

Él asintió mientras deslizaba su brazo hasta su cadera, la apretó con sus dedos para atraerla hacia él, aunque la posición no se lo permitiera.

—Era lo que tenía que hacerse. *Composture* es tuya —le dijo con una ligera sonrisa. Ella negó con la cabeza.

—Te dije que ya no la quería —le comentó en un susurro.

—¿De qué estás hablando? Es lo que siempre has deseado, lo que te une con tu madre.

—Ya no, ¿recuerdas?

Él la miró fijamente antes de tensarse al comprenderlo. Sintió que su pecho se agrandaba y, antes de siquiera pensarlo, la jaló por su cuello para besarla. Dios, eso también lo había añorado; su boca, su lengua, su sabor y su calor.

Norah se apartó unos segundos después.

—¿Algo ha cambiado? —preguntó pegando sus frentes—. ¿Has reconsiderado todo ahora que Carl ha hecho que veas que estaba diciendo la verdad?

Él se echó hacia atrás para mirarla. En parte quería decirle que sí, que todo estaba totalmente olvidado y podrían volver a ser lo que fueron antes, pero no sería cierto.

—No.

Ella asintió, apartándose también un poco.

—Entonces no vuelvas a hacer eso.

—Norah...

—No es justo para mí ni para mi corazón. Decidiste terminar todo, y eso está bien, pero también significa que ahora hay límites que no debemos cruzar —aclaró—. Es todo o nada, Jack. Tú me enseñaste eso.

La doctora Ashton llegó, interrumpiéndolos, y unos minutos después estaban saliendo del cubículo. Carl aún seguía en el suyo, así que Norah se acercó para hablar con Anne, deteniendo su avance.

—Tenemos que esperar el resultado de la radiografía, hay que verificar que la costilla se haya roto limpiamente, que no hayan caído astillas o fragmentos en los órganos, porque si los hay tienen que operar —explicó la pelirroja mirando a Jack con los ojos entrecerrados—. Tú, espero que corras rápido y que te vayas lejos, si no estuvieras tan maltrecho y con Norah a tu lado, juro que te golpearía hasta dejarte peor que Carl.

Él sonrió, divertido ante la idea de que esa pelirroja lo golpeará duro. Se despidieron y comenzaron a caminar hacia la salida, dándole un último vistazo a Carl e incluso un asentimiento.

En el área de espera estaban su tío Paul y su padre.

—Me extraña que mamá no esté aquí también —se burló él saludando a Matthew con un abrazo torpe y adolorido.

—Preferí no preocuparla —respondió girándose hacia la pelinegra—. Hola, Norah.

Ella asintió tímidamente y algo avergonzada, lo que se materializó en su postura, encorvada y con los hombros encogidos. Jack la miró con el ceño fruncido, confundido por su actitud, pero lo descartó de inmediato, no era ni el lugar ni el momento para ello cuestionarla.

—Tío —aprovechó mirando a Paul—. Creo que le debes algo a Norah.

—Claro —carraspeó incómodo—. Lamento los inconvenientes en las peticiones de financiamientos. Fui mal informado de muchas cosas y actué en consecuencia.

La pelinegra frunció el ceño y se giró hacia Jack.

—¿De qué está hablando?

—Paul fue quien solicitó el favor a los bancos —respondió, mirándola significativamente—. Ya todo está solucionado y no volverá a ocurrir.

Asintió comprensiva hacia su tío.

Bethanie le había contado todo a Paul, aunque gracias a Dios se ahorró los malditos videos. Jack había negado por completo la versión de Beth a pesar de saber que era cierto. Odiaba que alguien se metiera en su vida privada.

—Vámonos a casa, Jack —dijo Matthew—, te quedarás con nosotros hasta que mejores.

—No lo creo... —comenzó a quejarse.

—¿De verdad piensas que tu madre permitirá que te quedes en tu casa cuando se entere sobre esto?

Suspiró sabiendo que era cierto y que de seguro le tocaría escaparse, ya que no pensaba volver a vivir en su casa familiar por más que adorara a sus padres. Norah sonrió dando un paso hacia atrás.

—Iré a ver si Anne me necesita —dijo mirando a Jack. Por un par de segundos, su expresión se volvió tan anhelante como la suya propia, hasta que parpadeó y retrocedió otro paso—. Es mejor que vayas con ellos, es una oferta que no puede ser desaprovechada. Cuídate. Hasta luego, Paul. ¿Mat-Matthew?

Se giró de vuelta a la emergencia del hospital, casi huyendo de ellos. Jack se quedó allí por unos segundos, viéndola alejarse.

Paul palmeó su espalda con cuidado y suspiró.

—Qué bueno que estés bien —dijo, y asintió hacia su padre—. Iré a hacer



control de daños con Callahan, a ver si aún podemos recuperar ese trato.

Arrugó la cara y suspiró, asintió hacia su tío mientras volvía a recordar cómo lo había arruinado todo. Se volvió hasta su padre, quien lo miró de una forma extraña, antes de hundir los hombros. Entonces giró sobre sus talones y comenzó a caminar hacia el estacionamiento, donde unos minutos después se embarcaron en su automóvil.

—¿Y mi auto? —preguntó ya en camino.

—Paul se encargó de eso y de pagar por los destrozos del restaurante. — Su padre negó con la cabeza—. ¿Ahora te peleas en sitios públicos?

Jack suspiró.

—Fue solo... Ni sé —confesó avergonzado—. Lo miré y exploté. Él fue quien ya sabes. Con quien Norah estuvo.

Su padre asintió sin apartar la vista de la carretera, su expresión llena de comprensión.

—¿Es algo que tienes la intención de repetir cada vez que lo veas o lo resolviste por completo?

—Creo que lo resolví. Por lo menos quedó mucho peor que yo —se burló.

—¿Y ya introdujiste por fin los papeles del divorcio? —Jack se giró hacia la ventanilla de su puerta, ignorándolo—. Me dijiste que tu relación con Norah estaba acabada, pero ahora...

—Sé lo que hago —le advirtió, interrumpiéndolo—. Tengo treinta y tres años, padre, casi treinta y cuatro, creo que ya soy lo suficientemente adulto como para resolver mis propios problemas sin la intromisión de alguien más.

—¿Es por ello que dañas propiedad privada y atacas a otro ser humano? ¿Es por eso que arriesgas un negocio en el que has dedicado tantas horas de trabajo? ¿Dónde quedó toda la enseñanza que tu madre y yo te hemos inculcado?

—Eso fue un error. No volverá a ocurrir —aceptó queriendo que cortara con el tema y que parara de aleccionarlo como cuando era un niño. Escuchó a su padre suspirar.

—Si lo que vi hace poco es un indicativo, ella aún siente algo por ti.

—Lo hace —respondió Jack girando de nuevo su cabeza hacia la ventana.

Se quedaron en silencio por algunos segundos antes que sonara un nuevo suspiro por parte de Matthew.

—Al verte ahora, al presenciar lo perdido que estás por esa mujer, lo vacilante que actúas con respecto a tus decisiones cuando jamás te había ocurrido en el pasado, lo descuidado por tu integridad personal y por la

propiedad de los demás, me hace lamentar y desear haber hecho las cosas distintas.

—¿De qué estás hablando? —preguntó confundido, recordando otro momento en que había hablado así.

Matthew desvió el vehículo, estacionándose frente a un centro comercial.

—En todos tus años de vida, jamás te había visto tan emocionado por una mujer. Pasabas hablando de ella cada vez que podías, repitiéndome que era la mujer de tu vida, pero no terminabas de conseguir su teléfono o de encontrarla. Así que yo... te ayudé. Busqué el teléfono de Dean Smith y lo llamé.

Frunció el ceño intentando descifrar lo que estaba diciendo. Se tensó al entenderlo.

—¿Cuándo lo llamaste? —indagó mirándolo a los ojos—. Dime que fue hace poco.

Su padre negó con la cabeza.

—Le comenté sobre su hija y sobre tu interés. Por eso fue que conseguí la invitación a esa fiesta. Dean estuvo tan emocionado como yo, por supuesto; era obvio lo ventajoso que sería para todos si esto resultaba. Mi única intención fue ayudarte, jamás imaginé este resultado y que todo saliera tan mal.

—¡Espera, espera, espera! —gritó, deteniéndolo—. ¿Me estás diciendo que, en esa época, tú buscaste a su padre y le dijiste que yo estaba interesado en Norah y que hablaron sobre lo bueno que sería que nos juntaran?

—Todo era hipotético, Jack —refutó de inmediato—. Mi único deseo era que la conocieras y vieras qué tal, si seguía emocionándote o si en cambio se trataba de un simple enamoramiento. Él estuvo de acuerdo con mi plan. ¿Por qué crees que Dean sacó el estúpido tema del invernadero en primer lugar? Era una excusa paupérrima para que se acercaran y hablaran en privado a ver si resultaba.

Frunció el ceño ante ello, horrorizado, perplejo y condenadamente adolorido, mientras intentaba analizar lo que estaba diciendo. Ese día cuando se presentó a la fiesta, Dean sabía lo que él estaba buscando. Y por eso al día siguiente...

—¡Oh, por Dios! —se interrumpió—. No pudiste hacer eso. ¡Maldita sea, Matthew! —gritó golpeando el tablero del vehículo con su mano buena.

—¿Cuál es el problema, Jack? Sé que no debí inmiscuirme, pero, bueno, no hice nada tan grave.

—¿No lo ves? —jadeó—. ¡Norah siempre tuvo razón! Dean sí que la estaba obligando a casarse conmigo, y yo tuve que ver en ello.

Su padre se tensó y se giró hacia él.

—¿Obligando? —preguntó.

Asintió, dejándose caer en el asiento. Técnicamente sabía que estaba equivocado, ella lo había propuesto y había ido a por ello. Pero en lo que importaba se aplicaba. Porque el trasfondo de todos los motivos habían sido ciertos. Indirectamente, él había estado involucrado en eso, al igual que con el asunto de la empresa.

—Debiste contármelo antes, papá —se quejó levantando su mano buena para tapar sus ojos—. No puedo creer que te lo callaras durante todo este tiempo.

—Yo no obligué a nadie a nada en absoluto. Te di un escenario. Norah me parecía una buena muchacha y que te hacía feliz. Pero después de todo...

—Lo es y lo hacía —respondió interrumpiéndolo, sintiéndose adormecido por los calmantes y por el impacto de su confesión.

Se giró hacia la ventanilla y se maldijo. Debió haber sido valiente y haber caminado hacia ella ese día de la piscina, de seguro toda su bendita vida hubiese resultado distinta. Al igual que la vida de Norah.

## Capítulo 23

Norah se removió en su cama y abrió los ojos, confusa sobre por qué se había despertado en primer lugar. Elevó su cabeza hacia el despertador que estaba sobre la mesilla y gimió al leer que eran las tres de la mañana. Se dejó caer sobre su almohada, acomodándose para volver a dormirse, cuando escuchó algo. Se sentó de inmediato. Anne no estaba en casa. Había pasado la mayor parte de los últimos dos días con Carl, a quien operaron a consecuencia de su pelea con Jack y seguía hospitalizado.

Se tensó cuando se repitió el sonido. Era el intercomunicador.

—¿Qué diablos? —murmuró confusa, se puso de pie mientras revisaba su teléfono, preocupada y preguntándose si había ocurrido algo o si Anne decidió regresar a casa y había perdido sus llaves.

Salió del dormitorio al no encontrar nada en su móvil y caminó hacia la puerta de entrada, imaginándose entonces que sería un borracho o un drogadicto que estaba pasando por la zona y que quería hacerse el gracioso. Cuando el sonido se repitió por quinta vez, suspiró y se dirigió hacia el intercomunicador.

—¿Hola? —contestó sin convicción.

—Norah —la llamó una voz muy familiar.

—¿Jack? —preguntó incrédula, dando un respingo hacia atrás.

—Norah... —susurró de nuevo.

Miró hacia el aparato, dudosa. Cuando volvió a repetir su nombre, se estremeció.

—¡Empuja la puerta! —gritó presionando el interruptor que activaba el mecanismo, luego corrió hacia la puerta del apartamento para desbloquearla.

Salió apresurada hacia el pasillo, girando hasta el ascensor el cual ya estaba en movimiento. Cuando las puertas se abrieron, lo miró boquiabierto: estaba vestido de forma casual; con jean, franela y chaqueta de cuero negro, pero todo desaliñado. Los alrededores de su nariz estaban oscuros y aún se notaba hinchada, aunque ejercían un efecto dramático contra sus ojos verdes, haciéndolos resaltar aún más. Tenía un cardenal en la mandíbula y la férula había desaparecido. Estaba apoyado contra el cajón como si estuviese herido.

—¡Jack! —exclamó nerviosa, y se apresuró a sacarlo del ascensor. Cuando se acercó, se dio cuenta que su posición no era porque aún estuviera adolorido, sino porque estaba ebrio. Apestaba a alcohol—. ¿Qué estabas pensando al ponerte como una cuba? ¡Estás convaleciente!

—Estoy bien. Ni me duele nada... ¡Me siento mejor que nunca! —aclaró

riéndose a la vez que se le tiraba encima y la lanzaba hacia atrás, provocando que se golpeará contra las puertas del ascensor, que se volvieron a abrir par en par.

Ella bufó antes de moverlo con dificultad hacia dentro de la casa. El rubio no era de los que bebían en exceso, mucho menos hasta llegar a ese estado, así que algo debió haber ocurrido.

—¿Estás bien? ¿Qué sucedió? ¿Tus padres saben que saliste? ¿Por qué...?  
—No siguió con su inquisición porque al segundo de entrar al departamento, él la abrazó, empujándola contra la pared y luego escondió la cabeza en su cuello.

Negó con la cabeza, aunque no se movió, en cambio, lo abrazó con fuerza por un par de segundos, ya que el olor era excesivo.

—Tienes que bañarte y sacarte esta borrachera —declaró quitándole la chaqueta de cuero que llevaba puesta, la tomó y la lanzó al suelo.

—No —rechazó él, pero no le impidió arrastrarlo al cuarto de baño.

Al llegar allí, lo sentó sobre el borde de la tina blanca. Jack colocó las manos en sus caderas jalándola hacia su cuerpo. Ella se las quitó para que la dejara maniobrar. No obstante, al tener que hacerlo por quinta vez, soltó un gritillo de frustración.

—¡Quédate quieto! —ordenó palmeando sus manos, apartándolas de nuevo, lo cual solo le ganó una carcajada en respuesta.

Comenzó a desnudarlo con dificultad y después lo empujó hasta que quedó acostado lateralmente en la tina, allí jaló los jeans y calzoncillos que estaba usando. Lo escuchó gemir, pero no le importó, muy bien que tuvo que haberlo pensado antes de permitirse llegar a ese estado.

Entonces abrió el agua fría.

—¡Demonios! —gritó él, brincando sobre la tina tan ebrio que cayó sobre su trasero—. ¡Eres cruel!

Norah soltó la carcajada antes de que la jalara y empujara sobre la bañera encima de su cuerpo. Allí gritó despavorida, y todo el cuarto de baño se volvió un desastre de gigantes proporciones.

Una hora y media después, él estaba acostado sobre su cama, con la espalda apoyada contra el respaldo de hierro forjado, usando nada más sus calzoncillos, lo único que no se había mojado en su intento de ducha. Le había hecho tomar agua, le colocó una férula que encontró dentro del gabinete de primeros auxilios que Anne iba surtiendo desde hacía meses, y aunque le quedaba un poco pequeña, le servía. Lo obligó a tomar un par de aspirinas y le

dio café, del cual no había bebido mucho, aunque ya se encontraba más cuerdo que cuando la había llamado por el intercomunicador.

Norah estaba sentada en una esquina de la cama mirándolo de frente, abrigada en una bata de baño masculina y con el cabello aún húmedo enrollado sobre un hombro; agotada después de cargar con el rubio, haber limpiado el reguero del baño y meter la ropa mojada en la lavadora.

No había dejado de refunfuñar contra él desde que salieron de la ducha.

—Tu madre va a poner el grito en el cielo cuando no te encuentre en casa mañana —continuó la discusión mientras Jack tomaba pequeños sorbos de café sin mirarla y de seguro sin prestarle atención—. ¿Ni siquiera pensaste en las medicinas? Obviamente el alcohol cortará el efecto de la mayoría. ¿Antes de emborracharte te detuviste siquiera a considerar qué sucedería al combinar esos calmantes con el alcohol? Podrías haber acabado muerto o peor... ¿En qué demonios estabas pensando?

—¿Has pensado alguna vez qué hubiese sucedido si yo no hubiera ido a esa fiesta? —le preguntó haciendo que detuviera su diatriba. Lo miró confundida—. ¿Cómo hubiese sido tu existencia si yo no hubiera aparecido? —insistió—. Sin casarte hasta no estar lista o hacer todas esas estupideces que hiciste después. Serías una mujer normal de veintiséis años, preocupada y concentrada en su empresa y en salir a divertirse. En besar y acostarse con hombres que no conoces de antes. Sobre todo en enamorarse con libertad cuántas veces quisiera. Inclusive tendrías una mejor relación con tu hermana, hasta con tu padre. ¿Cómo crees que hubiese sido tu vida si no me hubieras conocido?

Norah lo miró por un par de minutos, sin hablar o siquiera moverse más que en su pecho mientras tomaba aire con lentitud. Había allí mucho más de lo que estaba diciendo, lo notaba por su tono y por la forma en que evadía premeditadamente sus ojos. Parpadeó comprendiendo que era una pregunta seria, que merecía una respuesta similar, por lo que consideró cómo habría sido esa vida. Si era sincera consigo misma, Jack había descrito a la perfección el futuro que había deseado para sí cuando era una adolescente y antes de que toda esa situación surgiera para hacerla madurar. De hecho, era su prospecto de futuro perfecto. Sin embargo, la clave de ese futuro figurativo reposaba en la frase final de su última pregunta.

«Sin él».

Ella se movió por fin, le quitó la taza ahora vacía y la colocó sobre la mesita a su lado, entró a la cama y gateó hasta rodearlo para quedar

arrodillada frente a él.

—Habría sido una vida vacía —le respondió moviendo su mano para entrelazarla con la de él, buscando su mirada. Jack elevó la cabeza, y allí ella subió la otra mano para acariciar su barbilla. Su barba le raspaba un poco—. No sé si mejor o peor, pero sé que le habría faltado mucho para sentirse completa, empezando con tu presencia iluminadora. —Su respuesta lo hizo relajarse mínimamente a pesar de que siguió evadiendo su mirada—. ¿Qué está sucediendo?

Él no habló por un rato, haciéndola sentir aún más confundida.

—¿Qué habrías hecho si me hubiera acercado ese día en la piscina en vez de en esa fiesta? Solo un hombre acercándose a la mujer más hermosa que hubiese visto en su vida; sin apellidos, ni negocios, ni complots.

Sonrió y se encogió de hombros, descartando esa pregunta.

—¿Para qué insistir en eso? No es posible cambiar el pasado, de eso no me queda duda.

—Compláceme, Norah, por favor —susurró en un tono casi desesperado. Ella se tensó, comprendiendo que sin querer había desdeñado otra pregunta importante—. Si yo me hubiese acercado ese día, le hubiera entregado la niña a su madre y te hubiese invitado para tomar un café. ¿Habrías aceptado?

—Probablemente no —contestó con sinceridad. Él arrugó la cara tensándose, y ella apretó su mano buena, la que tenía entrelazada—. Esos cuentos sobre que ves a alguien y simplemente lo sabes son falsos, por lo menos en mi caso, así que te aseguro que al verte no sabría lo significativo que serías en mi vida. Pero no habría sido por eso que hubiese rehusado a tu amable invitación, sino porque en ese momento estaba perdida, recordando el momento de la muerte de mi madre, con todos mis demonios justo en la superficie, y lo único que había querido era huir de todo y de todos. —Volvió a buscar su mirada y continuó hablando cuando por fin él la observó a los ojos —: Pero si hubieses insistido, te aseguro que me habrías quebrado. No habría querido estar sola, aunque sea muy terca para admitirlo, lo sabes.

—Te habría distraído —comentó. Norah asintió.

—Y sin duda me habrías intrigado. De seguro te hubiera dado mi número, incluso aunque no fueras mi tipo. La magia de hablar como personajes de cuadros me hubiera ganado, tendría que saber qué diría el siguiente.

Él soltó una carcajada, y ella sonrió, aliviada de que le divirtiera.

—Carl no hubiera tenido una oportunidad —declaró él. Ella negó con la cabeza, ya que era cierto. Sintió que sus ojos se humedecían—. Te habría

enamorado con mi insistencia. Y te habría hecho mía sin que tu padre ni tú me usaran. Solamente un chico y una chica, sin mayor pretensión.

—Me habrías pedido matrimonio y yo aceptaría porque no podría hacer otra cosa.

—Y yo estaría sometido a ti porque, bueno, eso no cambiaría nunca... — completó.

Ella parpadeó varias veces, forzando a las lágrimas a replegarse.

—Y yo jamás usaría esa habilidad sabiendo que era un regalo y que debía ser valorado, nunca abusado. Excepto... —Suspiró y negó con la cabeza—. Cuando se tratara de los desfiles de moda, porque si te soy sincera, igual te arrastraría a cada uno de ellos.

Jack sonrió, pero fue un gesto más bien triste. Norah sintió que su corazón se arrugaba, en reacción apretó la sujeción de sus manos.

—Habríamos sido felices —declaró él, mirando hacia sus piernas un par de minutos después—. Nuestras únicas peleas serían por el programa que queríamos sintonizar los domingos y por mis pocas ganas de visitar a tu familia, porque francamente son despreciables y no creo que eso cambiase en la realidad que fuera.

Norah soltó una risilla y subió su mano libre para acariciar su mejilla, haciendo que lo mirara de nuevo. Después se quedaron en silencio, sin decir o hacer gran cosa.

A medida que pasaba el tiempo, más consideró alejarse, Norah había hablado en serio cuando propuso lo de los límites, y tenían que empezar por alguna parte. Al comenzar a liberar su mano, él la sujetó con más fuerza.

—Quizá, si hubiese sido así, no habrías terminado arrepintiéndote de nosotros.

Ahora fue ella la que se tensó, se acercó hasta quedar a pocos centímetros de distancia y sujetó su barbilla.

—Mírame, Jack —le exigió. Casi se puso a horcajadas sobre su cuerpo para conseguir su plena atención—. Puedo arrepentirme de muchas cosas que he hecho durante todos estos años, pero jamás de haberte tenido por un rato en mi vida —confesó, acariciándolo.

—¿A pesar de todo? Si hubieses sabido que este sería el resultado, todo lo que perdiste...

—Y todo lo que gané —lo interrumpió, preguntándole con la mirada a qué se refería—, incluso por un tiempo tuve tu corazón —susurró con una sonrisa también triste.



Él se acercó e iba a besarla, pero ella desvió la cabeza, recibéndolo en su mejilla. Jack arrugó su cara y se alejó un poco.

—Nunca lo has perdido —le confesó él a pesar del rechazo.

Norah elevó la mirada, aturdida por su declaración, sintiendo su pecho elevarse y perder todo el aire a la vez.

—¿Jack...? —La voz se le quebró y no pudo continuar, demasiado abrumada para conseguirlo.

—No sé qué me hiciste —murmuró él con un tono lleno de melancolía—. Puedo pasar toda mi vida llamándolo obsesión, pero siempre he sabido que no es cierto. Eres tú. Sin importar lo bueno o lo malo, nadie te mueve de allí, pareciera como si estuvieras grabada a hierro en mi corazón.

Parpadeó, ahora sí sintiendo que una lágrima escapaba por su mejilla, y se apartó con un nudo en la garganta, necesitando con desesperación espacio antes de quebrarse y olvidar toda su resolución sobre los límites.

—Deberías intentar dormir —ofreció con voz rota, tratando de acabar con el momento que no había querido crear en primer lugar. Tragó grueso—. Usa este cuarto, yo utilizaré el de Anne, ella está con Carl, quien sigue hospitalizado por si no lo sabías.

Intentó apartarse, pero Jack la sujetó de nuevo.

—No te vayas, Norah —le pidió.

Abrió la boca para rogarle que no lo hiciera, para confesarle que no contaba con la suficiente fuerza de voluntad para rechazarlo ni para salir airoso de toda esa experiencia; en cambio hundió sus hombros y asintió porque en ese instante no podía negarle nada.

Norah se acostó a su lado, acomodó su cabeza sobre su pecho y permitió que la abrazara con fuerza, sin siquiera molestarse en mover el cobertor para cubrirlos. Se quedó allí, despierta, hasta que sintió que sus extremidades se relajaban, que su respiración se ralentizaba y que sus brazos caían a los lados de su cuerpo. Allí se bajó de la cama con cuidado, lo arropó y salió del cuarto con sigilo, cerró la puerta y se dirigió a la habitación de Anne.

\*\*\*

Norah vio el sol en lo más alto del cielo desde la ventana de la cocina y agradeció que ese día fuera domingo y que no tuviera que trabajar, ya que desde que había dejado su habitación, casi a las cinco de la mañana, había estado deambulando por todo el lugar, pensando sobre el hombre que estaba durmiendo en su habitación, preocupada por su actitud y reprendiéndose sobre sus deseos de volver a meterse en su cama.

Finalmente no lo hizo porque sabía que no sería buena idea, que sería volver a caer en el círculo vicioso que de nuevo le rompería el corazón, como había sucedido un mes atrás. Sin embargo, eso no había evitado que deseara golpearse por lo que estaba desaprovechando... La posibilidad de una noche más entre sus brazos. Sobre todo después de su declaración de amor.

Ni siquiera en sus momentos más grises había dudado de la existencia de ese sentimiento a pesar de la versión desvirtuada y enferma en que se convirtió. Fue esa certeza la que la dejó sin esperanzas, ya que sabía que su separación final no había tenido nada que ver con la falta de amor, de ninguna de las dos partes, sino por la desconfianza.

En los cuentos de hadas y en todas sus enseñanzas infantiles, le habían inculcado que si existía amor, todo lo demás se podría conseguir si jamás dejabas de luchar. Ahora sabía que eso no era cierto. La nueva confirmación de ello y el recuerdo de sus palabras volvieron a quebrar otro trozo de su corazón, y negó con la cabeza, tragando el nudo en su garganta.

Debía mantenerse firme, por lo menos hasta que él se fuera. Tenía que dejarlo ir por completo y continuar con su vida, ya que sin importar el numerito de la noche anterior y todos los «hubiera» que habían recitado, nada había cambiado ni lo haría.

Mientras terminaba de cocinar el *brunch* que había decidido hacer para los dos, únicamente para mantenerse ocupada, se concentró en fantasear sobre su nuevo apartamento. Ya había firmado el contrato e incluso el día anterior había visitado varias tiendas buscando los artículos para amoblarlo. Hasta comenzó a clasificar los colores que serían de su preferencia.

«Lo que sea para no pensar que en la habitación contigua hay un rubio casi desnudo y prácticamente inconsciente del cual podría aprovecharme sin consecuencias».

Escuchó la puerta de su habitación abrirse justo cuando estaba terminando de cocinar la tocineta. Miró hacia el reloj, ya eran las once y media de la mañana. Se giró hacia la nevera y sacó una botella de agua, y del gabinete tomó un par de aspirinas que dejó sobre el desayunador, antes de servir un poco de café. La puerta giratoria sonó poco después.

Su corazón retumbó cuando se viró a enfrentarlo. La hinchazón en su nariz había menguado, pero no la parte oscurecida. Ella parpadeó, sus ojos siendo la única parte de su cuerpo que aún tenían movilidad, cuando descubrió que ni siquiera se había molestado en vestirse, como había hecho ella, que estaba utilizando un pantalón de franela y una camiseta que cogió prestada de Anne.

En cambio, él seguía usando los calzoncillos y frotaba su cabello rubio revuelto con una mano, la otra seguía cubierta con la férula prestada.

Por la expresión en su cara, sufría de una resaca infernal.

—Tomate las pastillas —ofreció girándose hacia el fogón para sacar la tocineta.

La sirvió en un plato al lado de los huevos Benedicto y las tostadas, todo sobre la mesa de hierro forjado donde comerían. En otro platón había fruta picada, y a su lado colocó dos jarras de jugo de naranja natural. Tomó asiento, haciéndole un gesto para que hiciera lo mismo si le apetecía.

Jack se sentó frente a ella, en la mesa de hierro forjado y vidrio en una esquina de la cocina.

—¿Cómo te sientes? —preguntó preocupada.

—Estoy bien —respondió abatido. mirando hacia la mesa.

Frunció el ceño, era obvio que no lo estaba y que no se trataba de su resaca, era más sobre lo que había sucedido en la madrugada.

—¿Por qué no te quedaste conmigo?

Ella suspiró, relajándose contra el asiento.

—Porque no pude —confesó—. Porque otra noche entre tus brazos me habría matado, sobre todo porque no serviría para nada. Nada hará que cambie tu opinión sobre nosotros.

Él apartó la mirada hacia el plato, y Norah sintió que su corazón se rompía otro poco.

—¿Qué te sucedió, Jack? —indagó confundida, sirviéndoles a ambos jugo de naranja—. ¿Por qué bebiste tanto? ¿Por qué viniste aquí?

Él no contestó, pero no parecía que fuera porque estuviese ignorándola, sino más bien era como si estuviese perdido en sus pensamientos.

Norah apretó los labios y suspiró, sabiendo que él era inasequible cuando se encontraba en ese estado de ánimo. Cogió su plato y le sirvió comida, intentando probar la teoría de que él estaría bien después que se comiera un batallón de huevos y tocineta. Entonces comenzó una especie de monólogo sobre que le había escrito a Amelia para avisarle que Jack estaba con ella, que había llegado borracho y que no tenía que preocuparse si no lo encontraba en su casa esa mañana. Después comentó sobre la respuesta de su madre, exagerando incluso un poco su reacción, con el principal objetivo de ver si salía de su ensimismamiento. Lo cual no ocurrió. Luego habló de Carl y de su procedimiento médico, recomendándole que se mantuviera lo más lejos posible de Anne, burlándose sobre que sin importar su contextura delgada,

daba unos rechazos de lujo, y que si no le creía, que le preguntara al propio Carl, y como eso jamás sucedería, terminó contándole sobre el primer encuentro de este con la pelirroja.

Allí empezó a divagar sobre *Luxury* y su nueva adquisición de patrocinadores, mientras él comía, inmutable, con su visión fija en el plato.

—Supongo que sin Beth ni los Spencer queriendo arruinar mi negocio, de verdad tengo una oportunidad —concluyó divertida.

Jack arrugó la cara y dejó caer el tenedor sobre el plato, su rostro tornándose de un extraño color verdoso. Lo miró horrorizada cuando se puso de pie y caminó hacia la sala, golpeando la puerta de vaivén. Le tomó un par de segundos concluir que no se trataban de náuseas por el alcohol, porque hasta ese momento había estado comiendo con normalidad. Tenía que ver con la última parte de su verborrea.

—¡Fue una broma! —se quejó, aturdida, desde la mesa.

## Capítulo 24

Jack se quedó de pie en el medio de la sala del apartamento, mirando el único cuadro de la estancia. Un hombre y una mujer sentados frente a frente en una mesa, compartiendo un trago. Las figuras eran alargadas, casi de caricatura, pero por una vez no tenía nada gracioso que pensar o emular sobre algo así.

Había sido una estupidez ir allí después de beber tanto, y no era así como había planeado que sucediera. Que le contaría sobre lo que su padre le había confesado en el trayecto del hospital hacia la casa familiar. Sin embargo, el día anterior, cuando había llegado a su casa después de afirmarle a sus padres mil veces que se encontraba bien, no pudo dejar de pensar en otra cosa hasta que se sintió tan desesperado y asqueado que buscó lo único que podría hacerlo olvidar por un rato: ron. No había funcionado. En cambio, se puso melancólico, patético, hasta que no aguantó más y corrió hacia el apartamento de Norah.

—¿Qué se están diciendo? —escuchó que preguntaba Norah, intentando relajar el ambiente. Relajarlo a él.

Internamente sonrió, recordando otro momento en que ella había usado esa misma treta y todo lo que significó para él que lo hiciera. La melancolía volvió a golpearlo.

—¿Jack? —susurró cogiendo su antebrazo para que la mirara—. ¿Qué demonios te ocurre? ¿En qué diablos estás pensando tanto? —cuestionó, comenzando a enfurecerse.

—Estaba recordando lo que me hizo enamorarme de ti —contestó él sin dejar de observar el cuadro. Yéndose por la tangente de forma bastante descarada porque no quería contarle todo aún a pesar de saber que tenía que hacerlo.

—¿Sobre qué? ¿La salva niñas de monstruosas piscinas? ¿O la mujer capaz de ver el mundo en una estrella? —ironizó con el tono más amargo que alguna vez le hubiese escuchado utilizar.

—No —respondió ladeando su cabeza—. Te lo dije una vez, en nuestra primera cita cerraste el trato, allí fue que me enamoré de ti porque sentí una conexión, ¿sabes? La forma en que nos comunicamos y cómo comprendiste mi humor y lo utilizaste para relajarnos. ¿Lo sentiste tú también? Antes que surgiera toda esta mentira, éramos solo nosotros, en el invernadero, en la primera cita. ¿O estoy equivocado?

La vio negar con la cabeza, y el alivio lo invadió, sabía que no era mucho,

pero demostraba que había sido tan natural para ella como lo fue para él.

—¿Por qué continuas hablando de esto? ¿Del pasado? ¿De nosotros? ¿A qué viniste ayer? —le preguntó por fin.

—A decirte la verdad —respondió de forma mecánica.

—¿Qué?

—Siempre tuviste razón. Todo el tiempo, Norah —concluyó con el mismo tono amargo que ella había usado pocos minutos atrás.

Entonces empezó a hablar. Repitiendo de nuevo lo del Club, pero incluyendo a su padre y su confesión de hacía dos días.

—Al final sí que te forcé a todo... —terminó, pero tuvo que detenerse porque, hasta ese momento, ella, que había estado apretando los labios en un gesto que parecía furioso, comenzó a reírse.

Y no fue una risilla o una sonrisa, fue una carcajada total, de esas por las que tienes que sujetarte el estómago porque te duele del esfuerzo. La vio lanzarse contra el sofá mientras se encorvaba, jadeando y soltando gritillos, intentando controlarse.

Jack estaba, para decir lo mínimo, completamente alucinado ante su reacción. Ni siquiera sabía qué pensar o qué estaba sucediendo. Se acuclilló a su lado, sujetándola.

—¡Por Dios, Norah! ¿Qué demonios te sucede? —indagó con tono alarmado. Ella negó con la cabeza e intentó hablar, no obstante, cada palabra que soltaba se ahogaba por la falta de aire.

Poco después él se sentó a su lado, la jaló para posarla contra su pecho, sin ninguna razón aparente más que de tocarla, ignorando la pulsada de dolor de su mano cubierta por la férula prestada. La había extrañado en su cama aquella madrugada; o en realidad, mucho más tiempo que ese, sin importar cuánto se lo hubiese negado a sí mismo.

Cuando por fin dejó de reír, él continuó su relato, decidido a terminarlo ahora que por fin lo había empezado.

—También tenías razón con la empresa, como sabes no fui yo el que la bloqueó financieramente, pero en forma indirecta...

—Oh, por favor, basta, no puedo reír más —lo interrumpió ella rogando entre suspiros, meneando su cabeza sobre su hombro.

—¿Pero es que no lo ves?, ¡maldita sea! —preguntó exasperado y frustrado, moviendo una mano para golpear su propio muslo—. He fallado en esto tanto como tú. He pasado mi vida hablando del honor e intentando actuar de la mejor manera en todas las situaciones, y en la que más me importaba lo

arruiné por completo. En las que te involucraban a ti. No soy el hombre que creí ser, Norah. Estos meses... —Negó con la cabeza, tocando su sien con su barbilla por el gesto—. Creo que me he conocido en verdad, y resulta que no soy alguien agradable. Mi padre estaría avergonzado si lo supiera, ciertamente yo lo estoy.

—No sabías que tu padre y tu tío...

—No importa. ¿No lo entiendes? —la interrumpió, sintiéndose que iba a estallar de la frustración por su intento de justificación.

Ella suspiró y tomó su mano buena, la que seguía contra su rodilla, y la colocó entre sus palmas, haciéndolo tensarse por la impresión.

—Lo que yo comprendo es que estoy agotada de hablar de lo mismo. Sobre los culpables y los delitos. No tiene sentido.

—Pero...

—No se puede cambiar, Jack, te lo dije ayer —lo cortó, sonando sulfurada—. Y ya sabemos qué sucedió, imagino que eso era lo importante. No te culpo de nada, ¿sabes? Es más, lo agradezco. También te lo dije ayer, podría arrepentirme de las malas decisiones que he tomado, pero jamás de haberte tenido, aunque fuera por un rato.

Jack la miró, aturdido con que dijera esas palabras y que lo perdonara con tanta facilidad, cuando en su caso la reacción había sido muy diferente. Por supuesto, podría argumentar que no era la misma situación, Norah lo había traicionado y jugado con él. Pero sabía que, al justificarse, estaría minimizando los sentimientos de Norah, porque para ser honesto, a ella también se le había arrebatado su futuro, su poder de decisión, su empresa, e incluso intentaron hacer exactamente lo mismo con *Luxury*. ¿Qué importaba haber desconocido esos hechos? Para todo lo que valía, él también tenía su parte de responsabilidad en la acción de su familia.

—¿Cómo puedes amarme aún? —murmuró unos minutos más tarde, su tono lleno de desconcierto. Sin importar cuántas vueltas le diera al asunto, no tenía sentido—. Después de todo lo que ha sucedido y todo lo que has visto de mí. ¿Por qué no actúas como...? —cortó la frase.

«Como yo», pensó.

Norah sonrió con tristeza y se encogió de hombros.

—Porque todo ha sido, Jack —susurró—. Y tal vez yo te prefiera así, mi vida ha sido muy imperfecta, y desconfío cuando algo se ve tan perfecto que no parece real. Ahora eres más humano, se observan las rayas del tigre. Las costuras a la...

Bufó y quiso apartarse, lo que causó que ella lo mirara por primera vez desde que todo el ataque de risa había empezado; su cara se ensombreció y su frente se arrugó de preocupación. Subió las dos manos para envolver sus mejillas y con ello detener el intento de él de alejarse de ella.

—Una vez vi una película donde una mujer hablaba sobre que era posible enamorarse varias veces de una misma persona —comentó con su mirada un poco perdida, con el gesto que hacía cuando estaba hablando de algo importante—. Como si la vida de un matrimonio fuera esta secuencia de pequeños enamoramientos y pequeños desenamoramientos. Quizá sea así, y es por eso que el amor dura o se acaba, por la capacidad que tenga este de transformarse al igual que lo hacen las personas a lo largo de una vida. Entonces supongo que si estás con la persona que en verdad te pertenece, cada cambio que haga será la posibilidad para que el otro se enamore un poco más. No puedo decir que amé tu capacidad de rencor o tu violencia, pero aún formaba parte de ti, Jack, y cuando caí en la piscina, volviste a surgir en medio de esa tormenta y me enamoraste. También en la playa. —Sonrió y se encogió de hombros—. Creo que no se puede amar solo una parte de una persona, lo bueno o lo malo. Hay que amarlo todo, respetarlo y siempre buscar que quien adoras se convierta en la mejor persona que puede ser. ¿No te parece?

Él parpadeó y después frunció el ceño, preguntándose por qué ella había dicho esas palabras y si acaso Norah lo estaba juzgando por su forma de amar. Entonces comenzó a cuestionarse sobre la veracidad de ello, y se levantó del sofá, ansioso y de repente muy desvestido para esa conversación, como si la falta de vestuario le hiciera parecer aún más desnudo en su interior.

Salió caminando hacia la habitación a coger su jean, la franela y la chaqueta que había visto lavada y doblada en un sillón que estaba cerca de las ventanas que miraban al oriente. Y sus zapatos en el borde de este.

Mientras se vestía, consideró seriamente las palabras de Norah, o por lo menos lo máximo que su resaca le permitía pensar, ya que sin importar las pastillas que hubiese tomado, aún el cerebro le martillaba contra el cráneo.

Él la había amado por completo. Peleona, idealista, malcriada, fuerte. No había habido mucho de Norah que no admirara; pero... siempre la amó con la visión de quién era cuando la conoció, por lo bueno en su interior.

Cuando explotó la intriga que se había gestado a su alrededor y se enteró de su engaño, ella perdió la luz que lo mantenía cegado; lo había decepcionado, arruinado su confianza y toda la admiración que siempre le



profesó. Incluso aunque deseó con toda su alma tenerla de nuevo en su vida, solo pudo aceptarla a base de reglas, castigos y falsas premisas, porque ingenuamente creyó que la furia y el odio que había comenzado a sentir por ella el día en que Bethanie le mostró los videos, evitarían que la amara de la misma manera que en los meses anteriores a ese fatídico día.

Lo cual había comprobado con creces con todo lo que sucedió después.

Y ese fue el motivo por el cual había renunciado a ella un mes atrás, porque estaba seguro de que nada cambiaría, ni que podría amarla de nuevo como lo había hecho al principio de su relación, así que no vio el sentido de siquiera intentarlo. Si era sincero consigo mismo, aceptaría que eso no había cambiado. En absoluto. Pero justo desde que se enteró de su papel en ese enredo, una duda había germinado en su interior, una que se duplicó al presenciar la reacción de ella al contárselo minutos atrás, terminando de comprender algo que no había entendido antes.

Lo cierto es que era imposible poder amarla igual que antes.

Jack parpadeó y miró hacia la puerta, frunciendo el ceño y respirando acelerado, a la vez que sentía que gotas de sudor caían por su espalda.

«¿Podría ser posible amarlo todo de una persona? ¿Amar a pesar de todo?».

Negó con la cabeza. Sentía que esta le iba a explotar por muchas razones. Se preguntó, de nuevo, qué demonios deseaba allí en verdad, qué había ido a buscar, porque a cada segundo que pasaba se hacía más evidente que confesar su papel en toda su historia había sido una simple excusa, dado que ya lo había dicho y no quería irse.

Giró hacia la cama, y los recuerdos de la madrugada lo embargaron, respondiendo con creces su pregunta.

«La deseo a ella».

En un golpe de sinceridad, de esos que surgen únicamente en medio de una resaca, aceptó que, desde que la vio por primera vez, eso nunca había cambiado. Y la realidad era que no creía posible que jamás lo hiciera.

Salió de la habitación, ya vestido aunque aún descalzo, para encontrarla sentada en el mismo sitio que la había dejado, lucía perdida y un poco desolada en esa posición: sus ojos apuntando hacia un punto en el centro de la habitación. Se sentó sobre la mesita de café de madera, frente a ella. La vio salir de su estupor y observarlo interrogante.

—¿Podríamos intentarlo de nuevo? —pidió Jack sin apartar su mirada de sus ojos. Norah se tensó, bastante descolocada. Se abrazó a sí misma de

inmediato.

—¿Qué? —preguntó sin voz.

—Quisiera otra oportunidad —repitió.

El silencio los invadió por varios minutos, aunque se sintieron como si fueran horas. Ella nunca apartó su mirada de la suya, poniéndose más pálida a cada segundo que pasaba. Él sentía que el corazón le palpitaba tan fuerte que temía que fuera a salirse del pecho. Se forzó a que la ansiedad no lo hiciera explotar ni salir corriendo, al menos no sin una respuesta.

—Pensé que ya-ya lo habíamos intentado —concluyó Norah por fin, casi balbuceando—. Creí que estaba claro en que esto había acabado.

—Lo sé —murmuró pasándose una mano por el cabello, sintiéndose agotado—, pero es obvio que no fue verdad.

La pelinegra lo miró con sus ojos muy abiertos, tanto que le rememoró un animé japonés cuyas cuencas azules cubren casi la mitad de su rostro. Sus ojazos la hacían ver desvalida, pero también tierna y mucho más pequeña de lo que le pareció cuando, esta mañana, la había encontrado frente al fogón cocinando para él.

—¿Qué es diferente ahora, Jack? —cuestionó. Él no tuvo una respuesta inmediata a ello, haciéndole negar con la cabeza—. Te dije que no me importa lo de tu padre o tu tío. No me debes nada.

—No es por eso...

—¿Entonces, por qué? —murmuró perpleja, sin permitirle terminar—. ¿Te diste cuenta milagrosamente que puedes dejar todo atrás y comenzar de nuevo? Ya pasamos por eso, ¿recuerdas? Lo intentamos por toda una semana, pero regresamos a la vida real y a la desconfianza, y la influencia de terceros nos arruinó, de nuevo. No puedo volver a pasar por esa experiencia. No soy masoquista a pesar de lo que te he demostrado en los últimos meses.

—No es igual, Norah —recalcó conectando sus ojos en los suyos, evitando que los desviara, lo cual le resultó irónico—. No estoy diciendo que olvidemos toda la porquería que tenemos a cuesta, estoy diciendo que aún te quiero en mi vida y que quisiera ver si podríamos conseguir la forma de estar juntos y luchar con ello, no dejándolo de lado, más bien llevándolo con nosotros en el camino.

Volvió a quedarse callada, mirándolo de nuevo con sus ojos muy abiertos, aunque se notaba que luchaba por comprender qué era lo que realmente le estaba proponiendo. Él se acercó hacia ella y rompió su posición de autodefensa, cogiendo sus brazos que estaban fuertemente envueltos bajo sus

pechos. Cuando —finalmente— logró separarlos, sujetó una de sus manos entre las suyas.

—Te extraño. Estoy cansado de estar sin ti, Norah —confesó, y la vio parpadear.

—¿Podrás volver a confiar en mí? —cuestionó. Él se encogió de hombros.

—¿Y tú? —le rebatió en respuesta.

—Supongo que ese sería el riesgo a tomar, ¿verdad? —susurró en un hilo de voz, unos segundos después. Él apretó el agarre de su mano.

—Intentaré creerte y esperar que, como bien dijiste ayer, no te aproveches del regalo que te estoy dando. Y si no lo consigo, pues optaré con aprisionarte y apartarte de todas las distracciones y tentaciones —declaró encogiéndose de hombros.

—Estás loco —respondió soltando una risa incrédula y sacudiendo su cabeza.

—Todo o nada, hermosa. No puedo vivir sin ti, así que intentaré hacerlo con el paquete completo. Lo bueno y lo malo. Lo quiero ahora. A ti y a tus manipulaciones si es necesario. Tu cariño y ambición. Tú misma lo dijiste, esas dos caras de la moneda nos define a cada uno de nosotros.

—No deseo tu dinero —le susurró.

—Viene con el paquete, y si yo me tendré que calar a tu familia, tú tendrás que aceptar que subroge tu condenada deuda del banco.

—Carl no...

—Eres mía, nadie más tendrá ese derecho —la interrumpió. No quería escucharla justificar o hablar de otro hombre.

Norah negó con la cabeza, pareciendo confundida.

—Esto es cruel; plantear una nueva oportunidad cuando ya el divorcio es un hecho —rebatió insegura. Él soltó una carcajada tosca.

—No estamos divorciados. —Ella frunció el ceño—. No pude introducir los papeles —explicó.

Lo observó, por muchos minutos, con una expresión más analítica. Justo cuando él estaba punto de escalar contra las paredes por la tensión, la vio parpadear, saliendo de sus pensamientos.

—No podría soportar otro rechazo, Jack, está muy bien lo que dices, pero ¿y si después te retractas? ¿Y si algo cambia y quieres apartarte? ¿Dónde quedaría yo? No puedo aceptar esto si no me has perdonado por completo.

Él suspiró y se pasó una mano por el cabello.

—Lo he hecho —confesó, ya se había dado cuenta de eso después de lo

que había sucedido con Bethanie.

Ella tragó grueso y sus ojos se humedecieron. Allí volvió a cerrarlos buscando control.

—Ni tampoco quiero entrar a una relación como la de meses atrás, donde te callas las cosas y hay castigos. Hemos vivido eso, ambos. Nada bueno sale de allí más que humillación y dolor.

Asintió y apretó el agarre de su mano de nuevo.

—Lo prometo, no será de esa manera. —La vio tensar sus labios y tensó su sujeción para que se concentrara en él y no en lo que fuera que estuviese pasando por su cabeza—. Norah, quiero esto y tengo los ojos bien abiertos al respecto. Estoy asumiendo que también tengo fallas y que si lo intentamos es porque ambos lo decidimos. No hay culpables.

Ella asintió, medio jadeando, pero aún reticente.

—No puedo ofrecerte una fantasía —continuó él—, un sueño como el que describimos ayer, donde el pasado podría reescribirse. Pero me ofrezco a mí mismo, y la promesa de que si estoy aquí... si te estoy pidiendo esto, es porque estoy aceptando las consecuencias.

—Me rompiste el corazón —confesó en voz muy baja.

—Tú también —dijo, tragando grueso—. Tal vez podamos reconstruirlos juntos.

—Hace un mes... —intentó rebatirle.

—Estaba furioso y confundido. Contigo y conmigo —la interrumpió—. El hecho de que me ocultaras cosas, evadiendo todo, me volvió loco. Cuando ocultas algo, das espacios a que me ponga a especular, y generalmente esas elucubraciones no son positivas, por lo tanto me hacen explotar y querer mandar todo al carajo. Eso fue lo que pasó hace un mes, y no sabía qué más hacer. Pero me equivoqué, porque la verdad es que por más que lo he querido, no puedo dejarte atrás. Y estoy malditamente cansado de intentarlo. Supongo que ese día tuviste razón, quería dejarlo porque estaba demasiado aterrorizado a que volvieras a fallarme, no porque lo deseara, ya que lo que en verdad deseo, y siempre he deseado, es a ti.

—¿Qué cambió? ¿Ya no tienes miedo de que te falle? —susurró con voz rota.

Jack suspiró y la maldijo por hacerle esa pregunta, ya que lo dejaba muy expuesto. Sin embargo, cerró los ojos y abrió los labios porque sabía que le debía esa respuesta.

—Sí —dijo y sintió que apretaba la sujeción de su mano—, así como

supongo que tú debes temer a que vuelva a descontrolarme. Porque no hay garantías, ¿verdad? Solamente voluntad y ansias de hacerlo bien. Es como dijiste, cuando uno quiere a alguien, tiene que intentar ser la mejor persona para ella, pero la otra persona debe aceptar que somos humanos, y es bastante posible que lo arruinemos.

Ella bajó la cabeza, y él frunció el ceño, necesitaba ver su mirada, descubrir si había comprendido sus palabras y si lo que había dicho era suficiente.

—Norah... —susurró unos segundos más tarde, ya desesperándose y cuestionando su decisión y dudando si tendría un buen resultado.

Al parecer, su padre había tenido razón cuando le dijo que estaba siendo muy voluble en cuanto a sus resoluciones. Era posible que en ese mes, la pelinegra hubiera decidido superarlo todo y continuar con su vida lejos de él y de toda su historia. No podía culparla si lo había hecho, ella le había rogado que lo reconsiderara, pero él, ensimismado en su dolor y terquedad, ni siquiera lo intentó.

—¿Cómo se supone que iniciaríamos esa nueva oportunidad? ¿Qué es lo que se tendría que hacer? —susurró ella, interrumpiendo su línea de pensamientos.

Jack exhaló de alivio a la vez que sentía que su pecho se retorció, la sensación de victoria y anticipación remolinándose por todo su alrededor. Cerró los ojos por un instante, cuando los abrió, la descubrió mirándolo expectante. Le sonrió.

—Imagino que lo primero es decir sí —se burló con voz enronquecida.

Norah sonrió con timidez, acariciando con un dedo la piel que alcanzaba de sus manos.

—Sí.

## Capítulo 25

Norah estaba sentada en un banco de metal, observando los alrededores de las extensas áreas verdes utilizadas para recreación. Parecía como si fueran cinco hectáreas de tierra, donde habían repartidos frondosos manzanos que servían de cobijo a las personas que estaban haciendo una especie de picnic con sus familiares y amigos sentados sobre el césped bien cuidado; también habían mesas con sombrillas y varios bancos, como el que ella ocupaba, dispersos por todo el sitio.

«Es un lugar que irradiaba paz», decidió, girándose hacia la casa de color blanco y con grandes ventanales que estaba a su espalda, preguntándose si su madre hubiera sido feliz allí.

Si su madre hubiese optado por curarse, su vida habría sido tan distinta. Quizás. Aunque estaba segura que la de su padre sí que lo sería, porque en el mes que había transcurrido desde su pequeño acercamiento en su despacho, descubrió muchas cosas sobre él, se abrió a ella de una forma que nunca creyó posible, comprendiendo la carga que llevaba dentro por no haber tomado las decisiones correctas tantos años atrás, por haber dejado que el amor se interpusiera al deber, como una vez mencionó. También había entendido muchas de sus posiciones del pasado, especialmente las referidas a su decisión de no hablar de su madre, y aunque en ese entonces lo había recriminado encarecidamente por ello, ahora le sorprendía comprender que ella también había utilizado esa táctica más de una vez.

Al parecer tenía que aceptar que era más hija de su padre de lo que se permitió considerar alguna vez, siempre llevando la procesión por dentro y creyéndose lo suficientemente fuerte como para solucionar todos los problemas sin la ayuda de ninguna otra persona.

Norah intentó ser de tanta ayuda para él como Jack lo había sido para ella, mostrándole perspectiva y, de alguna manera, buscando quitar algún peso de sus hombros. Aunque no había sido por completo exitosa al respecto, creía que el tener Dean ahora una segunda oportunidad para hacer las cosas bien con Bethanie, lo ayudaba también a matar esos demonios.

En cambio, ella se sentía dual sobre todo el asunto de su hermana.

Por un lado, deseaba achacar todas sus acciones malintencionadas del último año a su enfermedad, incluso asumiendo su cuota de responsabilidad por no haber visto los indicios narcisistas y depresivos en el carácter de su hermana a pesar de haber vivido con una persona que había sufrido el mismo cuadro. Sin importar que el experto contratado por su padre, el doctor Michael

Dulchin, les hubiera dicho que la condición de Beth había surgido al salir de la adolescencia, que su primera crisis había sido después del accidente y que era normal que todos hubieran asumido que la depresión fue la consecuencia del incidente en los Alpes, y no por un episodio psicótico, Norah debió haber entrevisto algo; quizá si no hubiese estado tan inmersa en sus problemas, en su vida, lo habría hecho.

Pero no era, y nunca sería, tan buena persona como para seguir esa línea de pensamiento por mucho tiempo y para considerar abrirle los brazos a su hermana con la misma inocencia y confianza de antaño.

Había marcas y cicatrices que nunca cerrarían del todo, y creer lo distinto era totalmente absurdo.

Sin embargo, allí estaba, como lo había estado cada semana desde que el doctor Dulchin autorizó las visitas; esperando para verla porque le había prometido a su madre que la cuidaría y porque durante muchos años habían sido las dos contra el mundo. Tenían demasiada historia, buena y mala, como para simplemente darle la espalda y nunca volver a acercarse de nuevo.

El hecho de que Bethanie no hubiese querido verla en ninguna de esas visitas era el único nubarrón en las semanas más perfectas que había vivido en mucho tiempo.

Se acercó un enfermero moreno, de mediana edad, que había visto en sus otras visitas, y se preparó para otra negativa.

—La paciente ya viene —le informó el hombre, y se quedó estática, mirándolo, porque la conmoción no le permitió ni siquiera abrir la boca.

Él se fue un segundo después, y Norah se giró hacia las puertas francesas de madera y cristal, esperando el momento en que ella las traspasara. Sabía de su estado porque su padre la visitaba diariamente y le otorgaba actualizaciones sobre sus avances; sin embargo, igual se tensó cuando la vio salir sin maquillaje y mucho más joven de lo que era, como la niña que había cuidado y protegido desde que su madre murió y hasta que comenzó con el modelaje a los catorce años. Llevaba un pantalón de lino blanco y un suéter beige, su cabello estaba recogido, haciendo que la cicatriz se mostrara en todo su esplendor. La notó un poco menos rosada, pero seguía bien marcada, y eso le hizo sentir la misma aprensión de siempre. Tenía un bastón distinto, ortopédico, pero se movía con mayor facilidad.

Cuando llegó a su lado, se sentó en el banco y miró el mismo paisaje que ella había apreciado un par de minutos atrás.

—Hola, Beth —saludó tensa, incómoda, sin saber bien ya cómo actuar a su

alrededor.

La vio asentir sin decir una palabra, así que se concentró en las otras personas que estaban en ese sitio. En el manzano más alejado había una familia, y si el vestuario era algún indicativo —ya que era igual al que estaba usando su hermana—, la paciente era la mujer mayor. La acompañaba un hombre, el que imaginó que era su esposo, y tres niños, todos varones, quienes correteaban alrededor y se dejaban caer sobre ella para, después, abrazarla. Por algún motivo absurdo, la escena causó que su corazón se comprimiera.

—¿Crees que mamá habría amado este sitio? —preguntó sin dejar de ver a la familia, siguiendo su anterior línea de pensamiento.

—No lo sé —respondió Beth, sacó una cajetilla de cigarrillos del bolsillo de su pantalón y encendió uno—. No recuerdo mucho de ella, o más bien nada en absoluto, más de lo que tú me has dicho y cómo luce por las fotos que hay en la casa. —Soltó una bocanada de humo y se encogió de hombros—. Si te sirve de indicio, yo lo odio.

Asintió y parpadeó, envolviéndose a sí misma con sus brazos.

—Lamento no haber estado pendiente de ti, no haber visto antes que estabas pasando por esto; debí haber considerado que podrías estar enferma como ella. Mamá me pidió que te cuidara, ¿sabes? —preguntó a la ligera. Escuchó un resoplido de Beth, por lo que se detuvo.

—Ahórrame el melodrama, Norah, ¿quieres? —espetó, volviendo a dar otra calada al cigarro—. No estoy de humor.

—No es ningún melodrama, es la verdad...

—Papá me dijo que volviste con Jack —la interrumpió mirándola por primera vez a los ojos. No estaban llenos de furia como antes, solo una especie de resentimiento que le revolvió el estómago. Asintió.

—Lo estamos intentando.

—Tan típico —declaró su hermana poniendo los ojos castaños en blanco y negando con la cabeza—, sería hasta gracioso si no fuera tan patético. Vuelves con Jack, papá te va a devolver la empresa y ganas en todo mientras yo me pudro en este sitio. ¿Qué hay de justo en todo esto? —Desvió su cabeza hacia el paisaje.

—La vida es injusta —susurró liberando su agarre y pasando la mano por su cabello.

—Claro que sí —dijo con molestia—, ¿por qué otra razón estoy loca y me veo como un monstruo mientras tú sigues tan igual? —Resopló antes de volver a dar otra calada a su cigarrillo.



—¡No estás loca, Beth, ni te ves como un monstruo! —gritó, alarmando a una pareja que estaba en el banco contiguo. Se estremeció y respiró para calmarse, negando con la cabeza—. Puede que no me creas, pero si pudiera, te quitaría estas cargas. Si estuviera en mi poder, lo tomaría para mí misma, todo, solo para que puedas ser feliz —culminó con solemnidad, y fue algo tan abrupto y emocional que la aturdió, ya que hasta ese punto había creído que jamás la perdonaría y que no la consideraría nunca más su hermana.

—¿A pesar de todo lo que te hice? —le preguntó mirándola de reojo, y allí se dio cuenta de que Beth estaba llorando, vio como limpiaba sus lágrimas con brusquedad. Norah suspiró.

—Eres mi hermana —susurró—, el amor es así, ciego, puede recibir tantos golpes que puede llegar a estar a punto de morir, pero nunca lo hace del todo.

Pensó en Jack y cerró los ojos por un instante, aceptando lo cierto que eran esas palabras. ¿Acaso él no le había enseñado esa lección?

—No sé qué voy a hacer, Norah —le confesó Bethanie unos minutos después, rompiendo un poco la barrera que desde el accidente había construido entre ambas. Incluso la miró de forma familiar, como lo hacía cuando estaba en problemas y sabía que su hermana siempre la rescataría—, estoy perdida. No sé qué voy a hacer con mi vida, ni siquiera sé qué es lo que quiero. Sé qué es lo que quería, pero eso acabó cuando tuve el accidente. También sé a quién culpé por ello, pero ni siquiera conseguí hacerte pagar del todo, porque al final ganaste —declaró, y ambas se estremecieron. La pelinegra negó con la cabeza, porque su hermana jamás sabría hasta qué extremo la había herido, solo creería que no había conseguido nada porque Jack estaba aún a su lado, pero aunque eso fuera cierto, habían cosas que jamás se olvidarían, daños que no podrían resarcirse, sin importar cuánto lo intentaran—. No sé qué hacer con mi vida, con nada.

—Tienes *Composture* —declaró volviendo su atención a la familia que había estado viendo; la madre estaba acunando a uno de los niños que dormía en su regazo.

—Papá dijo...

—Yo no he aceptado esa dirección —la interrumpió— si eso es lo que quieres es tuyo. Era de nuestra madre, y te gustaba lo que hacías allí, quizás ese es tu futuro.

Bethanie giró su cabeza hacia el frente y suspiró.

—Tal vez —respondió. Se quedaron calladas por varios minutos, viendo a

las demás personas que estaban visitando ese centro—. No fuiste la culpable —escuchó que su hermana declaraba, y se giró a verla, confundida—, mi terapeuta quería que te lo dijera, dice que eso me ayudará en algo. No veo en qué, la verdad; pero bueno, por eso acepté a verte hoy, para decirte que no fuiste la culpable y que ya no te culpo por ello.

—Gracias, Bethanie —susurró Norah con la voz rota, sus ojos se humedecieron y su corazón se sintió apretado contra su pecho.

Racionalmente sabía que no era culpable de sus desgracias, Jack había hecho hincapié sobre ello y la ayudó a quitarse esa cruz, pero de igual manera, sintió que le había sacado de los hombros el último peso, uno que ni siquiera sabía que estaba cargando.

Su hermana asintió y se puso de pie. Comenzó a caminar hacia la casona sin despedirse, aunque después de avanzar dos pasos se detuvo y se giró a verla. Norah la miró con interés.

—No vuelvas —le pidió su hermana—, te mandaré a decir con papá mi decisión sobre *Composture*.

Ambas se miraron por unos segundos, tal vez comprendiendo exactamente qué era lo que conllevaba esa petición. No debió haberle afectado tanto como lo hizo, ya había aceptado que esa relación no volvería a ser igual y que tampoco la quería en su vida después de todo lo que había ocurrido. Pero en las pocas palabras que intercambiaron, sintió algo, algo que le recordó a su hermana, la de antaño, y eso causó que esas palabras la golpearan hasta volverla en este revoltijo de emociones, una mezcla de impotencia, remordimiento, dolor y alivio que pareciera que fuera a ahogarla.

En parte quería ser más como Jack, ser capaz de poder perdonar una gran traición e intentar recuperar lo perdido, pero no creía que fuera posible, porque su hermana no quería eso y era imposible luchar por un amor de cualquier tipo cuando la otra parte no lo deseaba. Ya lo había intentado antes. Esa realización la hundió un poco más.

—Está bien —susurró, asintiendo con la cabeza. La castaña la imitó, pero antes de que pudiera girarse para entrar a la casa, continuó—: Beth, te perdono, espero que algún día seas capaz de hacer lo mismo conmigo.

Su hermana se giró sin decir palabra, y ella suspiró, volviendo su mirada hacia la familia que había estado observando, pero ellos también se habían despedido y el espacio estaba vacío. Le pareció irónico y profético.

Se levantó del asiento y se encaminó hacia la salida, su ánimo estaba un poco decaído porque a pesar de lo que se había repetido en todas esas visitas

sobre que la bipolaridad era un trastorno maníaco-depresivo y que no afectaba los sentimientos de una persona sobre otra, una parte de sí misma había deseado fervientemente que cuando por fin viera a su hermana, esta volvería a convertirse en el ser risueño y adorable que tanto amaba. Y sobre todo, que ya no la odiaría.

Cuando salió de la clínica, se quedó paralizada por un instante antes de sonreír ligeramente.

Allí, apoyado sobre su vehículo, leyendo algo en su Ipad, se encontraba esperándola, Jack.

Ese mes con él había sido maravilloso. La simple idea de tenerlo de nuevo en su vida era asombrosa, sobre todo porque había perdido cualquier esperanza de ello después de su última pelea. El hecho que fuera él quien le hubiese pedido que volvieran a intentarlo aún le removía el corazón, quebrantándose igual que la primera vez. Ni siquiera en sus fantasías más alocadas se le habría ocurrido que el estar juntos de nuevo podría ser uno de los resultados de esa aparición intempestiva a su casa. Ni mucho menos la situación en que ahora se encontraban.

Por supuesto no era fácil. No era sencillo reconstruir una relación con tantos baches como la de ellos, con tanto pesar y equipaje; pero valía la pena. Cada conversación, cada anhelo y sentimiento amargo, hacía más dulce y perfecto los momentos calmados así como la tranquilidad que ahora los embargaba.

Él tuvo razón con respecto a que su tiempo en Santa Bárbara había sido un interludio de lo real. Si hubiese pensado de forma racional sobre ello, habría llegado a la misma conclusión, pero en ese entonces no quiso ser racional o analítica sobre nada de ese asunto. Su único deseo siempre fue volver a vivir en paz sin ningún tipo de tormenta, como había sido de alguna manera cuando Jack desconocía todas sus maquinaciones.

Sin embargo, ahora no sentía ninguna pizca de nostalgia por esa época, porque era posible que el interludio se hubiese ido, pero tener a Jack en su vida, envolviéndola entre sus brazos, conversando por teléfono o simplemente pasando un día a su lado en la bahía o en el cine, sin sentir la presión constante de su romance condenado o del temor porque todo se descubriera, era mejor que cualquier otra cosa en el planeta. Y si a eso le sumaba el tenerlo en ese sitio, porque estaba preocupado sobre el desarrollo de ese encuentro, se comprendía por qué en ese instante lo amaba más que antes de ese mes.

Por fin, él elevó la mirada y le sonrió guardando su Ipad. Ella lo imitó,

pero mayormente salió como un gesto triste, lo cual debió haber sido evidente porque Jack se apartó del vehículo y comenzó a caminar hacia donde estaba parada. Cuando llegó, la envolvió entre sus brazos, con fuerza, y besó su cabello varias veces, consolándola con su toque.

—¿Cómo lo supiste? —le preguntó confundida, su voz salió ahogada porque su cara seguía presionada contra su pecho. Jack apretó más su sujeción.

—¿Qué? Has venido todos los sábados de este mes, desde que aprobaron la visita...

—No, no eso. ¿Cómo supiste que te necesitaba? —lo interrumpió en un susurro, pegando su nariz aún más en su pecho. Él soltó una risotada.

—Llámalo corazonada. No me contestabas el teléfono, así que me imaginé que por fin se dignó a atenderte —culminó con tono amargo. Norah frunció el ceño, confundida por lo de las llamadas, pero después suspiró.

—Debí dejarlo en el automóvil —se quejó, apartando por fin la cabeza de su pecho.

—¿Quieres que nos vayamos de aquí? —Lo miró a los ojos y sacudió la cabeza, no deseaba aún alejarse de él o manejar a alguna parte.

—Caminemos un rato —le pidió.

La clínica estaba en una colina, alejada de todas las zonas residenciales, así que había hectáreas de tierra deshabitadas y más adelante se veía la panorámica de la ciudad.

Jack cogió su mano y la guió hacia el frente, caminando lentamente.

—Hablé con tu padre ayer —comentó él buscando distraerla, tal vez intentando cambiar el tema sobre su hermana hasta que estuviera preparada para compartirlo—, me dijo que aún no has terminado de aceptar lo de *Composture*. ¿Qué estás esperando? —preguntó mirándola con el ceño fruncido.

Irónicamente, no cambiaba el tema en absoluto.

—No hay nada que aceptar.

—Es tu empresa...

—Y de Bethanie —lo interrumpió, apresurándose a contar el resultado de su reunión con su hermana—. Sé que la sacaron de la dirección, pero no tomaré ninguna decisión hasta que ella me informe que no quiere estar allí —concluyó.

Jack se detuvo, y ella se giró a encararlo.

—Quiero que te quede algo muy claro, Norah —advirtió con tono tosco, y

supo que era uno de esos momentos de ultimátum que a él tanto le gustaban—. Jamás permitiré que Bethanie vuelva a encontrarse en una situación donde le sea fácil hacerte daño. Ni tu padre tampoco. ¿Comprendido? Así que la dirección de *Composture* está fuera de cualquier consideración.

—¡Eso es completamente ilógico! —declaró aturdida, soltando su mano—. Ella va a estar medicada, no será igual que antes; además, me acabas de escuchar diciendo que ya no me culpa del accidente. —Él bufó—. Esto no tiene nada que ver conmigo, Jack, es sobre Bethanie y lo que desea hacer con su vida de ahora en adelante. ¡Está perdida! ¡¿No lo ves?!

—No, no lo veo en absoluto —dijo él aún en sus trece. Norah resopló.

—No es justo lo que le hicieron, es algo humillante y castrador que te arrebatan algo que deseas con toda tu alma, créeme que sé por qué te lo digo.

—Sí, lo sé —respondió, refiriéndose a su pasado, pero no había sido dado con un tono acusador o recriminador, como antes, solo dicho como un hecho. Eso había sido el cambio más maravilloso de su relación—. Aunque sinceramente no puedes comparar tu situación con la de ella —continuó, cortando su línea de pensamientos. Se giró a verlo conmocionada, abrió los labios para hablar, pero él continuó, impidiéndoselo—: No es igual, Norah, sin importar lo que pienses, ¿de verdad crees que eso cambiaría algo entre ustedes dos? Tu padre y tú pueden justificar todo lo que quieran con su dichosa enfermedad, pero yo no soy tan benevolente con ella ni con sus acciones. No conozco su patología, es cierto; pero tu madre tenía lo mismo, y tú hablas maravillas de ella, ahora tu padre también, así que supongo que no era la zorra rencorosa que es tu hermana. ¿O sí?

Norah negó con la cabeza, bajando la mirada hacia el asfalto.

—Bien, piensa sobre ello. Ya que... —titubeó. Ella elevó la mirada y lo vio encogerse de hombros—, tú tienes tus necesidades enfermas, ¿verdad? ¿Cómo lo que me harás hacer más tarde? —Asintió, hundiendo los hombros al recordar la cita que tenían esa noche—. Pues, hacer que recuperes lo que te quité es la mía.

Lo miró fijamente por unos segundos antes de asentir y sujetar su mano con cariño.

—Ya lo hice. Te tengo a ti —respondió coqueta. Él negó con la cabeza.

—Sabes que no estoy hablando de eso —se quejó con tono cansado y frustrado. Ella le puso los ojos en blanco y cambió el tema.

—Por favor, no me obligues a hacer algo cuando no estoy segura de ello.

—Pero...

—Jack —lo interrumpió—, no te miento cuando te digo que estoy bien en *Luxury*, estoy feliz —le aseguró. Lo vio apretar los labios, aunque por una vez no le refutó nada—. Además, ¿no comprendes lo que me estás pidiendo? Presidir dos empresas yo sola. Tú estás trabajando en exceso ahora, ¿quieres que también lo haga yo? ¿Cuándo se supone que nos veríamos entonces? ¿O es que tu insistencia es una simple excusa para separarnos por completo?

Sí, tenía claro que esa última pregunta era un acto de manipulación descarado, pero no deseaba más insistencia sobre el tema. Apretó los labios meditando sobre lo difícil que era para un tigre cambiar sus rayas, no obstante, se justificó con que en esa oportunidad no estaba haciéndole daño a nadie.

La miró con los ojos muy abiertos antes de acercarse para darle un beso brusco.

—Tienes razón, es mejor esperar —declaró al separarse, dejándola atontada.

Al parecer, eso de las rayas aplicaba para ambos.

«Hombre terco».

## Capítulo 26

Horas más tarde, Norah se encontraba recorriendo de nuevo toda la extensión de su *loft*, golpeando el suelo con sus tacones, mientras intentaba prepararse para lo que iba a suceder. Suspiró y acarició la tela de su vestido negro de coctel; una pieza de corte rectangular y cubierto de encaje transparente, llegaba hasta su rodilla, bastante recatado y conveniente para esa noche.

Había estado con Jack, por una hora, caminando por los alrededores de la clínica, sujetando su mano, apoyándose en su hombro cuando se detenían para mirar la ciudad, disfrutando de la compañía del otro. Él se encargó de bromear para intentar aliviarla después de su conversación con Bethanie; sin embargo, el rubio fue incapaz de relajarse por completo, y cuando se despidió, la sostuvo en sus brazos por largo rato antes de mascullar algo sobre que la iría a buscar a tiempo para ir al restaurante.

Se dejó caer sobre su sofá blanco y miró a su alrededor buscando distraerse de sus pensamientos tormentosos. En las tres semanas que llevaba viviendo allí, había conseguido hacer su propio espacio femenino, cómodo y un poco minimalista. A pesar de sus riesgos en las editoriales y portadas de su revista, sus gustos mobiliarios eran bastante conservadores; todo a su alrededor era blanco, verde, mostaza y amarillo, excepto el cobertor de su cama, el cual eligió rojo porque era su color favorito, y la alfombra que cubría una gran extensión del primer piso, llena de colores fuertes y mezclas de todos los demás de la decoración.

Escuchó su teléfono repicar y suspiró. Observó la pantalla con pesimismo.

—*Estoy abajo* —le dijo Jack cuando respondió, con voz tensa.

—Ya voy —susurró y trancó la llamada.

Salió del apartamento y se montó en el ascensor, movió su cabeza hacia los lados para relajar su cuello, desordenando su cabello suelto. Al llegar al vestíbulo saludó al portero, antes de ver el BMW frente a la entrada. Sonrió enamorada a pesar de saber que ese día no sería nada sencillo, porque de nuevo recordó lo que él había hecho por ella unas horas atrás.

Cuando se montó en el vehículo y se giró hacia él, se quedó paralizada. Se notaba que se había duchado antes de pasar a buscarla, su cabello aún estaba un poco húmedo y oscurecido, así que imaginó que había tenido una buena sesión de remo. Estaba usando un traje negro con camisa gris, pero sin corbata, que le hizo perder todo el aliento. Lo cual era algo común en el último mes desde que habían decidido volver a intentarlo.

Lo amaba, apasionadamente.

Se acercó sin dudarle, dejando caer la cartera sobre por alguna parte, y lo envolvió entre sus brazos, clavándose la palanca en su cadera sin que eso causara mucha diferencia en el arrebato o en la pasión que le inyectó a su beso. Jack la sujetó y, de una forma bastante atolondrada, con movimientos torpes, la subió y la acomodó sobre su regazo, haciendo sonar el claxon una vez. Norah rio contra sus labios. Sus piernas quedaron atravesadas entre la palanca y el asiento del copiloto.

Sintió que acariciaba su trasero mientras ladeaba su cabeza para profundizar el beso. Adoraba besarlo. Tanto como sentirse entre sus brazos.

—Echaba de menos esto —se quejó él. Ella asintió con una sonrisa y lo sujetó con más firmeza, para demostrarle que sentía lo mismo.

—Todo es culpa de ese plan maquiavélico tuyo —le respondió deslizando sus labios hasta su cuello para plantar un beso húmedo justo debajo de su oreja, lo que le provocó que se estremeciera por algo más que la risa ronca que emitió por su comentario.

Había firmado contrato con unos clientes nuevos, según él, para mantenerse ocupado porque no deseaba pensar en ella ni en su historia. Por supuesto, esa decisión la había tomado mucho antes de aparecerse en su casa. A consecuencia de ello tenía que viajar en forma constante a Nueva York y Ohio, o por lo menos mientras terminara la evaluación para pautar el plan de inversión.

Norah esperaba que pronto concluyera eso. Aunque debía aceptar que en verdad medio le gustaba la situación, los constantes viajes les otorgaron la posibilidad de ir despacio, cada uno aún en sus respectivas casas, extrañándose pero yendo un paso a la vez.

—Sí, pero no me refiero a eso en específico —se quejó el rubio elevando sus caderas para hacerle notar su erección. Ella soltó una risilla.

—Eso también es tu obra —exclamó burlona mientras se removía para hacerlo gemir de nuevo.

—Sabes por qué —le respondió Jack de forma elocuente. Norah asintió, abrazándolo con mayor fuerza.

Conocía las razones que le ofreció para la sequía de sexo. Estuvo presente cuando le explicó que habían desvirtuado ese acto, utilizándolo para la venganza y la lujuria más que por otra cosa. Él deseaba que, cuando volvieran a hacerlo, significara más, que fuera especial, como en Santa Bárbara, pero sin demonios ni miedos entre ambos. Ella lo había respetado y amado más por



ello; sin embargo, eso no significaba que la parte de su cuerpo que ansiaba tenerlo dentro no lo anhelara, o que dejara de desearlo.

Era una tortura para ella tanto como para él.

—Lo sé —le susurró bajito.

Se quedaron callados por unos minutos, aún en el mismo sitio, dejando claro que él estaba haciendo la cosa favorita de Norah: evadiendo. Cerró los ojos y lo sujetó más cerca antes de negar con la cabeza para hacerle ver que se había acabado el tiempo.

—Ya nos deben estar esperando —explicó con cuidado. Lo escuchó suspirar.

—¿Repíteme de nuevo por qué estoy haciendo esto? —preguntó, luego la liberó para permitirle volver a su asiento, antes de arrancar hacia el restaurante.

—Por Anne —respondió, y se giró hacia la ventanilla de su puerta para concentrarse en los alrededores—. Porque le debo más de lo que alguna vez podré pagarle. Porque al parecer las cosas con él no van a acabarse. Porque es mi mejor amiga y no deseo frecuentarla solo en la oficina o en eventos especiales. Porque tenemos que hacerlo. —Se giró para mirarlo, su expresión se había vuelto tensa de nuevo—. Porque Carl no significa absolutamente nada para mí, y como dejamos claro en la clínica donde está ingresada Beth, mi parte enferma necesita que lo veas de forma tangible, no solo por mis palabras. Así que supongo que vamos a cenar con ellos por mí.

Jack apretó el volante hasta que sus nudillos se volvieron blancos, pero no dijo nada, lo cual agradeció y maldijo a la vez. Un par de minutos de absoluto silencio después, ella le preguntó sobre su último viaje y respiró aliviada cuando él le respondió, aligerando la tensión entre ambos. Mientras hablaba, arregló su maquillaje y lo limpió a él con un pañuelo.

\*\*\*

Norah salió del coche cuando le abrieron la puerta frente al sitio donde se había citado con su amiga, y después de que Jack le dejara las llaves al valet para que estacionara el vehículo, entraron al restaurante.

Ubicó a Anne casi de inmediato, su cabellera roja era bastante distintiva en cualquier habitación por sus reflejos casi anaranjados. Entrelazó su mano con la de Jack y lo guió hasta allí, sabiendo que esa sería una velada bastante incómoda.

Lo cual quedó confirmado con la expresión tensa en la cara de todos.

Norah y Anne lucharon, después de sentarse y pedir las bebidas al

camarero, por hacer la conversación amena y buscar puntos comunes entre ambos. Carl, después de varios apretones por parte de la pelirroja, comenzó a hablar:

—Vale, lo diré solo una vez —comentó por primera vez en la noche, justo después de que el camarero dejara el pedido de entrada en la mesa—, si Jack tiene intenciones de volver a patearme el trasero, que me lo diga ya para largarme, porque ni de coña volveré a pasar otra convalecencia. Ninguna mujer merece tanto.

Anne le golpeó la cabeza por ello, aunque, para sorpresa de Norah, eso relajó un poco el ambiente. No demasiado, aún no serían mejores amigos o hermanos del alma, pero Jack se carcajeó y subió su copa para brindar al aire mientras le advertía en tono jocoso que había estado practicando.

Ambas se rieron un poco incómodas y tensas por ese comentario, ya que no sabían si era cierto o no.

Al instante, Anne dirigió la conversación a puntos más neutrales, habló sobre la revista, se concentró en contar anécdotas jocosas sobre las peores sesiones fotográficas y esfuerzos para conseguir un chisme jugoso.

Cuando estaban retirando los restos del tercer plato, Jack se acomodó en la silla y miró a Carl.

—He estado un poco ocupado con unos clientes, pero la semana que viene visitaré tu banco o enviaré a un asociado.

Norah frunció el ceño y compartió una mirada confundida con Anne, antes de girarse hacia el rubio.

—¿Por qué? —preguntó ella casi al mismo tiempo que los otros dos.

—Subrogaré la deuda de Norah.

Ella se tensó, recordaba cuando él se lo había dicho, aunque en verdad creía que se trataba de una broma. Carl frunció el ceño y dejó la copa de vino tinto sobre la mesa.

—*Luxury* tiene un acuerdo bastante bueno con nosotros. Los intereses más bajos del mercado. Además, no es mi banco ni mi cuenta, yo no llevo control de eso o tengo algún contacto con ella.

—No me importa, no tiene nada que ver con quién lleve la cuenta. Es algo que tiene que hacerse y pronto —espetó con tono tosco.

La mesa en pleno cayó en silencio. Hasta allí había llegado el momento casi cordial entre los cuatro.

Después de eso, no hubo mucha conversación. Nadie ordenó postre, y Anne, captando el estado de ánimo de Norah, declinó el café y se levantó del

asiento casi de inmediato.

—Esta vez, invitamos nosotros, chicos —dijo la pelirroja con un tono de ligereza fingida—. Pagaremos la cuenta y nos iremos. Le prometimos a los padres de Carl que iríamos a un *brunch* mañana en su casa.

Norah los vio irse después de despedirse, mientras ellos se mantenían sentados en la mesa.

—¿Norah? —la llamó. Ella emitió una sonrisa amarga.

—¿Esta fue la verdadera razón por la que accediste a venir? —le preguntó mirándolo fijamente.

—No —respondió Jack con su tono de sinceridad—, pero supuse que podía aprovechar la oportunidad.

Él se encogió de hombros, y ella bajó la mirada hacia la mesa a la vez que negaba con la cabeza. Su fantasía enfermiza le había explotado en la cara, quizá con ello comprendería que era irrealizable. La confianza, después de perdida, era casi imposible de ser restituida, lo sabía. No necesitaba miles de películas, frases rebuscadas o metáforas sobre papeles arrugados y vueltos a alisar para entenderlo. Tal vez había pedido demasiado o estaba exigiéndole mucho a un simple hombre. Sin embargo, igual se sentía como si hubiera sido derrotada en una batalla que ni siquiera sabía que estuviese luchando. De nuevo.

Una persona mejor que ella se levantaría del asiento de una manera muy dramática y gritaría un poco sobre su dignidad, su amor propio, alejándose para siempre del hombre que quería controlarla para hacer cumplir únicamente su voluntad. Norah ni siquiera lo vio como una opción. Era su carga, pero sobre todo, un mes atrás, había prometido darles una oportunidad sin bordear ningún asunto entre ellos, sin importar lo doloroso o humillante que fuera. No incumpliría ahora a sus promesas.

Si ella quería formar algo concreto con ese hombre, necesitaba hacerlo con todo el paquete. Lo que existía. Lo que aún no había descubierto. Y lo que se había creado a causa de sus propias acciones.

Aunque no por ello se volvería un felpudo.

Se giró a encararlo.

—No vas a subrogar ninguna deuda de mi empresa —declaró, entonces, con expresión firme y tono bastante certero. El rubio frunció el ceño, luciendo honestamente confuso ante su declaración.

—Ya habíamos hablado sobre ello, y estuviste de acuerdo.

—Pensé que estabas bromeando.

—No lo hacía...

—Ahora lo sé —lo interrumpió—. Sé que ganarme tu confianza de nuevo será difícil, Jack, pero este no es el camino. ¿No lo ves?

—No tiene nada que ver con confianza, Norah, te dije que es mi derecho cuidar de ti —explicó.

Ella negó con la cabeza porque vio únicamente uso de semántica y terminología para un mismo fin.

—Puedes cuidar de mí. Deseo que lo hagas —agregó cuando vio que él la miraba con incredulidad por su tono condescendiente—. Amo que lo hagas —recalcó—, así como amo poder hacerlo contigo. Pero una cosa es eso y otra es intentar aprisionarme en un muro de control, creyendo que con eso me tendrás. No lo harás, Jack, en cambio me perderás.

Él entrecerró los ojos en un gesto compungido. Ella odió hacerle daño, no obstante, sabía que odiaría más no decir nada.

—¿Me estás amenazando? —cuestionó incrédulo—. ¿Qué estás diciendo? ¿Lo prefieres a él, Norah? Porque no tiene sentido.

—Esto no tiene nada que ver con Carl, y que no te des cuenta lo hace todo más difícil. Es sobre nosotros dos. Siempre lo ha sido.

—Te dije que subrogaría la cuenta —repitió, como si de alguna manera esas seis palabras le dieran sentido a todo lo demás. Norah se enderezó en la silla y volvió a encararlo.

—Y yo te estoy diciendo que no lo permitiré.

Jack la miró por unos segundos y se puso de pie. El gesto podría tomarse como elegante y fluido, pero ella sabía que estaba hirviendo por dentro y que apenas podía controlarlo.

—Creo que deberíamos irnos —espetó él.

Asintió, poniéndose de pie para seguirlo, mientras se reprendía por el modo en que había llevado la situación, preguntándose si no habría sido mejor esperar a que los ánimos se calmaran o hasta el día siguiente para sacar el tema a relucir de nuevo y tratar de hacerle entender su posición.

Sin embargo, cada pensamiento racional se cortó cuando el valet estacionó el BMW frente a ellos, siendo reemplazados por la sensación más absurda y terrorífica de *déjà vu* que casi le hizo perder todo su aliento.

De nuevo estaba en medio de una pelea sobre Carl. De nuevo ese vehículo llegaba frente a ellos, con un Jack bastante furioso a su lado. Recordó todo lo que había ocurrido en esa oportunidad. Lo que les había costado.

Lo que la había herido.

Por un instante de esa noche en verdad tuvo la certeza de que nunca volvería a ser ella misma. Claro, después había venido Santa Bárbara y toda esa experiencia la había reconstruido e incluso la volvió más fuerte, dejando todos sus pesares atrás, además de los que él había creado por esa tortura. No obstante, eso no significaba que lo hubiese olvidado o que no estuviera aterrorizada de volver a repetirlo.

Sintió tanto pánico que las náuseas la invadieron y creyó que vomitaría toda su cena justo frente al restaurante y a todas las personas que allí se encontraban.

—¿Norah? —Escuchó que la llamaba, parado frente a la puerta abierta del piloto, mirándola confundido y rabioso.

Lo miró con miedo, respirando agitadamente y tragando las náuseas, antes de dar un paso hacia atrás, girar y salir corriendo lejos del restaurante y de él.

Huyó hacia el callejón que estaba al lado del restaurante, pero antes de haberse adentrado diez pasos, una mano sujetó su antebrazo y la empujó contra la pared. Sintió el cuerpo de él arrinconándola. Eso causó que el pánico y el *déjà vu* golpearan con mayor intensidad, por lo que comenzó a temblar con fuerza y a gritar, emitiendo chillidos incoherentes e incongruentes, lo que causó que Jack le tapara la boca para no alertar a los demás.

## Capítulo 27

Jack observó a Norah totalmente aterrorizado. Estaba temblando con tanta fuerza que el movimiento se expandía contra él, haciéndolo estremecerse a su vez. Los chillidos que escapaban de su garganta eran escalofriantes, y lo llevaban a tal borde de locura que casi la liberó de su sujeción para que cualquier policía u hombre que estuviera cerca se acercara y lo arrastrara lejos, porque ciertamente tenía que haber hecho algo muy grave para haber causado esa reacción.

Sin embargo, lo peor de todo era su mirada. Sus ojos estaban abiertos de par en par, volviéndose en lo único concreto que observaba de su cara porque lo demás lo estaba tapando su palma. Así que se enfrentaba de lleno a su expresión. Miedo. Hacia él.

Norah le tenía miedo.

No comprendía qué estaba sucediendo, qué había hecho explotar esa reacción en ella, pero necesitaba que parara. No por las consecuencias, por la policía o personas que pudieran presenciar su ataque, sino porque la forma en que lo estaba mirando le rompía el corazón y el alma.

Sus manos arañaban su saco sobre sus antebrazos, como si quisieran arrancárselo a jirones o hacerle daño.

Jack estaba bastante dispuesto a permitir que lo hiciera si eso significaba que ese sentimiento se alejaría de su mirada. Necesitaba a su verdadera Norah; a la luchadora, la fuerte, a la que atacaba en vez de gritar asustada, a la manipuladora que era capaz de jugar con la culpabilidad sobre un posible quiebre en la relación para que él cortara con el tema de que volviera a dirigir *Composture*. Necesitaba a su mujer. No a este saco de huesos temblorosos aterrorizada por él.

—Norah, por favor, ¿qué está pasando? ¿Qué sucede, cielo? —preguntó alterado, intentando reconfortarla. La miró con todo el amor que sentía, y deseaba que lo notara a pesar de la poca claridad del sitio—. Habla conmigo, dime qué va mal. Cálmate y cuéntamelo.

Sí, tenía claro que era un absurdo pedirle eso cuando estaba tapando sus labios, pero no estaba coordinando ni actuando con mucha lógica en ese instante.

Como si esas palabras hubiesen sido suficientes para centrarla de nuevo a él, ella se quedó paralizada, sus ojos seguían llenos de terror, aunque por fin estaban enfocados y había dejado de arañar sus antebrazos. Liberó la sujeción de su cara, y la pelinegra se lanzó hacia su cuerpo, abrazando sus hombros y

enterrando la cara en su cuello, aún temblando.

Ese gesto lo desarmó y confundió hasta el infinito.

—¿Norah? —llamó. La sintió negar con la cabeza.

Le llevó unos segundos notar que estaba susurrando algo. Cuando comprendió las palabras, se quedó pasmado.

—Lo siento... Yo... Lo-siento —repetía una y otra vez.

—¿Qué está sucediendo? —le preguntó abrazándola con fuerza. Su voz llena de temor e incertidumbre.

—Yo... El automóvil... Colinas... Tú, queriendo volcarnos —balbuceó con voz rota.

Le tomó todo un minuto comprender a qué se refería y entender por completo su reacción. Cuando lo hizo, aflojó su sujeción, sintiéndose avergonzado consigo mismo. Y asqueado.

Cerró los ojos y negó con la cabeza, sus benditos ojos humedeciéndose como un crío, ya que no se había equivocado, ella le tenía miedo, y lo peor era que tenía motivos para sentirlo.

—Por Dios... —jadeó queriendo apartarse, imaginando que sujetarla así estaba causando más daño que bien—. ¿Quieres que llame a Anne para que venga por ti? —ofreció a pesar de que era lo último que deseara hacer.

—¿Q-q-qué? —tartamudeó, apretando sus brazos alrededor de su cuerpo.

Jack tragó grueso.

—Entiendo que no desees estar conmigo en estos momentos —respondió con voz muerta. Norah negó con la cabeza contra su cuello.

—Tú... tú-eres el único que me hace sentir segura —susurró. Jack quiso resoplar de incredulidad. ¿Cómo demonios la podría hacer sentir segura cuando fue él quien la hizo huir despavorida en primer lugar? Repitió esa pregunta en voz alta, y ella se encogió de hombros, en un movimiento descoordinado por el temblor que aún le recorría—. Patético, ¿eh? —murmuró en lo que pareció un intento de chiste. Y uno muy malo.

Volvió a abrazarla con fuerza, aún recostados contra la pared, aunque en algún momento de su conversación los había ladeado, ya que no quería que sintiera que la estaba acorralando contra el muro, como había hecho esa noche.

Un rato después, cuando la sintió relajar sus brazos contra su cuello, retuvo su mandíbula con una mano y la elevó para que lo mirara.

—Norah, lo prometo, jamás volveré a hacer algo como eso —susurró con voz rasgada, sintiendo que también temblaba—. Te doy mi palabra que no

importa lo que suceda, nunca volveré a actuar de esa manera. Por favor, créeme... Por favor —su voz se quebró al final.

Lo miró, aún con los ojos muy abiertos; el pánico se había ido, pero el deje de temor y ansiedad que quedaba allí lo estaba matando. Cuando abrió los labios para intentar reconfortarla de alguna forma, ella apoyó sus manos en su pecho y lo empujó, él entendió el mensaje y la liberó en el acto, Norah y viró el cuerpo hacia un lado para vomitar con ahínco todo el contenido de su estómago.

Jack le sujetó el cabello cuando reaccionó, después de la segunda arcada, y le acarició la espalda durante el proceso. Ni siquiera le importaba lo que estaba haciendo o sintió asco alguno, su cabeza estaba demasiado concentrada en el hecho que había originado esa reacción.

Cuando Norah se compuso, la guió al restaurante y la llevó hasta la puerta del baño de mujeres para que se lavara y arreglara. La esperó con un vaso de agua en la puerta. Al terminar, la volvió a llevar al vehículo, donde manejó en silencio hasta su edificio.

Se bajó con ella y caminaron hasta su apartamento. Había entrado allí una vez en ese mes, justo cuando le dieron las llaves, ya que Norah quería mostrarle su nuevo hogar. Y mientras la tomaba en brazos al cruzar la puerta y subía las escaleras para dejarla en su cama, ni siquiera consiguió notar si había comprado alguna cosa para llenar los espacios vacíos.

—¿Quieres bañarte? —preguntó. Ella asintió, pero no permitió que la acompañara, sino que se bajó de sus brazos y caminó medio tambaleante al cuarto de baño, cerró las puertas y lo dejó completamente aislado, solo con su desesperación.

Jack paseó por los alrededores como un animal enjaulado. De todas las cosas que había creído que podrían explotar desde que comenzaron a salir, jamás consideró que esa sería la elegida. Tal vez porque aunque conocía sus fallas, aún seguía sin interiorizarlas como debería, lo cual, irónicamente, era la peor de todas.

Se acercó a la puerta y tocó, nervioso.

—¿Todo bien? —preguntó contra la madera.

—Sí —escuchó que ella respondía en un murmullo.

Se quitó el saco y bajó a tomar agua, necesitaba hacer algo para calmarse; pero justo cuando iba por el séptimo escalón se detuvo, porque todo a su alrededor era tan parecido a ella, a su gusto, a la manera en como plasmaba en cada cosa su marca, que le quitó el aliento. Ver la gran alfombra de colores y



cuadrados con el diseño abstracto le hizo sonreír con melancolía, y después recordó su propia casa cuando estaba adornada por completo con su esencia.

Había estado tan desquiciado por su ausencia que una noche destruyó todo lo que la recordaba, lanzó cada cosa contra el suelo, agarró un martillo para golpear las paredes que había tapizado. Eliminó todas sus huellas. Al día siguiente había vuelto a contratar a su diseñador para que decorara su casa como había estado antes de que ella llegara a su vida y alquiló la habitación en el Hilton, donde pasaba la mayoría de sus noches después de salir del trabajo.

«Para lo que sirvió», pensó negando con la cabeza. La marca más inclemente nunca se había ido.

Después de tomar agua, subió y se sentó sobre la cama, con un cobertor rojo pasión que le hizo sonreír más ampliamente, mientras miraba la puerta con ansiedad. Ese mes había sido tan agradable que le enfurecía cómo se encontraban en ese instante. Por supuesto, había tenido que viajar prácticamente una vez por semana y vivía en un caso constante de bolas azules, pero se lo estaban tomando con calma, intentando reconstruir y estar juntos.

Esa noche, todo se había ido al infierno.

Ni siquiera comprendía por qué demonios a ella le había molestado tanto lo de la subrogación de la deuda, ya se lo había dicho antes, y ese era su trabajo, protegerla y cuidarla. Además, la verdad no le costaba nada, y si eso significaba que Carl salía del panorama, pues era una situación ganar-ganar.

Excepto que, por lo que veía, Carl nunca saldría de sus vidas.

«Bendita Anne y su mal gusto en hombres».

\*\*\*

Una hora y tres comprobaciones más tarde, Norah salió del cuarto de baño. En verdad lo agradeció, porque ya estaba considerando seriamente tumbar la condenada puerta.

Estaba usando una dormilona de seda azul, que le llegaba a sus tobillos, y tenía la cara limpia y pálida. Fantasmalmente pálida. Se adelantó a sujetarla, y por primera vez en todo ese mes, sin un abismo de erección en el horizonte.

—¿Mejor? —indagó. Ella asintió, permitiendo que la acostara en la cama. Él la acomodó y la tapó con el cobertor.

—Lo siento. Yo...

—No te disculpes —la interrumpió él pasándose una mano por su cara—. Debería ser yo quien lo hiciera.

—No, ya eso pasó, te disculpaste en esa oportunidad.

—No sirvió de mucho —respondió a unos pasos de distancia de la cama porque no quería importarla. Miró hacia la escalera preguntándose si debía irse.

—No te vayas —escuchó que le decía. Se giró a verla, y ella lo miraba implorante, desarmándolo por completo—. Ven acá... —le rogó, moviéndose para que se acostara a su lado.

Suspirando, se acercó y se sentó sobre el cobertor, apoyando su espalda sobre el reposa cabeza. Sintió que se acomodaba para apoyar la cabeza en su hombro y que pegaba su cuerpo a su costado casi al instante. Él ladeó la cabeza para posar su pómulo sobre su coronilla, tomó su mano con cuidado.

—Por un instante me asustaste allí —le confesó sin mirarla.

—Lamento eso. Es que...

—Yo te asusté a ti —declaró con certeza, interrumpiéndola.

—Fue más que toda la situación, Jack. Eran muy similares. Yo... me descontrolé.

—No puedo soportar que me temas —comentó con voz gruesa, decidiendo que iba a vender ese bendito coche al día siguiente. Después negó con la cabeza porque sabía que eso no resolvería nada, por meses había hecho un trabajo endemoniadamente bueno para conseguir el resultado que había visto horas atrás, culminando en esa noche desquiciada donde casi la había violado en su propia casa—. Creo que debes hablar con alguien sobre lo que sucedió entre nosotros.

—Estoy hablándolo contigo —murmuró confundida.

—No, con un profesional.

—¡No estoy loca! —gritó Norah apartándose y mirándolo enfurecida. Por un instante había olvidado su terror con los terapeutas, puso los ojos en blanco por ello.

—Lo sé —respondió con tono ecuánime—, pero, aun así, pienso que debes hacerlo. Si quieres, iré contigo —agregó al ver que negaba con la cabeza y que abría sus labios para refutarle. Allí frunció el ceño, parpadeando un par de veces.

—Lo pensaré —respondió poco después.

Volvió a acomodarse en la posición anterior y pasaron mucho tiempo sin hablar, mientras él analizaba lo que acababa de suceder.

—Para lo que sirva —comentó Jack en algún momento—, tenías razón. Lo capté.

—¿Qué?

—Como lo ves a él —explicó—. Es distinto a como me ves a mí. Lo entiendo ahora. Carl no significa nada para ti.

—¿Entonces, por qué?

—No tiene nada que ver con la confianza —la interrumpió, queriendo aclarar por fin el punto para que comprendiera su necesidad—, en verdad es sobre mi deber de cuidarte y querer hacerte feliz.

Volvieron a quedarse callados por unos minutos, y él de vez en cuando ladeaba su cabeza para besar su sien.

—Ya lo entiendo —escuchó que decía. Se sintió aliviado de que por fin lo viera. Norah se elevó sobre sus rodillas y se posicionó frente a él, lo miró con unos ojos que aún seguían un poco turbios—. Me gusta que me cuides de esta manera, que te preocupes por mí, que me ames así. No de esa forma.

—Pero...

—Sé que no lo hicimos bien hasta ahora, así que eso tiene que cambiar, Jack. Entiendo cómo fue nuestra relación al principio, y tal vez sientas que tu forma de mostrarme amor tiene que ser así, porque yo te hice ver que eso era lo que quería; que tú me dabas cosas y que yo te retribuía con mi amor. Pero eso no fue cierto. No fue real.

Frunció el ceño mirándola confundido, aturdido ante sus palabras.

—Mi amor no tiene condiciones ni es entregado por interés. Me estoy dando entera a ti porque lo quiero. Eres mucho más para mí que un cheque o una inversión, eso en realidad no vale nada. Tú yendo a la clínica porque temías que lo estuviera pasando mal, preocupándote por mí o sujetando mi cabello mientras hacía algo asqueroso valen más que todo lo que malcriadamente te arrebaté en ese entonces.

La miró sin hablar por mucho tiempo, asimilando sus palabras, recapitulando sobre lo que estaba hablando y su historia juntos. Cuando culminó, asintió. Ya que aunque no lo hubiese visto con claridad, sabía que tenía razón y que así había sido.

—Yo pagaré ese préstamo y saldré adelante con la empresa —continuó.

—Norah...

—Si necesito ayuda, la pediré —lo interrumpió—, porque sé que estarás allí para apoyarme. Pero nunca abusaré de ello. Ya no. No lo necesito, amor, solo te necesito a ti.

—No subrogaré ninguna deuda —aceptó a regañadientes.

La pelinegra suspiró y subió su mano para besarla con cariño.

—Gracias —susurró contra su piel. Ambos sonrieron, y él inhaló aliviado porque por fin sus mejillas se estaban llenando de color y se veía mucho mejor que cuando había salido del baño—. Sé que el sexo está descartado —susurró—, ¿pero qué hay sobre dormir juntos?

El soltó una carcajada y asintió, en verdad agradeciendo que lo hubiese sugerido antes, porque estaba a punto de informarle que se quedaría a dormir así fuera en el sofá. No había manera de que la dejara sola esa noche. Se levantó para desnudarse, acomodó la ropa sobre un sillón blanco en el fondo del cuarto. Cuando se quedó en calzoncillos y franelilla, se giró hacia la cama y de inmediato se paralizó.

Norah estaba acostada en medio de una cama roja, cubierta de seda, mirándola expectante; su cabello negro suelo la envolvía como un velo. Parecía una diosa. Le quitó la respiración y su erección comenzó a ser mucho más evidente, haciéndolo maldecir internamente, porque le depararía una larga noche.

—Esa cama es de alguna manera como tú. Roja, seductora y exagerada —se burló. Ella esbozó una sonrisa mientras se movía para que se acomodara a su lado.

Se acostó metiéndose debajo de las sábanas. De inmediato Norah se acomodó sobre su pecho y entrelazó sus piernas con las suyas.

—Te amo —le susurró ella besando su pecho.

—¿A pesar de que me temas? —murmuró, negando con la cabeza.

Ella suspiró y subió su mano para acariciar su mejilla.

—No te temo, Jack, lo prometo. Además, todo resultó distinto esta vez, y eso es lo importante, ¿verdad? —preguntó.

Él asintió, dejó salir el aire contenido y la abrazó con fuerza.

—Ya pasó la medianoche —comentó acariciando su espalda. Ella frunció el ceño, de seguro que no lo recordaba. A él le había estado persiguiendo le ese evento desde que unió dos más dos una semana atrás, y le pareció un condenado juego del destino que Anne y ella eligieran precisamente ese día para su cita doble—. ¿Qué día es hoy, cielo?

—Ocho de... —Jadeó y se elevó, apoyando sus palmas sobre su estómago—. Agosto —completó en voz muy baja.

—Feliz aniversario —susurró acariciando su cabello hasta apartarlo de su cara. Vio que sus ojos se humedecían—. Hace tres años me hiciste el hombre más afortunado del mundo al decirme que sí. Hace un mes volviste a hacerlo.

Vio que una lágrima corría por su mejilla y la jaló para acercarla hacia él

y limpiar la gota con sus labios. Después de la noche que habían tenido, no quería más dolor ni nada parecido. Ella acarició su pecho e inhaló profundamente antes de besarlo en los labios.

—No, fui yo la afortunada —respondió cuando rompieron el beso.

Como no podía detenerse al tenerla tan cerca, se movió para besar su punto sensible detrás de la oreja. Ella gimió por el roce y se sentó a horcajadas sobre su cuerpo.

—Norah... —advirtió.

—Esto es un nuevo inicio, ¿no es así? —coqueteó acariciando su pecho con una ligera sonrisa—. No hay momento más perfecto que el presente, Jack. Y te deseo. Y te amo. Déjame amarte. Crearemos algo perfecto, lejos de toda la tormenta.

Él suspiró, aunque fue más bien un quebrantamiento de voluntad. Era cierto, la deseaba, pero más que eso necesitaba llenar sus ojos con lujuria, ansias, amor o cualquier otra cosa para alejar de sus recuerdos y de su mente el pavor que había visto en ellos horas antes.

Cualquier cautela o pensamiento sobre ir despacio se alejaron de sus pensamientos mientras se sentaba y la llevaba consigo para pegarla a su cuerpo, disfrutando de cómo se entregaba por completo a él.

## Capítulo 28

Norah miró las puertas del edificio donde trabajaba Jack y tragó grueso, llenándose de valor para lo que tendría que hacer; una parte de su ser temía su reacción al respecto. Unos meses atrás hubiese supuesto la respuesta, él mismo se la había dado en una oportunidad, pero eso había sido antes de todos los cambios que experimentó su relación. Sobre todo después de lo que vivieron desde su nuevo comienzo, cuando cumplieron su tercer aniversario de bodas, ya dos meses atrás.

Durante ese tiempo llegaron a otro grado de intimidad. Y no se trataba de una sexual a pesar de que lo habían tenido con frecuencia desde esa noche. Era algo más del alma, una conexión que se fue formando quizás por la aceptación de sus nuevos roles y que los había hecho dichosos de una forma que se atrevía a asegurar que nunca habían sido antes.

Incluso, en dos oportunidades, lo había acompañado a sus viajes; una a Nueva York y otra, a Ohio. Fueron viajes cortos, y pasó mucho tiempo sola mientras Jack asistía a reuniones para concretar sus proyectos, pero eso no le había quitado nada a sus momentos juntos, a la magia. Porque se había dado cuenta lo emocionante que era estar involucrada en todas las partes de la vida de Jack, como debió de haber sido desde el primer momento.

Bueno, casi todas las partes de la vida de Jack, después de todo.

Había intentado organizar una nueva salida con Carl y Anne, incluso le había soltado la sugerencia a Jack de ir a un partido de baloncesto de *Los Clippers*, porque sabía cuánto le gustaban a ambos, y que era una reunión donde no tendría que ser necesaria mucha interacción social. Sin embargo, tres días antes de la fecha pautada, el rubio la llevó a una cena, emboscándola con su ex, Stephanie Scott, por la que había tenido la pelea en la universidad que le causó la pequeña desviación de su nariz. No estuvo nada contenta. Sí, tenía claro que él no tenía ningún interés en ella, pero igual deseaba agarrarla y arrastrarla por el suelo por el simple hecho de que en algún momento de su vida había sido importante para la vida de su esposo. Y con ello comprendió el motivo exacto de esa salida.

Esa noche habían tenido una fuerte discusión, seguida de una apasionada reconciliación. Y Norah había renunciado a cualquier otro intento de acercamiento entre Carl y Jack.

Entró en el edificio volviendo al presente y caminó hasta el ascensor con la cabeza erguida, con el borde de su vestido floreado danzando debajo de sus rodillas y el escote más sugerente de lo normal, causando estragos en la

población masculina, pero no había nada que pudiera hacer sobre ello y, siendo sincera, tampoco le interesaba demasiado.

Subió al ascensor a la vez que inhalaba, agradeciendo estar a solas. Volvió a rezar de nuevo que en el camino a la oficina de Jack no se encontrara a Matthew. A pesar de que el rubio sí había ido a un par de almuerzos con Dean e incluso había estado involucrado con todo el asunto cuando Bethanie salió de la clínica, ella no había querido asistir a ningún evento con sus suegros. No se sentía lista para ello.

Tal vez nunca lo estuviera.

Lo cual se había convertido en un gran problema dado el actual estado de su relación.

Cuando salió del ascensor y dio dos pasos hacia la oficina, confirmó lo que había pensado esa mañana, que ese no era su día de suerte, porque prácticamente chocó con su suegro.

—¡Norah! —le gritó Matthew sujetándola por el antebrazo.

Se quedó muda mientras lo veía, sentía más que consternación o vergüenza, estaba en *shock* absoluto mientras visualizaba miles de agujeros donde querría meterse hasta morir.

—Hola, Matthew —balbuceó, tragando grueso.

—Jack no me había dicho que pasarías por aquí —respondió el hombre con amabilidad.

—No lo sabe —confesó en un hilo de voz, negando con la cabeza.

—Claro, claro —dijo mirando hacia el frente—. De todas formas, mi hijo está en una reunión con nuestros asociados. ¿Por qué no me acompañas a la oficina y le avisaré a su secretaria para que le informe que estás aquí cuando se desocupe?

Abrió la boca para rechazar su oferta, pero al final se dejó llevar, ya que sin importar la amabilidad con que emitió su ofrecimiento, su mano jamás soltó su antebrazo y empezó a arrastrarla en dirección a su oficina.

Entraron al despacho y escuchó que le ordenaba a su secretaria que le avisara a Marianne sobre su presencia en la empresa. Después de preguntarle qué quería beber, a lo cual declinó con educación, le pidió que los dejara solos, lo cual hizo de inmediato, dejándolos solos.

Ella se mordió el interior de su mejilla cuando lo vio deambular alrededor de la gran oficina, la cual nunca había visitado antes y ni siquiera podría detallar en ese instante. De hecho, si le preguntasen al día siguiente algo sobre ella, su mente estaría en blanco.

—La verdad tenía tiempo queriendo reunirme contigo —comentó el rubio, tomando asiento en el sillón aledaño—. Pero primero, ¿cómo sigue tu hermana? Jack me dijo que había estado indispuesta.

Sonrió por el adjetivo que decidió usar para describir la palabra *loca*.

—Está mejor, viviendo en París.

—Cierto, la academia de modelaje —respondió con una ligera sonrisa.

Asintió confundida, preguntándose cómo se había enterado dado que ella apenas lo había descubierto ayer, cuando recibió el correo de su hermana diciéndole que no deseaba de ninguna forma la revista de su madre y que su sueño siempre había sido dirigir una academia de modelaje. Al parecer, los sueños de Bethanie mutaban dependiendo de su estado de ánimo. Frunció el ceño mientras una idea totalmente absurda surgía en su cabeza. ¿Acaso Jack había influenciado o ayudado de alguna manera en eso? ¿Para alejarla de Estados Unidos?

—¿Tu padre sigue dirigiendo *Composture*? —le preguntó, cortando su línea de pensamiento.

Asintió sin contestar, a la vez que se cuestionaba sobre cuál sería la mejor opción, si esperar a que Matthew por fin dijera lo que quería decir, o desear que siguiera con esa serie de preguntas casuales de las cuales era más que obvio que sabía la respuesta.

Suspiró y decidió continuar con la resolución que había tomado esa mañana. Tomar el toro desde sus cuernos. Elevó sus ojos brillantes hacia su suegro, quien la miraba sin una pizca de resentimiento.

«El muy bastardo», se quejó sin sentido.

—Sé que te avergoncé, a tu familia y a mí misma. Y estoy segura que en estos instantes preferirías a cualquier otra nuera en vez de a mí. —El hombre se lanzó hacia atrás, y cayó contra el respaldo del sillón, parecía bastante aturdido por su declaración—. Y sé que no vale de mucho, a Jack ciertamente no le sirvió, pero quiero que sepas que lamento profusamente todo el enredo en que lo metí y todo lo que ocurrió después. Jamás deseé hacerle daño a tu familia, ni mucho menos a él —susurró parpadeando apresuradamente, controlando sus lágrimas.

—¿Lo amas, Norah? —le preguntó directamente.

—Con todo mi corazón, Matthew —respondió con un suspiro.

Él asintió y miró hacia el escritorio de caoba oscura.

—Siempre he intentado tener una buena relación con mi hijo. No fue fácil muchas veces cumplir el rol de padre pero a la vez intentar fomentar su



confianza para que me tuviese como un amigo y como guía de sus decisiones. Sé que no lo he conseguido siempre y que me he equivocado...

—¿Bromeas? —preguntó incrédula—. Eres asombroso, y Jack te adora. Yo respeto su relación, muchas veces hasta la he envidiado. Tuve algo parecido con mi madre antes que... muriera —titubeó al final.

No era que no le tuviera confianza, sabía por Jack que el hombre era íntegro y comprensivo, pero habían cosas que estaban muy arraigadas a su ser para ser cambiadas. Supuso que el tema de la muerte de su madre siempre sería una de ellas.

—Uno de nuestros desacuerdos constantes fue siempre con respecto a ti —continuó él.

Ella arrugó la cara como si le hubiera dado un golpe y suspiró sintiendo que sus ojos se humedecían.

—Lo entiendo —respondió con amargura. No había esperado nada distinto; pero vaya, cómo dolía.

Mientras ese pensamiento surgía, comenzó a llorar y se quiso maldecir por tonta a pesar de que no pudo controlarse.

—¡Norah! —se quejó el hombre abalanzándose hacia ella y abrazándola como a una niña pequeña—. Me refería a que nunca estuve de acuerdo con él —se apresuró a explicar—, a todo ese enredo de este último año. Traté de que perdonara y olvidara, pero su resentimiento era demasiado grande en ese instante. Lo que quería decirte es que me alegra que por fin hayan llegado a esta etapa.

Escuchó todo en una nube de llanto, y allí se apartó para mirarlo a la cara, confundida.

—¿En serio?

Matthew sonrió divertido.

—Todos cometemos errores y ninguna relación es perfecta.

—Excepto la tuya —contestó sin pensarlo, limpiando sus ojos con un pañuelo que él le había ofrecido.

El rubio se carcajeó, negando con la cabeza.

—Ni la mía, te lo aseguro. Yo he cometido muchos errores, Amelia también. Hemos tenido nuestras crisis e incluso hubo una vez, cuando Jack era muy pequeño, que nos separamos por unas semanas. Pero nos amábamos y aún lo hacemos. Y nos perdonamos, lo cual es lo más importante. Además que aprendimos de nuestras fallas, como imagino que ustedes también harán.

Norah empezó a llorar de nuevo, cubriendo su cara con el pañuelo, y allí

la puerta se abrió, haciendo que se avergonzara de su estado.

—¿Padre, qué demonios?! —Escuchó que Jack gritaba, lo que provocó que Norah aumentara el llanto y que, un par de segundos después, su marido la consolara.

Jack y su padre comenzaron a discutir. Norah no escuchó nada de lo que estaban hablando, ya que estaba luchando por controlarse. Poco después sonó un clic que mostraba que la puerta del despacho había sido cerrada, y se encontró sobre el regazo de Jack, quien la abrazaba con fuerza.

—¿Qué está sucediendo, hermosa? —preguntó.

Norah luchó por calmarse, porque era simplemente ridículo el ataque que estaba sufriendo, pero por Dios, no podía parar de llorar.

Él comenzó a balancearla, acariciando su mejilla y apartando su cabello negro sobre un hombro para acariciar su cuello.

—¿Qué va mal? ¿Es tu padre? ¿Beth? ¿Algo sucedió en *Luxury*? ¿Dean está presionando con respecto a *Composture*? Pensé que le había quedado claro que no querías dirigirla. Vaya, si hasta a mí me quedó claro después de su último almuerzo —bromeó intentando hacerla sonreír, tratando de hablar de forma calmada, pero igual sonaba desesperado.

Norah comenzó a tomar grandes bocanadas de aire, luchando con estabilizarse. Negó a cada sugerencia que había hecho. Cuando él comenzó a preguntar si había visto que se murió un perrito o si cayó por accidente en una piscina, puso los ojos en blanco.

—¿Por qué demonios estás llorando? —preguntó ya frustrado y explotando un par de minutos después.

—¡Son las hormonas! —gritó furiosa por su incapacidad de comprender.

—Ah... estás en esos días —dijo sonando todo aterrorizado y pretensioso a la vez. Allí bufó.

—¡No! —gritó, tragando grueso, y suspiró calmándose—. Estoy embarazada —susurró bajando su cabeza hacia sus manos curvadas sobre su regazo.

El aire alrededor de la habitación pareció desaparecer. Se quedó allí, esperando que él reaccionara, mientras cerraba los ojos con fuerza. Sus manos temblaron y la apretaron.

—Creo que tengo pocas semanas —susurró rogando que comprendiera lo que estaba diciéndole—. No tenía síntomas y hasta manché, así que ni me di cuenta. Y *Luxury* me ha tenido tan ocupada que ni siquiera pensé sobre ello. Comencé a sospechar porque mis pechos se sentían muy sensibles y estaban

creciendo y... Anne me implantó la idea.

Él la miraba sin parpadear, con una expresión perdida, sus brazos se habían aflojado a su alrededor, así que Norah se levantó para encararlo.

—Me estaba protegiendo para evitarlo, no te mentí —intentó explicar—, pero puede que la noche en que vomité... tal vez expelí la pastilla también, la verdad ni sé cuándo fue.

Tragó grueso y comenzó a caminar hacia el bolso que había dejado sobre el escritorio cuando entró al despacho. Buscó la prueba para entregársela. Se lo ofreció sin mirarlo.

—Es tuyo —se forzó a decir—. Y lo amo, con todo mi corazón. Nuestro bebé. No pensaré en otra opción que no sea tenerlo.

—Basta —dijo él entonces, pero ella no podía controlarse.

—No quiero imponerte nada, por supuesto, sé que me dijiste que lo criaríamos si salía embarazada, y sé que ahora todo ha cambiado.

—¡Por Dios!

Escuchó que se quejaba con un tono de incredulidad y lo vio ponerse de pie. Allí se alteró aún más, necesitando decirlo todo antes de que fuera demasiado tarde.

—Si quieres una prueba de ADN, podría...

—Norah, cállate —le ordenó.

Él se acercó buscando que lo observara, pero ella no elevó su mirada, por ello vio sus manos subir, una rodeó la cadera y la otra acarició su vientre a la vez que besaba su sien. Ella sintió como si se fuera a desmayar, recargó todo su peso en sus brazos, sus rodillas cedieron.

—¿Jack?

—He estado tratando de embarazarte desde hace años, es hora de que tanto esfuerzo rindiera sus frutos —comentó con tono jocoso, y ella elevó sus cejas, subiendo su mirada hasta la de él.

No la observaba con desconfianza o rabia, más bien sus ojos brillaban casi felices, aturdiéndola.

Él le limpió el resto de sus lágrimas y besó su frente, haciéndola sonreír y reír históricamente.

—¿De verdad?

—*Síp* —dijo sonando muy orgulloso—. Eres a quien elegí como la madre de mis hijos —comentó mirándola con una expresión tan intensa que sintió que su pecho se llenaba de emociones indescriptibles—. Eso no ha cambiado.

Ella lo abrazó, metiendo la cabeza en su cuello y suspirando contra su piel.

—Temía tanto que fueras a dudar de mi palabra, diciendo que pasamos mucho tiempo sin intimar; quiero decir, debió ser en los primeros días que volvimos a tener relaciones que salí embarazada. Tenía mi cabeza hecha un revoltijo de cosas que podrían suceder. No sabía si...

—Shhh... —susurró él tomando su nuca y elevando su cabeza para que lo mirara fijamente—. ¿Cuándo te enteraste?

—¿Hace media hora? —murmuró, aunque sonó más como una pregunta. Él sonrió. Ella frunció el ceño.

—¿Y viniste directo a contarme? —preguntó ampliando su sonrisa. Asintió confundida—. Mira a mi pequeña evasora, por fin creció.

Norah se carcajeó y negó con la cabeza.

—Tonto —susurró golpeando su pecho—. Y tú no me acusaste ni desconfiaste —continuó la broma—, ¿quién es el que creció ahora?

Los dos se miraron en confusión por un par de segundos, antes que él jadeara y la tomara de las caderas, casi cargándola, la pegó contra la pared más cercana y tomó sus labios con los suyos, con fuerza y pasión; la acarició por todo su cuerpo, hasta subir su vestido a sus caderas.

—¡Jack! —se quejó apartándose por un segundo de sus labios—. Es el despacho de tu padre... —intentó racionalizar.

Él soltó una risilla, pero la sujetó de su pierna para que la envolviera alrededor de su cadera.

—Tranquila, tanto él como su secretaria se fueron para darnos privacidad, incluso cerraron las puertas de la oficina del secretariado.

Ella suspiró.

—Tuviste razón entonces —comentó con una gran sonrisa.

—¿Con qué? —preguntó dudosa.

—Sí que creamos algo perfecto a partir de esa noche —susurró. Se sintió emocionada con que lo recordara, así que sonrió pícara, recordando con emoción y satisfacción esa noche, que había sido totalmente asombrosa a pesar de lo horrible que había comenzado.

Desde ese momento, precedió un día maravilloso, principalmente con ellos dos retozando en la cama, sonriendo, hablando y disfrutando el uno del otro. Había sido uno de los mejores días de su vida.

—Una vez me dijiste que querías darle la luna a alguien más. Quizá por fin a este bebé... —murmuró él besando su cuello. Ella negó con la cabeza, lo que causó que él frunciera el ceño.

—No a alguien más, solo a ti —susurró metiendo la mano por el saco para

acariciar su espalda, sobre su camisa—. Ahora a los dos.

Sonrió y bajó la cabeza para besarla en los labios, a lo cual respondió con fervor, lo abrazó y apretó contra su cuerpo, se arqueó hacia él conectando sus partes sobre la ropa y allí disfrutó de su sabor, una mezcla de yerbabuena además de sí mismo.

—Vuelve a casa —le pidió él entre suspiros, apartándose de sus labios. Ella hizo como si se lo pensara.

—Tengo un contrato en mi *loft*... muy poco funcional para un bebé —explicó jadeando cuando sintió sus labios recorrer su punto sensible detrás de su oreja.

—Nuestra casa es más grande y hay un cuarto allí que está ansiando ser usado desde hace años... —titubeó y se elevó para mirarla a los ojos—. Salvo que quieras buscar un nuevo sitio, sé que muchas cosas no placenteras han pasado allí —dijo arrugando la cara.

Lo miró por unos segundos, deteniendo la lujuria que se estaba llevando a cabo en ese instante, para poder pensar.

Cerró los ojos y recordó su vida en esa casa, donde había sido feliz, había aprendido a amar a un hombre que deseaba odiar y a estar satisfecha con una vida que ni siquiera se le había ocurrido que podría conseguir. Ese sitio fue el fruto de sus mejores y sus peores momentos, pero esa era la existencia del ser humano, ¿no era así? Un conjunto de buenos y malos recuerdos que aprecias y detestas por una razón u otra.

—La vida sucedió allí —susurró con una sonrisa concedora, sintiendo que su pecho se expandía—, así que claro que volveré a casa.

Él gimió y la besó en los labios de nuevo.

—Te amo, Norah —le susurró, besó su cuello y la envolvió entre sus brazos.

Ella apretó la sujeción de su cadera, lo que causó que gimiera.

—Espero que tenga tus ojos —le confesó ella. Él negó con la cabeza mientras la abrazaba más estrechamente.

—Estás loca, si no tiene los tuyos, la devolveré —prometió juguetonamente—, me han hipnotizado desde que te conocí, es justo que nuestra hija sea bendecida con ese bien con el que torturará a muchos más hombres.

—¿Hija? ¿No te estás adelantando? —se burló, abrazándolo con fuerza, reacia a liberarlo.

—No, te aseguro que no lo hago. Será niña, y será tan hermosa como su

madre, no puede ser de otra manera. —La miró y sonrió ampliamente—. Vámonos de aquí, a nuestra casa, quiero mimarte, acostarte sobre una cama grande y cómoda para besar cada parte de tu cuerpo. Y quiero hablarle...

—Oh, sí —susurró, y se dejó llevar, entrelazó sus manos y sonrió y sonriendo ampliamente por esa maravilla de hombre y esa vida que a veces era una completa lucha, pero que siempre valdría la pena.

## Epilogo

*Tres años después*

Norah tomó la maqueta final de su revista y se levantó exaltada de su escritorio, para entregársela a Anne.

—Debo irme —dijo con una amplia sonrisa—. Jack está abajo.

—Como si no pudiera esperarte o no estuviera cansado de hacerlo ya. Di la verdad, quieres largarte lo más pronto de aquí con ese guapo hombre que te gastas —se quejó su amiga. Asintió desde la mitad de su oración.

—Quiero largarme lo más pronto de aquí con los amores de mi vida —secundó divertida, aunque en ese punto se detuvo, más preocupada, mirando a su alrededor—. ¿Estás segura que puedes con esto? Muy bien podría avisar a papá que...

—Detente —le advirtió con brusquedad—, puedo con esto. No es que tenga que hacer mucho tampoco, ya las dos maquetas están listas y solo tenemos que imprimir y publicar; repasar el bosquejo que planeamos de los próximos números y hacer una lluvia de ideas para los dos siguientes. Lo tengo controlado. Lárgate, y no quiero saber de ti ni una vez durante las próximas dos semanas.

Sonrió y asintió mientras salía de su despacho, despidiéndose de su secretaria, que era la única empleada que quedaba. Anne la siguió hasta el ascensor, quizás para asegurarse de que en verdad se fuera.

Suspiró cuando el ascensor comenzó el recorrido hacia el estacionamiento y casi quiso que fuera más temprano para pasar por *Luxury C.*, que habían mudado a dos pisos más abajo; pero Anne tenía razón, ella era más que capaz de encargarse de ambas revistas. En realidad, ya lo había demostrado. Norah no podría hacer tantas cosas en su vida si su amiga no hubiese aceptado ser editora en jefe de *Luxury C.*, que había adherido a la revista familiar ya dos años atrás, además de ser editora adjunta en *Composture* así no estuviese en el organigrama.

Había pasado mucho tiempo renuente a dirigir *Composture* por culpa de los demonios que aún la rondaban, además de por el tema de su hermana y porque en verdad se había sentido muy cómoda en su nuevo proyecto para abandonarlo o agregar presión a su día a día.

Su padre había seguido dirigiendo la revista por un año más, hasta que tuvo algunos problemas de salud, por lo que la increpó para que tomara la dirección o asignara a alguien más, ya que al ser Norah quien poseía el mayor porcentaje de acciones, el cincuenta por ciento, era quien debía decidirlo.

Jack le había otorgado el último paso para acceder a la dirección, insistiéndole sobre si creía que su madre hubiese querido que estuviera alejada por razones estúpidas o que si iba a permitir que el trabajo de vida de su progenitora se desperdiciara al poner directores incapaces.

Manipulación barata, pero igual de funcional.

Después de eso tomó la dirección de la empresa y unió a *Luxury* agregando la *c* de la empresa principal, tomó a Anne como mano derecha, e incluso le cedió las acciones que Bethanie había vendido antes de partir a vivir a Europa.

Volver a trabajar en la revista de su madre, con su antigua gente, fue como llegar a casa después de una larga ausencia. Y tener la unión de los sueños viejos con los nuevos la llenó de más dicha de la que hubiese sentido alguna vez, lo cual también había hecho muy feliz a Jack.

No se le había escapado que al final se salió con la suya. «El muy bastardo».

El ascensor sonó anunciando su llegada al estacionamiento y sonrió al ver la camioneta esperándola. Caminó hacia ella y se montó emocionada para encontrar a su guapo esposo en el asiento del piloto, vestido casual, su cabello rubio corto y con sus ojos verdes brillando de la misma emoción que ella estaba sintiendo.

Se acercó y por unos segundos lo besó concienzudamente.

—¿Todo bien? —preguntó él cuando ella se apartó, mordisqueando su cuello.

—Completamente libre —respondió con una sonrisa que le llegó a los ojos.

—¡Mamá! —la llamaron del asiento de atrás, y Jack se rio.

—Hoy está loco por atención —dijo negando con la cabeza—. No comprende que este día toda tu atención es para mí.

Sonrió, apretó su mano y giró hacia el segundo hombre de su vida.

—¡Max, mi hermoso bebé! —gritó pasándose hacia el asiento trasero antes de que Jack arrancara el vehículo. Besó las mejillas de su hijo de dos años de edad, quien soltó una risilla.

Se quedó un rato allí jugando con él, ya que lo extrañaba terriblemente cuando iba a trabajar, así supiera que estaría bien con la niñera y la mamá de Jack.

Cuando su esposo se enteró que su bebé sería varón se había enfurruñado por unos cinco minutos, más o menos, antes de decidir que era mejor de esa



forma porque así podrían seguir practicando para conseguir a su hija deseada.

Norah no había tenido ningún motivo para estar enfurruñada, su hermoso hijo de ojos verdes bosque y cabello negro la había enamorado desde la barriga, y la verdad podía hacer lo que quisiera con ella. No había comprendido lo tanto que su madre la amó hasta que lo tuvo en sus brazos por primera vez.

Pasó todo el viaje hablando con Jack y jugando con Max hasta que este se quedó dormido. Allí se movió hacia el puesto de adelante y empezó a jugar con Jack, de vez en cuando lo besaba en el cuello y lo acariciaba con suavidad.

Cuando llegaron a su destino, sonrió y sus ojos se humedecieron.

Esa ocasión era la celebración de su aniversario particular, no el de su boda, que sería dentro de un mes, sino el del día en que eligieron estar juntos de nuevo y para siempre si Dios y la vida se lo permitían. ¿Y qué mejor sitio para celebrarlo que en donde se habían reencontrado?

—Bienvenida a Biltmore, Santa Bárbara —susurró él estacionó la camioneta y se giró para mirarla con los ojos llenos de tantos sentimientos y conocimiento que lo hizo erizarse.

No habían regresado desde esa oportunidad, y la excitación y anticipación por estar allí la habían enloquecido desde que decidieron regresar meses atrás.

—¿Estás seguro que tendremos la misma cabaña? —preguntó acelerada.

—Lo especifiqué, e incluso pedí que adecuaran una habitación para Max. Y quién sabe, quizás aquí podríamos concebir a mi pequeña. De cualquier manera, nos divertiremos intentándolo...

Ella soltó una risilla antes de besarlo, envolviendo su cuello entre sus brazos. Debería decirle que ya habían tenido suerte en ese objetivo desde un mes atrás si sus cálculos eran correctos, pero prefirió esperar hasta esa noche, se lo susurraría mientras hacían el amor. Así sería más divertido.

Salieron del vehículo, y Jack tomó a Max en sus brazos, pero justo antes de entregárselo, se quedó mirándola a los ojos, paralizado. Supo lo que estaba pasando por su cabeza. Lo descorazonados que ambos habían estado cuando pisaron ese sitio por primera vez y lo mucho que hubieran perdido si se hubiesen rendido.

—Lo sé —le susurró, acariciando su mejilla y pegándose a su cuerpo, mientras se giraba a ver las instalaciones y más allá, hacia el océano, en donde había decidido dejar de evadir para enfrentar cada demonio que la

atormentara. Donde había encontrado la esperanza y la sanación para obtener eso que tenía en ese momento.

Su sitio en el planeta junto con su familia.

## AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a Gine y a Jen, por ser mi roca y mi fuerza, por aguantarse mis desvaríos, tenerme paciencia, aguantar trasnochos e impulsarme cada día a contar y mostrar todos esos personajes que quieren salir, y criticarme cuando lo necesito; las quiero un montón, no tienen idea cuánto. A Paulina Cortez-Monroy, por no solo ser capaz de editar con extrema paciencia mi mente, sino por tener la facultad de entenderla y verla reflejada en cada una de mis líneas; esta historia no sería lo que es sin ella. A Gise, por haberme enseñado el valor de los porqués y el regalo de la duda. A cada una de mis Cianuritas, todas me han ofrecido algo inestimable, tienen una pieza de mi corazón y me han ayudado en todos los aspectos, me han ofrecido palabras de aliento, risas y amistad. A Selección BdB, por darme la oportunidad de publicar a Jack y a Norah en su catálogo, por todo el apoyo, paciencia y complicidad. A mi familia, a la cual le debo todo. Y a ti, lector, tanto quienes me han acompañado desde la primera palabra que publiqué en la web, como quienes se unirán en esta nueva aventura, espero que la disfruten y se enamoren de estos personajes como yo lo hice; y como siempre, espero que me hagan saber si les gustó o no.

Betzacosta

Si te ha gustado  
*La retribución de Jack*  
te recomendamos comenzar a leer  
*La corona de invierno*  
de Natalia López

Selección RNR

*La corona  
de invierno*

*Los secretos de Alea II*



NATALIA LÓPEZ



Romance Histórico

## Prólogo

El tobillo le dolía tanto que cada paso que daba era un infierno. En el barco había podido examinarlo, y había visto que lo tenía hinchado y rojo. Había pasado las dos semanas que duraba la travesía sentada en el suelo de la bodega, oculta entre barriles de vino y cajas de pescado en salazón. Antes de colarse en el barco, logró robar dos hogazas grandes de pan. Pensó que necesitaría mucha fuerza de voluntad para conseguir que le duraran todo el viaje, pero bastaron unas horas en la bodega para sacarla de su error. La mezcla de olores, el balanceo constante y el temor a ser descubierta provocaron que se le cerrara el estómago. Quince días después, cuando hubieron llegado al puerto de Syrma, en el reino de Nitor, a Hester todavía le quedaba la mitad de una hogaza, aunque estaba tan dura que podría servir como arma.

Antes de que su mundo se desmoronara, a la joven le habría hecho gracia esa comparación, pero en ese momento, la idea de defenderse con un trozo de pan no le parecía descabellada.

Bajarse del barco no le resultó tarea fácil, pero consiguió hacerlo sin que la descubrieran. Estaba amaneciendo y el puerto empezaba a llenarse de actividad. Los marineros descargaban las mercancías de sus barcos, y los vendedores de los puestos ambulantes intentaban atraer a posibles compradores ofreciéndoles pescado fresco «a precio de ganga». Hester también se fijó en que había un pequeño grupo de hombres vestidos con túnicas malvas y otro con túnicas negras, que no perdían detalle de quienes bajaban de los barcos. La mirada de uno de ellos se encontró con la de Hester. Los separaban unos cuantos metros, pero ella agachó la cabeza y decidió que lo mejor era alejarse cuanto antes del puerto.

Avanzó cojeando entre la multitud. No conocía la ciudad, no tenía ningún plan, y lo peor de todo era que no llevaba dinero encima. «Tengo que conseguir trabajo», pensó mientras dejaba atrás el paseo marítimo. Se metió por una calle ancha y empedrada que olía a guiso de carne. Hester arrugó la nariz: todavía tenía el estómago revuelto.

La temperatura era alta. Hasta ese momento, Hester no había caído en la cuenta de que allí era verano. Llevaba encima mucha ropa porque venía del Reino de Alea, en donde acababa de empezar el invierno. Notaba el sudor recorriéndole el cuerpo, pero no tenía fuerzas para quitarse la capa. Ahogó un grito cuando el pie malo se le dobló y creyó que iba a desmayarse, pero logró mantener el equilibrio. «Tengo que resistir». C cogió aire y siguió caminando.

Varias personas la miraron al pasar a su lado, pero ninguna se detuvo. «Seguramente no tienen nada que ofrecerme», pensó al ver que todas ellas llevaban ropas humildes. Hester también iba fijándose en los edificios. Buscaba una posada o la casa de algún comerciante rico. En uno de esos lugares podría ofrecer sus servicios como sirvienta: era el único trabajo que había desempeñado.

Aquel recorrido era una tortura. Cada vez se sentía más débil y empezaba a costarle enfocar la vista. Pero debía continuar.

«Solo tengo que aguantar un poco más. Solo un poco más.»

Estaba llegando al final de la calle. Uno de los edificios le llamó la atención. Era más alto que el resto y tenía un cartel colgado en la fachada. Hester no conseguía leer lo que decía. Entrecerró los ojos y distinguió la palabra «Búho». Sintió un mareo.

«¿Búho?», se preguntó antes de haber perdido la consciencia.

## Capítulo 1

Erik y Leonard trabajaban en El Búho de Piedra. Era la casa de juego más importante de Syrma. La entrada solo estaba permitida a hombres. Allí, los clientes podían apostar grandes cantidades de dinero jugando a los naipes y a los dados, cantar canciones obscenas, y beber vino e hidromiel.

Erik y Leonard eran dos de los empleados de confianza de Brendan Fenton, el dueño. Entre otras tareas, se encargaban de abrir el establecimiento y de supervisar que todo estuviera en orden.

Todas las mañanas quedaban en encontrarse en la plaza para recorrer juntos los últimos metros hasta el trabajo. Llevaban haciéndolo así desde que habían empezado en el negocio, hacía quince años. En la actualidad, ellos acababan de cumplir treinta y cinco. Era increíble cómo pasaba el tiempo.

Erik disfrutaba de aquel trayecto en compañía de Leonard. Lo único que le disgustaba un poco era que su amigo se pasaba todo el camino hablando. No importaba que estuvieran casi todo el día juntos; el hombre parecía tener siempre algo nuevo que contarle. Erik solía ir medio dormido, así que solo captaba palabras sueltas. Con el tiempo, había aprendido a responder de forma mecánica con un «sí» o con un «ya», cuando detectaba un tono de pregunta o de vacilación. Normalmente, Leonard se contentaba con eso, pero ese día le dirigió una mirada de exasperación y elevó la voz:

—¿Cómo que «ya»? ¡Te estoy diciendo que hay un cuerpo frente a la puerta del Búho! —Así era como llamaban ellos a la casa de juego. Sus palabras hicieron que Erik volviera a la realidad. Levantó la vista del suelo y

vio que, efectivamente, allí había *algo* que obstaculizaba la entrada del establecimiento. Todavía no podían ver lo que era porque les quedaba por recorrer un buen trecho para llegar.

—Espero que no sea un cadáver —seguía diciendo Leonard, sin dejar de caminar—. ¿Recuerdas el otoño de hace tres años? Todas las semanas nos encontrábamos con algún pájaro o con algún ratón muerto frente a la puerta. Parecía que iban a *morir* a nuestro local.

Erik puso cara de fastidio.

—No digas estupideces. Aquello fue una casualidad, y eso de ahí adelante no es ningún animal pequeño.

—Lo sé. Era para disipar la tensión.

—Pues, ahórratelo. —Erik no pretendía sonar cortante, pero aquella incertidumbre estaba atacando sus nervios.

Por primera vez, recorrieron el último tramo en silencio. A cada paso que daban, les resultaba más evidente que se trataba de un ser humano. A lo mejor tenían suerte y era un borracho que se había quedado dormido. De ser así, solo tendrían que despertarlo y pedirle que se buscara otro sitio.

El cuerpo estaba de espaldas a ellos, cubierto por una capa negra que le quedaba muy grande. Cuando los zapatos de Leonard rozaron la tela, los hombres se miraron con gesto sombrío.

—Hazlo tú —le pidió Erik.

Leonard suspiró, pero no puso objeciones. Se agachó junto al cuerpo para retirarle la capucha. Erik cerró los ojos. «Por favor, que esté vivo», suplicó. Unos segundos después, escuchó que su amigo lanzaba una maldición. El corazón de Erik dio un vuelco. Abrió los ojos con temor y se encontró con la mirada de Leonard.

—Es una chica —le reveló.